(t I & II only)
manque t III

- 2 frontispices -

PQ
2205
.G H518
18 H2
V. 1
S MRS

GENIO

DEL

CRISTIANISMO.

Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
University of Ottawa

http://www.archive.org/details/geniodelcristian01chat

PORTADA

J. Vinalles

La Religion cristiana civiliza é ilustra las naciones bárbaras que invadieron la Europa

GENIO

DEL

CRISTIANISMO

Ó

BELLEZAS DE LA RELIJION CRISTIANA,

POR EL VIZCONDE

DE CHATEAUBRIAND,

TRADUCIDA NUEVAMENTE AL ESPAÑOL CON ARREGLO A LA OCTAVA EDICION FRANCESA.

POR D. JOSÈ MARCH Y LABORES.

TOMO I.

BARCELONA.

—

IMPRENTA DE C. Y J. MAYOL.

1842.

EL TRADUCTOR.

Al presentar al piadoso público español esta nueva version al castellano del Genio del Cristianismo, *me abstengo no solo de hacer elojios de la obra sino tambien de decir que escede en mérito á la primera traduccion por D. Torcuato Torio de la Riva, publicada en Madrid en el año* 1818. *Lo primero, porque el aprecio general con que fué admitida y se mira en nuestra España esta produccion singular del cantor de los* Mártires, *prueba suficientemente su mérito y utilidad, por un efecto de la sana doctrina que encierra, siendo escuela de piedad y desengaño de incrédulos: Lo segundo, porque seria dar claros indicios de parcialidad y de orgullo, si yo atribuyese defectos á una traduccion ajena por ensalzar la mia.*

Lejos de seguir el reprimible sistema como lo hacen muchos, mas bien por presuncion y envidia que por intelijencia y deseo del bien público, solo debo decir que esmerándome en la presente traduccion cuanto me ha sido posible, aspiro licitamente á recojer el fruto de mis tareas compitiendo de este modo con Torio de la Riva.

He traducido pues el Genio del Cristianismo sobre la

última edicion francesa publicada en Paris año 1827. *correjida sin duda por el autor segun algunas novedades que en ella se notan cotejada con las anteriores, y aumentada ademas con* la defensa *de la obra; fragmento en que el vizconde de Chateaubriand combate la malignidad de sus émulos, haciendo brillar su erudicion y realzando mas y mas el mérito y valor de la obra. Considero muy dignos del agrado de los lectores estos preliminares de que carece la citada traduccion primera, y por lo mismo me ha parecido acertado no omitirlos en la presente.*

DEFENSA DEL GENIO DEL CRISTIANISMO.

PRÓLOGO DE LA OBRA.

—

El silencio, esta es quizás la única respuesta noble y digna de un escritor injustamente impugnado, y el modo mas seguro de granjearse la consideracion y la opinion del público.

Supóngase que un libro es bueno; la crítica se destruye por sí misma; supongasele malo; ciertamente no le justificará la apolojia.

Convencido de estas verdades, el autor del *Genio del Cristianismo* se habia propuesto no contestar, ni responder jamás á las críticas, y lo ha cumplido hasta ahora. Ni se ha envanecido con los elojios, ni se ha abatido, ó desalentado por los insultos; prodíganse ordinariamente los primeros á la mediocridad, y los segundos al verdadero mérito.

Con la misma indiferencia ha visto á ciertos otros críticos pasar y añadir la calumnia á las primeras injurias, ya porque hubiesen interpretado como un desprecio el silencio del autor, ó ya porque no hu-

biesen podido perdonarle el haberle ofendido sin fruto alguno.

Preguntarán ora los hombres de bien ¿porque el Autor rompe al fin el silencio, y se separa de la regla que se habia como impuesto á si mismo?

Porque ya no pudiera dudarse que bajo achaque y pretexto de atacar al autor, solo se quiere destruir y neutralizar el lijero bien que haya podido hacer la obra.

Tambien porque aquel no trata ya de defender su persona, ni sus talentos verdaderos ò supuestos, y si la obra misma; y aun esta, no ya como obra *literaria*, sino como obra *relijiosa*.

El público ha recibido con indulgencia el *Genio del Cristianismo*. Al observar este sintoma de una gran mudanza en la opinion, ha alarmado el espíritu del sofisma, creyendo y rezelando que se acercaba ya el término de su imperio harto duradero, ha recurrido, pues, á todas sus armas y baterías y adoptado toda especie de formas y de disfraces, hasta cubrirse con el manto de la relijion misma, para censurar una obra consagrada á defenderla.

No le es ya posible al Autor el callar por mas tiempo; y el mismo espíritu que le inspirara este libro, le fuerza ahora á defenderle. Ya es harto evidente que los críticos á quienes se refiere esta defensa, lejos de haber procedido en sus censuras de buena fé, finjen que no han discernido ó conocido bien el objeto principal de la obra, que han calificado de una verdadera profanacion; y no han querido maliciosamente hacerse cargo, que si el autor ha hablado de la grandeza, de la belleza, y aun de la poesía del

cristianismo, es porque hace cincuenta años que solo se habla de la pequeñez, de la ridiculez y de la barbarie de esta misma relijion.

Cuando el autor haya desarrollado y puesto en claro las razones que tuvo para emprender esta obra, y á que especie de lectores la dedicara en particular, tal vez no se desconocerán sus intenciones, ni el objeto de su trabajo, y sus desvelos. La prueba mayor que hoy pudiera dar de su celo por la causa que ya ha defendido, es la contestacion actual á estas criticas, no obstante su repugnancia á entablar semejante género de controversias.

Entra pues á considerar el *asunto ó la materia, el plan y los pormenores* del Genio del Cristianismo.

ASUNTO Ó MATERIA DE LA OBRA.

Se ha preguntado en primer lugar, si el autor tenia el derecho de componer dicha obra; ¿Mas se pregunta esto seriamente ó solo por burla? Porque si es con seriedad, se deja ver bien que el crítico que la hace está muy poco instruido en la materia.

¿Ignora acaso alguno, que en tiempos calamitosos y difíciles, todo cristiano es un ministro y un confesor de Jesu-Christo (1)? La mayor parte de las apolojias de la relijion cristiana han sido compuestas por seglares. Ni Aristides; ni san Justino, ni Minucio Felix, ni Arnobio, ni Lactancio, eran seguramente clérigos. Aun es muy probable que san Próspero tampoco lo fué, y defendió la Iglesia contra los errores de los semi-pelugianos; y esta cita todos los

(1) *San. Ger. Dial. cont, Lucif.*

dias sus obras en apoyo y confirmacion de su doctrina. Cuando Nestorio principió á esparcir sus herejias el primero que se le opuso fué el abogado Eusebio, que despues llegó á ser obispo de Doriléa. Aun no habia recibido tampoco los sagrados órdenes Orijenes, cuando explicó la sagrada escritura en la Palestina, á ruegos de los prelados mismos de aquella provincia. Es cierto que Demetrio, obispo de Alejandría, teniendo zelos de Orijenes; se quejó de los discursos de este como de una novedad; pero Alejandro, obispo de Jerusalen y Teocrito de Cesaréa, contestaron que era ya una costumbre antigua y generalmente recibida en toda la iglesia, el que los obispos echasen mano para el efecto, de todos aquellos que se distinguiesen por su piedad y el don de la palabra, aunque no fuesen clérigos. ¡Iguales ejemplos nos ofrecen todos los demas siglos! Y cuando Pascal emprendió su sublime apolojía del Cristianismo, cuando la Bruyere tronó contra los *espiritus fuertes*, cuando Leibnitz defendió los principales dogmas de la fé, cuando Neuton publicó su explicacion del Apocalipsis, y Montesquieu compuso sus capítulos tan excelentes en favor del culto evangélico, ¿le ocurrió à nadie preguntar si eran sacerdotes ó clérigos todos ellos? Hasta los poetas mismos han unido su voz á la de estos poderosos apolojistas, y el hijo de Racine ha defendido en versos muy armoniosos la relijion que habia inspirado la Atalia á su padre.

Pero si ha habido una ocasion, en que fuese permitido á unos simples legos el tomar por su cuenta esta causa sagrada, fué ciertamente en una apolojia de la naturaleza del *Genio del Cristianismo*; género

de defensa obligado, digamoslo asi, imperiosamente por el del ataque, y el único tal vez, atendido el espíritu de la época actual, que prometiese un éxito tal cual. Un seglar solo pudiera haber emprendido una defensa de esta especie; porque un eclesiástico no hubiera podido considerar la relijion bajo sus relaciones puramente humanas, sin faltar á todas las reglas del decoro, ni menos leer, aunque para refutarlas, tantas sátiras calumniosas, y otras producciones no menos impías que obscenas.

Digamos la verdad; nadie conocia mejor lo fribolo de esta objecion, que los críticos mismos que la han hecho; pero tomando este camino oblicuo, creian poder oponerse mejor á los buenos efectos que este libro pudiera producir. Querian dividir la opinion pública, haciendo nacer y dando lugar á que se formasen diferentes dudas sobre la competencia del autor, y pasmar no menos á las gentes sencillas que la aparente buena fe de semejantes críticas hubiese podido aun sorprender. Pero que no se alarmen las conciencias timoratas, ó mas bien que examinen antes de todo, si esos críticos llenos de escrúpulos, que acusan al autor *de haber tomado en sus manos el incensario*, y que muestran un interés tan tierno, y una tan inquieta solicitud por la causa de la relijion, no son por el contrario unos hombres conocidos ya por el desprecio ó por la indiferencia con que siempre la miraron. ¡Que burla! ; *Tales sunt hominum mentes*!

La segunda objecion que se ha hecho al *Genio del Cristianismo* tiene el mismo fin que la primera; pero es mucho mas peligrosa; en razon de que propende

directamente á confundir todas las ideas, á ofuscar y enredar una cosa sobradamente clara de por sí, y, sobre todo, á alucinar al lector sobre el verdadero fin de la obra.

Los mismos críticos, siempre zelosos por la prosperidad de la religion, dicen: jamas debiera hablarse de la religion bajo sus relaciones puramente humanas, ni menos considerar sus bellezas literarias y poéticas. Esto perjudica á la religion misma, por cuanto se deprime su dignidad; esto es tocar el velo del santuario y profanar el arca del Señor, etc. etc. ¿Porque no se contenta el autor con emplear únicamente los argumentos que le suministra la teologia? ¿Porque no se ha servido de esa lójica severa, que solo inspira ideas sanas á los niños, confirma al cristiano en la fe, edifica al sacerdote y satisface al sabio y al doctor?

Esta es, digamoslo así, la única objecion que hacen los críticos; pues versan sobre ellas cuantas censuras se han impreso relativas á la *materia*, al *plan* y á los *pormenores* de la ejecucion de la obra. No han querido jamas hacerse cargo de las intenciones y fin del autor, de modo que este pudiera contestarles á su vez, es creer que el crítico ha jurado no querer jamas entrar en la cuestion, ni entender bien uno solo de los pasajes que ataca y censura (1).

Toda la fuerza del argumento, en su *última parte* se reduce á decir:

«El autor ha querido considerar el cristianismo en sus relaciones con la poesia, las bellas artes, la elocuencia y la literatura; ademas ha querido mostrar,

(1) *Montesquieu, defensa del espiritu de las leyes.*

cuanto deba la humanidad á esta relijion misma bajo las consideraciones morales, civiles y políticas. Con semejante proyecto, es certísimo, pues, que él no ha querido componer un libro de teología; que no ha defendido lo que no queria defender, ni se ha dirijido á lectores, á quienes el no pensara dirijirse; por consiguiente, es culpado de *haber hecho* precisamente lo que solo pensara hacer: »

Pero en suposicion que el autor haya llenado su *objeto* ¿deberia el haberse propuesto este *objeto* mismo?

Esto nos conduce naturalmente á la *primera parte* de la objecion, repetida hasta dar fastidio, á saber, *que no debiera haberse considerado la relijion, bajo el punto de vista de sus bellezas humanas, morales y poéticas, y que esto es deprimir su dignidad.* etc.

El autor se propone poner bien en claro este punto principal de la cuestion en los parágrafos siguientes.

I. En primer lugar, el autor *no ataca*, y si solo *defiende*; no ha *buscado* él, por decirlo asi, el *fin* de su obra, si que este se le ha *presentado* y como *ofrecido*: esta reflexion por sí sola cambia en un momento el estado de la cuestion, y echa por tierra la crítica. El autor no viene de intento á encomiar una relijion querida, admirada y respetada de todos, y si una relijion aborrecida, hollada y vilipendiada por los sofistas. Sin duda que el *Genio del Cristianismo* hubiera sido una obra no necesaria é importuna en el siglo de Luis XIV; y el crítico que ha observado que Masillon no hubiera compuesto una apolojia semejante, ha dicho una gran verdad. Ciertamente que el autor no hubiera pensado jamas en escribir su

obra, sino hubiesen existido tantos poemas, novelas y libros de todas especies, en los cuales se expone el cristianismo á la burla y á la mofa de cuantos los lean. Pero por cuanto estos poemas, novelas y libros existen, era ya de absoluta necesidad el arrancar y sustraer la relijion à los sarcasmos y sàtiras de la impiedad; mas atendiendo á que se ha escrito y repetido de todas partes, que el cristianismo es *bárbaro, ridiculo y enemigo de las artes y del talento*, era muy esencial probar que no era ni bárbaro, ni ridículo ni enemigo de las artes ó del talento, y que lo que parece pequeño, bajo, de mal gusto, sin hechizos, sin gracia ni ternura en la pluma del escándalo, es tal vez grande, patético, natural y eminentemente dramático y divino en la del hombre relijioso.

II. Y sino es licito defender la relijion bajo sus relaciones de belleza humana, digamoslo asi, si no se debe trabajar para impedir que el ridiculo ataque sus instituciones sublimes, ¿quedarà siempre una de sus partes y uno de sus flancos espuesto á los tiros de sus contrarios? Allí pues se dirijirian todos ellos; y como nos encontrariamos sin defensa, allí pereceriamos quedando vencidos. ¿No hemos estado bien cerca de este riesgo? ¿Con sus bufonadas y sarcasmos no ha llegado Voltaire casi á hacer bambolear las bases mismas de la fe? ¿Contestareis á sus cuentos licenciosos y à sus locuras, con vuestra teolojia y vuestros silogismos? ¿Acaso impedirán esos argümentos serios y en forma dialectica, que un mundo frivolo corra y se deje seducir por unos versos llenos de gracia y de sal, ó que huya de los altares por miedo de que se le ridiculice? ¿Ignorais acaso que

en Francia tienen mas fuerza que volumenes enteros de raciocinios y de metafísica, una expresion injeniosa, una iniquidad brillante ó agradable.? Pues bien; persuadid à la juventud que un hombre honrado puede ser cristiano sin acreditarse de tonto; hacedle concebir, que no son solo los capuchinos y los imbéciles los que creen en Dios, y habreis ganado vuestro pleito. Desplegad en horabuena entonces toda vuestra teolojía, para completar vuestra victoria; pero principiad siempre por haceros creer. Nada es pues tan necesario en un principio, como una obra relijiosa, que sea, por decirlo asi, popular. ¡Apenas vuestro enfermo puede casi marchar, y querriais hacerle subir de una sola tirada hàcia la cumbre de la montaña! No; mostradle al contrario á cada paso objetos que le distraigan y le alegren; permitidle aun que se detenga de cuando en cuando, y coja alguna de las florecillas que encontrará en el camino; y de descanso en descanso el llegará hasta la cumbre.

III. El autor no ha escrito solamente su apolojía para los *estudiantes*, para los *cristianos*, para los *clerigos* ó para los doctores (1); la ha escrito principalmente para los *aficionados á las letras* y las jentes de *mundo*. Esto es lo que ya se ha dicho, y aun implicitamente en los dos párrafos antecedentes. No partiendo de este principio, y afectando ademas el desconocer para que especie de lectores se ha compuesto principalmente el *Genio del Cristianismo*, es

(1) *Y no obstante esto, los que se muestran tan escrupulosos no son ya los verdaderos cristianos ó algunos doctores de la Sorbona, sino los llamados filósofos, como lo hemos dicho arriba, y conviene tener siempre presente.*

cierto quo se desconocerá tambien el verdadero objeto de dicha obra. Se ha querido, quo con la misma facilidad con que un letrado incrédulo hojea un libro sofístico ó un jóven atronado una novela licenciosa, puedan tambien correr y leer el *Genio del Cristianismo*. ¿Segun esto querels hacer de la relijion una cosa de *moda*? Asi claman ahora esos rigoristas tan zelosos al parecer por la relijion. ¡Pluguiera al cielo que la relijion se hiciese de *moda*, segun el sentido de que esta es la opinion del mundo! Acaso diera esto lugar á algunas hipocresías particulares, es cierto; pero tambien es verdad que la moral pública sacaria infinitas ventajas. El rico no haria entonces gala de corromper al pobre, el amo no pervertiria al criado, ni el padre daria lecciones de ateismo á sus hijos: la práctica y el ejercicio del culto exterior conduciria naturalmente á la crocencia y á la fe de los dogmas, y con la piedad veriamos revivir y renacer el siglo de las virtudes y de las buenas costumbres.

IV. Harto conocia Voltaire á los hombres, cuando atacó al Cristianismo, para no hacer todos estos esfuerzos á fin de apoderarse de la opinion que se dice del *Mundo*, y para no emplear sus talentos en dar á la impledad todo el aire del mejor tono. Salióse con la suya, ridiculizando la religion á los ojos de las personas insustanciales. Neutralizar y borrar esta pretendida ridiculez del Cristianismo, es precisamente todo el objeto del trabajo del autor del *Genio del Cristianismo*, objeto que no debe perderse jamas de vista, si se quiere juzgar su obra imparcialmente? Pero ha logrado el autor neutralizar y borrar dicho ridículo? Mas la cuestion no es esta;

deberia si preguntarse: ¿Ha hecho el autor todos sus esfuerzos para lograrlo? Agradezcasele pues lo que emprendió, y se propuso hacer, y no lo que realmente haya hecho. *Permitte Dives cætera.* El autor solo defiende de su obra la idea que forma su base. Considerar el Cristianismo en sus relaciones con las sociedades humanas; mostrar lo que ha cambiado la razon y las pasiones de los hombres, como ha civilizado las hordas de conquistadores del Norte, como ha modificado el genio de las artes y de las letras, y dirijido el espíritu y las costumbres de las naciones modernas; en una palabra, descubrir y poner ya en claro todo cuanto esta relijion tiene de maravilloso en sus relaciones poéticas, morales, políticas é historicas etc., será siempre á juicio del autor, uno de los mas bellos y dignos asuntos que pudieran imaginarse para componer y trazar una obra literaria. Mas en cuanto á la ejecucion, el autor la abandona á la crítica y á la censura.

V. Mas dejemonos ya de afectar una cierta modestia, nada propia de este lugar, y que sospechosa siempre en los Autores modernos, no impone ni engaña ya à nadie. Es tan seria y grande la causa, y tan urgente el interés que ella inspira, que no puede ménos de sobreponerse á toda especie de consideracion ó de respeto humano. Ora bien, si el autor cuenta el número, calidad y autoridad de cuantos se han dignado aprobar su obra, no podrá sin duda persuadirse de que se haya del todo frustrado el objeto principal de ella. Tómese un pasaje impio cualquiera, y compúlsesele con otro religioso sacado del *Genio del Cristianismo* sobre el mismo asunto, y nos atrevemos

á decir que el segundo neutralizará, cuando no destruya, el pernicioso efecto del primero; tal fuerza tiene la pura y sencilla verdad cotejada con la mas brillante mentira! Por ejemplo, Voltaire se burla á menudo de los relijiosos; pues bien, pongase al lado de sus burlescas pinturas el fragmento sobre las Misiones, ó aquel en el que se pinta á las órdenes hospitalarias socorriendo al viajero en medio de los desiertos, ó el capítulo en el que se describe á los frailes consagrándose al servicio de los hospitales, asistiendo á los apestados en los baños, ó acompañando al cadalso á un criminal, y en este caso la ironia queda sin fuerza alguna, ó las burlas se convierten tal vez en lágrimas. A las reconvenciones de ignorancia que se han hecho al culto cristiano, dad por respuesta los inmensos trabajos que hubieron de emprender los monges para conservarnos los manuscritos de la antignedad; si se les acusa de barbarie y de mal gusto, presentad por toda respuesta las obras de Fenelon y de Bossuet; y si se nos objetan algunas pinturas grotescas y ridiculas de los ángeles y de los santos, contestad y oponed los efectos súblimes del Cristianismo en la parte dramática de la poesia, de la elocuencia y de las bellas artes, y vereis cual se desvanece al punto la funesta impresion que pudieran haber producido las sátiras y los sarcasmos. Cuando el autor, pues no hubiese hecho otra cosa mas que paladear y reconciliar consigo mismo el amor propio de las gentes del mundo, sin chocarle en manera alguna, y desplegar á los ojos de un siglo incrédulo, sin digustarle, una serie de pinturas y cuadros religiosos aun creeria no haber trabajado en vano por la causa y de la relijion.

VI. Hostigados los críticos por estas verdades, que como hombres de talento conocen sobradamente, y que tal vez fueron el motivo secreto de sus primeras inquietudes y sustos, recurren ahora à un nuevo subterfujio. «¿Y quien os niega, dicen ellos, que el Cristianismo cual las demas relijiones no tenga sus bellezas poéticas y morales, ni que sus ceremonias sean bien pomposas, etc.?» ¿Quien lo niega? Vosotros mismos, que hace poco tomabais las cosas santas por objeto de vuestras burlas; vosotros mismos que no pudiendo desconocer la fuerza y la evidencia de nuestras pruebas, alegais ahora, porque no teneis mas recurso, que nadie ataca lo que defiende el autor. Vosotros confesais al presente que en las instituciones monásticas, se encuentran cosas excelentes; quedais absortos y os enterneceis al contemplar los solitarios de san Bernardo, los Misioneros del Paraguay y las Hermanas de la caridad; confesais tambien que las ideas religiosas son necesarias á los efectos dramáticos; que la moral del Evanjelio, oponiendo una barrera à las pasiones de los hombres, ha purificado su ardor y aumentado su enerjia; reconoceis no menos que el Cristianismo ha salvado y preservado las letras y las artes de la irrupcion de los bárbaros, y que nos ha trasmitido el idioma y los escritos de la Grecia y de Roma; que ha fundado vuestros colejios, edificado ó hermoseado vuestras ciudades, moderado el despótismo de vuestros gobiernos, dictado vuestras leyes civiles, dulcificado y templado las criminales, y en una palabra que ha desbrozado y civilizado la Europa moderna: pero ¿hubierais hecho semejante confesion antes de la publicacion de una obra, que aunque im-

perfecta, ha reunido bajo un solo punto de vista todas estas interesantes verdades?

VII. Ya hemos observado el tierno interés que afectan estos críticos por la pureza de la relijion; era por consiguiente de esperar, que se formalizasen no menos con motivo de los dos episodios que el autor ha introducido en su libro. Esta pretendida delicadeza de los críticos, hace como parte de la objecion principal que dirijieran contra el todo de la obra, y se destruye por la misma respuesta general que ya hemos dado. Pero repitámoslo otra vez; era un deber en el autor el combatir con poemas y novelas piadosas los poemas y novelas de los impíos; el autor para su defensa ha debido empuñar las mismas armas con que los enemigos le atacaban; esta era una consecuencia natural y necesaria de la especie de apología que el autor emprendiera. El autor ademas ha querido apoyar con los ejemplos sus preceptos y doctrina; ya habia dicho en la parte teorica de su obra, que la relijion adorna y hermosea nuestra existencia, que corrije sin sofocarlas nuestras pasiones y que esparce un hechizo y un interés particular en todas cuantas materias se la emplea; habia dicho y asegurado tambien, que su doctrina y su culto se mezclan y entrelazan maravillosamente á los arrebatos del corozon y á las bellas escenas de la naturaleza, y que la relijion es en fin el solo recurso y consuelo en las grandes calamidades de la vida; pero no bastaba solo decirlo; era menester probarlo, y esto es lo que el autor se proposo hacer con los dos episodios de su obra. Sin contar, que aun eran una especie de cebo que se preparara para aquellos lectores, á quienes

especialmente se dirijia esta obra. ¿Conocia tan mal el corazon humano el autor, cuando tendia á los incrédulos esta inocente añagaza? Lectores hay que ni siquiera hubiesen saludado el *Genio del Cristianismo* si no hubiesen ido á buscar en él la *Atala* ó el *René*.

Sa che la corre il mondo ove piu versi
Di sue dolcezze it lusingher parnasso,
É ché I verso, conclito in molli versi,
I piu schivi allettando, ha persuaso.

VIII. Todo lo que podria exijir razonablemente del autor un crítico imparcial, y que entrase en el espíritu segun el cual está hecha la obra, seria que los episodios tendiesen ostensiblemente á demostrar la utilidad de la relijion y á hacerla amar. Ora bien: la necesidad de refujiarse en un claustro en ciertas circunstancias y las mas calamitosas de la vida, y el poder de una relijion para cerrar unas llagas que todos los bálsamos de la tierra no pudieron curar ¿no están suficiente é invenciblemente demostradas en la historia de René? El autor ademas ha querido combatir é impugnar allí la estravagancia que es peculiar á la juventud de este siglo, y estravagancia que conduce directamente al suicidio. Juan Jacobo Rouseau fué el primero que introdujo entre nosotros estas vaciedades é ilusiones tan desastrosas como culpables. Retrayéndose de la sociedad y entregándose á sus sueños, enseñó é hizo creer á muchos de nuestros jóvenes, que no hay cosa mas bella que arrojarse así á lo *vago* é *indefinido* de la vida, venenoso gérmen que acabó de desarrollar despues la novela de Werter. Precisado el autor del *Genio del Cristianismo* á hacer entrar en el gran cuadro de su apolojia algunas pin-

turas é ideas para la imajinacion, ha querido denunciar y combatir esta especie de vicio nuevo, y pintar las funestas consecuencias de este amor exajerado de la soledad. En otro tiempo nuestros conventos ofrecian cómodos asilos á esas almas contemplativas, que la naturaleza llama imperiosamente á la meditacion; allí, y en presencia de su Dios, encontraban facilmente con que llenar el vacío que sentian dentro de sí mismas, y la ocasion aun de adquirir y practicar las mas raras y sublimes virtudes. Pero desde que se destruyeron los conventos, y despues que la incredulidad ha hecho tan horribles progresos, ya no es estraño verse multiplicar en el seno de la sociedad misma (como se ha visto en Inglaterra) una especie de solitarios, ya filosofos ó ya entusiastas, que no pudiendo ni renunciar á los vicios del siglo ni tampoco estimarle ni apreciarle, tomarán aun por un esfuerzo extraordinario y sublime del talento su odio á los hombres, abandonarán el cumplimiento de sus deberes ya sean divinos ya humanos, se alimentarán á sus solas con las mas ridículas quimeras, y se precipitarán mas y mas, y se abismarán al fin en una misantropia orgullosa, que les conducirá ó al delirio ó al suicidio.

El autor para inspirar un justo tedio y horror á estas criminales ilusiones, creyó que debia buscar el castigo de René en el círculo de esas terribles desgracias, que mas pertenecen á la especie humana que al individuo, y que los antiguos atribuian al hado ó á la fatalidad. El autor hubiera elejido el ejemplo de Fedra, si no hubiese sido tratado ya de antemano por Racine: solo restaban el de Europo y Fies-

tes, entre los Griegos (1) ó el de Amnon y Tamar entre los Hebreos (2); aunque este mismo asunto se haya trasladado á nuestro teatro (3), no es aun tan conocido como el primero. Quizás se aplicaria mejor al carácter que el autor quiso pintar, porque en efecto, las desatinadas ideas de René principian el mal, y sus extravagancias lo terminan; con las primeras descarria la imajinacion de una débil mujer, y queriendo atentar á su vida, fuerza con las segundas á esta desgraciada á reunirse á él; asi la catástrofe nace del asunto mismo, y del delito el castigo.

Restaba pues únicamente santificar por medio del Cristianismo esta catástrofe sacada à la vez de la antiguedad sagrada y profana. Aun no ha tenido el autor necesidad de inventar este incidente, porque ya le ha encontrado *cristianizado* en una antigua cancion de Peregrinos, que cantan en muchas provincias nuestros paisanos del campo (4). Ora bien, no se juzgue de la moralidad de una obra por las máximas, ó los principios que se establecen en ella, sino por la impresion que deja su lectura en el fondo del alma. Y bien se ve, que aquella especie de terror y de misterio que domina en el episodio de René, aunque entristezca y como que oprima el corazon, no exita

(1) *Sen en* Atr *y Thi. Véase tambien á Canacé y Macareo, y Canne y Biblis, en las* Metamórfosis *y* Heroidas *de Ovidio. Yo he desechado el asunto de Myrra como sobrado abominable, y del cual nos ofrece la Escritura un ejemplo igual á Loth y sus hijas.*

(2) *Libro de los Reyes*, 13, 14.

(3) *En el* Abufar *de Mr. Ducis.*

(4) *Caballero de los Landes*
Desgraciado caballero, etc. etc

en el arrebato alguno criminal. Tampoco debe perderse de vista, que Amelia muere feliz y perfectamente curada, mientras que René acaba sus dias miserablemente. De este modo el verdadero culpable queda castigado, al paso que su frájil hermana y víctima, apelando y arrojàndose à los brazos de *aquel, que revuelve y consuela al enfermo en su lecho*, siente nacer en su corazon y del fondo mismo de sus tristezas y angustias un gozo inefable. Por lo demas, el discurso y reconvenciones del Padre Souël no dejan la menor duda sobre el objeto y las moralidades relijiosas de la historia de René.

IX. Por lo respectivo à la *Atala*, se han hecho ya tantos comentarios, que seria muy superfluo el detenerse mas en este asunto. Contentémonos con observar, que los críticos mismos que han juzgado con mas severidad esta historia, se han visto precisados à confesar, *que ella hacia amar la relijion cristiana*, lo que basta al autor. En vano se nos echarán en cara aun duramente algunos de sus pasajes y descripciones; pero no es menos cierto, que el público ha visto sin disgusto al viejo misionero, á pesar de ser un clérigo, y que ha apreciado en este episodio indiano la descripcion de las ceremonias de nuestro culto. La *Atala* anunció, y tal vez ha hecho leer el *Genio del Cristianismo;* esta jóven salvaje ha dispertado en cierta especie de gentes las ideas cristianas, y traidoles de nuevo la relijion del Padre Aubry desde los desiertos à donde fué desterrada.

X. Por lo demas, de ningun modo es nuevo el pensamiento de invocar y llamar la imajinacion al socorro y auxilio de los pensamientos relijiosos. ¿No he-

mos visto en nuestros dias la novela del *Conde de Valmont*, ó los *extravios de la razon?* El padre Marin mínimo, ¿no trató de introducir en los corazones de los incrédulos las verdades cristianas disfrazadas con el injenioso velo de las ficciones (1)? Mucho tiempo antes, el obispo de Beller, Pedro Camus, prelado bien conocido por la austeridad de sus costumbres, escribió muchas novelas piadosas (2), para contrarrestar la influencia y el veneno de las de Urfé. Pero aun hay mas: el mismo san Francisco de Sales fue quien le aconsejó é instó á emprender este jenero de apolojia, compadeciendo las personas del siglo, y para atraerlas mejor á la relijion, presentándosela bajo unos adornos y ficciones que ellas conocian y apreciaban. Asi tambien san Pablo *se hacia débil con los débiles para ganarlos mejor* (3).

¿Hubieran querido, pues, los que condenan ahora al autor, que este fuese mas escrupuloso que el sabio que compuso el *Conde de Valmont*, que el padre Marin, que Pedro Camus, que san Francisco de Sales, que Heliodoro, obispo de Trica (4)? ¿Quisieran

(1) *Tenemos de él diez novelas piadosas, muy conocidas y acreditadas, entre ellas* Adelaida de Wizbury, *ó* la púpila piadosa, Virjinia; *ó la* Virjen cristiana; el Baron de Van-Vesden, *ó la* República de los incrédulos; Farfalla, *ó la* Cómica convertida, *etc. etc.*

(2) *La* Dorotea, *la* Alcina, *la* Dafnis, *la* Jacinta, *etc. etc.*

(3) *Primera á los Corint.* 9, 22.

(4) *Autor de* Teajenes y Carideà. *Cuanto dice el historiador Wicéforo, con motivo de esta novela; no es mas que una fábula ridícula, Socrates, Focio, y los demas historiadores no hablan una palabra de la pretendida deposicion del obispo de Trica.*

que lo fuese mas que Amyot, gran limosnero de Francia (1), y que aquel otro prelado famoso que para inculcar mejor al príncipe su discípulo, y un príncipe *Cristianisimo*, las austeras lecciones de la virtud, no temió ponerle de manifiesto y no menos verdadera que enérjicamente el desórden y batalla de las pasiones? Es verdad que los Faidyts y los Gueudevilles hicieron cargos á Fenelon, por su pintura de los amores de la Ninfa Eucaris; pero ya nadie se acuerda de sus criticas (2) al paso que el Telemaco ha llegado á ser una obra clásica en manos de nuestra juventud nadie se acuerda ya de hacerle un cargo al arzobispo de Cambrai por haber querido curar las pasiones por la representacion demasiado viva del desórden de las pasiones mismas; como tampoco se reconviene ni acusa à san Agustin ni à san Gerónimo por haber pintado tan al natural sus propias flaquezas ni los encantos del amor.

XI. Pero estos críticos que todo lo saben, como parece indicarlo el modo majistral con que censuran al autor, ¿han creido realmente que este método de defender la relijion, haciéndola dulce é interesante al corazon, y aun adornándola de los hechizos y gracias de la poesia, era realmente extraordinario y nunca practicado ni oido? «¿Quién osará decir, exclama san Agustin, que la verdad no debe armarse contra la mentira, y que ha de ser lícito á los enemigos de la fé el aterrar á los fieles con frases patéticas, ó divertirlos con frases injeniosas y agradables, mientras

(1) *Traductor de* Teagenes *y* Clariclea *y de* Dafnis *y* Cloe.

(2) *Véase al fin de esta* Defensa, *la nota A.*

que á los católicos solo se les permita escribir en un estilo frio y sin sustancia que haga dormitar al lector?» El que traduce este pasaje de san Agustin, es un discipulo severo de Port-Royal; es el mismo Pascal, quien añade en el mismo lugar (1), «que en las verdades de nuestra relijion se encuentran dos cosas; á saber, una belleza enteramente divina que las hace amables, y una santa majestad que las hace venerables.» Aun para mostrar que en materia de relijion no siempre se ha de hacer uso de las pruebas mas rigurosas, dice en otra parte de sus obras (2), «que el corazon tiene sus razones, que la razon no comprende ni conoce.» El gran Arnoldo, jefe de esta famosa y severa escuela del Cristianismo, impugna á su vez al académico Du-Bois (3), que enseñaba tambien que no debia hacerse uso de la elocuencia humana para probar las verdades de la relijion. Hablando Ramsai, en su vida de Fenelon, del tratado de la *Existencia de Dios* que compuso este ilustre prelado, observa que el arzobispo de Cambrai sabia bien, que la enfermedad de la mayor parte de los incrédulos procede mas bien del corazon que del entendimiento, y que era por consiguiente necesario *el esparcir por todas partes ciertos sentimientos, que interesasen, arrebatasen y cautivasen el corazon.* (4) Raimundo de Sebonde ha dejado una obra escrita poco mas ó menos segun el mismo plan y las mismas ideas del *Genio del Cristia-*

(1) Cartas provinciales, *cart. XI.*
(2) *Pensamientos de Pascal, cap. XXVIII.*
(3) *En un pequeño tratado intitulado:* Reflexiones sobre la elocuencia de los Predicadores.
(4) Historia de la vida de Fenelon, *pag.* 193.

nismo ; Montaigne ha tomado á su cargo la defensa de este autor, contra aquellos que aseguran *que los cristianos se perjudican pretendiendo defender su fé con razones humanas* (1). « Sin duda la fe es la única, añade Montaigne, que encierra y abraza tan cierta como vivamente los altos misterios de nuestra relijion. Mas esto no quiere decir, que no sea una empresa tan meritoria como digna el hacer servir al triunfo de la fe los instrumentos y las facultades naturales que Dios ha dado.... No, no hay ocupacion ni designio mas digno de un verdadero cristiano que el dedicar todos sus estudios y pensamientos á hermosear, extender y amplificar la verdad de lo que cree (2). »

Nunca acabaria el autor si quisiese citar todos los escritores que como él han pensado ser necesario el presentar *amable* la relijion, y todos los libros en que se han empleado la imajinacion, las bellas artes y la poesia, como otros tantos medios para llegar á dicho fin. De esta sola idea se ha ocupado durante algunos siglos un órden relijioso todo entero, cuyos individuos se han dado á conocer bien por su piedad, su amenidad y ciencia del mundo. Y sin duda, aquella sabiduria, *que abre la boca de los mudos, y hace elocuente hasta la lengua del tierno niño* (3), puede disponer á su gusto de cualquiera jenero de elocuencia. Aun conservamos una carta de san Gerónimo, en que este santo Padre se justifica de haber empleado la erudicion pagana en la defensa de la doctrina de los cristianos

(1) Ensayos de Montaigne, *tom. IV. lib. II. cap.* 12 *pag.* 172.
(2) *Idem*, *pag.* 173.
(3) *Sapientia aperuit os mutorum, et linguas infantium fecit disertas.*

(1). Si san Ambrosio, hubiese dado un san Agustin á la Iglesia, sino hubiese hecho uso de los encantos de la elocuencia? «Agustin, dice Rolin, prendado aun de la elocuencia profana, no ya buscaba en los cermones y discursos de san Ambrosio la solidez de las doctrinas, si solo los hechizos y gracia del estilo; mas no dependia de él el hacer esta separacion. Y á su vez san Agustin ¿á que altura no se elevó en su obra de la *Ciudad de Dios*, con el socorro de su brillante imajinacion? Este Santo Padre no repara en decir, que debe arrebatarse á los Paganos su elocuencia y dejarles sus fábulas, á fin de aplicar aquella á la predicacion del Evanjelio; bien como Israel se llevó el oro de los Ejipcios, sin tocar á sus ídolos para adornar y hermosear el Arca santa del Señor (2). En fin, fué una verdad tan unanimemente reconocida por los PP. de la Iglesia el que era una ventaja llamar la imajinacion al socorro de las ideas relijiosas, que muchos de aquellos santos varones fueron de opinion, que Dios se habia servido de la filosofía de Platon para atraer el espíritu humano con mas facilidad al conocimiento y à la fe de los dogmas del Cristianismo.

XII. Pero hay un hecho histórico que prueba invenciblemente el crasisimo error en que han caido los críticos, cuando han acusado al autor del delito de innovador en el modo con que ha defendido el Cristianismo. Cuando el emperador Juliano, rodeado de sofistas, atacó la relijion con las armas de la sátira y de la burla, del mismo modo que se ha hecho en nuestro tiempo; cuando prohibió á los *Galileos* el en-

(1) *Véase mas abajo la nota B.*
(2) *De Doct. Chr. lib. II. num.* 7.

señar y aun el aprender las bellas letras (1); cuando despojó los altares de Jesu-Cristo con el objeto de hacer titubear en la fé á los sacerdotes y de reducirlos á la humillacion de la mas vil indigencia, muchos sabios cristianos levantaron la voz para impugnar y desvanecer los sarcasmos de la impiedad y demostrar la belleza de la relijion cristiana. Apolinar el padre, segun refiere el historiador Sócrates, puso en verso heróico todo el Pentateuco, y compuso algunas tragedias y comedias sobre asuntos tomados de los demas libros de la escritura. Apolinar el hijo escribió algunos diálogos semejantes á los de Platon, incluyendo y explicando en ellos la moral del evangelio y los preceptos de los apóstoles (2). En fin el famoso padre de la iglesia, san Gregorio Nacianceno, llamado por excelencia el *Teólogo*, impugnó no menos los sofistas con las armas de la poesía. Hizo una tragedia de la muerte de Jesu-Cristo, que aun se conserva, y puso en verso la moral, los dogmas, y hasta los misterios de la relijion cristiana (3). El historiador de su vida afirma positivamente, que este ilustre santo no se entrega á su talento poético, sino por defender el Cristianismo contra las burlas de la impiedad, (4) y esta es tambien la opinion del sabio Fleurl. San Gre-

(1) *Aun se conserva el edicto de Juliano, Jul, páj. 42. Véase san Greg. Naz. Ora. 3. cap. 4. y Amm. lib. 22.*

(2) *Véase mas abajo la nota C.*

(3) *El señor de Billy ha recojido ciento y cuarenta siete poemas de este Padre, quien segun suponen san Geronimo y Suidas, compuso mas de treinta mil versos piadosos.*

(4) *Vida de san Greg. de Naz. páj. 12.*

gorio, dice este, quiso dar á los aficionados á la poesia y á la música asuntos útiles en que pudieran entretenerse, y quitar á los gentiles la ventaja de creer que eran ellos solos quienes sobresaliesen en el estudio de las bellas letras (1).

Esta especie de apolojia poética de nuestra relijion se ha continuado sin interrupcion desde Juliano Apóstata hasta nuestros dias. Y aun hizo nuevos progresos cnando se restauraron y renacieron las artes y las letras. San Nazaro compuso un poema de *Partu Virginis* (2) y Vida el de la vida y muerte de Jesu-Cristo (3), *Cristiadas*. Bucanan dió á luz dos trajedias de Jefté y de san Juan Bautista. *La Jerusalen libertada*, el *paraiso perdido*, el *Polyeuctes*, la *Ester*, y la *Atalia* han llegado despues á ser unas verdaderas apolojías de la belleza de la relijion cristiana. En fin, Bossuet, en el segundo capítulo de su prefacio, intitulado *De grandiloquentia et suavitate psalmorum*, Fleury en su tratado de las poesías sagradas, Rolin, en su capítulo de la elocuencia de la sagrada escritura, y Lowth en su excelente libro *De sacra poesi hœbeorum* todos estos autores, repito, se han complacido y esmerado en hacer conocer y admirar la gracia y la magnificencia de la relijion ¿Pero que necesidad hay de apoyar con tantos y tantos ejemplos una verdad, que el simple buen sentido solo basta á enseñar y demostrar? Se ha querido presentar como ridicula la relijion; luego nada tiene de extraño que nos esfor-

(1) *Véase mas abajo la nota D.*
(2) *Véase mas abajo la nota C.*
(3) *Ha pasado en proverbio el siguiente verso sobre el último aliento de vida de N. S. Jesu-Cristo.*
Supremamque auram, ponens caput, espiravit.

zemos en probar cuan bella sea. ¿Y que? Dios mismo nos anunciò y reveló su iglesia por medio de unos hombres inspirados, y aun se sirviò para pintarnos las gracias de la *esposa*, de los mas bellos cánticos que resonaron en la harpa del Profeta-Rey ¿ y nosotros no podríamos ponderar y cantar los hechizos de *aquella que baja del Libano* (1) *que tiende su vista desde las montañas de Sanir y de Hermon* (2) *que se deja ver cual la aurora* (3) *que es hermosa como la luna, y de una talla tan elegante como la palmera* (4) La nueva Jerusaleu que S. Juan vió subir desde el desierto, *era de una resplandeciente claridad.*

¡Pueblos de la tierra cantad!

¡Jerusalen renace mas graciosa y mas bella! (5)

Si, sí, *cantemos* esta Relijion sublime sin miedo; defendámosla contra las burlas y mofas de la impiedad; demosá conocer y hagamos valer todas sus gracias y bellezas, como se hizo en tiempo de Juliano, y puesto que un nuevo siglo parecido en la sofistería á aquel, ha vuelto á producir contra nuestros altares unos insultos nada desemejantes á los de aquella época, empleemos contra los falsos filósofos de esta época moderna el mismo género de apologia que ya emplearon con tan buen resultado los Gregorios y los

(1) Veni de Libano esponsa mea. *Cant. cap*, 4 *páj.* 8.

(2) De vertice Sanir et Hermon. *Cant. cap.* 4 *páj.* 8.

(3) Quasi aurora consurgens, pulchra ut luna. *Ib. cap*, 6. *páj.* 9.

(4) Statura tua assimiliata est palma, *Ib. cap.* 6. *pá.j* 7.

(5) *En la* Atalia.

Apolinarios contra los Máximos y los Libanios.

PLAN DE LA OBRA.

El autor no pudiera ya hablar del plan de su obra *segun su propio sentir y sus propias luces*, como lo ha hecho hasta aqui del fondo, es decir, de la materia ó del asunto de ella; porque el plan pertenece ya al arte y este tiene sus reglas y leyes; sobre la oportuna aplicacion de estas toca solo á los maestros el decidir. Asi que, en vista de los críticos que han desaprobado el plan de su obra, el autor no puede menos à su vez de citar aquellos cuyos sufrajios le han sido favorables.

Ora bien, si el autor se ha aluclnado sobre el plan de su obra y no le ha creido tan defectuoso como se le ha querido suponer ¿no deberia excusarse en el este juicio, puesto que algunos sabios, cuya crítica superior nadie se atreveria á contestar, piensan y estan de acuerdo con él? Estos escritores han aprobado públicamente su obra; el mismo la Harpe la juzgara con induljencia. Es tan preciosa semejante autoridad que el autor no puede omitir el alegarla en su favor, aun que se crea en él un acto de orgullo. Este célebre crítico pensara nuevamente del *Genio del Cristianismo*, lo propio que pensara en otro tiempo en favor de la Atala (1); propusiérase componer la *Defensa*

(1) *Apenas yo conocia en aquel tiempo á Mr. de la Harpe; pero sabedor de su designio, le supliqué por medio de algunos de sus amigos, que no contestase á la critica de Mr. Morellet (eclesiástico). Sin embargo de lo glorioso que hubiera sido para mi una defensa de la* Atala, *hecha por Mr. de La Harpe, yo crei justamente no valer bastante para excitar una disputa entre dos escrituras tan célebres.*

que el autor se ve precisado á hacer hoy por sí mismo: en este caso el autor, auxiliado por un sabio de tan conocidas luces, hubiera podido contar con un triunfo seguro; pero la Providencia lo ha dispuesto de otro modo, y le ha privado de un ausiliar tan poderoso, como de un sufrajio tan honroso.

Mas pasando desde los críticos que parecen aprobar á los que realmente han desaprobado su obra, el autor ha leido y releido mil veces sus censuras, y nada ha encontrado en ellas que pudiera ilustrarle; nada ha visto en ellas de bien preciso y bien determinado, y si solo expresiones vagas ó llenas de ironia. ¿Porque pues en vez de juzgar tan orgullosamente al autor, no han tenido compasion estos críticos de su flaqueza, mostrándole las defectos de su plan y los medios de correjirle? ¿Lo que se deduce de tanto número de amargas criticas, dice Mr. de Montesquieu en su defensa, es que el autor no ha compuesto su obra segun el plan y miras de los que le impugnan; y que si estos críticos hubieran de haber compuesto una obra sobre el mismo asunto, hubieran asignado en él una gran copia de las cosas que ellos saben (1).»

Y por cuanto estos críticos se han desdeñado (sin duda porque la cosa no vale la pena) de ilustrar al autor y de mostrarle el inconveniente afecto á su plan, ó mas bien, al asunto del *Genio del Cristianismo*, el mismo va á probar á descubrirle.

Cuando se quiere considerar la relijion cristiana ó el Genio del Cristianismo bajo todos aspectos, se ve bien que este asunto ofrece dos partes bien distintas entre si.

(1) *Defensa del espiritu de las Leyes..*

1.ª El Cristianismo propiamente tal ; á saber , sus dogmas , su doctrina y su culto ; bajo este último punto de vista se comprenden igualmente sus beneficios y sus instituciones morales y políticas.

2.ª La poética del Cristianismo , ó la influencia de esta relijion sobre la poesia , las bellas artes , la elocuencia , la historia , la filosofia y la literatura en jeneral , todo esto conduce á considerar no menos las mudanzas y modificaciones que esta relijion ha producido en las pasiones de los hombres y en el desarrollo del espíritu humano.

El inconveniente , pues , del asunto ó de la materia es la *falta de unidad* , y este inconveniente era y es inevitable. En vano para hacerle desaparecer, ha ensayado el autor nuevas combinaciones y divisiones de capitulos y partes de dicha obra en las dos ediciones que ha habido de suprimir. Mas despues de haber luchado con estas dificultades y obstinándose en seguir un plan mas regular , al fin se convenció y resolvió , que para conseguir el objeto que se propuso , no se trataba ya de hacer una obra extremamente metódica , y si de hacer tomar un gran intéres el corazon y de herir y conmover fuertemente la imajinacion. De este modo en vez de ceñirse al órden de las materias , como hiciera desde el principio , prefirió despues el órden de pruebas. Las de sentimiento se contienen en el primer tomo en que se trata del encanto , de la grandeza de los misterios , de la existencia de Dios , etc. : las pruebas para el espíritu y y la imajinacion, consagradas á la poética, ocupan el segundo y tercero tomos ; en fin las mismas pruebas para el corazon , el espíritu y la imajinacion , reuni-

das á las pruebas para la razon , es decir , à las pruebas de hecho , ocupan el tomo cuarto y terminan la obra. Esta serie y escala de pruebas parecia tambien prometer una progresion y aumento de intéres en el *Genio del Cristianismo* , y el juicio del público ha confirmado lo que esperaba el autor. Por consiguiente , si el interes de la obra va progresivamente aumentandose de tomo en tomo , es claro que el plan de la obra no fuera al todo defectuoso.

IV. Permitase aun al autor hacer una nueva observacion. ¿Pierde de vista el objeto de su obra frecuentemente , *á pesar de los extravios de su imajinacion?* En esta parte el autor se refiere y apela al crítico imparcial ; ¿porqué cual es el capítulo, ni aun la pájina, en que no se reproduzca y haga sentir el objeto de la obra (1)? Ora bien, en una apología del Cristianismo en que se queria demostrar al lector toda la belleza de la relijion ¿podria suponerse que el plan, segun el cual está concevida, fuese defectuoso, toda vez que en todas sus partes , tanto las mas directas como las mas lejanas, se hace aparecer con ventajas y por donde se quiera la grandeza de Dios, las maravillas de su providencia, y la influencia , los cantos, y los beneficios de los dogmas, de la doctrina y del culto de Jesucristo? Hablando en general , cuando se trata de juzgar el plan de un libro, se hace ordinariamente con sobrada precipitacion. Por lo regular , los críticos condenan sin misericordia , siempre que el desarrollo convenga á la idea que ellos se formaron al

(1) *Esta verdad ha sido reconocida por el crítico mismo que con mas calor ha impugnado la obra y que se cree ser Mr. Guinguené.*

leer el título del libro. Y no se hacen, ò no quieren hacerse cargo, que si el plan que ellos se imajinan se presentarian otros mil inconvenientes que le harian muy inferior al que el autor siguió.

Cuando un autor, lejos de proceder con sobrada precipitacion, empleó al contrario muchos y largos años en la composicion de su obra; cuando se tomó el tiempo de consultar los hombres y los libros sin desdedeñar ningun género de consejo ó de crítica; cuando se tomó el trabajo de recomenzar su obra muchas veces de un extremo á otro, sacrificándola por dos veces á las llamas cuando estuviera ya impresa, seria de toda justicia el suponer que ha reflexionado no menos bien la materia que el mismo crítico, que de un solo rasgo de pluma y por una sola y lijera ojeada dada á la obra condena un plan que costó algunos años de meditar. Dése cualquiera otra forma al *Genio del Cristianismo*, y osamos asegurar que el complejo, y el todo de las bellezas de la relijion, la acumulacion de las pruebas en los últimos capítulos, y la fuerza de la conclusion general, ni tendrán ya el brillo, ni interesarán, ni tocarán tan fuertemente como en el órden segun el cual estàn hoy dispuestas. Aun nos atrevemos á adelantarnos y á decir que no hay un solo gran monumento en prosa en la lengua francesa, si se exceptua el Telémaco y las obras históricas, contra cuyo plan no puedan objetarse los inconvenientes mismos que se han alegado contra el autor. ¡Qué arbitrariedad y que caprichos en la distribucion de las partes y de las materias de nuestros libros los mas bellos y los mas útiles! Y aun ciertamente, si nos es permitido comparar una obra maestra á otra

muy imperfecta, el admirable *Espíritu de las Leyes* es una composicion, en que no reina mas regularidad que en la obra cuyo plan se intenta justificar en esta defensa. Y sin embargo, en la materia que tratara Mr. de Montesquieu era aun mas necesario un cierto método, que en una relijiosa, y de la cual el autor del *Genio del Cristianismo* probará á dar un tan débil bosquejo.

PORMENORES DE LA OBRA Y DE SU EJECUCION.

Pasemos ahora á las críticas de los pormenores y cierto mecanismo de la ejecucion.

Observemos en primer lugar, que casi todas ellas versan sobre los dos volúmenes, primero y segundo. Sin duda se miran con un disgusto particular el tercero y el cuarto, pues apenas se hace mencion de ellos. ¿Debe alegrarse ó no el autor de esta circunstancia? ¿O es que estos dos volúmenes no prestan flanco alguno á la crítica?

Casi todos los críticos se han ceñido únicamente á impugnar algunas opiniones literarias particulares del autor, y consignadas en el segundo tomo (1); opiniones, que en el último resultado no son de una grande importancia y que pueden admitirse ó no, sin perjudicar al fondo de la obra; añádanse á la lista de estas graves reconvenciones una docena de expresiones verdaderamente repreensibles, que se han hecho desaparecer en las ediciones últimas.

(1) *Y aun no se ha hecho mas que copiar y repetir algunas de las muchas observaciones juiciosas y corteses que sobre el asunto habian publicado los mas acreditados diarios de la capital.*

Con respecto á algunas frases, cuyo sentido se ha tergiversado con una astucia no menos nueva que prodijiosa, con el objeto de encontrar en ellas bien poco decentes alusiones, ¿como evitar, ó como remediar esta desgracia? Un autor, y es la Bruyere quien lo dice, un autor no está ciertamente obligado á sobrecargar su cabeza con todas las estravagancias, con todas las indecencias y malas palabras que cabe en lo posible decir, como ni con todas las necias aplicaciones que pudieran hacerse con motivo de algunos pasajes de su obra, ni menos suprimirlos estos; debe convencerse que cualquiera que sea la exactitud, el cuidado y el zelo con que haya escrito, las frias zumbas de los burlones son un mal inevitable, y que sus mejores ideas y pensamientos no le pondràn á cubierto de las críticas de algun majadero (1).

Muchas citas ha hecho el autor en su obra; mas parece que aun debiera haber hecho muchas mas. Pero por una fatalidad bien singular ha sucedido, que en cuantas ocaciones han querido los críticos culpar al autor, han dado pruebas de no tener una memoria muy segura. No quisieran, por ejemplo, que el autor dijese, *rasgar el velo de los mundos, y dejar ver los abismos de la eternidad*, y son precisamente expresiones de Tertuliano (2): rayan *el pozo del abismo, y el cabello pálido de la muerte*, como si fueran un arrebato de la imajinacion del autor, y olvidan que son

(1) Caract. de La Bruyere.

(2) Cum ergo finis et limes medius, qui interbiat, adfuerit, ut etiam mundi ipsius species transferatur æque temporalis, quæ illi dispositiones æternitatis aubis vies oppansa etc. *Appol. cap.* 48.

unas expreciones del Apocalipsis (1); se burlan de las torres góticas, *á quienes sirven de toca las nubes*, y no ven que el autor ha querido traducir literalmente un verso de Shakespeare (2): creen que los *osos embriagados con las ubas* sean una circunstancia inventada por el autor, y él no es en esta ocasion mas que un historiador fiel (3); el esquimal que se embarca sobre una montaña de hielo, creen ser una invencion extravagante, y es un hecho que nos refiere Charlevoix (4); el cocodrilo que pone un huevo, es una expresion de Horodoto (5); las *astucias de la sabiduria*, (6) son palabras de la Biblia, etc. etc Un crítico pretende que el epiteto de que usa Homero, hablando de Nestor debe traducirse por Nestor el de un *hablar dulce*, lo que jamas ha significado. Rollin le ha traducido poco mas ó menos como el autor del *Genio del Cristianismo*, (7)

(1) Equus pallidus *cap.* 6. *v.* 8. Puteus abyssi *cap.* 9. *v.* 2.

(2) The elouds-cap-towets, the gorgeons palaces. etc. etc. (*In the Temp.*)

El abate Delille habia dicho en el poema de los Jardines hablando de las montañas:

J' aime á voir leur front chauve et leur ete sauvage
Se coiffer de verdure, et s' entourer d' ombrage.

(3) *Véase mas abajo la nota F.*

(4) *¿Se creeria posible que sobre estos hielos enormes se ven tal vez hombres, que se embarcaron de propósito? Pues se asegura que mas de una vez se han visto Esquimales, etc. etc.* Historia de la Nueva Francia, *tom. II. lib. X. páj.* 293, *edic. de Paris* 1744.

Sin embargo en la nueva edicion yo he correjido Torres coronadas de un capitel de nubes.

(5) Herod. lib. II. cap. 68.

(6) *Astutias sapientiæ.* Eccl. cap. I, v. 6.

(7) *Tratado de los estudios*, tom. I, páj. 375: de la lectura de Homero.

conformándose al texto griego, Nestor *esta boca elocuente* y no á la leccion latina del Scoliastes, *Sauvilouus*, que sin duda tuvo, el critico presente.

Por lo demas, el autor ha dicho ya no ser su intencion el defender unos talentos, que sin duda alguna no posee; pero no podria menos de observar aquí que tanto número de nimios y fútiles reparos en una obra tan voluminosa, solo sirven para disgustar; y no para ilustrar al autor; asi lo pensó el famoso Montesquieu en el siguiente pasaje de su *Defensa*:

« Las personas que todo lo quieren enseñar, impiden que se aprendan muchas cosas; el mas sublime talento se ve, digamoslo asi, cortado cuando llega á cubrirsele y enredársele con un millon de vanos escrúpulos; enhorabuena que tengais las mejores intenciones del mundo, aun se os obligará á vos mismo á dudar de ellas. No pudierais ocuparos en decir las cosas bien, cuando estais como aturdido con el recelo de decirlas malamente, y que en vez de seguir vuestro pensamiento y vuestra idea, solo pensais en buscar aquellos términos que puedan salvarse de las sutilezas de la critica. Se quisiera ponernos un para-golpes en la cabeza, para decirnos á cada palabra, tenga vm. cuidado de no caer; vm. quisiera hablar como vm. mismo; pues no, es menester que hable como yo. El autor quiere remontarse algun tanto, y he aquí que le detienen y como que le asen del brazo. Manifiesta alguna fuerza y alguna vida, y he aquí que le debilitan con punzadas de alfileres. Os elevais al fin algun poco, y vense en el momento gentes que toman su toesa ó su vara, y que erguiendo su cabeza os gritan que bajeis para poder mediros...

No hay ciencia ni literatura que pueda resistir á semejante pedantismo (4).»

Aun es mucho peor, cuando á todo esto se añaden las denuncias y las calumnias. El autor las perdona á los críticos; tal vez ellas eran parte del plan que se trazaron, y en este caso tienen derecho de solicitar á favor de su obra la misma induljencia que el autor reclama por la suya. Sin embargo ¿en que pudieran venir á parar tantas y tan multiplicadas censuras, en las cuales en vez de un gusto imparcial de una sana crítica solo se nota una envidia mortal de perjudicar á la obra y á su autor? En que tal vez se provoque á unos hombres, á quienes sus principios han hecho guardar silencio hasta hoy, y que precisados á presentarse en la palestra, lo harán tal vez con unas armas de que no se tenia el menor antecedente ni conocimientos.

(4) *Defensa del Espíritu de las Leyes*, *Parte* III. —

FIN DE LA DEFENSA Y PREFACIO.

NOTAS DE LA DEFENSA

DEL

GENIO DEL CRISTIANISMO.

NOTA A.

Es muy curioso á la verdad el ver, como el oscuro Faidyt trata á un Fenelon en su *Telemacomania.*

« Si ha de juzgarse del Telémaco, dice este impertinente, por la prisa y el entusiasmo con que se busca y arrebata este libro, sin duda es el mas excelente de todos ellos. Jamas se hicieron tantas edicciones de algun otro libro, ni se imprimió mayor número de ejemplares, ni fué leido por tanta multitud de personas. Pero como las *hadas* del jóven Perrault, las *pasquinadas* de Le Noble, *las viejas de buen humor* de madama Demurat, y las comedias de Arlaquin ó el teatro Italino que son ciertamente obras muy despreciables, han sido reimpresas aun mas veces que el Telémaco, y buscadas y leidas tal vez por mayor número de personas, debe inferirse, que no siempre la prisa con que se busca y lee un libro es una prueba suficiente de su mérito y de su bondad... El profundo respeto que yo profeso al señor arzobispo de Cambrai, tanto por su carácter como por su mérito personal, me sonroja y confundo al saber, que su

pluma haya sido capaz de producir un libro semejante, y que con la misma mano con que ofrece todos los dias á Dios vivo en su altar el caliz, adorable que contiene la sangre preciosa de Jesucristo, el precio de la salvacion y redencion del universo, haya presentado á beber la copa emponzoñada de la prostituta de Babilonia, á aquellas mismas almas que fueron tan caramente redimidas....

En los primeros libros del Telémaco del señor arzobispo de Cambrai, yo no he visto mas que pinturas bien vivas y bien naturales de la hermosura de las ninfas y de las nayades, de sus vestidos y adornos, de sus bailes, de sus cantares, de sus juegos, diversiones y cazerias, de sus arterias y manejos para hacerse amar, y de la gracia toda particular con que se arrojan al baño enteramente desnudas á la vista de un jóven para inflamarle mas y mas. La gruta encantadora de Calipso, la hermosa banda de jóveves ninfas que la rodean y acompañan por todas partes, su estudio en agradar, la aplicacion con que se adornan, los continuos y oficiosos obsequios y servicios que á cada momento prestan al hermoso Telémaco, las conversaciones que con él entabla la diosa y ama de las Ninfas, aun mas enamorada que todas ellas, les hechizos de la jóven Eucaris, la anticipada declaracion que esta se atreve á hacer á su amante, las citas en el bosque, las confidencias amorosas y sin testigos sobre el cesped, las cacerias, los banquetes, el rico vino y el precioso néctar con que ellas embriagan á su huesped, la aparicion de Vénus conducida por palomas en su dorado y lijero carro y acompañada de su tierno cupido; en fin la

descripcion de la Isla de Chipre y de los placeres de todas especies que se permiten en aquel encantador pais, no menos que los frecuentes ejémplos de una juventud corrompida, que autorizada por las leyes y sin que el pudor les ofrezca el menor obstáculo, se entrega allí impunemente á toda suerte de disoluciones y deleites, he aquí, señora el bosquejo de una gran parte de los libros primero y segundo de la obra de vuestro obispo... ¿Y es posible que un hombre tan ilustrado como él, no haya previsto las funestas consequencias que podrian resultar de su obra? ¿Y de que servirán despues de esto, todas las bellas instrucciones de moral y de virtud cristiana y evanjélica que el arzobispo de Cambray da á Telémaco por medio de Mentor? ¿No es esto mas bien mezclar á Dios con el demonio, á Jesucristo con Belial, la luz con las tinieblas, como dice san Pablo, y hacer un baturrillo ridículo y monstruoso de la relijion cristiana con la pagana, y de los ídolos con lo Divinidad? (*Telemacomania*, ó la *censura y critica de la novela titulada Las aventuras*, etc. 1 vol. en 12º de 500 páj. edic. de 1700, páj. 1, 2, 3, 6, 461, 462). // Vease, pues, como en todos tiempos las denuncias y las insinuaciones odiosas han hecho como la base y la parte mas escencial del arte de ciertos críticos. El resto de la *Telemacomania*, es de la misma fuerza y por el mismo estilo. Faidyt *prueba*, que el señor Fenelon no sabe su lengua, que es un profundo ignorante en historia; que hace, por ejemplo, siempre á Idomenéo nieto de Minos, hijo de Júpiter, siendo asi que era su visnieto; demuestra que el arzobispo de Cambrai no *entendia* á Homero; que

su novela, que es una obra maestra de composicion, es una malísima produccion, sobre todo el desenlace, que él, Faidyt, encuentra y califica de ridículo, etc. etc. Aun este pobre cuitado, que habla insultado tambien à Bossuet, apellidándole el burro de Balaam, protesta no ser el autor de una *crítica brutal y cediciosa*, que hacia poco pareciera contra el *Telémaco*, y se escandaliza de que se le hubiese podido atribuir este *infame libelo*; sin duda queria hablar de la *crítica general del Telémaco* de Gueudeville. Convengamos en que nadie pudiera quejarse del rigor con que tal vez se le censure, en vista de los indecentes insultos que se prodigaran á unas obras, cuya belleza ha consagrado ya el tiempo; pero convengamos tambien en que estas críticas son un miserable asilo para el amor propio de los autores modernos, porque el consuelo y la satisfaccion que ellas prestan, solo pudiera gustarle la medianía literaria.

NOTA B.

En su carta *ad magnum*. Con su acostumbrada erudicion, el santo Padre nombra todos los autores que han defendido la relijion por los medios y recursos que ofrece la filosofía, principiando por san Pablo, que cita unos versos de Menandro (1) y de Epimenides (2), hasta el presbítero Juvencio, quien, reinando Constantino, escribió en verso la historia de Jesucristo. » Sin temor añade san Gerónimo, que la poesía pudiese disminuir en nada de la mejestad del Evanjelio (3) »

(1) *Prim. á los Cor. c.* 15, *v.* 33.
(2) *A Tito*, *c.* 1. *v.* 12.
(3) *Carta ad Magnum*, *en el lugar citado.*

NOTA C.

Véase á Sócrates (lib. III, cap. 16, páj. 153, *ex editione Valessii*. Paris, año 1686), quien lo dice formalmente. El historiador Sozomeno, que atribuye todas estas obras à Apolinar el hijo, añade, que compuso la historia de los Judíos hasta Saul, en veinte y cuatro poemas, que marcó con las veinte y cuatro letras del alfabeto griego como Homero, y que tomando los asuntos de sus obras de la escritura sagrada, imitó á Menandro en el género cómico, á Euripides en el trájico y á Pindaro en el lírico. Los cristianos cantaban frecuentemente sus versos sustituyéndolos á los himnos sagrados, por que habia compuesto canciones piadosas de todas especies tanto para los dias de fiesta como para los de trabajo. Hasta dirijió á Juliano, y á los filósofos de aquellos tiempos un discurso titulado, *de la verdad*, en el cual defendió al Cristianismo con razones puramente humanas. Sozom., lib. v. cap. 18. páj. 506; lib. VI. cap. 23 páj. 545, *ex editione Valessii*. Paris año 1686. Véase tambien á Fleury, *Hist. Eecles.* tom. IV, lib. XV, páj. 12, Paris, 1724, y á Tillemont, *Mem. eccles.* tom. VII, art. 6, páj. 12; y art. 17, páj. 634, Paris, 1706. Un seglar llamado Orijenes, público tambien algunos tratados en favor de la relijion, y san Amfiloquio escribió en verso á Seleuco, invitándole y empeñándole á estudiar á la vez las bellas letras y los misterios de la relijion. (S. Bas. ep. 384, páj. 377, y san Juan Damac., páj. 190.

NOTA D.

Fleury, *Hist. eccles.* tom. IV, lib. XIX, páj. 557. La filosofía ha afectado *escandalizarse* por el modo fi-

lósofico, moral y aun poético con que el autor ha hablado de los misterios; sin reflexionar que los padres de la iglesia se han explicado en el mismo estilo y aun, que él no ha hecho mas que copiar y repetir los razonamientos de aquellos grandes hombres. Orijenes escribiera nueve libros de *Stromates*, en los cuales confirmara, dice san Gerónimo, los dogmas de nuestra relijion con los testimonios y autoridad de Platon, de Aristóteles, de Numenio y de *cornistus* (*epist. ad Magnum.*) San Gregorio de Nissa mezcla la filosofía con la teolojía, y se sirve de las razones mismas de los filósofos, en la explicacion de los misterios; sigue á Platon y á Aristóteles con respecto á los principios, y á Orijenes en las alegorías. ¿Y que hubieran dicho los críticos, si el autor hubiese compuesto, como san Cregorio de Nazianzo, una especie de estancias sobre la gracia, el libre alvedrío, la invocacion de los santos, la Trinidad, el espíritu Santo la presencia real, *etc*? Su septuagésimo poema, compuesto en versos hexámetros y titulado, *Los secretos de S. Gregorio*, contiene en ocho capítulos cuanto la teolojía encierra y presenta de mas sublime é importante. San Gregorio cantó hasta el Primado de la iglesia de Roma; he aquí una pequeña muestra y traduccion en versos latinos.

Fides vetusta recta erat jam antiquitus
Et recta perstat nunc item, nexu pio,
Quodcunque labens sol videt, devinciens;
Ut universi præsidem mundi decet,
Totam colit quæ numinis concordiam.

Desde el principio, y en todos tiempos, la fe de Roma ha sido firme y derecha, y ella persiste siem-

pre en la misma rectitud y justicia, esta Roma que ata con la palabra de la salud (hablando rigurosamente, el texto griego orijinal significa mas bien *salutari verbo que nexu pio* cuanto ilumina el sol al ponerse, cual convenia á una iglesia, la primera en dignidad de todas las del universo, y la que mas representa y venera la perfecta union que subsiste en la Divinidad.» He aquí unos asuntos sin duda bien serios, en que un santo Padre ha empleado su poesia. El autor del *Genio del Cristianismo* solo ha hablado del bello efecto y del realce que da á la poesia la relijion; pero san Gregorio no se para solo en esto, sino que hace hasta verdaderas alegorías de estos asuntos piadosos. Rolin nos da tambien un extracto de un poema de este Padre: « Un sueño que tuvo san Gregorio, siendo aun muy jóven, y del cual nos ha dejado una elegante descripcion en verso, contribuyó sobremanera á inspirarle estos sentimientos (de inocencia de vida). Creyó ver entre sueños dos virjenes igualmente jóvenes y bellas, vestidas muy modestamente, y sin aquellos adornos que las mujeres del siglo buscan como á porfia. Tenian la vista inclinada hácia la tierra, y los rostros cubiertos con un velo, que no impedia sin embargo se apercibiese el sonroseo que el pudor virjinal esparciera en sus mejillas. Su vista, continua el santo, me causó una indecible alegria, perque me pareció tenian un cierto aire y porte superior á la naturaleza humana. Ellas por su parte me abrazaron y me acariciaron como à un niño que estimasen con la mas extraordinaria ternura; y cuando yo les pregunté quienes fuesen, me contestaron que la una era la pureza y la otra la continencia, ambas com-

pañeras de Jesucristo, y las amigas de los que renuncian al matrimonio para vivir de un modo casi celeste; me exhortaron á unirme de corazon y de espíritu á ellas, á fin que despues que me hubiesen comunicado todo el brillo de su virginidad, pudiesen ellas presentarse ante el trono de la luz de la inmortal Trinidad. Dichas estas palabras se remontaron al cielo, y yo las seguí con la vista cuan lejos pude.» (*Tratado de los Estudios.*, tom IV, páj. 674.) El mismo Fenelon, en su *educacion de las doncellas*, y á ejemplo de aquel gran santo, nos ha dejado las mas graciosas descripciones de los sacramentos. Aun pretende, que para instruir á los niños, se escoja en las historias de la relijion, todo cuanto presente y ofrezca unas imàjenes risueñas al paso que magníficas: porque, añade, nada debo omitirse, à fin que los niños encuentren la relijion hermosa, amable y augusta, todavez que por lo comun siempre se la representan ellos adusta y zahareña.»

¿Ignoraban los críticos todos estos ejemplos, y famosas autoridades?

NOTA E.

Bien notorio es, que Sanazaro hizo en este poema una mixtura ridícula de la fábula con la relijion. Sin embargo mereció por él dos Breves bien honoríficos de los papas Leon X y Clemente VII; esto prueba que la Iglesia ha sido en todos tiempos mucho mas induljente que la filosofia moderna, y que la caridad cristiana prefiere juzgar una obra mas bien por lo bueno, que por lo malo que se encuentre en ella por casualidad. Por la traduccion de Teagenes y Cariclea se condecoró á Aymont con la abadia de Bellozana.

NOTA F.

Véase las notas inglesas, *carver s' travels through the interior parts of North America.* páj. 445, *third edition*, *London*, 1781; y *John Bartram, descripcion of east Flor*, *tird edit. London*, 1760.

Gusta con preferencia (el oso) de las uvas; y como todos los bosques están llenos de parras que llegan hasta la copa de los árboles mas elevados, los osos suben facilmente hasta ellas. *a* Charlevoix, *Viaje en la America Septentrional.* tom. 4 carta 44 pag. 175, edic. de Paris, 1744. Imley dice en propios términos, que los osos se embriagan con las uvas (*Intoxicated with grapes*), y que esta circunstancia facilita el que se les sorprenda en la caza. Ademas que toda la América es testigo de este hecho.

Cuando se encuentra y se lee en una obra alguna circunstancia extraordinaria que no forma belleza por sí misma, y que solo sirve para hacer mas parecido el cuadro, si por otra parte el autor ha dado muestras de que no carece de un cierto sentido comun, deberia suponerse que aquella circunstancia no es ya una invencion del autor, y que realmente la ha tomado de la naturaleza aunque, fuese poco conocida. Juzguese enhorabuena la *Atala* como una pésima composicion; pero al menos la naturaleza americana está dibujada y trazada en ella con la mas escrupulosa propiedad y exactitud. Cuantos viajeros han visitado la Luisiana y las Floridas, le hacen esta justicia. Dos traducciones inglesas se han hecho de la *Atala*, y ambas han debido llegar á la America; los papeles públicos anúncian la tercera dada á luz en Filadelfia con aplauso. Si los cuadros y las descripciones de es-

ta novela no fuesen exactamente conformes á la realidad, sin duda no hubiesen hecho gran fortuna en un pueblo, que á cada paso pudiera decir; no, no son estos nuestros rios, nuestras montañas y nuestros bosques. *Atala* ha vuelto á su desierto natal, y sus compatriotas la han reconocido como una verdadera hija de la soledad.

FIN DE LAS NOTAS DE LA DEFENSA.

J. Amillo g.

Así es como la religion cristiana reinaba en las inmensas selvas de la America lo que la Fabula nos cuenta de los Anfiones y de los Orfeos.

GENIO DEL CRISTIANISMO.

PRIMERA PARTE.

Dogmas y doctrina.

LIBRO PRIMERO.

MISTERIOS Y SACRAMENTOS.

CAPÍTULO PRIMERO.

INTRODUCCION.

Tres especies de enemigos han combatido constante é incesantemente al cristianismo desde que se demostró en la tierra; tales son los herisiarcas, los sofistas y esos hombres frívolos en apariencia, que todo lo destruyen con la sátira y la mofa. A las sutilezas y mentiras respondieron con buen éxito, muchos apolojistas; mas no han sido por desgracia tan felices contra las burlas y los sarcasmos.

San Ignacio de Antioquia (1), san Ireneo obispo de Leon (2) y Tertuliano en su tratado de prescripciones, á que Bossuet da el nombre de *divino*, combatieron á los novatores, cuyas soberbias interpretaciones corrompian la simplicidad de la fe.

Los filósofos atenienses Cuadrato y Arístides rechazaron primeramente *la calumnia*; pero no hay noticia alguna de sus apolojías, á escepcion de un fragmento de la primera conservado por Eusebio. San Gerónimo y el obispo de Cesaréa hacen mencion de la segunda como de una obra majistral. (3)

Vituperaban los paganos en los fieles el ateismo, el incesto y ciertos convites abominables, en que se debia comer la carne de un niño recien nacido. Despues de Cuadrato y Arístides, defendió san Justino la causa de los cristianos, con un estilo sin adorno, y las actas de su martirio minifiestan, que derramó su sangre por su relijion con tanta sencillez como escribió en fabor suyo (4). Mostró Atenagoras mas sabiduria en su defensa; pero no el tono orijinal de Justino, ni la impetuosidad del autor del *Apolojético*. Tertuliano es un Bossuet, aunque africano y bárbaro. Teófilo, en sus tres libros á su amigo Autoloquio, descubre una imajinacion viva y una profunda sabiduria; y el *Octavio* de Minucio Felix, nos presenta á la vista el hermoso retrato de un cristiano y dos idólatras, que paseandose por las orillas del mar,

(1) *Ignat. in Part. apost. Epist. ad Smyrn. n*, I.
(2) *In Hæres. lib.* VI.
(3) *Eus. lib.* IV. 3.; *Hieronym. Epist.* 80 *Fleury. Hist. Eccl. tom.* I; *Tillemont. Mem. pour l' Hist. Eccl. tom.* II.
(4) *Just.*

conferencian acerca de la relijion, y de la naturaleza de Dios (1).

El retórico Arnobio, Lactancio, Eusebio y san Cipriano defendieron tambien el cristianismo, mas no se dedicaron tanto á realzar su hermosura, como á patentizar y poner en claro las absurdas necesidades de la idolatría.

Orijenes, siendo uno de los primeros que combatieron á los sofistas, manifiesta que excedió á su contrario Celso, tanto en erudicion como en raciocinio y en estilo. Aunque el lenguaje griego de Orijenes es sumamente dulce, se notan en él algunos hebraismos, y frases estranjeras, defecto de que adolecen comunmente los escritores que poseen muchas lenguas.

En tiempo del emperador Juliano hubo de sufrir la Iglesia una persecucion de un carácter sin duda mas peligroso, cual fué la de afectar cierto desprecio á los cristianos sin violentarlos. Comenzó Juliano por despojar las iglesias: prohibió á continucion á los fieles que enseñasen y estudiasen las letras (2): mas conociendo despues las ventajas de los establecimientos del cristianismo, quiso imitarlos al mismo tiempo que los abolió: fundó hospitales y monasterios, y trató de reunir, á semejanza del culto evanjélico, la moral á la relijion, ordenando que se hiciese una especie de pláticas en los templos (3).

Imitando á su señor los sofistas de que se hallaba rodeado Juliano, se desenfrenaron contra el cristia-

(1) *Veanse ademas de los autores arriba citados Dupin, concellier, y la elegante traduccion de los antiguos Apolojistas por el señor abate de Gourey.*
(2) *Soc. 3. c.* XII: *Greg. Naz. 3. p.* 51. 97. *etc.*
(3) *Vease Fleuri, Hist. ecl.*

nismo, y hasta el mismo emperador no se desdeñaba de competir con los *galileos*. Auque no ha llegado á nuestras manos la obra que escribió contra ellos san Cirilo patriarca de Alejandría, cita varios fragmentos en la refutacion que hizo de ella, y que aun se conservan en el dia. Cuando escribe Juliano con seriedad, se manifiesta san Cirilo mas fuerte; pero siempre que el emperador se vale de la ironia, el patriarca pierde la ventaja. El estilo del primero es vivo, animado y claro; el segundo se enardece, y es desigual, oscuro y prolijo.

Ninguna necesidad tuvo la Iglesia de fuertes apolojistas desde el emperador Juliano hasta Lutero, mas luego que apareció el cisma de Occidente, se presentaron tambien con los nuevos enemigos nuevos defensores. Preciso es convenir en que la superioridad estuvo por el pronto de parte de los protestantes, á lo menos en la apariencia, segun lo manifiesta Montesquieu, en términos que hasta el mismo Erasmo fué débil contra Lutero, y Teodoro de Beza tuvo una lijereza y gracia de estilo, que faltó con mucha frecuencia á sus enemigos.

Mas tan pronto como Bossuet se presentó en la palestra, estuvo poco tiempo indecisa la victoria, y la hidra de la herejía fué abatida de nuevo. La *Historia de las variaciones, y el tratado de la doctrina cristiana* son dos obras clásicas, que pasarán á la posteridad con elojio.

Es muy natural que el cisma conduzca á la incredulidad, y que siga el ateismo á la herejía. Presentaronse Bayle y Espinosa despues de Calvino; pero encontraron en Clarke y en Leibnitz dos genios ca-

paces de refutar sus sofismas. Escribió Abadia en fabor de la relijion una apolojía interesante por su método y su razonamiento, mas su estilo es débil por desgracia á pesar de cierto brillo que se nota en sus pensamientos. *Si los filósofos antiguos* dice Abadia, *adoraban las virtudes*, *tampoco era esto* mas que una hermosa idolatría.

Pero en tanto que la Iglesia se hallaba tranquila con sus triunfos, Voltaire trabajaba ya en resucitar la persecucion del emperador Juliano.

Voltaire en medio de un pueblo amado y caprichoso, poseyó el arte funesto de hacer *moda* su incredulidad, y alistando en esta liga insensata cuanto puede dar de sí el amor propio, atacó la relijion por cuantos medios son imajinables, desde el libro mas pequeño hasta el mas grande, desde la sátira hasta el sofisma. Salia á luz un libro relijioso, al momento se ridiculizaba al autor, al paso que se ensalzaban hasta las nubes unas obras, de las cuales Voltaire era el primero que se burlaba con sus amigos. Era tan superior á sus discípulos, que á veces no podia dejar de mofarse él mismo al ver su entusiasmo irrelijioso: en tanto sin embargo iba cundiendo por la Francia el sistema destructor. Se establecia con presteza en las academias de las provincias, que han sido otros tantos focos de mal gusto y de facciones. Señoras de distincion y gravisimos filósofos, tenian catedra de incredulidad. En fin, *quedó decidido* que el cristianismo era unicamente un sistema bárbaro, cuya ruina no podia verificarse tan presto como fuera necesario para la libertad de los hombres, los progresos de las luces, las dulzu-

ras de la vida, y la elegancia y la gracia de las artes.

Sin hacer mencion del abismo en que nos ha sepultado este espíritu de aborrecimiento contra el Evanjello, sus consecuencias inmediatas fueron un deseo, aunque mas fingido que sincero, de volver al culto de aquellas divinidades de Roma y Grecia, á las cuales se atribuyen todos los milagros de la antigüedad (1). No causó vergüenza el despreciar aquella infame relijion, que hacia del género humano un vil agregado de insensatos, impúdicos ó bestias feroces.

Era preciso que desde allí se pasase al desprecio de los escritores del siglo de Luis XIV que citan, los cuales llegaron á una perfeccion tan alta, porque fueron relijiosos. Viendo que ya no podian acometerlos cara á cara, á causa de la autoridad de su alta reputacion, los atacaron de mil modos indirectos. Imputóseles que habian sido *secretamente* incrédulos, ó que á lo menos hubieran sido mucho mas grandes hombres, si *hubiesen vivido en nuestros tiempos.* Cada autor bendice su destino porque le sacó á luz en el hermoso siglo de Diderot y Helvecio; hablo de aquel siglo, en que toda la sabiduria humana estaba arreglada por órden alfabético en la Enciclopedia, que era la Babilonia de las ciencias y de la razon (2).

Algunos hombres de grande doctrina y de espiritu distinguido, hicieron tentativas para oponerse á este torrente; mas fué inútil su resistencia, porque su voz se confundió entre la muchedumbre, y su victo-

(1) *El siglo de Luis* XIV *apreciaba y conocia la antiguedad mucho mejor que nosotros, y sin embargo era cristiano.*

(2) *Véase la nota A, al fin del volumen.*

ria fué ignorada de una gente insustancial que á pesar de esto dirijia á la Francia y por cuya razon era necesario interesar á esta (1).

Esta fatalidad que hizo triunfar á los sofistas, bajo el imperio de Juliano, se declaró tambien por ellos en nuestro siglo. Incurriendo los defensores de los cristianos en una falta que antes fué su perdicion, ni atendieron á que no se trataba ya de disputar sobre tal ó tal dogma, sino que se negaban absolutamente los fundamentos. Suponiendo la mision de Jesu-Cristo y pasando de consecuencia en consecuencia, establecian sin duda alguna, y con mucha solidez, las verdades de la fé: mas este modo de argumentar (bueno solamente en el siglo XVII en que no se negaba el fundamento) no sirve de nada en nuestros tiempos. Era pues preciso echar por el camino opuesto: es decir, pasar desde el efecto al principio, y no probar que el cristianismo es excelente porque viene de Dios, sino que viene de Dios porque es excelente.

Erraron igualmente en dedicarse á responder con seriedad á unos sofistas, especie de hombres, á los cuales no es posible convencer, porque siempre andan vagando de error en error. Olvidabase decir que estos jamas buscan de buena fe la verdad, y que no están adictos ni aun á su mismo sistema sino por el ruido que hace, dispuestos á mudar mañana, en el momento en que se muda la opinion.

Por falta de esta reflexion se ha perdido mucho tiempo y trabajo. No era, pues, á los sofistas á quie-

(1) *Las* cartas de algunos judios portugueses *consiguieron un aumento favorable; pero desaparecieron bien pronto en el uracan antirelijioso.*

nes se debia reconciliar con la relijion, y si al pueblo seducido por ellos, diciendole que el cristianismo era un culto nacido en el seno de la barbarie, absurde en sus dogmas, ridículo en sus ceremonias, enemigo de las artes y de las letras, de la razon y de la hermosura; un culto en fin, que no habia hecho mas que derramar sangre, encadenar y esclavizar á los hombres, y retardar la felicidad y las luces del género humano.

Debia probarse al contrario que la relijion cristiana es la mas poética de todas, la mas hermosa, la mas favorable á la libertad, á las artes y á las letras; que todo se lo debe el mundo moderno, desde la agricultura hasta las ciencias abstractas, desde los hospicios para los desgraciados, hasta los templos edificados por los Micael-Anjeles, y adornados por los Rafaeles: debia patentizarse que no hay cosa mas divina que su moral, mas amable y majestuosa que sus dogmas, su doctrina y su culto; debia decirse que favorece al espiritu, perfecciona el gusto, desarrolla las pasiones virtuosas, da vigor al pensamiento, ofrece ideas nobles al escritor, y modelos perfectos al artista; que de ningun modo era vergonzoso el creer á Newton, Bossuet, Pascal y Racine; y por último era preciso reunir todos los encantos de la imajinacion y los intereses del corazon al socorro de esta misma relijion, contra la cual se les habia armado.

En estas breves cláusulas habrá visto sin duda de manifiesto el lector el plan de mi obra. Agotados están ya todos les demas géneros de apología, y acaso serian hoy inútiles. ¿Quien habrá que lea en el dia una obra teologica? Únicamente algunos hombres

piadosos que no estén en el caso de ser convencidos, y algunos verdaderos cristianos que se hallan ya persuadidos de ella. Pero ¿no podria haber algun peligro en mirar la religion bajo un aspecto puramente humano? Mas ¿porque razon? ¿Teme por ventura nuestra religion de presentarse á la luz? La prueba mayor de su celestial origen es, que sufre sin miedo el ecsamen mas prolijo y severo de la razon. ¿Se pretende que se nos eche continuamente en cara, que ocultamos nuestros dogmas bajo el velo de una noche santa, por temor de que sea descubierta su falsedad? ¿Será acaso el cristianismo menos verdadero cuando parezca mas hermoso? Desterremos pues, un miedo pusilánime. No dejemos que perezca la religion por un ecceso de religion. No estamos ya en aquel tiempo en que convino decir: *creed sin ecsamen*; en el dia le sufrirá á pesar nuestro; y si guardásemos un silencio tímido, aumentaríamos el triunfo de los incrédulos y disminuiriamos el número de los fieles.

En una palabra, ya es tiempo de que se sepa à que se reducen todas estas reconvenciones de *necedades*, *groserías*, *bajezas* y simplezas, con que todos los dias se vitupera al cristianismo· llegó el caso de manifestar, que lejos de achicar y apocar el pensamiento, se acomoda maravillosamente á los vuelos mas sublimes del alma, y que puede encantar el espíritu tan divinamente como todos los dioses de Virgilio y de Homero. A lo menos nuestras razones tendrán la ventaja, de que podrá comprenderlas todo el mundo, y que bastará el buen sentido para juzgar de ellas. Quizás se censurará en las obras de esta clase, el no usar á menudo del lenguage ordinario y comun del

lector; pero es preciso ser doctor, con el doctor y poeta con el poeta. Dios no nos prohibe los caminos sembrados de flores, cuando nos sirven para dirigirnos y volver á él; y no son siempre los àsperos y mas elevados senderos de los montes los que pisa la oveja descarriada, cuando vuelve á su aprisco.

Podemos asegurar, que este modo de mirar el cristianismo presenta relaciones poco conocidas; sublime por la antiguedad de sus recuerdos, que alcanzan hasta la cuna del mundo; inefable en sus misterios; adorable en sus sacramentos; interesante en su historia; celestial en su moral; rico y encantador en sus adornos, el Cristianismo reclama toda suerte de pinturas. Si se quiere seguirle en la poesía, el Taso, Milton, Corneille, Racine y hasta Voltaire pintan y ensalzan sus milagros. En las bellas letras, en la elocuencia, en la historia y en la filosofía, él nos presenta á Bossuet, Fenelon, Masillon, Bourdalone, Bacon, Pascal, Euler, Newton y Leibnitz. Si en las artes ¡ó que obras tan bien acabadas! Si se le examina en su culto, ¿que cosas no nos dicen sus antiguas Iglesias góticas, sus admirables oraciones, y sus magestuosas ceremonias! Si entre su clerecía, mirad todos esos hombres que os han transmitido el idioma y las obras de Roma y de la Grecia; mirad todos los solitarios de la Tebaida; todos los lugares de refujio para los desgraciados; todos los misioneros de la China, del Canadá y del Paraguay, sin omitir las órdenes militares que son el orijen de la caballería. Las costumbres de nuestros antepasados, la pintura de los tiempos antiguos, la poesía y hasta los mismos romances, y las cosas secretas de la vida, todo lo he-

mos interesado en nuestra causa. Hemos pedido alegrias á la cuna y lágrimas al sepulcro; unas veces con el monje Maronita hemos habitado las cimas del monte Carmelo y del Líbano; otras con las relijiosas de la Caridad hemos velado à la cabezera del enfermo: aqui dos esposos americanos nos han llamado á lo profundo de sus desiertos: alli hemos oido llorar á una virjen en la soledad de un claustro: Homero se ha venido á colocar junto á Milton, y Virjilio se ha puesto al lado del Taso. Las ruinas de Menfis y de Atenas han contrastado con las ruinas de los monumentos cristianos; los sepulcros de Osian con nuestros cementerios del campo; en San Dionisio hemos visto las cenizas de los reyes, y siempre que nuestro asunto nos ha obligado á hablar del dogma de la ecsistencia de Dios, únicamente alegamos las maravillas de la naturaleza; finalmente hemos procurado mover el corazon del incrédulo por cuantos medios son posibles: pero no podemos lisonjearnos de poseer aquella maravillosa vara de la relijion, que hace brotar de la peña los manantiales de agua viva.

Toda nuestra obra se compone de cuatro partes, cada una de las cuales se divide en seis libros. La *primera* trata de los dogmas y de la doctrina.

La *segunda* y la *tercera* comprenden enteramente la poética del cristianismo, ó sean las relaciones que tiene nuestra relijion sagrada con la poesia, con la literatura y con las artes.

La *cuarta* contiene el culto, es decir, todo cuanto corresponde á las ceremonias de la Iglesia, y cuanto pertenece al clero secular y regular.

En cuanto á lo demas, frecuentemente hemos com-

parado los dogmas á la doctrina y al culto de otras relijiones, á los dogmas, doctrina y culto evanjélico; y á fin de satisfacer á toda clase de lectores, no hemos olvidado tocar oportunamente la parte histórica y mistica de la relijion. En la intelijencia pues, de que el lector ha visto el plan jeneral de la obra, vamos á entrar en el exámen de los *Dogmas* y de la *Doctrina*, y antes de pasar á los misterios cristianos, daremos principio investigando la naturaleza de las cosas misteriosas.

CAPÍTULO II.

De la naturaleza del misterio.

No hay cosa mas hermosa, mas grata, ni mas majestuosa en la vida que las cosas misteriosas. Los sentimientos mas maravillosos son los que mas nos ajitan, aunque oscura y confusamente. El pudor, el amor casto y la amistad virtuosa están llenos de secretos. Pudiera decirse que los corazones que se aman se entienden á media palabra, y están como entreabiertos. Si cuando la inocencia no es otra cosa que una santa ignorancia ¿quien negará que es el mas inefable de los misterios? La infancia es feliz porque todo lo ignora, y la vejez miserable porque todo lo sabe; pero por fortuna suya, cuando fenecen los misterios de la vida comienzan los de la muerte.

Lo mismo sucede con los sentimientos, para con las virtudes. Las mas ánjelicales, como la caridad, son las que dimanando inmediatamente de Dios, se complacen en ocultarse á la vista como su mismo orijen.

Pasando á las cosas del espiritu, hallamos que los placeres del pensamiento son tambien unos verdaderos secretos. Secretos son de una naturaleza tan divina, que los primeros hombres del Asia solo hablaban por simbolos. ¿A que ciencia recurriremos pues continuamente sino á aquella que siempre deja algo que adivinar, y fija nuestra vista sobre una prespectiva infinita? Si llegamos á estraviarnos en el desierto, una especie de instinto nos hace apartar de las llanuras, donde todo se presenta al primer golpe de vista; nos dirijimos á esos bosques y á esas selvas (cunas de la relijion), cuya sombra, cuyo ruido y silencio están llenos de prodijios; á esas soledades donde los cuervos y las abejas alimentaban á los primeros padres de la Iglesia, y en cuyos parajes decian aquellos hombres santos al gustar tantas delicias: ¡*Basta Señor; moriré á fuerza de dulzuras si vos no moderais mi alegria*! Últimamente, no nos detenemos al pié de un monumento moderno cuyo orijen es conocido y como de ayer; pero si por casualidad hallamos de repente en medio del Occeano una isla desierta, una estátua de bronce, cuyo brazo estendido señala las rejiones donde el sol se pone, y cuyo pedestal lleno de geroglificos se halla consumido por el mar y el tiempo ¡Oh que manantial de meditaciones se presenta entonces á la vista del viajero! Todo está oculto, todo es desconocido en el universo, y hasta el hombre mismo es un misterio estraño. ¿De donde dimana el resplandor al cual nosotros llamamos existencia, y en que noche va á fenecer ¿Dios eterno, y todo poderoso ha colocado el Nacimiento y la Muerte bajo la figura de dos espectros, misteriosos y sombrios

à los dos extremos de nuestra misera carrera; el uno el prodijioso momento de la vida, que el otro intenta destruir y derrocar. Nada tiene pues de estraño, en vista de la inclinacion que el hombre tiene à los misterios, que las relijiones de todos los paises hayan tenido sus cosas impenetrables. Los Seltas adivinaban las palabras prodijiosas de las palomas de Dodona. La India, la Persia, la Etiopia, la Escitia, las Gallas, la Escandinavia tenian sus cuevas, sus montañas santas. y sus encinas sagradas, donde el ¡bracman, el mago, el gimnosofista y el druida pronunciaban el inexplicable oráculo de los inmortales.

¡El cielo no permita que nosotros comparemos estos misterios con los de la verdadera relijion; ni las inmutables profundidades del Soberano que está en el cielo, con las frájiles oscuridades de *aquellos dioses que son hechuras de las manos de los hombres*! (1)

Nuestro intento únicamente ha sido el de manifestar que no hay relijion sin misterios; estos son los que con el *sacrificio* constituyen la esencia del culto. El mismo Dios es el gran secreto de la naturaleza; la divinidad estaba cubierta con un velo en Ejipto, y el Esfinje colocado sobre el umbral de sus templos.

CAPÍTULO III.

DE LOS MISTERIOS CRISTIANOS.

De la Trinidad.

Descubrese à primera vista en los misterios una gran ventaja de la relijion cristiana sobre las relijiones de la antigüedad. Los misterios de esta no tenian relacion

(1) *Sab. Cap.* 13 *t.* 10.

alguna con el hombre, y cuando mas, únicamente presentaban un motivo de reflexiones para el filósofo, ó de canciones para el poeta. Al contrario nuestros misterios, se dirijen á nosotros mismos y contienen los secretos de nuestro ser. No se trata pues de una inútil colocacion y juego de números, sino de la salud y felicidad del género humano. Hombre, ¡tu que conoces tan bien cada dia tu ignorancia y tu flaqueza no desprecieis los misterios de Jesucristo! ¡Estos misterios son la esperanza de los desgraciados!

La Trinidad, primer misterio de los cristianos, presenta una inmensa carrera de estudios filosóficos, ora se la considere en los atributos de Dios, ora se busquen las huellas de este dogma esparcido en el antiguo Oriente. Despreciar lo que no se puede comprender es mal modo de razonar.

Fácil seria probar que nada sabemos, si prestasemos un poco de atencion á las cosas mas simples y triviales de la vida, y no obstante ¡pretendemos penetrar los arcanos de la sabiduría!

La Trinidad fué quizás conocida de los Ejipcios: en la inscripcion griega del grande obelisco del *Circo mayor* de Roma se leia; *el gran Dios*, *el engendrado de Dios y el Todo-resplandeciente* (Apolo, el Espíritu).

Heráclides de Ponto y Porfirio citan un famoso oráculo de Sérapis que decia: *Todo es Dios en su orijen; despues el Verbo y el Espíritu: tres Dioses co-enjendrados juntos y que se reunen en uno solo.*

Los Magos tenian una especie de Trinidad en sus Orómasis, Mitris y Arámimis ú Orómase, Mitra y Arímane.

Platon parece que habla de este dogma en muchos

lugares de sus obras. No solamente, dice Dacier, se pretende que conoció el Verbo, hijo eterno de Dios, sino que conoció el Espíritu Santo, y de este modo tuvo alguna idea de la Santísima Trinidad, porque escribió al jóven Dionisio diciéndole *« Es preciso que yo « declare á Arguédamo lo que es mucho mas precioso y « mas divino y teneis tanta gana de saber, pues que me « lo habeis enviado expresamente; porque, segun lo « que me ha dicho, no creeis os haya yo esplicado suf- « cientemente lo que pienso acerca de la naturaleza « del primer principio. Es preciso escribiroslo en enig- « mas, á fin de que si se intercepta mi carta en la tier- « ra ó en el mar, no pueda entenderla el que la lea. « Todas las cosas están al rededor de su rey; están por « causa de él, y el solo es la causa de las cosas bue- « nas; el segundo para las segundas, y tercero para « las terceras* (1).

« En el *Epimonis* y otras partes sienta por princi- « pios al primer bien, al Verbo ó al entendimiento, y « al alma. El primer bien es Dios. . . . . « el Verbo ó el entendimiento es el hijo de este primer « bien, que le ha enjendrado semejante á él; y el al- « ma que es el término entre el padre y el hijo, es el « Espíritu Santo » (2).

Platon habia tomado esta doctrina de la Trinidad de Timéo de Locres, que la sacó tambien de la escuela Itálica. Marsilo Ficino en una de sus observaciones

(1) *Dacier cita al parecer el tomo 3 carta 2, p. 312. del Platon de Serranus; pero no todos los Platones de Serranus y de Ficiu, de la biblioteca-real, señalan el mismo tomo, la misma pájina, ni la propia carta.*

(2) *Les œuvres de Platon, trad. por Dacier, tom I, páj. 294.*

sobre Platon muestra citando á Támblico, Porfirio, Platon y Máximo de Tiro, que los Pitagóricos conocian tambien la exelencia del *Ternario*. Pitágoras la manifestó tambien en este símbolo.

Honorato in primis habitum, tribunal et Triobolum.

En las Indias es conocida la Trinidad.

«Lo mas singular y notable que he visto en este género, dice el P. Galmet (1), es un texto sacado del *Lamaastambam*, uno de sus libros..... comienza así: El Señor, el bien, el gran Dios, en su boca está la palabra. (El término de que se valen la personifica.) Habla en seguida del Espíritu Santo en estos términos; *Ventus seu spiritus perfectus*, y acaba por la creacion, atribuyéndola á un solo Dios.»

En el Tibet. «He aqui lo que pude adquirir de la relijion del Tibet. Ellos llaman á Dios Konciosa, y manifiestan tener alguna idea de la adorable Trinidad; porque unas veces la llaman Koncikocik, Dios uno, y otras Koncloksum, Dios trino. Se sirven de una especie de rosario, sobre el cual pronuncian estas palabras: *om*, *ha hum*. Cuando se les pide la explicacion de esto responden, que *om* significa inteligencia ó brazo, es decir, poder; que *ha* es la palabra; que *hum* es el corazon, ó el amor, y que estas tres palabras significan Dios (2).

Los misioneros ingleses de Otaiti han hallado algunos vestijios de la Trinidad, entre los dogmas relijiosos de los habitantes de aquella isla.

En la misma naturaleza nos parece que divisamos

(1) *Lett. edif. tom.* XIV. *páj.* 9.
(2) *Lett. edif. tom.* XII. *paj.* 437.

una especie de prueba física de la Trinidad. Ella es el arquétypo del universo, ó si se quiere, su divino diseño ó su obra. ¿No seria pues posible que la forma exterior y material participase de la arcada interior y espiritual que la sostiene, al modo que Platon (1) representaba todas las cosas corporales como la sombra de los pensamientos de Dios? El número *tres* parece que es en la naturaleza el término por excelencia.

El *tres* no es enjendrado y enjendra las otras fracciones, de aqui es que Pitágoras le solia llamar el número de su madre (2).

Hasta en las fábulas del Politeismo se encuentra alguna tradicion oscura de la Trinidad. Tomaronla las gracias por término, la conocia el Tártaro por la vida y la muerte del hombre, y por la venganza celestial, y tres dioses hermanos en fin componian reunidos el poder total del universo.

Los filósofos han dividido en tres partes al hombre *moral*; y los padres de la iglesia han creido encontrar en el alma del hombre la imájen de la Trinidad espiritual.

Si imponemos silencio á nuestros sentidos, dico

(1) *In Rep.*

(2) *Hiér. Com. in Pit. El tres simple es por si mismo el único número que se compone de simples, y el que hace un número simple cuando se descompone: vosotros no podeis componer un número complexo sin el tres, como no sea el dos. Las generaciones del tres son magníficas y necesarias á esta poderosa unidad, que es el primer eslabon de la cadena de los números, y que llena el universo. Los antiguos hacian un gran uso de los números tomados metafisicamente, y no se puede decir que Pitagoras, Platon y los sacerdotes ejipcios, de los cuales heredaron esta ciencia, fuesen locos ó tontos.*

Bossuet, y nos encerramos por algun tiempo en lo menor de nuestra alma; es decir, en aquella parte en que se deja comprender la verdad, allí veremos alguna imájen de la Trinidad que adoramos. El pensamiento que sentimos nacer siendo como la semilla de nuestro espíritu, y el hijo de nuestra intelijencia nos dá una idea del hijo de Dios, concebido desde la eternidad en la inteligencia del padre celestial. De aquí es que el hijo de Dios toma el nombre de verbo paraque entendamos que nace en el seno del Padre, no como nacen los cuerpos, y si como nace en nuestra alma la palabra interior que en ella sentimos, cuando contemplamos la verdad.

«Mas no se limita la fecundidad de nuestro espíritu á esta palabra interna, à esta idea intelectual, ni á la imájen de la verdad que se forma en nosotros. Amamos ora esta palabra interior, ora el espíritu de donde procede; y amándola esperimentamos en nosotros mismos una cosa no menos preciosa que nuestro espíritu y nuestro pensamiento, fruto de uno y otro: ella del mismo modo que les une, se une á ellos, y con ellos compone una misma vida.

» De este modo, y en tanto que pueda existir una relacion entre Dios y el hombre, se produce en Dios el amor eterno, que sale del padre que piensa, y del hijo que es su pensamiento, y hace con ambas personas una misma naturaleza igualmente feliz y perfecta (1).

Aqui teneis un hermoso comentario de una sola palabra del Génesis: *hagamos al hombre.*

(1) *Boss. Hist. Univ. Sect.* I. *páj.* 167, *y* 168. *tom.* II.

En su *Apologético* se explica Tertuliano en los términos siguientes con respecto al gran misterio de nuestra relijion.

„ Dios crió el mundo con sola su razon y su poder. Vuestros mismos filósofos convienen en que *logos*, que es el verbo y la razon, es el criador del universo. Los cristianos solamente añaden que la propia substancia del *verbo* y la razon, es decir, aquella substancia mediante la cual Dios lo ha producido todo, es *espiritu* ; que este verbo, ò esta palabra ha debido ser pronunciada por Dios, habiéndola pronunciado la ejendró; y que de consiguiente él es *Hijo* de Dios, y *Dios* á causa de la unidad de su substancia. Aunque prolongue el sol un rayo, lejos de separar su substancia se extiende. De este modo el *verbo es espiritu* de un espiritu, y *Dios* de Dios, como una luz encendida con otra. Asi, lo que procede de Dios es *Dios*, y los dos con su espiritu no componen mas que uno, se diferencian en propiedad, no en número; se distinguen en órden, no en naturaleza ; el hijo ha salido de su principio sin dejarle. Este rayo de Dios bajó al seno de una virgen; revistiòse de carne; hizose hombre unido à Dios. Esta carne sostenida del espiritu se alimenta, crece, habla, enseña y obra: *este es Cristo..* „

No hay entendimiento por simple que sea que no comprenda esta demostracion de la Trinidad. Preciso es tener presente que Tertuliano hablaba á unos hombres que perseguian á Jesucristo, y que hubieran estimado lo mismo hallar modo de atacar la doctrina que á la persona de sus defensores. No aumentaremos estas pruebas; las dejaremos à cargo de aque-

llos que han estudiado la secta Italica y la alta teolojia.

Con respecto á las imájenes, por las cuales se acomoda á la debilidad de nuestros sentidos el mas admirable de los misterios, apenas podemos concebir que pueda parecer ridículo en la poesia el formidable triángulo de fuego que se imprime en la nube oscura. Tomando el padre la figura de un viejo, y siendo asi como el majestuoso antepasado de los tiempos ó representado como una efusion de luz, no nos parece una pintura tan inferior á las de mitolojia. ¿Y no es una cosa bien maravillosa el ser el Espíritu Santo, el espíritu sublime de Jehovah, significado por emblema de la dulzura, del amor y de la inocencia?

Si Dios se siente como movido de la necesidad de sembrar su palabra, el espíritu no es ya aquella paloma que cubria á los hombres con sus alas de paz; vuelve á tomar su fuego abrasador, y este es un Verbo visible; una lengua de fuego que habla todos los dialectos de la tierra, y cuya elocuencia exalta ó abate los imperios, y confunde á los impios.

Para pintar al Hijo divino, bastará leer las palabras de aquel que le contempló en su gloria: «Estaba sentado sobre un trono, dice» el Apóstol: su rostro resplandecia como el sol en su mayor fuerza, y sus piés como el cobre fundido en la fragua: sus ojos eran dos llamas. Salia de su boca una espada de dos filos: tenia en la mano derecha siete estrellas, y en la izquierda un libro sellado con siete sellos. Veiase delante de sus labios un rio de luz. Los siete espiritus de Dios brillaban en su presencia como siete lámparas, y salian de su escabel relámpagos, voces y rayos. (1)

(1) *Apoc. cap.* 1, 4.

CAPÍTULO IV.

De la Redencion.

Del mismo modo que la Trinidad encierra los secretos del órden metafísico, asi tambien la Redencion contiene las maravillas del hombre y la inexplicable historia de sus fines y de su corazon. ¡Con que profundo espanto, si se detiene un momento en tan altas meditaciones, se verán llegar estos dos grandes misterios que ocultan bajo sus sombras las primeras intenciones de Dios y el sistema del universo. La Trinidad, muy distante de nuestra pequeñez, abate nuestros sentidos con su gloria, y nos retiramos como anonadados delante de ella; pero la interesante Redencion, anegando en lágrimas los ojos, les impide que se deslumbren, y les permite que se fijen por un momento sobre la cruz.

Al instante se ve salir de este misterio la doctrina del pecado original, que explica cuanto es el hombre. Si desconocemos esta verdad, conocida por la tradicion de todos los pueblos, nos hallaremos cubiertos de una noche impenetrable. Sin esta mancha primera; como podriamos dar una razon suficiente de la inclinacion viciosa de nuestra naturaleza, combatida siempre por una voz secreta que nos dice haber sido formados para la virtud? Como pudieramos explicar la aptitud que tiene el hombre para el dolor? Como aquellos sudores que fertilizan un surco terrible? De que modo las lágrimas, los disgustos y las desdichas del justo? De que manera los triunfos é impunes delitos del malvado? Y como se podrá explicar en fin todo esto sin admitir una caida primitiva? A causa de no haber conocido esta

dejeneracion los filósofos de la antigüedad, incurrieron en tan grandes errores, é inventaron el dogma de la reminiscencia. Ah! para convencernos de la verdad fatal de donde nace el misterio que nos rescata, no necesitamos mas pruebas, que aquella maldicion pronunciada contra Eva, que cada dia se cumple á nuestra vista. ¡Que nos dicen esos dolores agudísimos del parto al mismo tiempo que esa felicidad de la maternidad! ¡Que misteriosos anuncios del hombre y de su doble destino; predicho á un mismo tiempo por el dolor y la alegría de la mujer que le da á luz! ¿ Podríamos enajenarnos acerca de los designios del Altísimo, cuando descubrimos claramente los dos grandes fines del hombre en el parto de su madre, ni menos dejar de reconocer á un Dios hasta en una maldicion?

Ademas de esto diariamente vemos castigado á un hijo por las culpas de su padre, y á un descendiente virtuoso por el crimen de un perverso ascendiente suyo; esto prueba demasiadamente la doctrina del pecado original. Pero un Dios todo bondad é indulgencia, sabiendo que pereciamos todos por esta caida, vino à salvarnos: no preguntemos, pues, hombres frágiles y culpables á nuestro espíritu sino á nuestro corazon, como puede morir un Dios. Si este perfecto modelo de un buen hijo; este egemplo de los amigos fieles; si la retirada al monte Olivete; el caliz de amargura; el sudor de sangre; aquella dulzura de alma; aquella sublimidad de espiritu; la cruz, el velo rasgado, la peña endida, las tinieblas de la naturaleza, y por último, si este Dios espirando por los hombres no puede arrebatar nuestro corazon, ni inflamar nuestros pensamientos, es de temer que jamas se en-

cuentren en nuestras obras, como en las del Poeta " milagros de tanto bulto " *Speciosa miracula.*

Acaso se me dirá que las imágenes no son razones; yq ue estamos en un siglo ilustrado que nada admite sin pruebas. No por esto ha faltado quien ponga en duda esa pretendida ilustracion del siglo : sin embargo nada estraño será que se nos haga la objecion precedente. Cuando se ha pretendido impugnar seriamente el cristianismo, los Origenes, los Clarke y los Bossuet le han defendido victoriosamente; de modo que viéndose los sofistas atacados por tan terribles adversarios, se valen de supterfugios, echando en cara al cristianismo las mismas disputas metafísicas en que ahora quieren meternos. Dicen como Arrio, Celso y Porfirio ; que nuestra religion es un tegido de sutilezas que nada ofrece á la imaginacion ni al corazon , y que únicamente tiene por sectarios á *locos é imbéciles.* (1) Si se presenta alguno que respondiendo á estos últimos cargos procura demostrar , que el culto evangélico es el mismo que el del poeta, y el del alma tierna, no se dejará de gritar contra él : ¡eh! esto solo prueba que vos sabeis poco mas ó menos trazar un buen cuadro! Mas si quereis pintar y conmover se os pedirán *axiomas* y *corolarios.* Si quereis razonar, en este caso solo se os exigen *sentimientos é imágenes.* Es muy dificil que uno pueda medir sus armas con unos enemigos tan ligeros, y que ja-

(1) *Orig. c. cel. lib. III, p. 144. Arrio llama* débiles *á los cristianos. Arr. Autouin. Ap. Tertul. at. scap. c. 5. lib. in Roh. Malela chronic. Porfirio dá á la religion el epiteto de* barbara audacia. *Porfi. ap eus: Hist. ecles. G. c.* 9.

mas se presentan en el campo à donde os desafian. Convendrá que aventuremos pues, algunas expresiones acerca de la Redencion, à fin de manifestar que la teologia del cristianismo no es tan absurda como se quiere suponer.

Una tradicion universal nos hace ver, que el hombre ha sido criado en un estado mas perfecto qne aquel en que se halla al presente, y del cual cayera despues. Esta tradicion se justifica con la opinion de los filósofos de todos los tiempos y paises, que jamàs pudieron formarse una idea exacta del hombre moral sin suponer un primitivo estado de perfeccion, de la cual ha caido la naturaleza humana por su culpa. (1)

Si el hombre fué criado, seguramente lo fué para algun fin; siendo, pues, criado perfecto, el fin à que él habia sido destinado tampoco podia dejar de serlo.

Pero ¿acaso fue alterada la causa final del hombre por su caida? No, porque el hombre no fué criado de nuevo, ni tampoco aniquilada la especie humana para que otra la sustituyese.

De este modo, hecho el hombre mortal y quedando imperfecto por su desobediencia, ha quedado no obstante con unos fines inmutables y perfectos. Mas ¿como era posible que llegase à estos fines en su actual estado de imperfeccion? Ciertamente no podia conseguirlo con sus propias fuerzas, asi como un hombre enfermo que no puede elevar sus pensamientos à la misma alturá que un hombre sano. Entre la fuerza y la cosa que con ella se ha de levantar hay algu-

(1) *Vid. Plat. Arist. Sen. los santos PP. Pascal Grot. Arn. etc. etc.*

na desproporcion; y de aqui es que no se deja de conocer la necesidad de una ayuda ó de una redencion.

Acaso se dirá que este razonamiento serla muy á proposito para el primer hombre: pero que nosotros no somos capaces de nuestros fines. ¡ Que injusticia y que necedad es la de pensar que todos hemos de sufrir castigo por la culpa de nuestro primer padre! Sin decidir aquí si Dios tuvo ó no razon para hacernos á unos fiadores de otros, sabemos únicamente que existe esta ley, y nos basta con esto. Nos consta que por todas partes sufre un hijo inocente el castigo que merecia el delito de su padre; que esta ley está ligada de tal modo á los principios de las cosas, que se repite hasta en el órden físico. Cuando nace un niño todo gangrenado por causa de los excesos de su padre ¿ porque nadie acusa entonces la naturaleza? Porque al fin ¿que es lo que ha hecho este niño inocente para cargar sobre él la pena de los vicios ajenos? Pues bien, las enfermedades del alma se perpetuan como las del cuerpo, y el hombre se halla castigado en su última posteridad por la culpa que le hizo partícipe de la primer levadura del delito.

Reconocida asi esta caida por la tradicion jeneral y por la transmision ó generacion del mal moral y físico, y permaneciendo por otra parte los fines del hombre tan perfectos como antes de la desobediencia, aun cuando el hombre haya degenerado, se sigue, que una redencion ú otro cualquier medio de hacerla capaz de sus fines, es una consecuencia natural del estado en que ha caido la naturaleza humana.

Admitida la necesidad de una redencion, es preciso buscar el órden en donde podamos hallarla. Este

órden puede tomarse, ó en el hombre, ó sobre el hombre.

1º En el hombre: para suponer una redencion, es necesario que el precio sea cuando menos proporcionado á la cosa redimida. ¿Como puede suponerse pues, que siendo el hombre imperfecto y mortal se pudiese ofrecer á si mismo para ganar de nuevo un fin perfecto é inmortal? ¿Ni como tampoco la culpa primitiva podia ser suficiente á satisfacer, no solo la porcion del pecado que le correspondiese, sino tambien la perteneciente á todo el resto del género humano? ¿Acaso no era necesario para semejante oferta un amor y una virtud superiores á la naturaleza? Parece que el cielo quiso dejar pasar 4000 años desde la caida hasta el restablecimiento, á fin de dar tiempo á los hombres para que reflecionasen, cuan insuficientes eran sus virtudes, degradadas por el pecado, para un sacrificio semejante.

Nos resta pues tan solo el segundo supuesto; á saber; que la Redencion debia emanar de una condicion superior al hombre. Veamos si podia provenir de unos seres intermedios entre Dios y él.

Aquí tenemos una bella idea de Milton, por la cual supone que despues del pecado del hombre, preguntó el Eterno Padre à los consternados espíritus del cielo¿ si habria en el alguna potestad que quisiese ofrecerse por la salud del hombre? Todas las generaciones divinas permanecieron mudas, y no obstante tantos serafines, tronos, querubines, dominaciones, ánjeles y arcanjeles ninguno de ellos se sintió con fuerzas bastantes para ofrecerse á tan gran sacrificio, este pensamiento del poeta es una rigurosa verdad en

la teologia. Efectivamente ¿á donde habian de ir los ánjéles á proveerse en favor del hombre de un amor tan inmenso como el que supone el misterio de la cruz? Por otra parte debemos confesar, que la mas sublime de las potestades criadas, no tendria fuerza bastante para cumplirlo. En efecto, ninguna substancia anjélica podia, á causa de la debilidad de su esencin tomar sobre si aquellos dolores, que segun Massillon, reunieron sobre la cabeza de Jesucristo todas las *agonias fisicas* que podia suponer el castigo de cuantos pecados se habian cometido desdo el principio del mundo, ni tampoco de todas las *penas morales y remordimientos* que deblan sufrir los pecadores al eometer el delito. Si el mismo hijo del hombre halló el caliz amargo, ¿como era posible que un ánjel pudiera aplicar á el los lábios? Sin duda no le hubiera sido posible beber las hezes; y de consiguiente quedaria sin consumarse el sacrificio.

No era pues posible tener por redentor sino á una de las tres personas divinas que existian desde la eternidad; y entre las cuales se ve que solo el Hijo por su misma naturaleza habia de obrar nuestra redencion. Solo podia reconciliar á Dios con el hombre un amor que abraza todas las partes del universo; un medio que reune los estremos, y un principio vivificante de la naturaleza. Vino efectivamente este nuevo Adan; hecho hombre segun la carne por Maria, hombre segun la moral por el Evanjelio, y hombre segun Dios por su esencia. Nació de una virjen por no participar de la culpa orijnal y para ser una victima sin mancha, y nació en un establo en el grado inferior de las condiciones humanas, porque

nuestra caida habia procedido de la soberbia. Aquí empieza la profundidad del misterio, el hombre se turba y se corre el velo.

De esta suerte, el término á que podiamos llegar antes de la desobediencia se nos propone nuevamente por los méritos de la sangre de Jesucristo; pero el camino para llegar á el es distinto. En tanto que Adan fué inocente podia haberlo conseguido por caminos encantadores: mas despues de su pecado no podia subir ya sino atravesando precipicios. La naturaleza se mudó y sufrió una gran quiebra por la colpa de nuestro primer padre, y la Redencion no tuvo por objeto hacer una nueva creacion, y si el hallar un remedio y salud final para la primera. Todo, pues, ha dejenerado con el hombre, y este rey temporal del universo, que por haber sido criado inmortal debiera elevarse, sin que mudase su ecsistencia, á la felicidad de las potestades celestiales, ya no puede gozar jamas de la presencia de Dios sin pasar primero por los *desiertos del sepulcro*, segun la espresion de San Juan Crisóstomo. Su alma se ha salvado de la destruccion final mediante la Redencion; pero su cuerpo, juntando la impureza natural de la materia con la mancha del pecado, incurrió en todo su rigor en la sentencia primitiva: cae, se hunde, y se disuelve. Asi Dios, despues de la caida de nuestros primeros padres, cediendo á los ruegos de su hijo, y no queriendo destruir todo el hombre, inventó la muerte como una semi-nada, á fin de que el pecador sintiese el horror de aquella nada entera á que estaba destinado, á no ser por los prodijios del amor celestial.

Nos atrevemos à presumir, que si en la metafisica hay algo de claro, lo es la cadena de este discurso: aquí no se hallan palabras traidas violentamente, no hay divisiones ni subdivisiones, no menos frases obscuras ni bárbaras. De nada esto se compone el cristianismo, segun nos lo quieren persuadir los incrédulos con sus burlas. El Evangelio se predicó al pobre de espíritu y le entendió: este es el libro mas claro de cuantos ecsisten. Su doctrina no tiene su trono en la cabeza, sino en el corazon, y no enseña á disputar, sino á vivir bien. Sin embargo no carece de secretos, y no hay cosa mas inefable en el Evanjelio, que la continua mezcla de los mas profundos misterios con la mayor sencillez: estos dos caracteres son el manantial de donde nace lo tierno y lo sublime. No hay que estrañar que hable con tanta elegancia la obra de Jesucristo. Las verdades de nuestra relijion son tales, á pesar de su poco aparato científico, que admitido un solo principio os pone en la necesidad de admitir todos los demas. Aun hay mas: si esperáis eludir la fuerza negando el fundamento, como por ejemplo el pecado orijinal, bien pronto os vereis en la precision, estrechados de consecuencia en consecuencia, de perderos en el ateismo. Desde el mismo punto en que admitais un Dios: entra á pesar vuestro la relijion cristiana, como lo han notado Clarke y Pascal. Aquí teneis à juicio nuestro, una de las mas fuertes pruebas en favor del cristianismo.

Con respecto á lo demas nada tiene de estraño, que el mismo que hace girar sobre nuestras cabezas esos millones de astros sin confundirse, haya puesto tanta

armonía en los principios de un culto que él ha establecido; ni menos que haga aparecer los encantos y las grandezas de sus misterios en el círculo de una lójica inevitable, asi como hace volver el sol de un punto al otro para traernos, ó ya las flores, ó ya las tempestades de las estaciones. Apenas puede concebirse la cólera de este siglo contra el cristianismo. Si es constante que las relijiones son necesarias á los hombres, como lo han creido hasta aquí todos los filósofos, ¿con que culto querrán reemplazar pues el de nuestros padres? Recordarán sin duda por mucho tiempo, aquellos dias en que unos hombres sanguinarios pretendieron erijir altares á las virtudes sobre las ruinas del cristianismo: aquellos dias en que con una mano levantaban patibulos, y con otra aseguraban á Dios la *eternidad* y al hombre la *muerte* sobre la fachada de nuestros templos; y en fin aquellos dias, en que estos mismos templos, en que antiguamente se veia al Dios conocido del universo, y á aquellas imájenes de la Virjen consuelo de tantos aflijidos, estaban dedicados á la *Verdad*, que ningun hombre conoce, y á la *razon* que jamás ha enjugado una làgrima.

CAPÍTULO V.

DE LA ENCARNACION.

La encarnacion nos presenta en un establo al Soberano de los cielos, *al que lanza el rayo, y el trueno ceñido con fajas de lino, y encerrado en el vientre de una mujer al que no cabe en el mundo.* ¡O que bellezas nos hubiera dejado la antigüedad si hubiera sido testigo de esta maravilla! ¡Ó que pinturas nos hubie-

ran ofrecido Virjilio y Homero si hubiesen tenido noticia de un Dios nacido en un pesebre ; de los cánticos de los pastores ; de los Magos guiados por las estrellas; de los ànjeles que bajaban al desierto ; de una Virjen madre adorando á su recien nacido; en fin , de todo aquel conjunto de inocencia , grandeza y encanto!

Mas dejando á parte cuanto tienen de directo y de sagrado nuestros misterios, aun pudieramos hallar bajo su velo las verdades mas interesantes de la naturaleza. Estos secretos del cielo, ademas de sus partes inexplicables y místicas, son tal vez el prototipo de las leyes morales y físicas del mundo. Esto es muy digno de la gloria de Dios; pues se ve porque ha querido manifestarse en estos misterios con preferencia á otros que hubiera podido elejir. Jesucristo , por ejemplo, ó el mundo moral, naciendo del seno de una Virjen, nos enseña el prodijio de la creacion física, y nos manifiesta el universo , formándose en el seno del amor celestial. Las parábolas y las figuras de este misterio se hallan en consecuencia grabadas en cada objeto al rededor de nosotros. Por todas partes en efecto nace la fuerza de la gracia ; el rio sale de la fuente; el leon se alimenta con una leche semejante à la que mama el cordero; y entre los hombres en fin, ha permitido Dios la gloria celestial á los que practicasen las mas humildes virtudes.

Aquellos que no pudieron descubrir en la casta Reina de los ànjeles otra cosa que misterios de obscuridad, son muy dignos de compasion. ¡Que cosa mas admirable puede haber que una mujer mortal hecha madre inmortal de un Dios redentor! Una madre que es á un mismo tiempo virjen y madre, estados que

son los mas divinos de la mujer; una jóven hija del antiguo Jacob, que acude á socorrer las miserias humanas, y sacrifica un hijo por salvar la raza de sus padres; una tierna mediadora entre Dios y el hombre que siendo el mejor modelo de la dulce virtud de su sexo, abre un corazon sumamente compasivo á nuestras tristes confidencias, y desarma á un Dios justamente irritado. ¡Ó dogma encantador, tu dulcificas el terror de un Dios, interponiendo la hermosura entre nuestra nada y la majestad divina!

Los cánticos de la Iglesia nos pintan à la mil veces dichosa Maria sentada sobre un trono de candor mas blanco que la nieve, en el cual brilla como una *rosa mistica* (1) ó cual la *estrella de la mañana* (2) *precursora del sol de gracia;* sirvenla los mas hermosos ánjeles, formando en su presencia un dulce concierto de harpas y voces celestiales: reconocese en esta hija de los hombres el *refujio de los pecadores* (3) *y el consuelo de los aflijidos* (4); ella no conoció jamás las santas cóleras del Señor, y ella es todo bondad, todo compasion, todo induljencia.

Maria es la divinidad de la inocencia, de la flaqueza y de la desgracia. La multitud de sus adoradores en nuestras iglesias se compone de pobres marineros á quienes ha salvado de naufrajio; de viejos inválidos á quienes en las batallas ha sacado de entre los brazos de la muerte y de bajo de la espada de los enemigos de su pais, y en fin, de jóvenes

(1) *Rosa mistica.*
(2) *Stella matutina.*
(3) *Refugium pecatorum.*
(4) *Consolatrix aflictorum.*

mujeres, cuyos dolores ha calmado. Estas presentan delante de su Imájen á sus tiernos hijos, y el corazon del recien nacido que aun no llega á comprender el Dios del cielo, conoce ya á esa madre celestial que se representa con un niño en sus brazos.

CAPÍTULO VI.

LOS SACRAMENTOS.

El Bautismo y la Confesion.

Si los misterios abruman el entendimiento por su grandeza, esperimentase no menos una especie de admiracion, y tal vez no menor, al contemplar los sacramentos de la Iglesia. El conocimiento del hombre civil y moral se contiene y se cifra todo entero en estas instituciones.

El Bautismo, el primer sacramento que la relijion confiere al hombre, segun las palabras del apóstol, *le reviste de Jesucristo.* Este sacramento nos recuerda la corrupcion que hemos contraido al nacer, las entrañas dolorosas que nos llevaron en su seno, y las tribulaciones que nos esperan en este mundo; el nos dice que nuestras culpas pasarán y recaerán en nuestros hijos, y que se nos imputarán á todos en comun; verdad terrible, que bien meditada, bastaria por sí sola á hacer reinar la virtud entre los hombres.

Mirad al neófito en pié puesto en medio de las aguas del Jordan: el solitario del desierto le echa la agua lustral sobre su cabeza; el rio de los patriarcas, los camellos de sus riberas, el templo de Jerusalen y los cedros del monte Libano están como atentos á esta

ceremonia; ó por mejor decir, mirad á ese tierno infante sobre la sagrada fuente. Hállase circundado de una familia que rebosa de gozo, que renuncia en su nombre al pecado y le pone el nombre de su abuelo, que se hace como inmortal en este renacimiento, perpetuado por el amor de generacion en generacion. Ya el padre se da priesa á tomarle en sus brazos para ponerle en los de su impaciente esposa, que está contando bajo de sus cortinas todos los golpes de la campana bautismal. Se rodea la cama de la madre, y corren por las mejillas de los circunstantes lágrimas de una relijiosa ternura; el nuevo nombre del hermoso infante, el antiguo de su antepasado, pasa de boca en boca, y mezclando cada uno la memoria de lo pasado con la alegria presente, creen todos que reconocen al buen viejo en el infante que hace revivir su memoria. Tales son los retratos que representa el sacramento del Bautismo; pero la relijion siempre moral y siempre seria, aun cuando se manifiesta mas risueña, nos presenta al mismo tiempo los hijos de los reyes con su púrpura, renunciando las grandezas de Satanás en la misma piscina, en que el hijo de un pobre andrajoso acaba de abjurar las pompas, a que sin embargo no debe verse condenado.

San Ambrosio nos hace una descripcion muy curiosa del modo con que se administraba el sacramento del Bautismo en los primitivos siglos de la Iglesia (1).

(1) *Ambros de Mist. Tertuliano, Orijenes, san Gerónimo y san Agustin hablan tambien del Bautismo aunque no tan circunstanciadamente como san Ambrosio. En los seis libros de Sacramentos, atribuidos falsamente á este Santo Padre, se ve la circunstancia de las tres inmersiones y del* tocamiento *de narices, de que aqui hacemos mérito.*

El dia señalado para esta ceremonia era el sabado santo. Principiaba tocando las narizes del infante ó catecúmeno, abriéndole las orejas y pronunciando la palabra *efeta*, que quiere decir *abrios*. Le llevaban luego al *Sancta Sanctorum*, y en presencia del diacono, del sacerdote y del obispo renunciaba á las obras del demonio. Se le volvia hácia el Occidente, que es imájen de las tinieblas, para abjurar el mundo, y tambien hácia el Oriente, símbolo de la luz, para manifestar su alianza con Jesucristo. El obispo bendecia entónces el baño, cuyas aguas, segun San Ambrosio, indican todos los misterios de la Escritura; esto es, la creacion, el diluvio, el paso del mar rojo, la nube, las aguas de Mara, y finalmente, á Naaman y al paralítico de la piscina. Santificadas asi las aguas con la señal de la cruz, se sumerjia en ellas por tres veces el catecúmeno, en honor de la Santisima Trinidad, dándole asi á entender que son tres cosas las que sirven de testimonio en el Bautismo; esto es, el agua la sangre y el espíritu.

Al salir del *Sancta Sanctorum* el obispo unjia en la cabeza al hombre nuevo, á fin de consagrarle en la raza escojida, y en la nacion sacerdotal del Señor. Lavábanle despues los piés, y le vestian de blanco en señal de su inocencia, y en seguida recibia en el sacramento de la confirmacion el espíritu de temor de Dios, el de la sabiduría, intelijencia, consejo, fortaleza, doctrina y piedad. Pronunciaba despues el obispo en voz alta las palabras del Apóstol: *Dios Padre os ha marcado con su sello. Jesucristo nuestro Señor os ha confirmado y dado á nuestro corazon las armas del Espíritu Santo.*

Dirijiase luego el nuevo cristiano al altar para recibir allí el pan de los ánjeles, diciendo; *entraré en el altar del Señor, de aquel Dios que alegra mi juventud.* A la vista del altar cubierto de vasos de oro y de plata, luces, flores y telas de seda decia el neófito con el Profeta; *vos Señor habeis preparado una mesa delante de mí; el Señor es el que me alimenta, nada me faltará; el me ha colocado en un lugar abundante de pastos:* entónces se concluia la ceremonia con el sacrificio de la misa. Precisamente seria una fiesta muy augusta, ver á un san Ambrosio en la mesa del Señor, dando á un pobre inocente el lugar que negaba á un emperador culpado.

Si no hay en este primer acto de la vida cristiana una mezcla divina de teolojia y de moral, de misterio y de una santa sencillez, jamás habrá cosa divina en la relijion.

Pero el Bautismo considerado en una esfera mas elevada y como imájen del remedio de nuestra redencion, es un baño que restituye al alma su vigor primitivo. No es posible recordar sin pena la felicidad de los tiempos pasados, cuando los bosques no eran harto silenciosos, ni las cuevas tenian suficiente capacidad para los fieles que iban á ellas á meditar los santos misterios. Aquellos primitivos cristianos, testigos de la renovacion del mundo, estaban poseidos de pensamientos muy diferentes de los que en el dia nos agovian hácia la tierra; todos somos cristianos, pero sin amor; envejecidos en el siglo, pero no en la fé. La sabiduría tenia en aquellos felices tiempos su catedra sobre los peñascos. y su habitacion con los leones en las entrañas de los montes, donde iban los

reyes á consultar al solitario. ¡Qué velozmente han pasado aquellos tiempos! Ya no hay un san Juan en el desierto, ni el feliz catecúmeno volverá à sentir sobre si las ondas del Jordan, que arrastraban á los mares todas sus manchas.

Al Bautismo se sigue la confesion, y la Iglesia con una prudencia de que ella sola es capaz, fijó la época de la confesion en la edad en que se puede conocer la idea del delito. Es indudable que á los siete años tiene ya el muchacho las nociones suficientes del bien y del mal. Todos los hombres, hasta los mismos filósofos, cualesquiera que hayan sido por otra parte sus opiniones, han mirado el sacramento de la penitencia como una de las mas fuertes barreras contra el vicio, y como la obra maestra de la sabiduria.

Sin esta saludable institucion, el criminal vendria á caer en la desesperacion. ¿A que seno iria un delincuente á descargar el peso de su corazon? Iria á caso al de un amigo? ¡Ah! quien puede contar con la amistad de los hombres! ¿Podrá fiarse para esto de los desiertos? Los desiertos sabedores de un delito, resuenan siempre con el ruido de aquellas trompetas que el parricida Neron creia oir al rededor del sepulcro de su madre (1). Cuando falta la compasion á la naturaleza y á los hombres, nada hay mas tierno ni interesante que hallar un Dios dispuesto á perdonar; solo á la relijion cristiana correspondia haber hecho dos hermanas de la *inocencia* y del *arrepentimiento*.

(1) *Tacit. Histor.*

CAPÍTULO VII.

De la Comunion.

A la edad de doce años, y en tiempo de la primavera, es cuando el jóven se une á su Criador. Despues de haber llorado con las montañas de Sion la muerte del Redentor del mundo, y recordado las tinieblas que cubrieron la tierra, el cristianismo olvida su dolor; reviven las campanas; se descubren los santos, y los gritos de regocijo, el antiguo *aleluya* de Abraham y de Jacob resuena en las bóvedas de las iglesias. Por un camino sembrado de las primeras flores del año se dirijen al templo unas jòvenes vestidas de lino blanco, y unos muchachos adornados de ojas, repitiendo nuevos cánticos y siguiendoles sus padres enagenados de gozo. Al instante baja Crsto al altar para estas almas delicadas. El pan de los ánjeles se pone sobre la lengua veraz, y á la que no ha manchado ninguna mentira, en tanto que el sacerdote bebe la sangre meritoria del cordero. Todos los corazones están poseidos de un recojimiento interior en esta solemnidad, en que Dios recuerda un sacrificio sangriento bajo las especies mas apacibles. A las alturas incomprensibles de estos misterios, se unen los recuerdos de unas escenas las mas placenteras. Parece que la naturaleza resucita con su criador, y que el ánjel de la primavera le abre las puertas del sepulcro, como el espíritu de luz que levantó la losa de su glorioso monumento. La edad de los que comulgan, y la estacion del año que empieza, confunden sus juventudes, sus armonias y sus inocen-

cias. El pan y el vino anuncian los dones que ofrecen los campos, prontos á madurar, recordando los retratos de la agricultura. Finalmente baja Dios á las almas de los jóvenes para fecundarlas; asi como baja en esta estacion al seno de la tierra, para hacerla producir flores y riquezas.

Quizás se me dirá por algunos malvados ¿ qué significa esta comunion mística en que la *razon* se ve precisada á someterse á un *absurdo*, y sin provecho alguno para las costumbres? Permitasenos por de pronto contestar en general á favor de todos los ritos cristianos; esto es, permitasenos decir, que son de *la mas alta moralidad* por solo el motivo *de haberlos practicado nuestros padres*; por sola la causa de haber sido *cristianas nuestras madres* en nuestras cunas; y en fin porque la relijion ha empleado sus cánticos al rededor del túmulo de nuestros abuelos, y deseado la paz á sus cenizas.

Aun dado caso que fuese la comunion una ceremonia meramente pueril, es suma ceguedad el no ver que una solemnidad precedida de una confesion austera, y que solamente se verifica despues de una larga serie de acciones virtuosas, por su esencia misma es muy favorable á las costumbres. En efecto, lo es en tal grado, que con solo llegarse el hombre dignamente al sacramento de la Eucaristia, una vez tan sola al mes, seria precisamente el mas virtuoso de la tierra. Aplicad ora y transportad este razonamiento de lo individual á lo colectivo, de un hombre á un pueblo, y vereis que solo la comunion es una lejislacion toda entera.

Ved pues aquí á unos hombres, dice Voltaire, cu-

ya autoridad no será sospechosa ; á unos hombres que reciben á Dios en su pecho, en medio de una ceremonia augusta, y á la claridad de cien luces, despues de una música que ha enajenado sus sentidos, y al pié de un altar de oro brillante. Su imajinacion está como subyugada ; su alma embargada y enternecida ; apenas respira uno cuando se ha desprendido ya de todos los bienes terrenos, y unido con Dios que está en nuestra carne y en nuestra sangre. ¿Despues de esto, quien se atreverá ó podrá cometer, ni aun de pensamiento una sola culpa ? Imposible fuera imajinar un misterio que contuviese mas fuertemente á los hombres en la virtud (1).

Seguramente nos tratarian de fanáticos, si nos esplicasemos con esta fuerza.

La Eucaristía tuvo su principio en la noche de la cena ; y aquí convidamos á los pintores á que vean aquel hermoso cuadro en que se representa Jesucristo pronunciando estas palabras : *Hoc est corpus meum*. Cuatro cosas hay que notar aquí.

1.ª En el pan y el vino *materiales* se vé la consagracion del alimento de los hombres, que viene de Dios y le recibimos de su munificencia. Aun cuando no hubiese en la comunion otra cosa que esta ofrenda de las riquezas de la tierra, hecha al mismo que nos la dispensa, bastaria para colocarla junto á las mas bellas costumbres de la Grecia.

2.ª La Eucaristia nos recuerda la Pascua de los israelitas, que se remonta hasta el tiempo de los faraones ; anuncia la abolicion de los sacrificios, san-

(1) *Quetiens cur l'enciclopedie*, *t.* IV, *edition de Geneve.*

grientos, y es al mismo tiempo la imájen de la vocacion de Abraham y de la primera alianza de Dios. con el hombre. Cuanto hay de grande en la antigüedad, en la historia y en la lejislacion, todo se halla digamoslo asi en la Comunion del cristiano.

3.ª La Eucaristia anúncia la reunion de los hombres en una dilatada familia de hermanos; enseña el fin de las enemistades, la igualdad natural y el principio de una nueva ley, que no discernirá entre judios ni gentiles, y convidará á una misma mesa á todos los descendientes de Adan.

4.ª En fin, se descubre tambien en la Eucaristía el misterio directo, y la real presencia de Dios en el pan consagrado. Aqui es preciso que el alma se eleve por un momento hácia aquel mundo intelectual, que le estuvo abierto antes de su caida.

El Todo-poderoso hizo alianza con el hombre desde el momento que le crió á su misma imájen y le animó con el soplo de la vida. Dios y Adan conversaban juntos en la soledad. Esta alianza quedó luego disuelta por derecho á causa de la desobediencia, y desde entonces ni el Dios Eterno podia comunicar con la muerte ni la Espiritualidad con la materia. Entre dos cosas de propiedades diferentes no era posible que se verificase un punto de contacto, sino por un medio. El primer esfuerzo que hizo el amor divino para acercarse á nosotros, fué la vocacion de Abraham, y el establecimiento de los sacrificios; figuras que anunciaban al mundo la venida del Mesias. Restableciéndonos el Salvador en nuestros fines, como hemos manifestado ya en el capitulo de la Redencion, debió tambien reintegrarnos en nuestras prerrogativas, la mayor de las

cuales sin duda era la de comunicar con el Criador. Mas esta comunicacion no podia tener lugar inmediatamente como en el Paraiso terrenal: lo primero porque nuestro orijen quedó manchado; y lo segundo, porque nuestro cuerpo, sujeto al sepulcro, quedo muy débil para comunicar directamente con Dios sin morir. Era pues necesario un medio mediato, cual es el que nos proporcoinó su hijo divino. Este es el que se da al hombre en la Eucaristia, y el camino súblime por donde nos reunimos de nuevo á aquel de quien dimana nuestra alma.

Pero si el hijo hubiese quedado en su esencia primitiva, es tambien evidente que en la tierra hubiera existido la misma separacion entre Dios y el hombre, puesto que no puede haber union entre la pureza y el delito, y entre la realidad eterna y el sueño de nuestra vida. El verbo divino entrando en el seno de una doncella, se hizo semejante á nosotros. Este toca por un lado á su padre por su espiritualidad, y por otro se une á la carne por la efijie humana. El mismo viene á ser aquella aproximacion que se busca entre el hijo culpable y el padre misericordioso. Ocultandose bajo los accidentes de pan, queda convertido en un objeto sensible á los ojos corporales, y un objeto intelectual para los ojos del alma. Si escojió el pan para ocultarse, fué porque el trigo es un emblema noble y puro del alimento divino.

Si espanta à alguno de nuestros lectores esta alta y misteriosa teolojía, de la cual nos contentamos con presentar algunos rasgos, tengan presente cuantas mas luces difunden esta metafísica comparada con la de Pitagoras, Platon, Timeo, Aristóteles, Carnéade

y Epicuro. En ella no se halla ninguna de esas ideas abstractas, para cuya intelijencia es preciso crear un lenguaje incomprensible al comun de los hombres.

Haciendo un resumen de lo que dejamos dicho con respecto á la communion, advertimos que á primera vista presenta una pompa embelesadora; que enseña la moral, por la pureza que se requiere para acercarse á ella; que ella es la ofrenda de los dones de la tierra hecha al Criador y que recuerda la sublime é interesante historia del Hijo del hombre. Unida al recuerdo de la Pascua y de la primera alianza, va á perderse en la noche de los tiempos: conviene igualmente con las ideas primeras relativas á la naturaleza del hombre relijioso y político, y espresa la antigüa igualdad del jénero humano; abraza finalmenmente, la historia mística de la familia de Adan, su caida, sus fines, su restablecimiento y su reunion con Dios.

CAPÍTULO VIII.

LA CONFIRMACION, EL ORDEN Y EL MATRIMONIO.

Examen del voto de castidad bajo sus relaciones morales.

No puede uno dejar de sorprenderse, cuando reflexiona que epoca de la vida ha fijado la relijion el grande himeneo del hombre y de su criador. El momento mismo en que el corazon se inflama con el fuego de las pasiones, es precisamente aquel en que puede concebir el ser supremo. Dios pues, es el inmenso espíritu de quien el jóven se siente repentinamente atormentado, y el que llena las facultades do

su alma inquieta y engrandecida; mas el peligro se aumenta y necesita de nuevos socorros este viajero sin experiencia, expuesto en el camino del mundo. No haya medio que la relijion le olvide: tiene de reserva un apoyo para su alma indecisa. La confirmacion viene á sostener sus trémulos pasos, lo mismo que el bículo en las manos de un viejo, y los cetros que de raza en raza pasaban de unos á otros entre los antiguos reyes, sobre los cuales se apoyaban los Evandros y Néstores, pastores de los hombres, caundo juzgaban á los pueblos. Observemos que la moral entera de la vida está cifrada en el sacramento de la confirmacion; todo aquel que se halle con fuerza para confesar á Dios, practicará la virtud; quien comete un delito reniega del Criador.

El mismo espíritu de sabiduría colocó inmediatamente despues del sacramento de la confirmacion el del Órden y el del Matrimonio. Cuando el niño ha llegado ya à la edad viril, la relijion, que nunca le pierde de vista en el estado de la naturaleza, le considera todavía en sus relaciones con la sociedad. Admirad aquí la profundidad de los designios del Lejislador de los Cristianos. Estableció únicamente dos sacramentos sociales, si asi podemos hablar; y en efecto dos son los estados de la vida, el del celibato y el del matrimonio. De este modo el cristianismo, sin embarazarse con todas las distinciones civiles inventadas por nuestra limitada razon, divide la sociedad en solas las dos clases, á las cuales no impone leyes políticas, sino morales, en todo aquello que se halla conforme con toda la antigüedad. Los antiguos sabios del Oriente, que dejaron tanta fama, no reunian hombres escoji-

dos al acaso para meditar impracticables leyes y constituciones. Aquellos lejisladores eran unos venerables solitarios que viajaron largo tiempo y cantaban á sus dioses con la lira en la mano. Cargados de las riquezas de la sadiduría que habian adquirido en las naciones estranjeras, y aun mucho mas ricos con los dones de una vida santa, con el laud en la mano, ceñida de una corona de oro su cabeza, y sentados bajo un plátano, aquellos poetas divinos, dictaban sus sabias lecciones á todo un pueblo embelesado. Pero estas instituciones de Amfion, de Cadmo y Orfeo, no eran otra cosa que una sonora música cuyas palabras contenian la ley, unos bailes relijiosos, unos cánticos, unas encinas consagradas, unos viejos que conducian por la mano la infancia, un himeneo celebrado junto á un sepulcro, y en todo, la relijion y la idea de Dios. Y ved aquí lo propio que ha hecho el cristianismo aunque de un modo mucho maa admirable.

Mas nunca están los hombres de acuerdo con los principios, y hasta las instituciones mas sabias han tenido sus calumniadores. En estos últimos tiempos se ha levantado el grito contra el voto de la castidad, anexo al sacramento del órden. Los unos buscando por todas partes armas contra la relijion, han creido que podrian hallarlas en la relijion misma, pretendiendo renovar la antigua disciplina de la Iglesia, que, segun ellos, permitia el matrimonio al sacerdote; los otros se han contentado con hacer á la castidad cristiana el objeto de sus burlas. Contestemos primeramente á los espíritus serios y á las objeciones morales.

Es muy cierto que el canon 7º del segundo con-

cilio de Letran , celebrado en el año de 1139, fija sin rodéos el celibato del clero católico á una época mucho mas antigua: pueden citarse en apoyo algunas del concilio Lateranense, celebrado en el año 1123 (1), del Triburense, (2) celebrado en 895; del de Froisi (3). en el de 909 , del de Toledo (4), en el de 633 ; y del de Calcica (5) , en el de 461 , Baromio prueba , que en el siglo sexto (6) era general en el clero el voto de castidad. Un canon del primer concilio de Tour escomulga á todo presbitero, diácono ó subdiácono, que hubiese conservado su muger despues de haber recibido las órdenes. // Si se encontrase, dice, algun pres- // bitero con su *presbitera*, ó un diacono con su *diaco-* // *nisa* , ó un subdiacono con su *subdiaconisa*, quede // excomulgado por un año entero (7).// La virjinidad era mirada desde el tiempo de San Pablo mismo como el estado mas perfecto de un cristiano. Mas, aun concediendo por un momento, que el Matrimonio de los clérigos hubiese sido tolerado en la primitiva Iglesia, cosa que no pudiera probarse ni sostenerse, ni histórica ni canónicamente, no se seguiria de aqui que debiera permitirse aun hoy dia. Las costumbres modernas se oponen à esta innovacion, que destruiria completamente la disciplina de la Iglesia.

(1) *Can.* 21.
(2) *Cap.* 28.
(3) *Cap.* 8.
(4) *Can.* 52.
(5) *Can.* 16.
(6) *Baron. an.* 88. *n.* 18.
(7) *Can.* 20. Si inventus fuerit presbiter cum sua presbitera, aut diaconus cum sua diaconisa , aut subdiaconus cum sua subdiaconisa , annum integrum excomunicatu habentur,

En los antiguos tiempos de la relijion, tiempos de combates y de triunfos, los cristianos en corto número, y adornados de toda suerte de virtudes, vivian juntos como hermanos, gustaban de los mismos placeres, y participaban de las mismas tribulaciones en la mesa del Señor. El pastor podia en rigor tener entonces una familia en medio de esta santa sociedad, que era ya su familia: sus propios hijos no le hubiesen apartado del cuidado de sus otras avejas, por cuanto hubiesen sido parte de su rebaño: tampoco hubiera podido revelar á causa de ellos el secreto de la confesion, porque no habia pecados que ocultar; ademas, de que las confesiones se hacian en voz alta en aquellas *basilicas de la muerte* (1), en las cuales se juntaban los fieles para orar sobre las cenizas de los mártires. Aquellos cristianos habian recibido del cielo un sacerdocio que nosotros hemos perdido. Aquella reunion no era tanto una asamblea del pueblo, como una comunidad de levitas y de relijiosos; el bautismo les habia hecho à todos sacerdotes y confesores de Jesucristo.

San Justino el filósofo hace en su primera Apolojia una admirable pintura de la vida de los fieles de aquellos tiempos. «Se nos acusa, dice, de que turbamos la tranquilidad del estado, sin embargo de que uno de los principales dogmas de nuestra fé es, que nada se oculta á los ojos de Dios, y que un dia nos juzgará severamente segun nuestras buenas ó malas obras. Pero ¡oh poderoso Emperador! las mismas penas que nos imponeis solo sirven para afirmarnos mas en nuestro culto, porque todas estas persecuciones

(1) *S. Geron.*

nos las ha predicho nuestro Señor, hijo de Dios soberano, padre y señor del universo.

// El dia del sol (el domingo) todos los que viven en la ciudad y en el campo se juntan en un lugar comun. Se leen las Santas Escrituras; despues un *anciano* (1) exorta al pueblo á la imitacion de tan buenos ejemplos. Se levantan, vuelven á orar, se presenta agua, pan y vino; da las gracias el prelado y responden Amen los asistentes. Despues se distribuye una parte de las cosas consagradas, y los diáconos llevan lo restante á los ausentes. Se pide á todos y los ricos dan lo que quieren. El prelado guarda estas limosnas para socorrer á las viudas, á los huerfanos, á los enfermos, á los encarcelados, á los pobres, á los extranjeros, y por último á todos los necesitados de quienes con especialidad se halla el prelado encargado. El reunirnos en el dia del sol, es porque Dios crió el mundo en semejante dia, y porque su Hijo resucitó en otro igual, para confirmar á sus discípulos en la doctrina que acabamos de esponeros.

// Respetadla si os parece buena; si la juzgais digna de desprecio, desechadla; mas no sirva esto de motivo para que pongais en manos de los verdugos á unos hombres que no han hecho mal ninguno; porque nos atrevemos á deciros, que no evitareis el juicio de Dios si continuais en la injusticia. En cuanto á lo demas, cualquiera que sea nuestra suerte, hágase en todo la voluntad divina.

// Bien pudieramos haber reclamado vuestra equidad en virtud de la carta de vuestro padre César Adriano, de ilustre y gloriosa memoria; mas preferimos á

(1) *Un sacerdote.*

todo la confianza que tenemos en la justicia de nuestra causa. » (1)

La apolojia de Justino huvo de sorprender la tierra, pues acababa de revelar una edad de oro en medio de la corrupcion, y de descubrir un pueblo nuevo en los subterráneos de un antiguo imperio. Estas costumbres debieron perecer tanto mas bellas, cnanto no se parecian á las de aquellos primeros dias del mundo en perfeta armonía con la natulareza y las leyes, y que muy poderoso al contrario formaban un contraste con todo aquello que las rodeaba. Pero sobre todo, lo que hacia la vida de estos fieles mas interesante que la de aquellos hombres perfectos tan decantados por los poetas, es que estos se nos representan siempre felices, al paso que los otros se nos muestran entre los encantos solos de la desgracia. No es bajo el ramaje de los bosques, ni en los céspedes de las fuentes donde la virtud se presenta con su mayor poder: preciso es mirarle en la oscuridad de las prisiones y entre arroyos de sangre y de lágrimas. ¡ Ah ! ¡ cuan divina parece la relijion cuando en lo profundo de un subterráneo, y el silencio y la noche de los sepulcros, un sacerdote rodeado de peligros, celebra á la escasa luz de una lámpara, y en presencia de un corto número de fieles, los misterios de un Dios perseguido !

Era indispensable establecer solidamente esta inocencia de los primitivos cristianos para demostrar que si apesar de tan acendrada pureza se encontraron inconvenientes en permitir el matrimonio de los cleri-

(1) *Just. Apol. Edit. Marc. fol.* 1742. *Véase la nota* B, *al fin del volumen.*

gos, en la actualidad seria ya imposible su admision.

En efecto, cuando se multiplicaron los cristianos, y cuando la corrupcion se estendió con los hombres ¿como hubiera podido dedicarse el sacerdote á un mismo tiempo al cuidado de su familia y de su rebaño? ¿Como fuera posible que permaneciese casto con una esposa que hubiese dejado de serlo? Si nos pone la objecion de los paises protestantes, responderemos que en ellos ha sido preciso abolir casi todo el culto exterior; que aunque se presentan en el templo, sus ministros dos ó tres veces en la semana; que casi han cesado todas las relaciones que debia haber entre el pastor y el rebaño, y que aquel, comunmente no es otra cosa que un hombre mundano que dispone bailes y festines para divertir á su familia. Con respecto á esas otras sectas lúgubres que afectan una sencillez evangélica, y quieren una *religion sin culto* creemos que no nos las opondrán. Finalmente, en aquellos países donde se halla establecido el matrimonio entre los sacerdotes, ha cesado y debido cesar al instante la confesion, que es la mas bella de todas las instituciones morales. Es muy natural que el pecador no se atreva á comunicar sus secretos á un hombre, que ha hecho á una muger depositaria de los suyos propios; se teme y con razon, el fiarse de un hombre que ha quebrantado su contrato de fidelidad con Dios, y repudiado al Criador por casarse con una criatura.

Unicamente nos falta responder á la objecion que se saca de la ley general de la poblacion.

Nos parece pues, que la ley que favorecia á la poblacion mas allá de ciertos límites, es una de las primeras leyes naturales que ha debido abolirse en la

nueva alianza. Hay mucha diferencia de tiempo entre Jesu-Cristo y Abraham. Nació este en aquel tiempo en que reinaba la inocencia, y la tierra estaba escasa de habitantes, Jesu-Cristo por el contrario, vino en medio de la corrupcion de los hombres y cuando el mundo estaba ya poblado. El pudor puede ya pues hoy cerrar el seno de las mujeres; la segunda Eva, cuando los males con que fué herida la primera, ha hecho bajar del cielo la virjinidad, para darnos una idea de aquel estado de inocencia y de placer que precedió á los antiguos dolores de la madre.

El lejislador de los cristianos nació de una virjen y murió tambien virjen. ¿Quién duda que con esto ha pretendido enseñarnos, con respecto á las relaciones políticas y naturales, que la tierra habia llegado ya á su complemento de habitantes, y que lejos de favorecer las razas, era ya necesario de hoy mas el disminuirlas? En apoyo de esta opinion se nota que los estados no perecen por falta de hombres, sino por el excesivo número de ellos. Una poblacion excesiva es el azote de los imperios. Los bárbaros del Norte asolaron el globo, cuando se vieron llenos de hombres sus bosques: la Suiza se veia precisada á echará dominios extraños á muchos de sus industriosos habitantes, del mismo modo que las aguas de sus fecundos rios; y en nuestros dias se han notado, que en el momento mismo en que la Francia perdió un número tan considerable de labradores, se halla mas floreciente la agricultura. ¡Ah! que insectos tan miserables somos! Divirtiéndonos en torno de una copa de absinto, en que por casualidad han caido algunas

gotas de miel, nos devoramos unos á otros, al momento en que falta espacio á nuestra muchedumbre. Por una fatalidad aun mucho mayor, cuanto mas nos multiplicamos, tanto mas espacio falta á nuestros deseos. De este terreno que se disminuye cada dia, y de las pasiones que continuamente se aumentan, deben resultar tarde ó temprano terribles revoluciones (1).

En cuanto à lo demas, todos los sistemas desaparecen delante de los hechos. ¿Acaso se halla desierta la Europa, sin embargo de habitar en ella una clerecia católica que hace voto de castidad? Los monasterios mismos son favorables á la sociedad, porque consumiendo los relijiosos sus rentas en los lugares donde residen, esparcen la abundancia en la cabaña del pobre. ¿Donde se vieran en Francia paisanos tan bien vestidos, ni labradores, cuyo aspecto anunciase mas la abundancia y la alegria, sino en la jurisdiccion de una abadía rica? Las grandes propiedades no producen siempre este efecto; pero ¿eran acaso las abadías otra cosa que unos dominios donde tenian su residencia los propietarios? Mas como esto nos distrae del asunto principal, volveremos á tocarle cuando tratemos de las órdenes monacales. Sin embargo, es oportuno decir, que la clerecía aun à la poblacion es favorable, ya predicando la concordia y la union que debe reinar sobre los casados, ya deteniendo los progresos del libertinaje, ya dirijiendo todos los rayos de la Iglesia contra el sistema del corto número de hijos, resultado de las costumbres del pueblo de las ciudades.

(1) *Véase la nota C al fin del volumen.*

Finalmente, ya está hoy casi demostrado los convenientes que son en un grande estado unos hombres, que separados del bullicio del mundo y revestidos de un caracter augusto, puedan sin hijos, sin mujeres y sin los embarazos del siglo trabajar en los progresos de los ciencias, en la perfeccion de la moral, y en alivio del desgraciado.

¡Véanse los milagros que han obrado nuestros sacerdotes y relijiosos bajo estos tres puntos de vista en la sociedad! Si tuviesen una familia propia, todos sus estudios, toda la caridad, que ahora emplean en beneficio de la patria, la emplearian sin duda entonces en el de su parentela, y aun bien dichosos si estas mismas virtudes no las transformasen en vicios.

Esto es lo que teniamos que responder á los moralistas, en cuanto al celibato de los sacerdotes. Veamos si para los poetas encontraremos tambien algo que decir. Para esto necesitamos otras razones, otras autoridades y otro estilo.

CAPITULO IX.

Continuacion del precedente acerca del sacramento del Orden.

Célibes fueron la mayor parte de los sabios de la antigüedad, bien notorio es lo mucho que apreciaron la castidad los gimno-sofistas, los bracmanes y los druidas. Hasta los mismos salvajes la miran como una virtud celestial, porque los pueblos de todos los tiempos y de todos los paises estuvieron acordes acerca de la excelencia de la virjinidad. Entre los antiguos debian vivir en soledad los sacerdotes y las sa-

cerdotisas, que con especialidad se reputan estar encargados de tratar intimamente con el cielo: la menor falta que cometian contra sus votos se castigaba con un rigor terrible. Solo ofrecian á sus dioses terneras que no hubiesen parido, y la virjinidad poseia todo lo mas sublime y dulce que se hallaba en las fábulas. Con ella honraban á Venus, Urania y à Minerva, diosas del injenio y de la sabiduría; pintaban la Amistad como una jóven, y la misma Virjinidad simbolizada en la Luna; paseaba su misteriosa continencia en los frescos espacios de la noche.

Ni es menos amable la virjinidad, si la consideramos bajo otros aspectos. El manantial de las gracias y la perfeccion de la hermosura, está en los tres reinos de la naturaleza.

Los poetas, á quienes principalmente queremos convencer aquí, nos prestarán armas contra ellos mismos. ¿No gustan ellos de reproducir por todo la idea de la virjinidad, como un encanto mas à sus descripciones y pinturas? Ellos la encontraràn no menos en las campiñas, en las rosas de la primavera ó en las nieves del invierno: y de este modo la hacen brillar tambien en las dos extremidades de la vida, esto es, en los labios del niño, y en las canas del viejo. Mézclanla tambien en los misterios del sepulcro, y nos hablan de los antiguos que consagraban à sus manes árboles sin semilla; ó bien porque la muerte es esteril, ó porque en la otra vida son desconocidos los sexos, y el alma es una virjen inmortal. Finalmente nos dicen ellos, que entre los animales, aquellos están dedicados á la castidad, que mas se acercan á nuestra intelijencia. ¿No nos

parece reconocer en la colmena de las abejas el modelo de esos monasterios, dó las jóvenes vestales fabrican una miel celestial con la flor de sus virtudes? Por lo que mira á las bellas artes, tambien es la virjinidad su embeleso, y las musas la son deudoras de su eterna juventud.

Pero sobre todo, donde la virginidad manifiesta mas bien su ecselencia, es en el hombre. San Ambrosio compuso tres tratados acerca de la virginidad, en los cuales apuró su elocuencia; el mismo se disculpa diciendo, que lo hizo asi, con el objeto de ganar el corazon de las vírgenes con la dulzura de sus palabras (1). Este santo llama á la virginidad ecsencion de toda mancha (2): hace ver cuan preferible es su tranquilidad á los cuidados del matrimonio, y dice hablando con las vírgenes: // *Encendiendo vuestras* // *mejillas el pudor,* os hace en extremo hermosas. // Apartadas de la vista de los hombres, como rosas // solitarias, vuestras gracias no están á sus falsos // juicios; sin embargo, bajais tambien á la palestra, // á fin de disputar el precio de la hermosura, no la // del cuerpo, y si la de la virtud; hermosura que // ninguna enfermedad la altera, ninguna edad la mar// chita, y ni la misma muerte puede arrebatarla. // Dios es el único juez de esta lucha de las vírgenes, // porque ama las almas bellas aunque habiten en // cuerpos feos..... Una virgen no conoce las pena// lidades de un embarazo, ni los dolores de un par// to..... Es el don del cielo y la alegría de sus pa// rientes: en la casa paterna ejerce el sacerdocio de

(1) *De Virginit. lib. II, cap. I, núm. 4.*
(2) *Ibid. lib I, cap.* 5.

// la castidad, y es una víctima que diariamente se // sacrifica por su madre "

En el hombre, la virginidad toma un carácter sublime. Turbada por todas las tempestades del corazon, se hace celestial, si ella las resiste. // Una alma // casta, dice San Bernardo, llega á ser por la vir- // tud lo que es el angel por naturaleza. En la cas- // tidad del angel hay mas felicidad, pero en la del // hombre mucho mas valor " En los religiosos ella se transforma en humanidad; testigos son de ello esos *Padres de la Redencion de cautivos* y esas *órdenes hospitalarias* consagradas al alivio de nuestras dolencias. En la casa del sabio se convierte en estudio, y en la cueva del solitario en meditacion. Es en tanto grado el caracter esencial del alma y de la fuerza mental, que no hay hombre que no conozca su ventaja para entregarse á los trabajos del espíritu. Si la virginidad dá, pues, un nuev vigor al alma ¿no será tambien la primera de sus calidades, cuando el alma es la parte mas bella de nosotros mismos?

Pero si en alguna parte es necesaria esta virtud, lo es con preferencia en el servicio de la divinidad. // Dios, dice Platon, es la verdadera medida de // las cosas, y nosotros debemos emplear todos nues- // tros esfuerzos para imitarle. (1) El hombre dedica- // do á sus altares está mas obligado que otro alguno. // No se trata aquí, dice San Crisóstomo, de gobernar // un imperio ó mandar un ejército, si de una funcion // que ecsige una virtud angelical. El alma de un sa- // cerdote debe estar mas limpia que el sol (2). El mi-

(1) *Rep.*
(2) *Lib. VI, de Sacerd.*

" nistro cristiano, dice tambien San Gerónimo, es el " intérprete entre Dios y el hombre." Es preciso pues que un sacerdote sea un sugeto todo divino, y que reinen al rededor de él la virtud y el misterio. Retirado en las santas tinieblas del templo se le ha de oir sin ser visto: su voz solemne, grave y religiosa debe ser el conducto de las palabras proféticas, de los himnos de paz y de las profundidades secretas del tabernáculo; conviene que no se presente delante de los hombres, ni se deje ver en medio del siglo, como no sea para socorrer á los miserables, único medio por el cual se grangeará el respeto y la confianza; pero ambas cosas perderà bien pronto, si le ven á la puerta de los grandes ó embarazado con una esposa, ó bien si da lugar à que se familiarizen con él, ó si aparece manchado con los mismos vicios de que adolece el mundo, y si se puede sospechar de él por un solo momento, que no es mas que un hombre nada diferente de los demas.

En fin un casto anciano es una especie de divinidad. Priamo, tan viejo como el monte Ida, y tan canoso como la encina del monte Gargaro; Priamo, repito, presenta en su palacio, y en medio de sus cincuenta hijos, el espectáculo mas augusto de la paternidad. Pero un Platon virgen, sentado al pié de un templo en la punta de un cabo batido de las olas; un Platon con los ojos fijos en la mar, enseñando la ecsistencia de Dios á sus discipulos, es un ser mucho mas celestial. No corresponde á la tierra, y parece que pertenece á aquellos *genios* ó inteligencias superiores, de que el mismo nos habla en sus escritos.

Subiendo así la virginidad desde el último eslabon

de la cadena de los seres hasta el hombre, pasa desde este á los ángeles, y desde los ángeles á Dios, donde se pierde. En los espacios de la eternidad resplandece Dios único como el sol, que es su imagen en el tiempo.

En conclusion decimos, que ni los poetas ni los hombres de mas delicado gusto pueden oponer cosa alguna el celibato del sacerdocio, puesto que la virginidad tiene parte en la memoria de las cosas antiguas, de los embelesos en la amistad; del misterio en el sepulcro: de la inocencia en la cuna; de las gracias en la juventud: de la humanidad en el religioso; de la santidad en el sacerdote y en el viejo, y de la divinidad en los àngeles, y en el mismo Dios.

CAPÍTULO X.

CONTINUACION DE LOS PRECEDENTES.

El matrimonio.

Hasta la Europa es deudora á la iglesia misma de las pocas buenas leyes que posee. Apenas se hallará circunstancia alguna en materia civil, que no haya sido prevista por el derecho canónico, fruto de la experiencia de quince siglos, y de la penetracion de los Inocencios y Gregorios. Los reyes y emperadores mas sabios, como Carlomagno y Alfredo el Grande, creyeron que no podian hacer cosa mas acertada que recibir en su código civil una parte del código eclesiástico, donde vienen à refundirse la ley levítica, el evangelio y el derecho romano. ¿Que edificio hay

comparable con esta Iglesia? ¡Oh cuan vasto es! ¡cuan milagroso!

Cuando Jesucristo elevó el matrimonio á la dignidad de sacramento, nos manifestó la grande figura de su union con la Iglesia.

Reflecionando que el matrimonio es el quicio sobre el cual se mueve toda la economía de la sociedad es imposible suponer que sea sobrado santo, ni puede admirarse bastantemente la sabiduria de aquel que lo ha marcado con el sello de la relijion.

Multiplicó la Iglesia sus cuidados para un acto tan grande de la vida, y determinó los grados de parentesco en que se permite la union de dos esposos. Reconociendo el derecho canónico las jeneraciones simples cuando salen de su tronco, prohibió hasta la cuarta el matrimonio (1), que el derecho civil contando las ramas dobles, prefijó á la segunda: asi lo prevenia la ley de Arcadio inserta en las institutas de Justiniano (2).

Pero la Iglesia con su acostumbrada sabiduria, siguió en este reglamento la mudanza progresiva de costumbres (3), y se vé que en los primitivos siglos del cristianismo se estendia la prohibicion del matrimonio hasta el septimo grado, tal como el de Toledo (4) en el siglo sexto, prohibia, sin limitacion

(1) *Concil. later. an.* 1205.
(2) *Just. Inst.* de Nupt. *tit. X.*
(3) Concil. Duziac. *an.* 814. *La ley canónica debió variar segun las costumbres de los pueblos godos, vándalos, ingleses, franceses, y borgoñones que sucesivamente entraban en el seno de la Iglesia.*
(4) *Concil. Tol. cap.* 5.

alguna, toda union entre los miembros de una misma familia.

Digno es de la pureza de nuestra relijion el espíritu que dictó estas leyes. Nunca pudieron llegar las paganas á esta caridad cristiana. En Roma estaba permitido el matrimonio entre primos hermanos; y el emperador Claudio, para casarse con Agripina, hizo promulgar una ley mediante la cual el tio podia casarse con la sobrina (1). Solon permitió que el hermano pudiese casarse con su hermana uterina (2).

La Iglesia no ha limitado á esto solo sus precauciones. Despues de haber seguido al Levítico por algun tiempo en lo concerniente á los Afines, concluyó declarando por impedimentos *dirimentes* del matrimonio todos los grados de afinidad, correspondientes á los de consanguinidad en que está prohibido (3). Finalmente previó un caso que no previó ningun jurisconsulto, y es el de un hombre que ha tenido trato ilícito con una mujer. En este declara la Iglesia,

(1) Suet. in Claud. *Ciertamente esta ley no fué estendida segun se nota en los fragmentos de Ulpiano, tit. 5 y 6, y fué abrogada por el código de Teodosio, lo mismo que la que hablaba de los primos hermanos. Observemos que en el cristianismo tiene el Papa derecho á dispensar de la ley canónica, segun lo pidan las circunstancias. Como una ley no puede ser jamas tan general que abraze todos los casos, se meditó con mucha prudencia el recurso de las dispensas ó excepciones. En cuanto á lo demas, los matrimonios contraidos en el antiguo Testamento entre hermanos y hermanas, se dirigian á la ley general de la poblacion, que se abolió como dejamos dicho, en la venida de Jesucristo, cuando ya habia abundancia de razas.*

(2) *Plut.* in Sol.

(3) *Conc. lat.*

que no puede casarse con mujer alguna de su familia mas arriba del segundo grado (1). Esta ley admitida antiguamente en la Iglesia (2), y fijada por el Concilio de Trento, pareció tan conforme; que el código frances, sin embargo de haber rechazado el concilio en su totalidad, no dejó de admitir este cánon.

Con respecto á lo demas, los impedimentos del matrimonio de pariente á pariente, tan multiplicados por la Iglesia, ademas de sus razones morales y espirituales, en el órden político se dirije à dividir las propiedades, é impedir, que aun en los tiempos mas remotos, se lleguen á juntar únicamente en algunos sujetos todos los bienes del estado.

La Iglesia ha conservado los esponsales de futuro, que suben hasta una antigüedad prodijiosa. Sabemos por Aulo-Gelio que fueron conocidos por los pueblos del Lacio (3); que los adoptaron los Romanos (4) y los siguieron los Griegos; eran honrados en la antigua alianza, y en la nueva, fue Josef prometido á María. La intencion de esta costumbre es dejar á los dos futuros esposos tiempo suficiente para conocerse antes de unirse (5).

En nuestros campos se mostraban aun los esponsales con sus gracias antiguas. Un jóven aldeano iba en una mañana serena del mes de agosto, á buscar

(1) Ib. *Cap. 4, ses.* 24.
(2) *Conc. Auc. c. últ. an.* 304.
(3) *Noct. Att. lib. IV, cap.* 4.
(4) *L.* 2. 5. *de Spons.*
(5) *San Agustin nos da á sobre este particular una razon escelente*: Constitutum est, ut jam pactæ sponsæ non statim tradantur, ne vilem habeat maritus datam, quam non suspiraverit sponsus dilatam.

su pretendida á la quinta de su futuro suegro. Dos músicos, recordando nuestras antiguas diversiones, rompian la marcha tocando en el violin los romances de la antigua caballeria ó las canciones de dos peregrinos. Los siglos antiguos, parecia que acompañaban á esta juventud con sus antiguas costumbres y sus memorias venerables. La esposa recibia del cura la bendicion nupcial, y ponia sobre el altar una rueca guarnecida de cintas. Despues volvian á la quinta: los señores territoriales, el cura y el juez del pueblo se sentaban con los futuros esposos; los labradores y las matronas se ponian al rededor de una mesa, donde se les servian el verraco de Euméo y las gordas terneras de los Patriarcas. Terminaba la fiesta con un paseo á la granja vecina, y la señorita del castillo bailaba con el prometido al son de una gayta, mientras el acompañamiento estaba sentado sobre las garbas de trigo nuevo, con los recuerdos de las hijas de Jetró, de los segadores de Boóz, y de los esponsales de Jacob y Raquel.

Seguia á los esponsales la publicacion de las proclamas. Esta escelente costumbre ignorada de la antigüedad, se debe enteramente á la Iglesia, y es preciso buscar su orijen mas allá del siglo catorce, por cuanto se hace mencion de ella en una decretal del papa Inocencio III. Este mismo pontifice la sancionó por regla general en el concilio lateranense; renovóla el de Trento, y está vijente en Francia por la ordenanza de Blois. El Espíritu de esta ley es prevenir las uniones clandestinas, y tener conocimiento de los impedimentos que puede haber entre las partes contratantes. Por último, pasando adelante, el matri-

monio cristiano se avanza y presenta con mucho mayor aparato que los esponsales ; su paso es grave y solemne , y su pompa silenciosa y augusta : se le advierte al hombre que comienza una nueva carrera. Las palabras de la bendicion nupcial , (aquellas palabras que pronunció el mismo Dios en el primer matrimonio del mundo) , llenando al marido de un gran respeto , le dicen que va à desempeñar el acto mas importante de la vida ; que como Adan va á ser cabeza de una familla , y finalmente que carga sobre sí todo el peso de la condicion humana. La mujer por su parte queda igualmente instruida. Desaparece de sus ojos la imájen de los placeres á vista de sus obligaciones , parecele que oye una voz que sale del medio del altar y la dice : // O Eva ! ¿ Sabes bien lo que haces ? ¿Sabes que no hay para ti mas libertad que la del sepulcro ? ¿ Sabes lo que es llevar en tus entrañas mortales á un hombre inmortal y hecho á la imajen de Dios ? Entre los antiguos el himeneo solo era una ceremonia llena de escándalo y alegria, y que nada enseñaba de los graves pensamientos que inspira el matrimonio ; solo el cristianismo le ha reintegrado en su dignidad.

Este mismo cristianismo , conociendo antes que la filosofía, en que proporcion nacen los dos secsos, estableció que el hombre solamente pudiese tener una esposa , á la cual debia cuidar hasta la muerte. El divorcio no es conocido en la Iglesia cátolica , esceptuados algunos cortos pueblos de la Iliria , sujetos en otro tiempo al estado de Venecia , y que siguen el rito griego (1).

(1) *Véase Fra-Paulo , sobre el concilio de Trento.*

Si las pasiones de los hombres se resisten á esta ley, si no han conocido el desórden quo ocasiona el divorcio, turbando las sucesiones en el seno de las familias, desnaturalizando los afectos paternales, corrompiendo el corazon y haciendo del matrimonio una prostitucion civil, no nos podemos prometer atencion á algunas palabras que sobre esto se nos ofrecen decir. Sin que entremos en la profundidad de esta materia, observaremos únicamente, que si se piensa hacer felices á los esposos por medio del divorcio (este es el grande agumento del dia) serà incurrir en un error grosero. El que no ha cooperado á la felicidad de la primera mujer; aquel que no se ha aficionado para siempre á su esposa por la cintura de su virjinidad ó por su maternidad primera; quien no ha podido sujetar sus pasiones al yugo de la familia, y por último, el que no ha podido encerrar su corazon en su cama nupcial, este tal jamas coadyuvará á la felicidad de la segunda esposa; en vano podeis contar con el sobre este articulo. Ni aun el mismo ganará cosa alguna con estas mudanzas. Lo que llama diferencia de genios entre él y la muger á que está unido, es únicamente la inclinacion de su inconstancia y el afan de sus deseos. La costumbre y el decurso de mucho tiempo son mas necesarios de lo que se piensa, para fijar la felicidad, y aun el amor. No es posible que el hombre sea feliz en el objeto de su pasion, hasta despues de haber vivido muchos dias, y sobre todo, muchos dias malos con él. Preciso es sque se conozcan hasta lo interior del alma, es necesario que el misterioso velo con que se cubrian los dos esposos en la Iglesia primitiva, se levante para

ellos con todos sus pliegues, mientras queda impenetrable á todos los demas. ¿ Seria acaso justo que por el menor capricho he de temer yo verme privado de mi compañera y de mis hijos, sin esperanza de pasar mi vejez con ellos? Ni se diga, que este temor me obligará á ser mejor esposo: no porque ninguno se aficiona sino á un bien de que está seguro; una propiedad qne se puede perder no se ama.

No debamos al himeneo las alas del amor; ni hagamos de una santa realidad un fantasma inconstante. Una cosa destruirá aun la felicidad en vuestros lazos momentaneos; en ellos sereis perseguidos por vuestros remordimientos; compareareis continuamente una esposa con otra; la que habeis perdido y la que habeis hallado y no os engañeis, la balanza se inclinarà siempre en favor de las cosas pasadas; asi hizo Dios el corazon del hombre, esta distraccion de un sentimiento por el antiguo emponzoñará todos vuestros gozos. ¿ Acariciarels á vuestro nuevo hijo? Mas pensareis siempre en aquel que habeis abandonado. ¿ Abrazarels á vuestra mujer estrechándola sobre vuestro corazon? El os dirá, que no es este el seno de la primera. Cuanto hay en el hombre se dirije todo á la unidad: si llega á dividirse no puede ser feliz; y semejante á Dios, que le hizo á su imájen, su alma procura continuamente retener y concentrar en un punto lo pasado, lo presente y lo futuro (1).

Esto es cuanto teniamos que decir acerca de los sacramentos del Òrden y del Matrimonio. Por lo res-

(1) *Se puede consultar el libro de M.* Bonald *sobre el divorcio una de las mejores obras que se han publicado de muchos años á esta parte.*

pectivo á las imágenes que ellos mismos nos recuerdan, seria ocioso describirlas. ¿Que imaginacion necesitará de ayuda para representarse, ó al sacerdote renunciando á los placeres de la vida, para consagrarse al socorro de los desgraciados, ó á la jóven sacrificándose al silencio de las soledades para encontrar el del corazon, ó á los esposos al pié de los altares prometiendo amarse? La esposa de un cristiano no es una simple mortal; es sí un ser estraordinario, misterioso y angélico; es la misma carne de la carne de su esposo, y la sangre de su sangre. Cuando se une á ella no hace mas que tomar una parte de su substancia. Su alma, y lo mismo su cuerpo, son incompletos sin la muger: en él reside la fuerza; en ella la hermosura; el combate al enemigo y cultiva los campos de la patria, pero no está instruido en el gobierno doméstico; le es necesaria la muger para disponer la comida y su cama; si se halla rodeado de disgustos, la compañera de sus noches procura dulcificarlos, y aunque sus dias sean malos y turbulentos, encuentra brazos castos en su lecho, y al momento olvida todos sus males. El hombre sin la muger seria tosco, grosero y solitario. La muger cuelga en torno de él los placeres de la vida, semejantes á las yedras de los bosques que adornan el tronco de las encinas con sus perfumadas guirnaldas. Finalmente el esposo cristiano y su esposa viven, renacen y mueren juntos; crian juntos los frutos de su union, juntos se convierten en polvo, y juntos vuelven á hallarse mas allá de los límites del sepulcro.

CAPÍTULO XI.

La Extrema-Uncion.

Mas á la vista de este mismo sepulcro que es el pórtico silencioso del otro mundo, es cuando el cristianismo manifiesta toda su sublimidad. Si la mayor parte de los cultos antiguos consagraron la ceniza de los muertos, ya no pensaron en preparar el alma para aquellas riberas desconocidas de las cuales jamás se vuelve.

Venid á ver el mas hermoso espectáculo que puede presentar la tierra; venid y vereis morir á un hombre fiel. Este no es ya el hombre del mundo; no es ya individuo de su país; cesaron ya para él todas las relaciones que tenia en la sociedad. Se acabó ya para él el computo del tiempo; ya no tiene otra fecha que la grande era de la eternidad. Un sacerdote sentado á su cabezera le consuela. Este ministro santo trata con el moribundo acerca de la inmortalidad de su alma, y aquella sublime escena que la antiguedad no presentó mas de una vez en la muerte del primero de los filósofos, se renueva diariamente en la humilde cama del mas ínfimo cristiano que va á espirar. Por último, se acerca el último momento; y así como un sacramento abrió á este justo las puertas del mundo, así tambien las va à cerrar otro; la religion se ha complacido en mecerle en la cuna de la vida; sus hermosos cánticos y su mano maternal le adormecerán tambien en la cuna de la muerte. La religion misma preparó igualmente el bautismo de este segundo nacimiento, para el cual no hace uso del agua y sí del aceite, emblema de la incorruptivilidad

J. Amills g

Venid á ver morir un hombre fiel

celestial. El sacramento libertador rompe poco á poco los lazos del cristiano, y su alma casi separada del cuerpo, está como visible en su rostro. Ya escucha los conciertos de los Serafines; ya se halla dispuesta á volar lejos del mundo, hácia aquellas regiones á que la convida esta esperanza divina, hija de la virtud y de la muerte. El angel de paz, bajando en tanto sobre este justo, toca con su cetro de oro en sus ojos fatigados, y los cierra deliciosamente á la luz. Muere finalmente sin oírsele apenas su último suspiro; muere, y sus amigos guardan silencio por largo tiempo al rededor de su cama, porque piensan que está dormido; tal es la dulzura con que salió del mundo este cristiano,

PRIMERA PARTE.

DOGMAS Y DOCTRINA.

—

LIBRO SEGUNDO.

VIRTUDES Y LEYES MORALES.

—

CAPÍTULO I.

Vicios y virtudes segun la religion.

La mayor parte de los antiguos filósofos hicieron la division de las virtudes y los viclos; pero; cuan superior es tambien aquí la sabiduría de la religion á la de los hombres!

No consideramos por de pronto mas que la soberbia, la primera á quien puso la iglesia entre los vicios. Este fué el pecado de Satanás, y el primero del mundo. La soberbia es de tal modo la raiz del mal, que se halla mezclada en todas las dolencias del alma: se la ve entre las sonrisas de la envidia; brilla en los excesos del libertinage; cuenta el oro del avaro; centellea en los ojos de la cólera, y sigue las

gracias mismas de la pereza. La soberbia es la que ocasionó la caida de Adan. Ella es la que armò á Caín de su maza fratricida: ella edificó la torre de Babel y echó por tierra la ciudad de Babilonia. Por la soberbia se perdió Atenas con la Grecia; cayó el trono de Ciro; se dividió el imperio de Alejandro, y se destruyó Roma en fin bajo el peso del universo.

La misma soberbia trae consigo y produce unos efectos mucho mas funestos en las circunstancias particulares de la vida, porque se atreve hasta contra Dios mismo.

Cuando se buscan las causas del ateismo, viene naturalmente al pensamiento esta triste observacion; es á saber, ¡cuanto tienen que quejarse, asi de la sociedad como de la naturaleza, aquellos que asi se rebelan contra el cielo! á excepcion de algunos jóvenes seducidos por el mundo, ó de aquellos escritores, cuyo objeto principal es el de hacer ruido. Pero ¿como es posible que los que se hallan privados de unas ventajas puériles que proporciona ó quita la fortuna segun su capricho, no acierten á encontrar el remedio de esta leve desgracia acercándose á la Divinidad? Esta es el verdadero manantial de las gracias. Dios es en tal grado la hermosura por excelencia, que con solo pronunciar su nombre con amor, basta para comunicar alguna cosa de divino al hombre menos favorecido de la naturaleza, como ya se notó en Sócrates. Dejemos el Ateismo á aquellos que careciendo del vigor necesario para hacerse superiores á los caprichos de la suerte, manifiestan en todas sus blasfemias, el primer vicio del hombre tocado en su parte mas sensible.

La iglesia dió el primer lugar á la soberdia en la escala de las degradaciones humanas, no con menos habilidad colocó los otros sels pecados capitales. No hay que persuadirse que sea arbitrario el órden con que los vemos colocados: basta examinarle de paso para conocer que la relijion pasa con excelencia de los vicios que atacan la sociedad en jeneral, á los delitos que solo recaen sobre el culpable. De este modo, si la envidia, por ejemplo, la luxuria, la avaricia y la cólera siguen inmediatamente á la soberbia, es porque estos son unos vicios que se ejercitan en un sujeto extraño, y que viven únicamente en medio de los hombres; al paso que la golosina y la pereza son unas inclinaciones vergonzosas y sedentarias; que en si mismas encuentran sus principales deleites.

En las virtudes que prefiere el cristianismo, y en el lugar que él las asigna, se deja ver el conocimiento de la naturaleza. Antes de la venida de Jesucristo, el alma del hombre era un caos. Dejóse oir el verbo divino, y al instante se puso en claro todo en el mundo intelectual, asi como en virtud de la misma palabra quedó antiguamente todo ordenado en el mundo físico: esta fué la creacion moral del universo. Subieron las virtudes á los cielos como unas llamas puras; las unas, cual soles resplandecientes, llamaron la atencion de todos á causa de su luz brillante; pero las otras cual modestas estrellas, buscaron el pudor de las sombras, en las cuales sin embargo no pudieron ocultarse. Desde entónces se ve establecida una admirable balanza entre las fuerzas y las debilidades; la relijion dirijló todos sus rayos contra la soberbia, como vicio que se alimenta de

virtudes; descubrióla hasta en los mas reconditos pliegues del corazon humano, y la persiguió en todas sus transformaciones. Dirijiéronse contra ella los sacramentos cual un ejército santo, y la humildad vestida de un saco, ceñida con una cuerda, descalza, la cabeza cubierta de ceniza, y bajos y anegados en lágrimas sus ojos, llegó á ser una de las primeras virtudes del cristiano fiel.

CAPÍTULO II.

De la Fé.

¿Cuales eran las virtudes que tanto recomendaron los sabios de la Grecia? La fuerza, la templanza y la prudencia. ¡Solo Jesucristo podia enseñar al mundo, que la fé, la esperanza y la caridad son las virtudes que convienen asi á la ignorancia como á la miseria del hombre!

No hay duda que es una razon prodijiosisima aquella que nos ha manifestado en la fé el manantial de todas las virtudes. No hay verdadero poder sin el convencimiento: si se halla fuerza en un razonamiento, divinidad en un poema, y belleza en una pintura, es porque el espíritu ó la vista que juzgan de ellas, se hallan convencidos de una cierta verdad que está como escondida en aquel razonamiento, en aquel poema y en aquel cuadro. ¿Que prodijios no son capaces de hacer un corto número de soldados persuadidos de la habilidad de su jeneral? Treinta y cinco mil Griegos siguen á Alejandro á la conquista del mundo Lacedemonia depositó su confianza en Licurgo, y llegó á ser la mas sabia de las ciudades, Babilonia pre-

sume que fué erijida para las grandezas, y todas ellas como que se prostituyeron espontàneamente á esta fé mundana; un oráculo ofrece la tierra á los Romanos, y la conquistan casi toda: solo Colon entre todos los hombres del universo se obstina en creer que existe un nuevo mundo; y efectivamente sale de las ondas este nuevo mundo. La amistad, el patriotismo, el amor, en una palabra todos los sentimientos jenerosos son tambien una especie de fé. Los Codros, los Pilades, los Regulos y los Arrios hicieron prodijios, porque *creyeron.*

De aquí es que no son capaces de cosas grandes ni jenerosas, aquellos corazones que nada *creen*; que tratan de ilusiones todas las afecciones del alma; de locura todas las bellas acciones, y en fin que miran con lástima la imajinacion y la ternura del espíritu. Semejantes hombres no produjeron jamás, ni acabarán nada de grande ni de jeneroso, únicamente tienen fe en la materia y en la muerte, con la cual llegan á quedar tan insensibles como la una y tan helados como la otra. En el antiguo idioma caballeresco, la expresion *dar* ó *empeñar su fe*, era sinónima de todos los prodijios del honor. Rolando, Duguesclin y Bayardo eran unos fieles caballeros (feaux), y los campos de Roncesvalles, de Auray y de Bresa, como tambien los descendientes de los moros, de los ingleses y de los lombardos, aun nos dicen hoy dia que hombres eran aquellos que prestaban *fe y homenage á su* Dios, *á su* Dama y *á su* Rey. ¿Y será necesario citar los mártires, aquellos héroes, que segun la espresion de san Ambrosio, sin ejércitos ni lejiones, vencieron á los tiranos, domesticaron los leones,

quitaron al fuego su violencia y á la espada su corte? (1) La misma fé es bajo este aspecto una fuerza tan terrible, que trastornaria el mundo entero si se aplicase á malos fines. No hay cosa imposible para el hombre arrastrado por una persuacion intima y sometiendo su razon sin restriccion alguna á la de otro hombre. Esto nos convence de que las virtudes mas eminentes están muy cercanas á los vicios, cuando están separadas de Dios, y se las mira en sus simples relaciones morales. Si hubieran hecho los filósofos esta observacion, no hubieran trabajado tanto para fijar los límites del bien y del mal. Ninguna necesidad ha tenido el Cristianismo de inventar, como lo hizo Aristóteles, una escala para colocar en ella injeniosamente una virtud entre dos vicios; ha vencido dificultad de un modo seguro, mostrándonos que las virtudes dejan de serlo cuando no se dirijen hácia su principio, es decir, hácia Dios. Esta verdad nos resultará indubitable, si aplicamos la fé á los mismos negocios humanos, mucho mas haciéndola concurrir por interposicion de las ideas relijiosas. Todas las virtudes de la sociedad previenen de la fé, siendo constante segun el unánime consentimiento de los sabios, que el dogma que enseña á creer en Dios remunerador y vengador, es el apoyo mas firme de la moral y de la política.

Finalmente si haceis el uso verdadero y que debe hacerse de la fé (2), si la dirijis enteramente hácia el Criador, si de ella haceis el ojo intelectual con el cual descubrís las maravillas de la ciudad santa y el

(1) *Ambros.* de off., *cap.* 33.
(2) *Véase la nota D, al fin del volumen.*

imperio de las existencias reales; en fin si presta alas á vuestra alma para elevaros sobre las penas de la vida, conocereis que la escritura no ensalzó en demasía esta virtud, cuando habló de los prodijios que con ella pueden hacerse. ¡O Fé celestial! ¡Fé consoladora! ¡Aun haces mas que trasportar los montes, pues tu alivias las pesadas cargas que abruman el corazon del hombre.

CAPÍTULO III.

De la esperanza y de la caridad.

La esperanza, que es la segunda virtud teologal, tiene casi igual fuerza que la fé; el deseo es el padre del poder; cualquiera que desea con vehemencia llega á conseguir. «Buscad dijo Jesu-Cristo, y encontrareis, llamad á la puerta y os abrirán.» Pitagoras decia en el mismo sentido: *el poder habita cerca de la necesidad*, porque la necesidad emvuelve en sí la privacion; y esta camina con el deseo. Orijen del poder, el deseo ò la esperanza es una especie de jenio; tiene aquella virilidad que enjendra y aquella sed que jamas se apaga. Si á un hombre se le frustran sus proyectos, es por no haber deseado con vehemencia, ni estar inspirado de aquel amor que llega á poseer tarde ó temprano el objeto à que aspira, aquel amor que en la divinidad lo abraza todo, y goza de todos los mundos por una inmensa esperanza, siempre satisfecha y siempre renaciente.

No obstante, hay una diferencia esencial entre la fé y la esperanza considerada como fuerza. La fe tiene su foco y orijen fuera de nosotros, y no nos

viene sino de un objeto estranjero. La esperanza al contrario nace dentro de nosotros mismos y propende á salir á fuera. Se nos prescribe la primera, al paso que nuestro propio deseo hace nacer la segunda. Por consecuencia la Iglesia ha dado el primer lugar á la fè, porque enjendra mas fácilmente las otras virtudes; desciende directamente de Dios, y siendo por consiguiente una emanacion del ser supremo, es mas hermosa que la esperanza.

La Esperanza sin embargo ofrece en sì misma un carácter particular que la pone en relacion con nuestras miserias. ¡ Sin duda el cielo nos ha revelado esta relijion que hace de la esperanza una virtud! No-driza de los desgraciados, puesta al lado del hombre como una madre al lado de su hijo enfermo, le mece en sus brazos, le suspende en su abundante pecho, y le alimenta con una leche que calma todos sus dolores. Vela á su cabecera solitaria, y le adormece con canciones encantadoras. ¡Oh que sorpresa causa ver la esperanza, que es tan dulce conservar, y que pareciendo un movimiento natural del alma, se transforma para el cristiano en una virtud rigurosamente exijida! De suerte que, por cualquier cosa que haga se le obliga á beber con abundancia esta preciosa copa, en la cual tantos miserables tendrian á gran dicha humedecer sus labios por un instante. Aun hay mas (y en esto consiste la maravilla), el cristiano tendrá la recompensa por *haber esperada*, es decir, *por haber hecho su propia felicidad.* Al fiel siempre militante en esta vida, y siempre en guerra con el enemigo, se le trata por la relijion en su derrota, como aquellos generales vencidos á quienes el Senado Ro-

mano recibia en triunfo, por sola la razon de no haber desesperado jamas de su salud final. Pero si los antiguos tenian por tan maravilloso al hombre que conservaba la esperanza ; que concepto hubieran formado del cristiano que en su admirable lenguaje no dice ya *mantener*, sino *practicar* la esperanza? La caridad, hija de Jesucristo, en sentido riguroso significa gracia y alegría. La relijion, queriendo reformar el corazon humano, y santificar nuestras inclinaciones naturales mismas, inventó una nueva *pasion;* mas para designarla, considerando cuan expuestos están á culpa los lazos humanos, no se valió de la palabra *amor*, por no ser bastante exacta, ni de la voz *amistad*, que se pierde en el sepulcro, ni del término *compasion*, que es demasiadamente personal y muy expuesto al orgullo; mas encontró la expresion caridad que comprende las tres primeras, y tiene al mismo tiempo algunos visos de celestial. De esta manera dirijió nuestras inclinaciones hácia el cielo purificándolas y encaminándolas al Criador; por esta misma razon nos enseña aquella maravillosa verdad, de que los hombres deben amarse por Dios, que espiritualiza su amor, y solo deja de el la esencia inmortal que sirve de paso hasta él mismo.

En cuanto á lo demas, la caridad es una virtud totalmente cristiana, emanada del Todopoderoso y de su divino Verbo, tambien es una estrecha alianza con la naturaleza. El encanto de la verdadera relijion se conoce en esta continua armonia del cielo y de la tierra, de Dios y de la humanidad. Las instituciones morales y políticas de la antigüedad están á cada instante en contradiccion directa con los sen-

timientos del alma. El cristianismo, al contrario, siempre de acuerdo con los corazones, no prescribe virtudes abstractas y solitarias, y si virtudes sacadas de nuestras mismas necesidades, y útiles á todos. Puso la caridad como un pozo de abundancia en los desiertos de la vida, «La caridad es «paciente y dulce; no procura excederse á nadie, ni «obra con temeridad, ni se engrie.

«Tampoco es ambiciosa, ni sigue sus intereses; no se «irrita ni piensa mal.

«No se alegra en la injusticia, sino que antes bien «se complace en la verdad. Todo lo tolera, todo lo «cree, todo lo espera, todo lo sufre (1).»

CAPÍTULO IV.

De las leyes morales ó del Decálogo.

Para abatir nnestro orgullo, basta considerar que todas las máximas de la sabiduria humana pueden encerrarse en pocas pájinas: pero en estas pocas pájinas se ven errores sin número. Si las leyes de Minos y de Licurgo quedaron en pié, despues de la caida de los pueblos para quienes se habian establecido; lo fué como las pirámides de los desiertos, inmortales palacios de la muerte.

Leyes del segundo Zoroastres.

El tiempo sin límites é increado es el criador de todo. La palabra fué su hija; y de esta nació *Orsmus* dios del bien, y *Ariman*, dios del mal.

(1) *San Pablo á los Corint. cap.* 13. *v.* 4 *y siguien.*

Invoca al toro celestial, padre de la yerba y del hombre.

La obra mas meritoria es cultivar bien su campo.

Ora con pureza de pensamiento, de palabra y de accion (1).

Enseña el bien y el mal á tu hijo de edad de cinco años (2).

Castigue la ley al ingrato (3).

Que muera el hijo que haya desobedecido á su padre por tres veces.

La ley declara impura á la mujer que pase á segundas nupcias.

Castiga con varas al falsario.

Desprecia al mentiroso.

Al principio y fin del año, guarda diez dias de fiesta.

Leyes de los Indios.

El mundo es Wichnou.

Todo lo que ha sido es él; todo lo que es, es él; todo lo que será, es él.

Hombres sed iguales.

Ama la virtud por sí misma : renuncia al fruto de tus obras.

Mortal, sé sabio, y serás tan fuerte como diez mil elefantes.

El alma es Dios.

Confiesa las faltas de tus hijos al sol y á los hombres, y purifícate en el agua del Ganges (4).

(1) *Zen-Au.*
(2) *Xenof. cir. Platc. de Leg. lib. II.*
(3) *Xenof· ib.*
(4) *Pr. des. Br.* Hist. of. Ind. *Diod. sic. etc.*

Leyes de los Ejipcios.

Cnef, dios universal, tinieblas desconocidas, oscuridad impenetrable.

Osiris es el dios bueno, Tifon el dios malo.

Honra á tus padres.

Sigue la profesion de tu padre.

Se virtuoso; los jueces del lago pronunciarán despues de tu muerte acerca de tus obras.

Lava tu cuerpo dos veces al dia y otras dos por la noche.

Mantente con poco.

No reveles los misterios (1).

Leyes de Minos.

No jures por los dioses.

Hombre jóven, no examines le ley.

La ley declara infame à cuálquiera qne no tenga amigo.

Sea coronada de lana, y vendida la mujer adúltera.

Sean públicas vuestras comidas, vuestra vida frugal, y vuestros bailes guerreros (2).

No pondremos aqui las leyes de Licurgo, porque en parte no son mas que la repeticion de las de Minos.

Leyes de Solon.

Que muera el hijo que no procura enterrar á su padre, y asi mismo el que no le defiende.

Que se prohiba al adultero la entrada en el templo.

Que el majistrado borracho beba la cicuta.

(1) *Herod. lib.* 2. *Plat.* de Leg. *Plut.* de Is. et Os.
(2) *Arist. Pol. Plat.* de Leg.

Que muera el soldado cobarde.

La ley permite matar al ciudadano, que se mantenga neutral en las disenciones civiles.

El que quiera morir, dígalo al Arconte y muera.

Que muera el sacrilego.

Esposa guia á su esposo ciego.

El hombre sin costumbres no podrá gobernar (1).

Leyes primitivas de Roma.

El hombre sea labrador y guerrero.

Reserva el vino para los viejos.

Condena á muerte al labrador que coma el buey (2).

Leyes de los galos, ó de los druidas.

El mundo es eterno, el alma inmortal.

Ora á la naturaleza.

Defended á vuestra madre, á vuestra patria y á la tierra.

Admite la mujer á tus consejos.

Honra al estranjero, y pon á parte su porcion en la siega.

El infame sea sepultado en el cieno.

No levantes templo, y no confies la historia de lo pasado sino á tu memoria.

Hombre, tu eres libre; sé sin propiedad.

Honra al viejo, y que el jóven no pueda deponer contra él.

El valiente será recompensado despues de su muerte, y el cobarde castigado (3).

(1) *Pl.* in Vit. Sol. *Tit. Liv.*
(2) *Pl. in Num. Tit. Liv.*
(3) *Lac.* de Mor. Germ. *Strab. Cam. com. edda est.*

Leyes de Pitagoras.

Honra á los dioses inmortales, segun sean establecidos por la ley.

Honra á tus parientes.

Haz lo que no aflija tu memoria.

No permitas sueño á tus ojos, hasta que hayas examinado tres veces en tu alma las obras del dia.

Pregùntate á tí mismo ¿donde has estado? que has hecho y que debias hacer?

De este modo despues de una vida santa, y que tu cuerpo haya vuelto á los elementos, quedarás inmortal, é incorruptible sin poder jamas morir (1).

Esto es poco mas ò menos, lo que nos ha quedado de aquella sabiduria tan famosa de los tiempos antigüos. Allí se representaba á Dios como una oscuridad profunda; en efecto era asi; mas á fuerza de luz, como aquellas tinieblas que cubren la vista, cuando se quieren fijar los ojos en el sol: al hombre sin amigo se le declara aquí infame; por esta regla ha declarado infame el lejislador á todos los desgraciados. Mas allá el suicidio se eleva al grado de una ley. Finalmente algunos de aquellos sablos manifiestan que ol-

(1) *Pudiera añadirse á estas tablas un extracto de la república de Platon, ó por mejor decir los doce libros de sus leyes, que son á nuestro parecer, sus mejores obras, no solo por la hermosa pintura de tres viejos que discurren yendo á la fuente, sino por la razon que reina en su dialogo. Pero como estos preceptos no se han puesto en práctica tampoco hablaremos de ellos. Por lo que mira al Coran, cuanto en él se encuentra que sea santo y justo, se ha sacado palabra por palabra de nuestros libros sagrados; todo lo demas es una mala conpilacion rabinica.*

vidan enteramente un ser supremo. ¿Y cuantas cosas vagas, incoherentes y comunes no se hallan en la mayor parte de sus sentencias? Anúnclan sucesivamente unas máximas tan contradictorias los sabios del Pórtico y de la Academia, que por el mismo libro se puede probar que el autor creia y no creia en Dios; que reconocia y no reconocia una virtud positiva; que la libertad es el primero de los bienes, y el despotismo el mejor de los gobiernos.

Si apareciese en medio de tantas incertidumbres un código de leyes morales, breve, claro, sin contradicciones ni errores; que fijase nuestras dudas; nos enseñase lo que debemos creer de Dios, y finalmente, cuales eran nuestras verdaderas relaciones con los hombres: si este código, digo, se anunciase con una seguridad de tono, y una sinceridad de lenguaje desconocidas ¿no seria preciso convenir en que sus leyes solo podian dimanar de Dios? En efecto es así; tenemos estos preceptos divinos; y que preceptos para un sabio! Y que cuadro para un poeta! Fijad sino la atencion en aquel hombre que baja de esas alturas abrasadas, y que sostiene con sus manos una tabla de piedra, apoyada en su pecho; su frente se mira adornada de dos rayos de fuego; su rostro resplandece con las glorias del Señor, y el terror de Jehovah le precede: al orizonte se descubre la cadena del monte Libano con sus perpetuas nieves y sus altos cedros, que van á esconderse en el cielo. La posteridad de Jacob postrada al pié de la montaña, se cubre el rostro, temiendo ver á Dios y morir. Cesan no obstante los truenos, y se oye una voz que dice:

Escucha, ó Israel, á mi Jehovah, *tus Dioses* (1) que te he sacado de la tierra de Mitzralm, de la casa de esclavitud.

1. No tendràs otros Dioses delante de mi cara.

2. No harás ídolos con tus manos, ni imájen alguna de lo que hay en las *espantosas aguas superiores*, ni sobre la tierra abajo, ni en las aguas bajo la tierra. No te inclinarás delante de las imájenes ni las servirás; porque yo soy Jehovah, *tus Dioses*, el Dios fuerte, el Dios celoso, que castigo el pecado de los padres y la maldad de los que me aborrecen hasta los hijos de la tercera y cuarta generacion, y colmo de gracias infinitas á los que aman, y guardan mis mandamientos.

3. No tomarás en vano el nombre de Jehovah, *tus Dioses*: porque no declarará por inocente al que tome su nombre en vano.

4. Acuerdate del sabado para santificarle. Trabajaràs seis dias haciendo tus labores, y en el séptimo de Jehovah, *tus Dioses*, no harás obra alguna tú ni tu hijo, ni tu hija, ni tu criado, ni tu criada, ni tu camello, ni tu huésped *delante de tus puertas*. Porque en seis dias Jehóvah hizo las *maravillosas aguas superiores* (2), como la tierra, el mar, y todo lo que hay en ellas, y descansó en el séptimo; Jehovah, pues, le bendijo y le santificó.

(1) *Traducimos el Decálogo directamente del hebreo, y palabra por palabra, á causa de esta expresion* tus Dioses, *que no se halla en ninguna version. Véase la nota* E *al fin del tomo.*

(2) *Esta traduccion se halla muy distante de dar una idea de la magnificencia del texto.* Shamajin *es una especie de grito de admiracion, como la voz de*

5. Honra á tu padre y á tu madre, paraque tus dias sean largos sobre la tierra, y mas allá de la tierra que Jehovah, *tus Dioses*, te ha dado.

6. No matarás.

7. No serás adultero.

8. No hurtarás

9. No levantarás contra tu vecino ningun falso testimonio.

10. No codiciarás las cosas de tu vecino, ni la mujer de tu vecino, ni su criado, ni su criada, ni su buey, ni su asno, ni cosa alguna que sea suya.

Tales son las leyes que el Eterno ha grabado no solamente en los mármoles del monte Sinaí, sino tambien en el corazon de los hombres: lo que mas sorprende al pronto es el carácter de universalidad que distingue á esta tabla divina de todas las humanas que la precedieron. Esta es la ley de todos los pueblos, de todos los climas y de todos los tiempos. Pitágoras y Zoroastres se dirijen á los Griegos y á los Medos; Jehovah habla á todos los hombres. Se conoce que este lejislador todopoderoso, que vela sobre todas las partes de la creacion, deja caer igualmente de su benéfica mano el grano de trigo que alimenta al insecto, y el sol que le alumbra.

Nada hay en seguida mas admirable por su sencillez llena de justicia, que las leyes morales de los hebreos.

todo un pueblo que mirando al firmamento dijese en alta voz: ¡mirad esas aguas milagrosas detenidas á manera de bóvedas sobre nuestras cabezas! ¡Esas bóvedas de cristal y de diamante! *¿Como es posible en la traduccion de una ley poner en nuestra lengua esta poesia que expresa una sola palabra?*

Los paganos mandaron que se honrase á los autores de nuestra vida y Solon decretó la muerte contra el mal hijo. Pero ¿qué hace Dios? Promete la vida á la piedad filial. Este mandamiento se tomó del manantial mismo de la naturaleza. Dios hace un precepto del amor filial y no le hace del amor paternal. Sabia muy bien que el hijo, en quien vienen á reunirse todos los recuerdos, y las esperanzas del padre, comunmente era amado de él hasta el exceso; pero manda al hijo que ame, por que conocia la inconstancia y el orgullo de la juventud.

La majestad y la gracia de las formas se junta á la fuerza del sentido interior del Decálogo, como en todas las demas obras del Todopoderoso. El Bracman expresa lentamente las tres presencias de Dios; el nombre de *Jehovah* las manifiesta en una sola palabra; estos son los tres tiempos del verbo *ser*, unidos con una combinacion sublime; *havah*, él fué; *havah*, *siendo*, ó él és, y *yo*, que cuando se halla colocado delante de las tres letras radicales de un verbo, indica lo futuro, y quiere decir en hebreo, *él será*.

Por último, los lejisladores antiguos señalaron en sus codigos las épocas de las fiestas nacionales. Mas el dia del descanso de Israel es el mismo del descanso de Dios. El Hebreo y el Gentil su heredero, tienen presente, en las horas de su trabajo oscuro, nada menos que la creacion sucesiva del universo. No obstanto la Grecia tan poética ¿pensó jamás en referir los cuidados del labrador ó del artesano á aquellos famosos instantes en que Dios crió la luz, trazó el curso del sol, y animó el corazon humano?

Leyes divinas. ¡Ó cuan poco os pareceis á las de

los hombres! Eternas como el principio de donde dimanals, en vano pasan los siglos sobre vosotras: os resistis á los siglos, à la persecucion y á la corrupcion misma de las costumbres. Esta lejislacion relijiosa organizada en el seno de las lejislaciones politicas, y sin embargo independiente de su triste suerte, es un gran prodijio. Mientras que las formas de las monarquías pasan y se modifican, y en tanto que el poder va de mano en mano, á merced de la fortuna, algunos cristianos que se han mantenido fieles en medio de la adversidad, continuan adorando al mismo Dios, y sometidos á sus mismas leyes, sin creerse dispensados de sus obligaciones por las revoluciones, las desgracias y el ejemplo. ¿Que relijion no perdió en la antigüedad su influencia moral, cuando perdió sus sacerdotes y sus sacrificios? ¿Donde están los misterios de la gruta de Trafonio, y los secretos de Ceres-Eleusina? ¿No cayó enteramente Apolo con Delfos, Baal con Babilonia, Sérapis con Thebas, y Júpiter con el Capitolio? Solo el cristianismo ha visto caer muchas veces los edificios en que se celebraban sus pompas, sin trastornarse por su caida. Jesucristo no siempre ha tenido templos; pero todo sirve de templo al Dios vivo: la mansion de los muertos, las cavernas de las montañas, y sobre todo el corazon del justo; no siempre tuvo altares de pórfido, càtedras de cedro ni de márfil, ni hombres felices por siervos, pero una piedra en el desierto foé bastante para celebrar allí sus misterios: un árbol para predicar allí sus leyes, y una cama de espinas para practicar sus virtudes.

PRIMERA PARTE.

DOGMAS Y DOCTRINA.

—

LIBRO TERCERO.

VERDADES DE LA ESCRITURA Y CAIDA DEL HOMBRE.

—

CAPÍTULO I.

Superioridad de la tradicion de Moisés sobre todas las demas cosmogonias.

Hay ciertas verdades que nadie puede dudar, por mas que no se puedan presentar pruebas inmediatas ácerca de ellas; de este género son la rebelion y la caida del espíritu de soberbia, la creacion del mundo, la felicidad primitiva, y el pecado del hombre. Es imposible creer que una mentira absurda llegue á ser una tradicion universal. Abrid los libros del segundo Zoroastres, los diálogos de Platon y los de Luciano, los tratados morales de

Plutarco, los fastos de los chinos, la Biblia de los hebreos, los eddas de los escandinavos; consultad los negros de África (1) ó los sabios sacerdotes de la India, y vereis como todos os refieren los delitos del dios del mal, y os pintan muy corto el tiempo, de la felicidad del hombre y muy largas las calamidades que siguieron á la pérdida de su inocencia.

Voltaire se atreve á decir en sus escritos, que nosotros tenemos la peor *copia* de todas las *tradiciones* acerca del orijen del mundo, y de los elementos físicos y morales que le componen, ¿Prefiere el por ventura la cosmogonía de los ejipcios, ò el grande huevo con alas de los sacerdotes de Thebas (2). Esto es lo que cuenta muy seriamente el mas antiguo de los historiadores despues de Moisés.

// El principio del mundo era un aire oscuro y tempestuoso, ó un viento compuesto de un aire oscuro y de un caos turbulento. Este principio no reconocia términos, ni tampoco habia tenido por largo tiempo límites ni figura. Pero cuando dicho viento se enamoró de sus propios principios, resultó de aquí un mixto que se llamó deseo ú amor.

Cuando estubo este mixto completo, llegó á ser el principio de todas las cosas; mas el viento no conocia su propia obra que era el mixto. Este enjendró sucesivamente con su padre el viento, la *palabra* ó el *barro*, y de este salieron todas las generaciones del mundo" 3).

(1) *Véase la nota F, al fin del volumen.*
(2) *Herod. lib. II Diod sic.*
(3) *Sanch. ap. Euseb. Præparat. Evang, lib. I. cap.* 10.

Si vamos á ver los filósofos griegos, observamos que Tales fundador de la secta Yónica admitia el agua como un principio universal (1). Platon pretende que la divinidad arregló el mundo; pero que no pudo criarle (2). Dios, dice, formó el universo conforme el modelo que eternamente existía en sí mismo (3). Los objetos visibles no son mas que las sombras de las ideas de Dios, qne son solamente las verdaderas sustancias (4). Además inspirò Dios un soplo de su vida á las cosas, y de esta manera compuso un tercer principio, que es á la vez espíritu y materia, y se llamó el *alma del mundo* (5).

Aunque Aristóteles discurria como Platon acerca del origen del mundo, imajinó el bello sistema de la cadena de los seres, y subiendo de accion en accion, probó qne ecsiste en alguna parte un primer móvil (6).

Zenon sostenia que el mundo se arregló por su propia enerjia; que la naturaleza es este mismo todo que lo comprende todo; que se compone de dos principios, uno activo y otro pasivo, inseparables uno de otro, y que ambos sino unidos, están sujetos á otro tercero que es la *fatalidad*; que Dios, la materia y la fatalidad no son mas que uno; que estos componen á la vez las ruedas, el movimiento, las leyes de

(1) *Cic. de Natur. Deor. lib. I. n.* 25.
(2) *Tim. pag.* 28, *Diog. Laert. lib. III. Plut. de Gen. Anim. p.* 78.
(3) *Plut. Tim. p.* 29.
(4) *Id. Rep. lib. VII, p.* 516.
(5) *In Tim. p.* 34.
(6) *Arist. de Gen. An. lib. II, cap.* 3, *Met. lib. XI, cap.* 5. *de Cœl. lib. XI, cap.* 3. *etc.*

la máquina, y obedecen como partes á las leyes que dictan como un todo (1).

Segun la filosofía de Epicuro, el mundo existe desde la eternidad. No hay mas que dos cosas en la naturaleza, el cuerpo y el vacio (2).

Compónense los cuerpos de la agregacion de partes de materia infinitamente pequeñas, ó átomos que tienen un movimiento interno que es la gravedad. Su revolucion se haria en el plano vertical, si por una ley particular, no describiesen en el vacio una elipse (3). Supuso Epicuro este movimiento de declinacion, para evitar el sistema de los fatalistas, que se reproduciria por fuerza por el movimiento perpendicular del átomo. Pero la hipótesi es absurda; porque si la declinacion del átomo es una ley, eslo por necesidad; y ¿como fuera posible que una causa necesaria produzca un efecto libre?

La tierra, el cielo, los planetas, las estrellas, las plantas, los minerales y los animales incluso el hombre, nacieron del concurso fortuito de los átomos; y cuando se evaparó la virtud productiva del globo; entonces se perpetuaron las razas vivientes por medio de la generacion (4).

Los miembros de los animales formados al acaso, no tenian destino ninguno particular. La oreja cóncava no se ahuecara para oir, ni el ojo convexo se

(1) *Laert. lib, V. Stho. Eccl. Phis. cap. XV. Senec, Consul. cap. XXIX Cic. de Nat. Deor. lib. Auton. lib. VII.*

(2) *Lucret. lib. II Laert. lib.X.*

(3) *Loc. cit.*

(4) *Lucret. lib. V. X. Cic.* de Nat. *Deor. libro I, cap.* 8. 9.

redondeara para ver; mas siendo propios estos órganos para estos usos diferentes, se sirvieron de ellos los animales maquinalmente y con preferencia á otro sentido (1).

Inútil seria hablar de las cosmogonias filosoficas de los poetas, despues de la exposicion de estas cosmogonías. ¿Quien no conoce á Deucalion y Pirrha, la edad de oro, y la de hierro? En cuanto á las tradiciones esparcidas entre los demas pueblos de la tierra, en la India sostiene el globo un elefante; el sol lo hizo todo en el Perú; en el Canadá es la grande liebre el padre del mundo; en Groelandia salió el hombre de un pescado de concha (2); y finalmente, la Escandinavia vió nacer é Askus y á Emla, Odin les dió el alma, Henero la razon, y Ledur la sangre y la hermosura.

Askum et Emlam omni conatu destitutos,
Animam nec possidebant, rationem nec habebant,
Nec sanguinem, nec sermonem, nec faciem venustam.
Animam dedit Odinus. rationem dedit Hœnerus;
Lœdur sanguinem addidit et faciem venustam (3).

Bajo este concepto, entre las diversas cosmogonías solo propias de cuentos de niños, y entre las abstracciones de los fiolósofos, menos malo seria preferir las primeras, si uno se viera precisado á elejir.

Para distinguir el orijinal de una pintura en medio de un millon de copias, es preciso buscar aquella,

(1) *Lucret. lib IV, V.*
(2) Vid *Hesiod. Ovid.* Hist. *of.* Hindost. *Herrera.* Hist. de las Indias. *Chalevoix.* Hist. de la Nouv. Franc., *P. Lasit.* Meurs des Ind. *Fravel* in Groeland by á *Mission.*
(3) *Bartolin* Ant. Dan.

cuya unidad y harmónica perfeccion de sus partes nos descubre la sabiduría del primer artífice. Esto es lo que hallamos en el Génesis? verdadero orijinal de todas estas pinturas, reproducidas en las tradiciones de los pueblos. ¿Hay cosa tan natural, y tan magnífica al mismo tiempo, ni cosa mas fácil de concebir ni mas acorde con la razon del hombre, que el Criador descendiendo en el seno de la antigua noche para crear la luz con una sola palabra? A su voz el sol aparece como suspendido en el centro de los cielos y de esa inmensa bóveda azulada; con sus invisibles redes atrae los planetas, y los retiene al rededor de su grande órbita como su presa; los mares y los bosques comienzan á bambolearse sobre el globo, y oyense al fin las primeras voces que anunciaràn al universo entero eso como matrimonio, del cual serà Dios el sacerdote, la tierra el lecho nupcial, y el género humano la posteridad (1).

CAPÍTULO II.

Caida del hombre; la Serpiente, y una Palabra hebrea.

¿A quien no causará admiracion aquella otra verdad

(1) *Las memorias de la sociedad de Calcuta confirman absolutamente las verdades del Génesis. Ellas nos muestran la mitologia dividida en tres ramas, una de las cuales se extendia á las Indias, otra á la Grecia, y la tercera á los salvajes de la América septentrional, viniendo al fin esta mitolojia á parar y conformarse con una tradicion mas antigua, que es la misma de Moisés. Los viajeros modernos de las Indias hallan por todas partes varias señales de los hechos que se narran en la escritura; y despues de haberse disputado su autenticidad por largo tiempo, se ve la precision de reconocerla.*

enseñada en la Escritura: *el hombre hecho mortal por haberse emponzoñado con el fruto de la vida?* ¡El hombre decaido y perdido por haber gustado el fruto del árbol de la ciencia; por haber sabido conocer demasiadamente el bien y el mal y por haber dejado de parecerse al niño del Evanjelio! Supóngase otra cualquiera prohibicion de Dios, relativa á otra inclinacion del alma: ¿como conoceriamos la sabiduría y la profundidad del órden del Todopoderoso? Seria mas bien un capricho indigno de la Divinidad, al paso que no resultaria moralidad alguna de la desobediencia de Adan. Pero nótese cual dimana de ley impuesta á nuestro primer padre toda la historia del mundo. Dios puso la ciencia á su alcance: no podia negársela, por cuanto criara al hombre intelijente y libre; pero le predijo, que si queria saber demasiado, *el conocimiento mismo de las cosas* le ocasionaria su muerte y la de su posteridad. El secreto de la existencia política y moral de los pueblos de todos los tiempos y paises, y los misterios del corazon humano están encerrados en la tradicion de aquel árbol admirable y funesto.

Ora bien; véase la consecuencia maravillosa de esta prohibicion de la sabiduria: cae el hombre, y el espíritu de soberbia ocasiona su ruina. La soberbia se vale de la voz del amor para seducirle, y Adan procura igualarse á Dios por medio de una mujer: ¡profundo descubrimiento de las primeras pasiones del corazon humano, el orgullo y el amor! El gran Bossuet en sus *elevaciones á Dios*, donde con frecuencia se encuentra y admira al autor de las *oraciones fúnebres*, dice hablando del misterio de la serpiente; «Los ángeles conversaban con el hombre en la forma que Dios

permitia, y bajo la figura de animales. Eva, pues, no estrañó oir hablar á la serpiente, asi como no la causó admiracion ver al mismo Dios aparecerse bajo una figura sensible. Pero ¿ porque permitió Dios al àngel soberbio, añade el mismo Bossuet, que se apareciese bajo esta forma, con preferencia á toda otra? Aunque no necesitemos saberlo, sin embargo, la escritura nos lo insinua, diciendo, que la serpiente era el mas astuto de todos los animales, es decir, el que representaba mejor al demonio en su malicia, en sus asechanzas, y ultimamente en su castigo.

Nuestro siglo desprecia con altivez todo lo que se tiene por milagro; mas la serpiente ha sido con frecuencia el objeto de nuestras observaciones; y nos atrevemos á decir, que si nos hemos persuadido reconocer en ella, cierto espíritu pernicioso y la doblez de que habla la escritura, es porque en este incomprensible réptil todo es misterioso, todo oculto, todo asombroso. Sus movimientos se diferencian de los demas animales; no se sabria decir cual es el principio de su movilidad, porque no tiene aletas, ni piés, ni alas, y sin embargo huye como una sombra, desaparece majicamente, vuelve à aparecer y desaparece otra vez, semejante á un vapor azul, ó al fugaz reflejo de una espada en medio de las tinieblas. Unas veces se replega en circulo y vibra una lengua de fuego; otras se pone derecha sobre la estremidad de su cola y camina en una actitud perpendicular como una especie de encanto; se lanza como una bala, se levanta y enrosca en figura espiral; arrolla y desarrolla sus anillos con la facilidad de las ondas, se encarama á las ramas de los árboles, ó bien se des-

liza bajo la yerba de los prados ó por la superficie de las aguas. Sus colores son tan indeterminados como su movimiento; se cambian segun los aspectos de la luz, y tienen aquel falso brillo y aquellas variedades engañosas propias de la seduccion.

Aun es mas asombroso lo restante de sus costumbres; sabe echar á un lado su piel manchada en sangre por temor de ser conocida, asi como lo hiciera el hombre que acabase de hacer una muerte. Por una estraña facultad hace entrar de nuevo en su seno á los mónstruos pequeñuelos que el amor hizo salir de él. Duerme meses enteros, frecuenta los sepulcros y habita lugares desconocidos; compone venenos que ora hielan, ora abrasan ó manchan el cuerpo de su víctima con los mismos colores de que ella está marcada; en una parte levanta dos cabezas amenazadoras, en otra hace sonar un cascabel; silva como el águila del monte, y brama como el toro. La idea de la serpiente se une naturalmente á las de la moral ó de la relijion, como una consecuencia del influjo que tuvo en los destinos del hombre; objeto ya de horror ó ya de adoracion, la profesan los hombres ó bien un aborrecimiento implacable, ó bien se prosternan delante de su estátua. La mentira la invoca; la prudencia la reclama; la envidia la introduce en su corazon, y la elocuencia la ostenta en su caducéo; en los infiernos arma los látigos de las furias, y en el cielo es el símbolo de la eternidad. Posee aun el arte de seducir á la inocencia; sus miradas encantan y atraen á los pájaros que vagan por el aire, y bajo el helecho del pesebre sabe chupar la leche de la oveja. Se deja no obstante embelesar y amansar por

un sonido dulce, y para domarla no necesita el pastor mas que de su flauta.

En el mes de junio de 1791 viajabamos por el alto Canadá con algunas familias salvajes de la nacion de los Onontaguas. Un dia que estábamos detenidos en una gran llanura, á la orilla del rio Genesio, se introdujo en nuestro campo una culebra de cascabel. Habia entre nosotros un canadiense que tocaba la flauta; quiso divertirnos, y se avanzó hácia la serpiente con su arma de nueva especie. Lo mismo fué verle el reptil, que se arrolla en figura espiral, aplana su cabeza, infla sus mejillas, comprime sus lábios, descubre sus dientes emponzoñados, y su boca ensangrentada; vibraba sus dos lenguas como dos llamas; sus ojos parecian dos carbones encendidos; su cuerpo hinchado de rabia se bajaba y se levantaba como los fuelles de una fragua; su piel dilatada quedó sin lustre y escamosa; y su cola que hacia un ruido espantoso, se movia con tal rapidez que parecia un lijero vapor.

Empezó el Canadiense á tocar su flauta. La serpiente hizo un movimiento de sorpresa, y retiró atrás la cabeza; al paso que se hallaba como embelesada por el efecto májico del instrumento, perdian su sangrienta aspereza los ojos, se disminuian las vibraciones de su cola, se minoraba y estinguia insensiblemente el sonido del cascabel y quedando sus roscas menos perpendiculares sobre la línea espiral, se dilataban por grados y venian sucesivamente á ponerse sobre la tierra en círculos concéntricos. Los matices de azul, verde, blanco y dorado volvieron á manifestar su esplendor en su piel trémula, y tornando

lijeramente la cabeza, quedó inmóvil indicando la atencion y el placer que experimentaba.

Entonces el canadiense dió algunos pasos, y haciendo con su flauta unos sonidos lentos y monotonos, el reptil bajó su cuello, se abrió camino con su cabeza por la menuda yerba del prado, y siguiò las huellas del músico que la arrastraba, deteniéndose cuando él se paraba y siguiéndole cuando echaba à andar. De este modo la sacó de nuestro campo en medio de un gran concurso de espectadores, tanto salvajes como europeos, que apenas creian esta maravilla de la melodia, aunque la estaban mirando: todos convinieron en que no se persiguiese á aquella maravillosa serpiente.

A esta especie de induccion sacada de las costumbres de la serpiente en favor de las verdades de la escritura, añadiremos otra sacada de una palabra hebrea, ¿No es cosa á la verdad extraordinaria, y al mismo tiempo bien filosófica, que el nombre jenérico de hombre signifique en hebreo la *calentura* ó *el dolor*? *Enosh*, *hombre* viene por su raiz del verbo *anash*, que significa *estar peligrosamente enfermo*. Dios no dió este nombre á nuestro primer padre, sino que le llamó simplemente Adan, que significa tierra *roja ó barro*. Solamente despues del pecado tomó la posteridad de Adan el nombre de *Enosh* ó de *hombre*, que convenia tan perfectamente á sus miserias, y recordaba de un modo elocuente no solo su culpa, sino tambien su castigo. Puede ser que Adan siendo testigo del trabajoso parto de su esposa en virtud de un movimiento hijo de la congoja, y teniendo en sus brazos á su hijo mayor Cain, le levantase hácia el cielo, dicien-

do; ¡Enosh! ¡ó dolor! Exclamacion bien triste, que fijara de allí adelante el nombre de la especie humana.

CAPITULO III.

Constitucion primitiva del hombre, y nueva prueba del pecado orijinal.

Ya hemos dado algunas pruebas morales del pecado orijinal en el capítulo del Bautismo y de la Redencion. No conviene caminar con precipitacion en una materia tan importante. «El nudo de nuestra condicion, dice Pascal, toma sus vueltas y pliegues en este abismo, de suerte que el hombre es mas incomprensible sin este misterio, que lo es este misterio al hombre» (1).

Del órden del universo nos parece que se puede sacar una nueva prueba de nuestra primitiva degeneracion.

Si echamos sobre el mundo una ojeada, se advertirá que por una ley jeneral, y particular al mismo tiempo, todas las partes integrantes, todos los movimientos, asi internos como externos, y todas las calidades de los seres se hallan entre si en una perfecta armonia. De este modo terminan sus revoluciones los cuerpos celestes en una admirable unidad; y cada uno en particular, sin oponerse á si mismo, describe la curva que le es propia. Un solo globo nos comunica la luz y el calor; estos dos accidentes no están divididos entre dos esferas; el sol les reune en su órbita, como Dios, de quien es imájen, une al principio que fecunda el principio que ilumina.

(1) Pens. de Pasc. *cap.* 3. *pens.* 8.

La misma ley se observa en los animales; sus *ideas* si puede dárseles este nombre, están siempre acordes con sus *sentimientos* y su *razon* con sus *pasiones*. Por esta razon no hay en ellos aumento ni diminucion de intelijencia. Será facil seguir esta regla de las conformidades en las plantas y minerales.

¿Porque incomprensible maravilla es el hombre el único que se esceptua de esta ley tan necesaria para el órden, la conservacion, paz y la felicidad de los seres? Cuanto mas visible es la armonía de las calidades y movimientos en el resto de la naturaleza, tanto mas estraña es su desunion en el hombre, entre su entendimiento y su deseo, y entre su razon, y su corazon se observa una guerra continua.

Asi que llega al mas alto grado de civilizacion, se halla en el último escalon de la moral; si es libre, permanece grosero; si pule sus costumbres, se forja sus cadenas; si llega á brillar por las ciencias, su imajinacion se debilita. Si se hace poeta, se le amortigüa el entendimiento; su corazon ga na á expensas de su espíritu, y este á expensas de aquel. Se halla pobre de ideas al paso que se mira rico de sentimientos, y se limita en sentimientos al paso que se extiende en ideas. La fuerza le hace duro é intratable, mientras que la debilidad le hace mas interesante y amable. Ordinariamente en él una virtud lleva en pos de sí algun vicio, al paso que al desaparecer este, le arrebata siempre alguna virtud. Las mismas vicisitudes presentan las naciones consideradas en comun; pierden y vuelven á encontrar sucesivamente la luz. El espíritu del hombre parece que vuela sin cesar al rededor del globo, con un farol en la mano, en me-

dio de la noche que nos cubre; se muestra sucesivamente á las cuatro partes de la tierra, como ese astro nocturno, que creciendo y menguando continuamente, disminuye á cada paso en un pais la claridad que aumenta en otro.

¿No es pues muy conforme á la razon creer, que el hombre en su primitiva constitucion se pareciese á las demas criaturas, y que esta constitucion consistiese en la perfecta uniformidad del sentir y del pensar, de la imajinacion y del entendimiento? Puede ser que nos convenzamos, si observamos que aun hoy dia es necesaria esta reunion, para gustar siquiera un resto de aquella felicidad que hemos perdido. De este modo, por sola la induccion del razonamiento y de las probabilidades de la analojia, se encuentra el pecado orijinal, por cuanto el hombre, segun le vemos, no es verosimilmente el hombre primitivo. El hombre contradice á la naturaleza; se halla desarreglado cuando todo está en el mejor órden; es un compuesto doble, cuando todo en ella es simple; misterioso, mudable é inesplicable, se halla visiblemente en el estado de una cosa á quien á trastornado un accidente; es un palacio arruinado y reedificado con sus propios escombros: en él se ven partes súblimes y disformes, magníficas pilastras sin objeto, altos pórticos y bajas bóvedas, fuertes luces y profundas tinieblas; en una palabra, por todas partes reina en él la confusion y el desórden, en el santuario, ó en el corazon sobre todo.

Luego, si consistia la constitucion primitiva del hombre en las conformidades reciprocas, del mismo modo que se hallan establecidas en los demas

seres, para destruir un estado cuya naturaleza era la armonía, bastará alterar en él el contrapeso. La facultad amante y la pensativa, formarian en nosotros esta balanza preciosa. Al mismo tiempo que Adan era el mas despejado y el mejor de los hombres, era tambien el mas poderoso en pensamiento, y en amor. Mas todo lo criado tiene por necesidad una marcha progresiva. En vez de esperar Adan con la revolucion de los siglos algunos nuevos *conocimientos*, que no hubiera recibido sino con nuevos *sentimientos*, quiso conocerlo todo á un tiempo. Y nótese aquí una cosa importante: el hombre podia destruir de dos maneras la armonía de su ser; ó queriendo *amar*, ó queriendo saber demasiado, y solamente pecó por la segunda. En efecto, mas orgulloso es el saber que el amar; este último hubiera sido mas digno de lástima que de castigo; y si Adan se hubiera hecho culpable por haber querido *sentir*, mas bien que por *saber* demasiado, tal vez hubiera podido el bombre rescatarse á sí mismo, y el hijo del Padre Eterno no se hubiera visto en la precision de sacrificarse por redimirnos. Adan procuró comprender el universo, no con el sentimiento y si con el pensamiento, y tocando al árbol de la ciencia, percibió en su espíritu un rayo de luz en extremo fuerte. Faltó al instante el equilibrio, y se apoderó del hombre la confusion. En vez de la claridad que él se habia prometido, halló su vista cubierta de espesas nubes; su pecado se extendiò como un velo entre él y el universo. Toda su alma se turbó y se sublevó; las pasiones combatieron al entendimiento, este procuró aniquilarlas; y en tan terrible tempestad el escollo de la muerte vió con alegría el primer naufrajio.

Tal fué el accidente que mudó la armoniosa é inmortal constitucion del hombre. Desde aquel dia, todos los elementos de su ser quedaron separados y sin poderse mas reunir. La costumbre (casi podiamos decir el amor al sepulcro) que ha contraido la materia, destruye todo proyecto de rehabilitacion en este mundo, porque no es tan larga nuestra vida, que dé tiempo á que nuestros esfuerzos hácia la primera perfeccion puedan jamás hacernos llegar hasta ella (1).

Mas ¿como era posible que cuplesen en el mundo todas las razas, si estas no estuviesen sujetas á la muerte? Esto no pasa de un asunto de imajinacion; es pedir á Dios cuenta de sus medios que son infinitos. ¿Quien sabe si entónces estarian los hombres tan multiplicados como lo están ahora? ¿Ni quien puede saber tampoco si hubiera podido permanecer virgen la mayor parte de las generaciones (2), ó si esos millones de astros que jiran sobre nuestras cabezas, no

(1) *En esto consiste que el sistema de* perfectivilidad *es enteramente defectuoso. No se advierte que si el espiritu adelantase siempre en luz, y el corazon ereciese siempre en sentimientos ó en virtudes morales, el hombre en un tiempo dado, volviéndose á encontrar en el punto de donde calió, seria neceseriamente inmortal; porque llegando á faltar en él todo principio de* division, *cesaria todo principio de muerte. La vida larga de los patriarcas, y el don de profecia entre los hebreos, pueden atribuirse á su restablecimiento mas ó menos grande de los equilibrios de la naturaleza humana. Asi es gue los materialistas que sostienen el sistema de perfectivilidad, no se entienden entre ellos, porque en efecto, esta doctrina lejos de ser la del* materialismo, *conduce á las ideas mas misticas de la* espiritualidad.

(2) *Esta es la opionion de San Juan Crisóstomo, quien pretende que Dios hubiera hallado para la ge-*

nos hubieran sido reservados como unos retiros deliciosos á los cuales nos transportaran los àngeles? Aun se puede adelantar mas la imajinacion : imposible es calcular hasta que altura de artes y ciencias pudiera haber llegado el hombre perfecto y siempre vivo en la tierra. Si ha mucho tiempo que dominan tres elementos ; si á pesar de las mayores dificultades , disputa hoy el imperio de los aires á las aves ¿ cuanto no hubiera podido tentar en su carrera inmortal? La naturaleza del aire , que forma en el dia un obstáculo invencible á la mudanza de nuestro planeta , seria tal vez diferente antes del diluvio. Sea lo que fuere, no es cosa indigna del poder divino ni de la grandeza del hombre , suponer que la raza de Adan fuese destinada á correr los espacios, y animar todos los soles , que privados de sus habitantes por el pecado, no son de hoy mas que unas soledades resplandecientes.

neracion ciertos medios, que nos son desconocidos. Hay, añade, ante el trono divino una multitud de ángeles, que no han nacido del mismo modo que los hombres. De Virginit. lib. 2.

PRIMERA PARTE.

DOGMAS Y DOCTRINA.

—

LIBRO CUARTO.

CONTINUACION DE LAS VERDADES DE LA ESCRITURA. OBJECIONES CONTRA EL SISTEMA DE MOISÉS.

—

CAPÍTULO I.

Cronologia.

Desde que algunos sabios se atrevieron á decir, que el mundo tenia consigo en la historia del hombre, ó en la de la naturaleza, varias señales de una mayor antigüedad de la que le dá la Biblia, se ha citado por todas partes á Sanconiaton, á Porfirio y à los libros de la lengua Sanscrita ó de la India, *etc.* Los que alegan estas autoridades ¿las han consultado acaso en sus orijinales?

Por supuesto que tiene algo de temerario el querernos persuadir, que Orijenes, Eusebio, Bossuet, Pascal, Fenelon, Bacon, Newton, Leibnitz, Huet y otros muchos eran uuos ignorantes ó simples, ó unos

perversos que hablaban contra aquello mismo que les dictaba la razon. Lo cierto es que ellos creyeron verdadera la historia de Moisés, y no se puede negar á estos hombres una ciencia, en comparacion de la cual vale muy poco nuestra erudicion.

Pero comenzando por la cronolojía; ¿han superado los sabios modernos, así como por un juego, las nvencibles dificultades que hicieron temblar á Scalijero, Petavio, Husero y Grocio? Ciertamente se burlarian de nuestra ignorancia si les preguntásemos, ¿cuando tuvieron principio las olimpiadas; como se acuerdan estas con los modos de contar por arcontas, eforos, ediles, cónsules, por reinados, juegos píticos, nemeos y seculares? ¿Como se reunen todos los calendarios de las naciones? ¿De que medio nos valdremos para que el antigüo año de Rómulo, de diez meses ó trescientos y cincuenta y cuatro dias, coincida con el Numa, que es de trescientos cincuenta y cinco, con el de Julio César de trescientos sesenta y cinco? ¿De que modo se evitarán los errores, refiriendo estos mismos años al año comun ático de trescientos cincuenta y cuatro dias, y embolismico de trescientos ochenta y cuatro?

Sin embargo, no son estas las únicas dudas acerca de los años. El año antiguo de los judios no escedia de trecientos cincuenta y cuatro dias; se añadian algunas veces doce dias al fin del año, y otras veces un mes de treinta dias despues del mes de *Adar*, con el fin de tener el año solar. El año judio moderno se compone de doce meses, y toma siete años de trece meses en el espacio de diez y nueve años. El año siriaco varia igualmente, y consta de trescientos se-

senta dias. El año turco ó árabe reconoce trescientos cincuenta y cuatro dias, y cuenta once meses intercalares en el espacio de veinte y nueve años. El ejipcio se divide en doce meses de treinta dias, y añade cinco al último; y el año persiano, llamado *yezdejerdic* se parece al precedente (1).

Ademas de estos mil modos de medir los tiempos, ni tienen todos estos años los mismos principios, ni las mismas horas, ni los mismos dias, ni las mismas divisiones. El año civil de los judios (y lo mismo el de todos los orientales) principia en la luna nueva de setiembre, y el eclesiástico en la de marzo. Los griegos cuentan el primer mes de su año, desde la luna nueva que sigue al solisticio del estío. El mes primero del año de los persas, corresponde á nuestro mes de Junio; y los chinos é indios le toman de la primera luna de marzo. A continuacion vemos meses astronómicos y civiles, subdivididos en lunares y solares, en sinódicos y periódicos; tambien vemos secciones de meses en kalendas, idus, décadas y semanas, é igualmente dos especies de dias artificiales y naturales, de los cuales los segundos comienzan al amanecer entre los antiguos babilonios, sirios y persas, y los primeros al anochecer entre los chinos y la Italia moderna, que era lo que justamente sucedia en la antigüedad entre los atenienses, judios y bár-

(1) *El segundo año persiano llamado* gabalcaui *que principió en el año del mundo* 1089, *es el mas exacto de los años civiles, porque reduce los solsticios y los equinocios con precision á los mismos dias, y concuerda por medio de una intercalacion repetida seis ó siete veces en cuatro años, y despues una vez en cada cinco.*

baros del Norte. Los árabes comienzan sus dias al medio dia; la Francia actual á media noche; lo mismo los ingleses, alemanes, españoles y portugueses. Finalmente hasta en las mismas horas está discorde la cronolojía, distinguiéndose en babilónicas, italianas y astronómicas; y si se mira bien la cosa, no verémos contar 60 minutos en una hora europea, sino 1080 escrupulos en la hora caldea y árabe.

Dícese que es la cronolojía la antorcha de la historia. (1) ¡Ojalá no tuviésemos otra para certificarnos de los delitos de los hombres! Y aun ¿que seria si para colmo de las dudas nos metiésemos en los periodos, eras y épocas? El período victoriano, que comprende 532 años, se forma de la multiplicacion de los cielos del sol y de la luna. Los mismos cielos, multiplicados por el de la indiccion, producen los 7980 años del período juliano. El de Constantinopla comprende un número de años igual al del período juliano, aunque no comienza en igual época. Por lo respectivo á las eras, se cuenta en una parte por el año de la creacion (2), y en otras por olimpiadas (3) por la fundacion de Roma (4), por el nacimiento de Jesu-Cristo, y por la época de Eusebio; por la de los seleucidas (5), por la de Nabonasar (6) y la de los

(1) *Véase la nota G, al fin del volumen.*
(2) *Esta época se subdivide en griega, judia, alejandrina, etc.*
(3) *Los historiadores griegos.*
(4) *Los historiadores latinos,*
(5) *Seguida por el historiador Josefo.*
(6) *Seguida por Ptolomeo y otros.*

mártires (1). Los turcos tienen su éjira (2); los persas su yerdejerdic (3). Se computa tambien por las eras juliana, jeorjiana, iberiana (4) y actiana (5). Y no haremos mencion de los mármoles de Arundel, ni de las medallas y monumentos de todas especies, que introducen nuevos desórdenes en la cronolojía. ¿Habrá hombre de buena fé, que con solo echar la vista sobre estas pájinas, no convenga en que tanta variedad en órden á computar los tiempos; es motivo suficiente para hacer de la historia un espantoso caos? Los anales de los judios, segun el unánime parecer de los sabios, son los únicos cuya cronolojía es sencilla, regular y luminosa. ¿A que fin pues por un ardiente celo de impiedad se ha de molestar el espíritu con sofismas y disputas de tiempos tan aridos como difíciles, cuando tenemos un hilo tan seguro, que nos sirve de guia en la historia? Esta es una nueva evidencia en favor de las escrituras.

CAPÍTULO II.

Legografía y hechos históricos.

A las observaciones cronolójicas contra la Biblia,

(1) *Seguida por los primeros cristianos hasta el año* 532, *A. D. y en nuestros tiempos por los cristianos de Abisinia y Etiopía.*

(2) *Los orientales no la colocan como nosotros.*

(3) *Nombre de un rey de Persia muerto en una batalla contra los Sarracenos, en el año* 632 *de nuestra era.*

(4) *Seguida en los concilios y en los antiguos monumentos de España.*

(5) *Derivase su nombre de la batalla de Actium y de ella se ha servido Ptolomeo, Josefo, Eusebio y Censorio.*

se siguen las que pretenden sacarse de los mismos hechos dé la historia. Se alega la tradicion de los Sacerdotes de Tebas, que daba 18000 años de duracion al reino de Ejipto, y se cita la lista do las dinastias de sus reyes, que aun existe.

Dejamos al cargo de Plutarco la respuesta á una parte de esta objecion, pues aquel filósofo no será sospechoso en punto á cristianismo. Este, pues, hablando de los Ejipcios dice: // Que su año era de cuatro me-// ses, y segun algunos autores se componia de uno so-// lo, y unicamente comprendia el concurso de una so-// la luna. De este modo, no constando su año mas que // de un mes, es suficiente motivo paraque parezca tan // largo el tiempo que ha pasado desde su orijen, y se // le tenga por los mas antiguos de los pueblos, aun-// que sean unos nuevos habitantes de aquel pais. (1)

Sabemos tambien por Herodoto (2) Diodoro Siculo (3), Justino (4), Jabloniquy (5), Estrabon (6), qué los Eijpcios ponian su vanidad en ocultar su orijen en los tiempos, ó por decirlo asi, en esconder su cuna bajo la oscuridad de los siglos.

El número de sus dinastias no puede servirnos de embarazo alguno. Sabido es que las ejipcias se componen de reyes contemporáneos; por otra parte una misma palabra en las lenguas orientales se lee de cinco ó seis modos diferentes, y nuestra ignorancia hizo con frecuencia de una sola persona cinco o seis distin-

(1) *Plut. in Num.* 30.
(2) *Herodot. lib.* II.
(3) *Diod. lib* I.
(4) *Just. lib.* I.
(5) *Jablonsk. Panth. Egipt. lib.* II.
(6) *Strab. lib.* XVII.

tas. (1) Esto es lo que ha sucedido en cuanto á las traducciones de un nombre solo, el *Athoth* de los Ejipcios, se traduce en Eratósthenes con una expresion; que significa en griego *Letrado*, asi como lo significa tambien en cophto; y no han dejado de hacer dos reyes de *Athoth* y de *Hermés* ó *Hermogenes*, pero el Athoth de Menethon aun se multiplica; se llama Foth en Platon, y el texto Sanconiathon prueba en efecto que este es su nombre primitivo. La letra A es una de las que se quitan y añaden segun el gusto de las lenguas orientales: asi el historiador Josefo traduce por *Apaemas* el nombre de la misma persona á quien Africano llama *Apaemas*. Y véase aqui de estas cinco palabras *Fhoth*, *Atoth*, *Hermés*, ó *Hermójenes*, ó *Mercurio*, otros tantos hombres famosos que ocupan segun ellos cerca de dos siglos, y sin embargo estos *cinco* reyes eran un *solo* ejipcio, que acaso no vivió 60 años (?).

Y que necesidad hay sobre todo de molestarse en sostener disputas logográficas cuando basta abrir la

(1) Citaremos un ejemplo entre muchos: el monógrama de Fo-hi divinidad de los chinos, es exactamente el mismo que el de Moisés, divinidad de los Egipcios ademas que se halla suficientamente probado, que los caracteres orientales no son mas que unos signos generales de ideas, que cada cual traduce diferentemente en su lengua, como la cifra árabe entre nosotros. A este modo, por ejemplo, el mismo número que el italiano pronuncia duodécimo, lo expresa el inglés con la palabra twelve, y el francés con la de douze.

(2) Personas, que podian por otra parte estar muy instruidas, han acusado á los Judios de haber corrompido los nombres históricos. Pero ¿como ignoran que los Griegos han sido quienes desfiguraron todos los nombres de las personas y lugares, y en particular

historia para convencerse del orijen moderno de los nombres. Por mas delirios que se agolpen con siglos *inventados* á placer, que no son hijos del tiempo: por mas muertes que se *supongan* y multipliquen, y cuyo resultado no es mas que sombras, nada de esto impide que el género humano no sea de ayer: Los nombres de los inventores de las artes son tan conocidos, como los de un hermano ó un abuelo. *Hipsuranio* fué el primero que construyó cabañas cubiertas de cañas, en las cuales habitó la primitiva inocencia. *Usaos* cubrió su desnudez con pieles de bestias, y en

los de Oriente (*)*? asi en esto como en otras muchas cosas, se parecian los Griegos, y no poco á los Franceses. ¿Se creeria que si* Livio *volviese al mundo seria conocido con el nombre de Tito-Livio? Aun hay mas:* Tito *conserva todavia entre los Orientales el nombre de* Asur, *de* Sour, *ó de* Sur. *Pero los mismos Atenienses debian pronunciar* Tur *ó* Tour, *por cuanto esta letra que queremos llamar* y griega, *y hacerla sonar como una i, no es mas que el* Upsilon *ó la u minuscula de los Griegos.*

Tampoco es dificil de encontrar á Darlo *en* Asuero. *La* A *inicial, como dejamos dicho, es únicamente una de las letras móvibles, unas veces suscritas, otras suprimidas. Resta, pues,* Suerus. *Ademas, el* Delta *ó la D mayúscula de los Griegos, se parece mucho al* Samerck *ó S mayúscula de los Hebreos. El primero es un triángulo, el segundo un paralelógramo obtusángulo, y á veces un paralelógramo curvilineo con base rectilinea. El* Delta *en los antiguos manuscritos, en las medallas y monumentos, casi nunca esta cerrado en sus ángulos. La* S *hebrea se ha transformado en D entre los Griegos, y esta mudanza de letras es muy comun en toda la antigüedad.*

Si se añaden á estos errores de figuras los de pro-

(*) *Vid.* Boch. *Geog. Sac.* Cumb. *ou Sanch.* Sour. *sur. la Bible.* Danet. Bayle. *etc. etc.*

un tronco de un árbol arrastró los peligros de la mar (1). Tubalcain puso el hierro en manos de los hombres (2). Noe ó Baco plantó las viñas. Cain ó Triptolemo inventó el arado. Agrotes (3) ó Céres recojió la primera cosecha. No son mas antiguas en el mundo la historia, la medicina, la geometría, las bellas artes, y las leyes, de las cuales somos deudoros á Herodoto, Hipócrates, Táles, Homero, Dédalo y Minos. En cuanto al orijen de los reyes y de las ciudades, Moises, Platon, Justino y otros varios nos conservaron su historia, tambien sabemos cuando y porque razon se establecieron entre los pueblos las diversas formas de gobierno (4).

nunciacion, se aumentará mucho la probabilidad. Supongamos que un frances oyendo la palabra through (*à* travers) *en la boca de un ingles, quisiese pronunciarla y escribirla sin conocer su fuerza y forma del Th. Escribiria necesariamente* zrou, *ó* disrou, *ó simplemente* tron: *lo mismo sucede con el* zerou, *ó* disou, *ó simplemente trou; lo mismo con el* Semech *ó la S en hebreo. El sonido de esta letra siguiendo los puntos masoreucticos, es mixta y participa mucho de la D. Los Griegos que tenian el Th como los Ingleses, pero no la S como los Israelitas, debieron pronunciar y escribir* duerus *en lugar de* suerus. *De* Duerus *á* Darius *es fácil la conversion, pues se sabe que las vocales no sirven en la etimolojia, porque es constante que cada pueblo varia con ellas los sonidos hasta el infinito. Cuando uno quiere divertirse á costa de las naciones y de la felicidad jeneral de los hombres, seria muy conveniente que antes de entregarse á una alegria tan funesta estuviese seguro á lo menos de no incurrir en grandes equivocaciones.*

(1) *Sanch. ap. Eus.* Prœpar. Evang. *lib. I, cap.* 10.
(2) *Genes. cap.* 4.
(3) *Sanch lec. cit.*
(4) Vid. *Moys.* Pent. *Plat.* de Leg. et Tim. *Just. lib. II. Herod. Plut.* in Thes. Num. Lycurg. Sol etc. etc.

Si apesar de todo eso causase admiracion hallar tanta grandeza y magnificencia en las primeras ciudades del Asia, esta dificultad se desvanecerá facilmente con una sola observacion sacada del genio ó gusto de los Orientales. Estos pueblos han construido asi en todas las edades, sin que de esto pueda inferirse consecuencia alguna à favor de su mayor civilizacion ó antigüedad. El Arabe que se libertó de las ardorosas arenas en que se tenia por dichoso de gozar una ó dos toesas de sombra bajo una tienda de pieles de oveja ; ese mismo Árabe ha edificado , casi á nues tra propia vista , ciudades populosisimas y vastas metrópolis, en las cuales parece que ha pretendido encerrar la soledad este ciudadano de los desiertos. Los Chinos , sin embargo de haber adelantado tan poco en las artes, tienen tambien las mas grandes ciudades del globo con jardines, murallas, palacios, lagos y canales artificiales como los de la antigua Babilonia (1). Y por último ¿no somos nosotros mismos un ejemplo vivo de la ràpidez con que se civilizan los pueblos? Apenas hace doce siglos que nuestros antepasados eran tan bárbaros como los Hotentotes, y esto no obstante escedemos en el dia á la Grecia en lo delicado del gusto, del lujo y de las artes.

La lójica general de las lenguas no puede suministrarnos ninguna razon sólida en favor de la antigüedad de los hombres. Los idiomas del primitivo Oriente , léjos de anunciar unos hombres envejecidos en la sociedad, nos los manifiestan por el contrario muy inmediatos á la naturaleza. Su mecanismo es suma-

(1) Vid. *le P. du* Hald. Hist. de la Ch. Lett. edif. *Lord. Mac.* Amb. to. Ch. etc.

mente sencillo: el hipérbole, la imájen y todas las demas figuras poéticas se reproducen en ellos sin cesar, al paso que apenas se encuentran palabras para la metafisica de las ideas. Imposible seria expresar claramente en hebreo la teolojia de los dogmas cristianos (1). Unicamente se hallan entre los Griegos y Árabes modernos los términos compuestos, propios al desarrollo de las ideas abstractas. Sabido es de todos que Aristóteles es el primer filósofo que inventó las categorias, adonde vienen por fuerza á ordenarse y clasificarse las ideas de cualquier clase ó naturaleza que sean (2).

Se afirma por último que antes que los Ejipcios hubiesen edificado sus templos, de los cuales subsisten tan hermosas ruinas, los pueblos pastoriles guardaban ya sus rebaños en otras ruinas que quedaron de una nacion descorocida; lo cual debia suponer una antigüedad muy remota.

(1) *Se puede asegurar esto leyendo los Padres que han escrito en Sirio, y entre ellos Efren, diácono de Edesa.*

(2) *Si es cierto que las lenguas piden tanto tiempo para su entera formacion ¿como es que los salvajes del Canadá tienen dialectos tan sútiles y complicados. En los verbos de la lengua horona se notan las mismas inflexiones que en los verbos griegos: se distinguen como los ultimos por la caracteristica, aumento, etc.; igualmente tienen tres modos, tres géneros, tres números, y sobre todo un cierto desarreglo de letras que es peculiar de los verbos de las lenguas orientales. Pero lo de mas imperceptible, en ellos es un cuarto pronombre que se coloca entre la segunda y tercera persona del singular y plural. Nada encontramos semejante en las lenguas muertas ó vivas de que tenemos alguna tintura.*

Para decidir esta cuestion seria preciso saber con exactitud quienes eran y de donde provenian los pueblos pastoriles. Mr. Bruce, que todo lo atribuia á la Etiopia, los hace oriundos de este pais. Los etiopes no obstante, lejos de propagar colonias hasta paises remotos componian en esta época un pueblo nuevamente establecido. *Ætiopes*, dice Eusebio, *ab Indo flumine consurgentes juxta Ægiptum consederunt.* Maneton, en su sexta dinastía, llama á los pastores *Fenicios* extranjeros. Eusebio dice que su llegada á Ejipto fué en el reinado de Aménosis; de lo cual se deducen las consecuencias siguientes: primera que el Ejipto entonces no era bárbaro, por cuanto Inaco egipcio llevó hácia aquel tiempo la ilustracion á la Grecia. Segunda que el Ejipto no estaba cubierto de ruinas porque Tebas estaba edificada, y Améeosis era padre de aquel Sesostris que ensalzó la gloria de los Ejipcios hasta su apojeo. Si consultamos la historia de Josefo, Tetmosis fué quien obligó á los pastores á abandonar enteramente las orillas del Nilo (1).

Mas ¡ah! ¡que nuevos argumentos no se hubieran formado contra la Escritura, si se hubiera conocido

(1) *Maneth. ap. Joseph. et Afric. Hêrod. lib. II c.* 100. *Diod. lib. I, Ps.* 48. *Eus. Chrom. lib. I, páj.* 13. *En cuanto á lo demas, la invasion de estos pueblos, referida por los autores profanos, nos explica lo que se lee en el Génesis acerca de Jacob y de sus hijos:* Ut habitare possitis in terra Gessen quia detestantur Ægiptii omnes pastores ovium *(Gen. cap.* 46. *v.* 34*).*

De lo cual se puede tambien adivinar el nombre griego del Faraon, en cuyo reinado entraron los Israelitas en Egipto, y del segundo Faraon, en cuyo tiempo salieron. La Escritura en lugar de contradecir las otras historias las sirve de prueba.

otro prodijio histórico que se funda igualmente sobre las ruinas, como toda la historia de los hombres! De algunos años á esta parte se han descubierto en la América septentrional (1) en las orillas del Muskingo, Miami, Wabache, Ohio, y sobre todo del Scioto, varios monumentos estraordinarios, que ocupan un terreno de mas de veinte leguas de lonjitud: monumentos que son unas murallas de tierra con sus fosos, esplanadas, lunas y medias lunas, y grandes y elevados conos que sirven de sepulcros. En vano se ha preguntado, que pueblo dejó estas señales. El hombre se halla como suspendido en el tiempo presente entre lo pasado y lo futuro, como de una peña entre dos precipicios; por delante y por detras de él todo es tinieblas; apenas se columbran algunas fantasmas que subiendo de lo profundo de los abismos, nadan por un momento en la superficie, y vuelven á sumerjirse en el hondo para siempre.

Mas cualesquiera que sean las conjeturas con respecto á estas ruinas américanas, y aun cuando à esto se añadiesen las visiones de un mundo primitivo y las quimeras de la Atlántida, la nacion civilizada que quizás manejó su arado en la misma llanura en que hoy persiguen los Iroqueses á los osos, para consumar sus destinos no necesitó mas tiempo que el que devoró los imperios de los Ciros, Alejandros y Césares. ¡Dichoso á lo menos aquel pueblo que en la historia no ha dejado nombre, y en cuya herencia solo han sucedido los corzos de los bosques y las palomas del cielo! Nadie vendrá á tales retiros salvajes á blasfemar del Criador, ni á pesar con la balanza en la mano

(1) *Véase la nota* II, *al fin del volúmen.*

el polvo de los difuntos? á fin de probar la eternidad del linaje humano.

Yo por mi parte, como amante solitario de la naturaleza, y confesor sencillo de la Divinidad, tambien me he sentado en estas ruinas. Viajero sin nombradía, tambien he conversado con estos despojos tan ignarados como mi persona misma. Mezclábase en lo interno de mi alma el recuerdo confuso de los hombres y los vagos delirios del desierto. Estaba la noche en medio de su carrera, y todo guardaba un profundo silencio, la luna, los bosques y los sepulcros. Se oía únicamente por largos intervalos la caida de algun árbol que derribaba el hacha del tiempo en lo mas profundo de las selvas: de este modo llegan á caer y se aniquila todo.

Dispensado me creo de hablar con seriedad de las *cuatro jogues* ó edades indianas, la primera de las cuales duró tres millones y doscientos mil años, la segunda un millon de años, la tercera dos millones y seiscientos mil, y la cuarta que es la edad actual, durará cuatrocientos mil.

Si á todas estas dificultades de cronolojia, logografia y hechos históricos, se añaden los errores que provienen de las pasiones del historiador, ó de los hombres que viven en sus fastos; si se agregan tambien los yerros de los copiantes, y otros mil accidentes de tiempos y lugares, será preciso convenir, en que todas las razones alegadas por la historia en favor de la antigüedad del globo; son tan poco satisfactorias, como inútil su investigacion. No se puede negar ciertamente, que se establece muy mal la duracion del mundo, sentando para ello la base en la vida huma-

na. ¡Seria posible que por la sucecion rápida de unas sombras momentáneas, se intente demostrarnos la permanencia y realidad de las cosas! ¡Se intenta probarnos por medio de escombros, una sociedad sin principio ni fin! ¿Se necesitan acaso tantos dias para reunir inmensas ruinas? ¡Cuan viejo seria el mundo, si sus años se contasen por sus destrozos!

CAPÍTULO III.

Astronomia.

Búscanse las segundas pruebas de la antigüedad del mundo, y de los errores de la Escritura en la historia del firmamento, De este modo, los *cielos que cuentan* á todos los hombres *la gloria del Altisimo*, y cuyo *lenguaje es entendido de todos los pueblos*, (1) nada dicen al incrédulo. Afortunadamente no son mudos los astros y si sordos los Ateos.

La Astronomia debe su orijen á los pastores; en los magnificos desiertos de una nueva creacion, veian los primeros hombres campear sus jóvenes familias y sus numerosos rebaños. Dichosos hasta lo interior del alma, no turbaba su felicidad una previsian inútil. En la emigracion de las aves por el otoño no consideraban ellos la huida de los años, y la caida de las hojas únicamente les advertia mas que la vuelta de las escarchas. Cuando sus ovejas consumian toda la yerba de los montes cercanos metiéndose con sus hijos y esposos en sus carros cubiertos de pieles, atravesando los bosques iban á buscar algun rio desconocido

(1) *Ps.* 13 *v.* 1, 3.

donde la frescura de las sombras y la belleza de las soledades les convidaba á establecerse nuevamente.

Necesitaban no obstante una brújula qne los guiase por estos bosques sin caminos, y á lo largo de aquellos rios sin navegantes: confiaronse naturalmente en la experiencia de los astros, y se dirijieron por su curso. Siendo á un mismo tiempo lejisladores y guias, arreglaron el esquileo de las ovejas, y los viajes lejanos. Cada familia se atenia á los pasos de una constelacion, cada astro de la noche caminaba como al frente de un rebaño, y al mismo tiempo que el pastor se entregaba á estos estudios, descubria nuevas leyes. Parece que Dios se complacia en aquel tiempo en revelar los caminos del sol á los habitantes de las cabañas, y la fábula contó que Apolo habia bajado á morar entre los pastores.

Unos mojones de ladrillo servian para conservar la memoria de las observaciones: nunca tuvo historia mas sencilla el imperio mas dilatado.

El pastor grababa en una peña sus descubrimientos inmortales con el mismo instrumento con que habia taladrado su flauta, y junto al mismo altar en que habia sacrificado el cabrito primojénito. En otra parte ponia otros testigos de esta astronomia pastoril: mudaba de anales con el firmamento, y del mismo modo que escribia los fastos de las estrellas entre sus rebaños, escribia tambien los de estos entre las estrellas. Siguiendo el sol su curso tan solo se detuvo en los apriscos; el toro anunció con sus bramidos el paso del Padre del dia, y el carnero le esperó para saludarle, en nombre de su amo; viéronse en el cielo virjenes, niños, espigas de trigo, aperos de labranza, corderos

y hasta el perro del pastor; toda la esfera vino á ser como una grande casa rústica, habitada por el Pastor de los hombres.

Desaparecieron aquellos hermosos dias, y de ellos conservaron los hombres una memoria confusa en las historias de la edad de oro, donde el reino de los astros se encuentra confundido siempre con el de los rebaños. Aun es hoy dia astrónoma y pastoril, la India, como antes lo era el Ejipto. Nació sin embargo con la corrupcion la propiedad, y con la propiedad el cálculo, que es la segunda edad de la astronomía. Mas por un destino muy digno de consideracion, los pueblos mas sencillos fueron los que mejor conocieron el sistema celeste. El pastor del Ganjes incurria en menos errores que el sabio de Atenas; y podria decirse que la musa de la astronomía habia conservado alguna inclinacion oculta hácia los pastores, que fueron objeto de sus amores primeros.

Durante las largas calamidades que acompañaron y se siguieron á la caida del imperio romano, las ciencias no tuvieron otro asilo que el santuario de esta misma Iglesia que ellas profanan hoy con tanta ingratitud. Acojidas en el silencio de los claustros, se conservaron por el celo de aquellos mismos solitarios que hoy dia aparentan despreciar. Un monje Bacon, un obispo Alberto y un cardenal Cusa resucitaban con sus laboriosas vijilias el jenio de los Udocsos, Timocaris, Hiparcos y Tolomeos. Protejidas por los papas, que daban ejemplo á los reyes, salieron por último de aquellos lugares sagrados, en que la relijion les dió un abrigo con sus alas, y por todas partes renació la astronomia. Gregorio XIII reformó el

calendario : Copérnico restableció el sistema del mundo, Tico-Brae renovó desde lo alto de su torre la memoria de los antiguos observadores babilonios, y Keplero determinó la forma de las órbitas planetarias. Pero Dios confunde la soberbia del hombre, concediendo á los juegos de la inocencia aquello mismo que niega á las investigaciones de la filosofía : el descubrimiento del telescopio que Galileo perfeccionó se debe á unos muchachos. Desde entonces el injenio del hombre se remontó hasta la altura de los cielos ; los caminos de la inmensidad se hicieron transitables acortándose, y los astros descendieron para dejarse medir.

Tantos descubrimientos anunciaban todavía otros mayores, y tan cerca se estaba del santuario de la naturaleza que se pudiera pasar mucho tiempo sin que en el se penetrara él. No se necesitaba ya mas que unos métodos capaces de descargar el entendimiento de aquel fárrago de cálculos con que se hallaba como abrumado. En breve se atrevió Descartes á trasportar al gran Todo las leyes físicas de nuestro globo ; y por uno de aquellos rasgos de injenio de que apenas se cuentan cuatro ó cinco en la historia, obligó al áljebra á unirse con la geometría, como la palabra con el pensamiento. A Newton no tuvo ya que hacer sino poner en obra aquellos materiales que tantas manos le dejaron preparados, pero lo ejecutó como un artista sublime, y entre los diversos planes sobre que podia levantar el edificio de los globos, tal vez adivinó el diseño del mismo Dios.

Finalmente, conoció el entendimiento el órden que la vista admiraba ; fueronle devueltas las balanzas de

oro que Homero y las Escrituras confiesan pertenecer al Soberano árbitro ; el cometa se somete ; el planeta atrae al planeta por medio de una inmensidad; el mar siente la presion de dos grandes seres que flotan á muchos millones de leguas de su superficie , y desde el sol hasta el mas mínimo átomo todo se ordenó en un admirable equilibrio. Solo el corazon del hombre carece de él en toda la naturaleza.

Mas ¿ quien hubiera podido pensarlo ? El momento mismo en que se descubrieron tantas nuevas pruebas de la grandeza y sabiduría de la Providencia , fué el momento en que se cerraron mas los ojos de la luz. No porque aquellos hombres inmortales Copérnico, Tico-Brae , Keplero , Leibnitz , y Newton fuesen unos ateos , sino que sus succesores , por una inesplicable fatalidad , se imajinaron tener como sujeto á Dios en sus crisoles y telescopios , sin mas razon que ver en ellos algunos de los elementos en que la Divina intelijencia ha fundado los mundos. Cuando uno ha sido testigo de nuestra atroz revolucion , y cuando uno reflecciona que todas nuestras desdichas son el triste resultado de la vanidad de saber mas , ¿ no nos vemos casi inclinados á creer que el hombre ha estado á pique de morir nuevamente por haber alargado segunda vez la mano para tocar al árbol de la ciencia. Campo dilatado nos da para reflecciona acerca del pecado orijinal la siguiente observacion ; *los siglos sabios han precedido siempre muy de cerca á los siglos de destruccion.*

De aqui es que tenemos por desgraciado al astrónomo que pasa las noches leyendo en los astros , sin descubrir en ellos el nombre de Dios. ¡ Ah! ¿será po-

sible que en tanta variedad de figuras y en tan gran diversidad de caracteres, no haya de poder encontrar las cuatro letras de su nombre? ¿Acaso no está resuelto en los misteriosos cálculos de tantos soles el problema de la divinidad? Una álgebra tan brillante ¿no puede servir para descubrir esta grande *Incognita.*

La primera objecion astronómica que se opone al sistema de Moisés, se deduce de la esfera celeste. *¿Como es posible*, se dice, *que el mundo sea tan moderno, cuando la composicion de la esfera supone por si sola millones de años.*

Así vemos que la astronomía es una de las primeras ciencias que los hombres cultivaron. Mr. Bailly prueba que los patriarcas antes de Noé, conocian el periodo de seiscientos años, y el año de trescientos sesenta y cinco dias, cinco horas, cincuenta y un minutos, y treinta y seis segundos: y finalmente, que nombraron los seis dias de la creacion por el órden planetario (1). Supuesto, pues, que las razas primitivas eran ya tan sabias en la historia del cielo, ¿no es muy probable que los tiempos, desde del diluvio acá, hayan sido mas que suficientes para darnos un sistema astronómico tal como en el dia lo tenemos? Ademas es imposible determinar con certeza cuanto tiempo se necesita para fundar y perfeccionar una ciencia. Desde Copérnico hasta Newton, hizo la astronomía en menos de un siglo mas progresos, que los que antes habia hecho en el discurso de tres mil años. Las ciencias se pueden comparar con aquellos paises cortados de llanuras y montañas; en las

(1) *Baill. Hist. de la dst. ant.*

primeras se camina á paso largo ; mas luego que se llega á las faldas de las segundas , se gasta mucho tiempo en descubrir los senderos , y llegar á las cumbres , desde las cuales se baja á ótra llanura. Tampoco se puede deducir , que en razon de haber estado la astronomía cuatro mil años en su edad media , haya debido estar millones de siglos en su cuna ; esto contradice cuanto se sabe con respecto á la historia y los progresos del entendimiento humano.

La segunda objecion se deduce de las épocas históricas unidas á las observaciones astronómicas de los pueblos , y en particular de las de los Indios y Caldeos.

Nuestra respuesta , con respecto à las primeras es, que se sabe que los setecientos veinte mil años que con tanta vanidad alegaban los Babilonios , quedan reducidos unicamente á mil novecientos tres (1). Acerca de las observaciones de los indios , apoyadas en hechos inegables , su antigüedad no pasa del año 3102 antes de nuestra era. Esta antiguedad es muy grande sin duda alguna , pero finalmente se halla situada entre los límites conocidos. En esta época principió la *cuarta jogue* , ó edad indiana. Mr. Bailly simplificando las tres primeras edades , y reuniendolas á la cuarta , demuestra que toda la cronolojia de los Brámas se encierra en un intervalo de casi sesenta siglos (2), lo cual está conforme con el computo de los setenta; y prueba evidentemente que los fastos de

(1) *Las tablas de las observaciones hechas en Babilonia , antes de la llegada de Alejandro , fueron enviadas por Calistenes á Aristótenes.* v. *Bailly.*

(2) *Vease la nota Y, al fin del tomo.*

los ejipcios, caldeos, chinos, persas é indios, convienen exactamente con las épocas de la escritura (1). Cito tambien con gusto á Mr. Bailly, por cuanto este apreciable sabio murió víctima de los principios que intentó combatir. Cuando este hombre desgraciado hablando de *Hypatia*, jóven astrónoma asesinada por los habitantes de Alejandria, escribia *que los modernos á lo menos no atentan á la vida, ya que denigran la reputacion*, ¡cuan distante estaba de pensar que él mismo babia de ser una prueba lamentable de la falsedad de su asercion, y que renovaria la historia de *Hipatia*!

En cuanto á lo demas, todos los cálculos infinitos de generaciones y de siglos que se encuentran en muchos pueblos, derivan de una libertad muy natural al corazon humano. Los hombres que conocen en su interior un principio de inmortalidad, están como avergonzados de la brevedad de su existencia; se les figura que el amontonar sepulcros basta para poder ocultar este vicio capital de la naturaleza, que es el de una corta duracion, y que añadiendo la nada á la nada, llegarán á componer una eternidad. ¡Mas ay cuanto se engañan á si mismos! Como descubren lo propio que pretenden ocultar! porque cuanto mas alta es la pirámide funebre, tanto mas pequeña aparece la estátua viva colocada sobre ella, y aun parece mucho mas corta la vida, cuando la enórme fantasma de la muerte la levanta muy alto en sus brazos.

(1) *Baill.* Ast. Ind. *Disc. Prel. part.* II. *p.* 126 etc.

CAPÍTULO IV.

Continuacion del precedente. História natural. Diluvio.

No bastando la astronomia para echar por tierra la cronolojia de las escrituras (1), se renueva el ataque por la historia natural. Unos nos hablan de ciertas épocas en que todo el universo se renueva, digàmoslo así, y otros niegan las grandes catástrofes del globo, tal como el diluvio universal, y dicen: // Las lluvias // no son unicamente los vapores de los mares. Sus // aguas todas no bastan para cubrir la tierra hasta la // altura de que hablan las escrituras. // Bien pudieramos responderles que semejante modo de discurrir hace poquisimo favor á los vastos conocimientos de que tanto se jactan, porque la química moderna nos enseña qu el aire puede convertirse en agua; y en este caso ¡qué diluvio tan espantoso! Pero renuncio de buen grado estas sútiles razones adquiridas de las ciencias, que dando cuenta de todo al entendimiento, no la dan de cosa alguna al corazon. Me contentaré con responder, que para inundar enteramente la parte terrestre del globo, bastaria que el Oceano salva-

(1) *Se rien de Josué porque manda al sol que se detenga. Estábamos muy distantes de creer que nos veriamos obligados á decir á nuestro siglo,* que el sol no es inmoble *aunque* centro. *Se ha disculpado á Josué diciendo que hablaba expresamente segun el estilo vulgar; pero hubiera sido muy natural decir que hablaba como Newton. Si quereis parar un relox, no rompais una rueda pequeña, sino el grande resorte cuya quietud fijará el sistema repentinamente.*

se sus orillas, sacando toda el agua de sus abismos. Y en fin, hombres presuntuosos ¿habeis penetrado vosotros acaso en *los tesoros del granizo*? ¿Conoceis porventura los depósitos de ese abismo, de donde el Señor hizo brotar la muerte en el terrible dia de sus venganzas?

Bien sea que Dios, levantando el depósito de los mares, vertiese sobre los continentes el Océano alborotado; bien sea que apartando al sol de su carrera le mandase remontarse hácia el polo con signos mas funestos, es indudable que un espantoso diluvio asoló la tierra.

En esta ocasion, quedó casi osterminada la especie humana. Dieron fin todas las disensiones de las naciones, y cesaron todas las revoluciones. Los reyes, los pueblos y los ejércitos enemigos suspendieron sus rencores sanguinarios, y se abrazaron poseidos de un mortal espanto. Vieronse los templos llenos de suplicantes pálidos, que quizás habian blasfemado de la Divinidad durante su vida; mas la Divinidad los desconoció á su vez, y al instante se divulgò que todo el Occéano llegaba ya á la puerta de los templos. En vano se subieron à la cumbre de las montañas mas altas las madres con sus niños; en vano intentó el amante hallar un abrigo para su querida en la misma gruta que le sirvió de asilo para sus deleites; en vano los amigos disputaron á los osos espantados la empinada copa de las encinas; las aves mismas arrojadas de rama en rama por las olas, que iban en aumento, fatigaron inutilmente sus alas en unas llanuras de agua sin orillas. El sol que solo alumbraba la muerte entre nubes sárdenas, se mostraba lívido y

amortigüado como un enorme cadáver anegado en los cielos. Apagáronse los volcanes vomitando tumultuosas humaredas, y perecio uno de los cuatro elementos, el fuego con la luz. Cubrióse el mundo de horribles sombras, de donde salian espantosos clamores, y entonces fué cuando en medio de las húmedas tinieblas se subieron á la peña mas escarpada del globo el resto de los seres vivientes, el tigre y el cordero, el águila y la paloma, el reptil y el insecto, el hombre y la mujer; pero hasta alli mismo los siguió el Occéano, que levantándo en torno de ellos su amenazadora inquietud, hizo desaparecer el últitimo punto de la tierra bajo sus tempestuosas soledades.

En fin, continuó Dios su venganza, y mandó á los mares que volviesen al abismo; la tierra se abrió por todas partes, y tragó las vastas ondas. Pero el Altísimo quiso dejar impresas en el globo unas señales eternas de su cólera: los despojos del elefante de las Indias se amontonaron en las rejiones de la Siberia; las conchas magallanicas vinieron á quedarse sepultadas en las canteras de Francia; bancos enteros de cuerpos marinos se detuvieron en la cumbre de los Alpes, del monte Tauro y de las Cordilleras; y estas mismas montañas fueron los monumentos que dejó Dios en los tres mundos, para manifestar su triunfo sobre los impíos, al modo que un monarca planta un trofeo en el campo donde derrotó á sus enemigos.

No contento Dios todavia con estos testimonios generales de su cólera pasada, y sabiendo que el hombre se olvidaba muy facilmente de su desgracia, multiplicó los recuerdos en su morada. El sol tuvo uni-

camente por trono en la mañana, y por cama en la noche, el húmedo elemento donde parece que se apaga todos los dias como en el tiempo del diluvio. Las nubes del cielo imitaron á las olas encrespadas, á las playas ó escollos enblanquecidos. Las peñas se abrieron sobre la tierra en cataratas, y la luz falaz de la luna, y los vapores blancos de la tarde cubrieron frecuentemente los valles, á manera de una lejana extension de agua. Nacieron árboles en los lugares mas áridos, y sus ramas se encorbaron hácia la tierra, como si acabaran de salir mojadas del seno de las ondas. Dos veces cada dia tiene òrden el mar de sublevarse saliendo de su centro é invadiendo las playas. Las cuevas de los montes conservaron sordos murmullos y voces lúgubres; la cima solitaria de los bosques presentó la imàjen de un mar en movimiento, y el Océano pareció que habia confiado sus bramidos á la profundidad de los bosques.

CAPÍTULO V.

Juventud y vejez de la tierra.

Tocamos en la última objecion acerca del orijen moderno del globo. // La tierra (se dice) es una no-// driza vieja, de la cual todo anúncia la decrepitud. // Examinad sus fosiles, sus mármoles, sus granitos y // sus lavas, y en ellos leeréis sus inumerables años // (1) señalados por círculos, capas ó ramos, así co-// mo los de la serpiente por el cascabel, los del ca-// ballo por sus dientes, ó los del ciervo por sus hastas.//

Cien veces ha sido vencida esta dificultad por esta

(1) *Véase la nota* k. *al fin del tomo.*

respuesta: *Dios ha debido criar, y crió sin duda al mundo con todas las señales de antigüedad y complemento que en él vemos.*

Verosimil es que el autor de la naturaleza formo de lo primero bosques viejos, y nuevos plantales; que los animales nacieron, los unos ya de muchos dias, y los otros adornados de las gracias de la infancia. Las encinas penetrando el suelo fecundo, sostenian á un mismo tiempo los nidos viejos de los cuervos, y la nueva posteridad de las palomas. Gusano, crisálida y mariposa, el insecto caminó arrastrando por la yerba suspendió su huevo de oro en las selvas ó fluctuó eu el vacio de los aires. La abeja á pesar de haber vivido solo un dia, contaba ya su ambrosía por generaciones de flores. Debemos creer que la oveja no estaba sin su cordero, ni la curruca sin sus pajarillos, y que el espeso matorral ocultaba á los ruiseñores admirados de cantar sus primeras tonadas, calentando las frájiles esperanzas de sus primeros deleites.

Si el mundo no hubiera sido creado á un mismo tiempo jóven y viejo, lo grande lo grave y lo moral desaparecerian de la naturaleza, porque lo antiguo constituye la esencia de estos sentimientos. Toda posicion y todo sitio hubieran perdido las maravillas que les son propias. La peña amenazando ruina, no hubiera estado pendiente sobre el abismo con sus largas gramas: los bosques, sin sus accidentes naturales no hubieran mostrado aquel admirable desórden de árboles inclinados sobre sus tallos, y de troncos encorvados sobro la corriente de los rios. Los pensamientos inspirados, los ruidos venerables y profundos

las voces encantadoras, y el santo horror de los bosques hubieran desaparecido con las bóvedas sombrías que les sirven de retiro; y las soledades de la tierra y del cielo hubieran quedado desnudas y desencantadas, perdiendo esas columnas de encinas que las unen. No lo dudemos, en el mismo dia en que el Océano bañó con las primeras olas sus playas, bañó tambien sin duda alguna los escollos ya gastados por las ondas, las orillas sembradas de conchas, y los cabos descarnados que sostenian contra el impetu de las aguas, las riberas que se desgajan de la tierra.

Sin esta como vejez orijinaria y primitiva, no hubiera habido pompa ni majestad en la obra del Eterno, y en el estado de su inocencia hubiera sido la naturaleza menos bella que en el estado actual de su corrupcion, cosa que no podia suceder. Una insipida infancia de plantas, de animales y elementos, hubiera coronado una tierra sin poesia; mas no dibujó Dios tan mal los bosques de Eden, como los incrédulos se lo figuran. El hombre rey nació de edad de treinta años, à fin de concordar por su majestad con las antiguas grandezas de su nuevo imperio, del mismo modo que su compañera contó diez y seis primaveras que no habia vivido, para estar en armonia con las flores y avecillas, con la inocencia, con los amores y con toda la parte jóven del universo.

PRIMERA PARTE.

DOGMAS Y DOCTRINA.

—

LIBRO QUINTO.

EXISTENCIA DE DIOS PROBADA POR LAS MARAVILLAS DE LA NATURALEZA.

—

CAPÍTULO I.

ASUNTO DE ESTE LIBRO.

Aun nos falta examinar uno de los principales dogmas del cristianismo, á saber: *el estado de las penas y el premio de la otra vida.* Mas no es posible tratar esta importante materia, sin hablar al mismo tiempo de las dos columnas que sostienen el edificio de todas las relijiones del mundo. Tales son la *existencia de Dios* y la *inmortalidad del alma.*

Me hallo ademas empeñado en este grande estudio, por el desenvolvimiento natural de mi plan; pues úni-

camente despues de haber seguido la fe aqui abajo, es como puede uno acompañarla en aquellos tabernáculos, adonde se vuela cuando deja la tierra. Siempre fiel á mi designio, separaré de las pruebas de la existencia de Dios y de la inmortalidad del alma las ideas abstractas, para emplear únicamente las razones poéticas y de sentimiento; es decir, las maravillas de la naturaleza y las evidencias morales. Platon y Ciceron entre los antiguos, y Clarke y Leibnitz entre los modernos, han probado metafisica y casi geometricamente la existencia del Ser supremo (1). Los mas grandes Injenios de todos los siglos han creido en este dogma consolador; y aunque algunos sofistas no le hayan admitido, puede muy bien existir Dios sin el voto de ellos. Unicamente la muerte, á la cual pretenden reducirlo todo los ateos, es la que necesita que se escriba en favor de sus derechos, porque tiene poca realidad para con el hombre. Dejemos pues, al ateismo sus deplorables partidarios, bajo el concepto de que ni aun ellos mismos se entienden entre sí; porque si los hombres que creen en la Providencia están acordes, ó á lo menos en los puntos principales de su doctrina, aquellos que por lo contrario niegan al Criador, no cesan de disputar entre sí acerca de los fundamentos de su nada. Tienen delante de si un abismo que para colmarle necesitan únicamente la última piedra; pero no saben de donde tomarla. Ademas hay en el error cierto vicio de naturaleza, el cual hace que cuando no es particularmente el nuestro, nos choque y escandalice al momento; de aqui resultan las interminables disputas de los ateos.

(1) *Véase la nota L, al fin del volúmen.*

CAPÍTULO II.

Espectáculo general del Universo.

Hay un Dios, las yerbas de los valles, y los cedros de los montes le bendicen; el insecto susurra sus alabanzas, y el elefante le saluda al salir de la aurora; las aves le cantan himnos entre el ramaje; el rayo patentiza su poder, y el Océano declara su inmensidad. El hombre, el hombre solo ha dicho: no hay Dios.

¿Y será posible que el ateo no haya levantado jamas los ojos al cielo en sus desgracias, ni bajado la vista en su felicidad hácia la tierra? ¿tan distante se halla de él la naturaleza que no haya podido contemplar, ó la cree por ventura, un simple resultado del acaso? ¿Pero que casualidad ha podido obligar á una materia desordenada y rebelde á colocarse en un órden tan perfecto.

Pudiera decirse que el hombre es el *pensamiento manifestado de Dios*, y que el universo es su *imajinacion hecha sensible*. Los que han alegado la hermosura de la naturaleza como prueba de una intelijencia superior, deberian haber reflexionado una cosa que engrandece prodijiosamente la esfera de las maravillas; y es, que el movimiento y la inquietud, la luz y las tinieblas, las estaciones y el curso de los astros que varian las decoraciones del mundo, no son sucesibas sino en la apariencia, y permanentes en la realidad. La escena que se esconde á nuestra vista se representa en otro pueblo, que no es pues el espectáculo, sino el espectador quien se muda. Asi ha sabido Dios poner en su obra la duracion *absoluta* y la

progresiva: la primera se halla colocada en el *tiempo*, y la segunda en la *extension* : por aquella, las gracias del universo son unas, infinitas y siempre las mismas; por esta, son multiplicadas, limitadas y renovadas : sin la una no podia haber grandeza en la creacion, y sin la otra hubiera habido en ella monotonía.

Aquí se nos presenta el tiempo bajo un nuevo punto de vista; su menor fraccion viene á ser un *todo completo*, que todo lo comprende, y en el cual se modifican todas las cosas desde la muerte de un insecto hasta el nacimiento de un mundo : cada minuto es en sí mismo una pequeña eternidad. Reunid, pues, con la imajinacion en un mismo momento los mas hermosos accidentes de la naturaleza; suponed que veis de una vez todas las horas del dia, y todas las estaciones; una mañana de primavera y de otoño, una noche salpicada de estrellas y una noche cubierta de nubes; praderas esmaltadas de flores, bosques despojados de sus galas por las escarchas, y campiñas doradas con las mieses; imajinadlo asi, digo, y entonces tendreis una idea exacta del universo. ¿No es en verdad un prodijio, que al mismo tiempo que admirais al sol que se sepulta bajo las bóvedas del occidente, otro observador le vea salir de las rejiones de la aurora? ¿Porqué incomprensible májia ese astro viejo, que se duerme fatigado y ardiente en el polvo de la tarde es aquel mismo jóven astro que se levanta al propio tiempo, humedecido con el rocío y con los blancos velos del alba? A cada momento del dia se alza el sol, brilla en su cenit, y se pone sobre el mundo, ó por mejor decir, nuestros sentidos nos

engañan, porque no tiene oriente, mediodia ni occidente verdaderos. Todo se reduce á un punto fijo, desde el cual esta antorcha del dia esparce á un mismo tiempo tres luces en una sola sustancia. Este triple resplandor es tal vez lo que tiene de mas bello la naturaleza ; porque al mismo tiempo que nos da la idea de la perpétua magnificencia y presencia de Dios, nos hace concebir una imájen de su Trinidad gloriosa.

¿Hay acaso quien pueda comprender lo que fuera una escena de la naturaleza, si estuviese abandonada al movimiento solo de la materia? Las nubes obedeciendo á las leyes de la gravedad, caerian perpendicularmente sobre la tierra, ó como pirámides se remontarian en los aires: un momento despues, ò estaria la admosfera muy densa, ó muy enrarecida con respecto á los órganos de la respiracion. La luna estando ó muy cerca ó muy distante de nosotros, quedaria sucesivamente invisible, se mantendria como ensangrentada, llena de enormes manchas, ó cubriendo con sola su sombra toda la bóveda celeste. Arrebatada como de un vértigo ó delirio, ó no caminaria sino por una linea del eclipse, ó rodando de un lado á otro, llegaria á descubrir aquella faz que la tierra no conoce. El mismo trastorno padecerian las estrellas, pues únicamente presentarian una serie de conjunciones espantosas. Un signo del estio se veria alcanzado de repente por otro del invierno; el boyero conduciria las Pleyades, y el leon rujiria con acuario. Alla pasarian los astros tan rápidos como el relámpago, y aqui parecerian muertos ó inmóviles; á veces se agolparian formando grupos, como en la

via láctea; y despues, desapareciendo todos á un tiempo y romplendo el velo de los mundos; segun la expresion de Tertuliano, dejarian descubiertos los abismos de la eternidad.

No obstante, semejantes espectáculos no espantarán á los hombres, hasta que llegue aquel dia, en que dejando Dios las riendas del universo, no nececesite mas para destruirle, que abandonarle.

CAPÍTULO III.

Organizacion de los animales y de las Plantas.

Descendamos de estas nociones generales á las ideas particulares: veamos si podemos descubrir en las partes de la obra, esta misma sabiduría tan bien esplicada en el todo. Primeramente me valdré del testimonio de una clase de hombres á quienes las ciencias y la humanidad reclaman igualmente: hablo de los médicos.

El doctor Nieuwentyt, en su *Tratado de la existencia de Dios* (1) se dedicó á demostrar la realidad de las causas finales. Sin seguirle en todas las observaciones, me contentaré con referir algunas de ellas.

Hablando de los cuatro elementos, que considera en armonía con el hombre y la creacion en general, hace ver con respecto al aire, como se conservan milagrosamente nuestros cuerpos bajo una columna at-

(1) *En todo lo que cito aqui del tratado de Nieuwentyt, me he tomado la libertad de refundir, y dar un poco de colorido á su discurso. No se e puede negar lo sabio, lo erudito y lo juicioso: pero es un poeta árido. Tambien he añadido algunas observaciones á las suyas.*

mosférica, igual en su presion á un peso de veinte mil libras. Prueba que la mutacion de una sola calidad que se experimentára, ya sea en rarefaccion, ó ya en densidad en el elemento que se respira, bastaria para destruir todos los seres vivientes. El aire es el que hace subir los vapores, el aire el que retiene los liquidos en sus vasos; por sus movimientos purifica los cielos, y lleva á los continentes las nubes del mar.

Demuestra despues Nieuwentyt la necesidad del agua por una multitud de experimentos. ¿Quién no admirará el prodijio de este elemento, cuando asciende todas las leyes de la gravedad á otro elemento mas lijero que él, á fin de darnos las lluvias y los rocíos? La disposicion de las montañas para hacer circular los rios, la geografía de estas mismas montañas en las islas y sobre los continentes, las aperturas de los golfos, las bahias, los mediterraneos, y las innumerables utilidades de los mares, nada de esto se oculta á la sagacidad de aquel hombre sabio y bueno.

De la misma manera demuestra la escelencia de la tierra como elemento, y sus bellas leyes como planeta. Describe las ventajas del fuego, y los socorros que de él ha sabido sacar la industria humana. (1)

Pasando á tratar de los animales, observa que los que nosotros llamamos caseros, nacen precisamente con el grado de instinto necesario para domesticarse,

(1) *La física moderna hallará aqui tal vez algunos errores; sin embargo tan distantes están los progresos de esta esencia de trastornar las causas finales, que antes bien presentan nuevas pruebas de la bondad de la Providencia.*

al paso que los animales inútiles al hombre conservan siempre su natural salvaje. ¿Es acaso la casualidad la que inspira á las bestias mansas y útiles la resolucion de vivir en sociedad en medio de nuestros campos, y á las demas de andar errantes y solitarias en lugares poco concurridos? ¿Cómo es que no se ven rebaños de tigres conducidos por un pastor al son de su zampoña? ¿Y porqué no se ve tampoco una manada de leones retozar y triscar entre los tomillos y el rocío de nuestros parques, como esos animales que cantára Juan La Fontaine? Jamas han podido las fieras servir mas que para tirar del carro triunfal de un hombre tan cruel como ellas mismas, ò para devorar à los cristianos en un anfiteatro (1); los tigres no se domestican en la escuela de los hombres; estos sí, que se hacen alguna vez salvajes en la escuela de los tigres.

No es pues interesante el objeto de observacion que presentan las aves á nuestro naturalista; sus alas convexas por arriba y huecas por abajo, son unos remos perfectamente trazados para el elemento que deben surcar. El reyezuelo que se ajita de preferencia y revolotea en las cercas de zarzales y arbustos, que son para él unas grandes soledades, tiene párpado á fin de preservar á sus ojos de todo accidente. Pero, ¡oh fines de la naturaleza! Ese mismo párpado es transparente, y el cantor de las cabañas puede bajar ese velo diáfano, sin dejar de ver por eso. No quiso la Providencia que se extraviara cuando llevase á su

(1) *Bien conocida es aquel famoso grito del populacho romano:* ¡ ' os cristianos á los leones! v. *Tert. Apolog.*

nido la gota de agua o el grano de mijo, ni que bajo de un matorral viviese una reducida familia que de la misma Providencia se quejara.

Y ¿qué injeniosos resortes hacen mover los piés del ave? No es el conjunto de músculos que gobierna la voluntad del ave, el que la hace tenerse firme en una rama; sus piés estan formados de manera, que cuando se hallan comprimidos en el centro ó el talon, sus dedos se aprietan entónces naturalmente sobre el cuerpo que los une (1). De este mecanismo resulta, que las garras del ave se unen mas ó menos al objeto en que descansa, en razon de los movimientos mas ó menos rápidos del objeto mismo. En el balanceo de la rama, sea que esta forceje contra el pié, ó que este forceje contra ella, los dedos del ave en ambos casos se comprimen con mas fuerza. Así tambien cuando á la entrada de una noche de invierno, vemos á unos cuervos encaramados en la despojada copa de una encina, nos parece que siempre están vijilantes y alerta, y que no podrán sostenerse en ella sino á fuerza de un extraordinario trabajo en medio de los torbellinos y de las nubes; mas no sucede así. Sin embargo distantes de tener cuidado alguno por los peligros, y desafiando las mayores tempestades, duermen á todo viento. El aquilon mismo los afirma mas y mas à la rama de donde creíamos que iba á precipitarlos, cuya móvil hamaca ó cama está colgada de los ajitados mástiles de la nave, cuanto mas les mece la tempestad, tanto mas profundamente duermen.

(1) *Se puede hacer sobre esto la experiencia con una ave muerta.*

En cuanto á la organizacion de los peces, su existencia sola en el elemento del agua, la mudanza relatiba de su peso, mediante la cual nadan en una agua lijera con la misma facilidad que en la mas pesada, y bajan desde la superficie del mar hasta lo mas profundo de sus abismos; son unos verdaderos milagros perpétuos, y una verdadera máquina hidrostática, de modo que presenta mil fenómenos, por el sencillo medio de una vejiguilla, que el pez llena ó vacía de aire á su antojo.

Nieuwentyt examinò tambien curiosamente los prodijios de las flores en las plantas, y el uso de las hojas y raices. Sobre esto hace la escelente observacion, de que las semillas de las plantas están dispuestas de tal modo por sus figuras y su peso, que caen siempre en tierra en aquella disposicion en que deben brotar.

Si todo esto fuese, pues, efecto del acaso ¿seria posible que no se viesen alteradas alguna vez las causas finales? ¿Porque no habia de haber peces sin la vejiga que los hace nadar? ¿Porque el gavilancillo, que aun no tiene la necesidad de garras, no habia de romper el cascaron del huevo con el pico de una paloma? ¡Ah! ¡Nunca, nunca se advierte un descuido, un accidente de esta especie en la *ciega* naturaleza! De cualquier modo que tireis los dados, presentarán siempre los mismos puntos. ¡Extraña *fortuna*! suponemos, que antes de sacar los mundos del seno de la eternidad ella *ordenó ya secretamente sus lotes.*

Sin embargo, hay algunos mónstruos en la naturaleza, los cuales no son otra cosa que unos seres privados de algunas de sus causas finales. ¡Digno es de atencion que estos mismos entes nos inspiren horror!

¡cuanto mas fuerte es el instituto de un Dios en los hombres, tanto mas espantados se hallan estos, cuando no advierten la marca de su mano! De estos desòrdenes se ha tomado motivo para hacer una objecion contra la Providencia divina: pero yo, muy al contrario, los miro como una prueba manifiesta de esta misma Providencia. Me parece que Dios ha permitido tales producciones de la materia, para enseñarnoslo que es la creacion *sin él*. La sombra es la que hace resaltar la luz; una muestra de las leyes del acaso es la que segun los desvarios de los ateos debe haber criado el universo.

CAPÍTULO IV.

Instinto de los Animales.

Reconocida ya en la organizacion de los seres un plan regular, que no se puede atribuir al acaso, y que supone un ordenador; resta examinar otras causas finales, no menos fecundas, y maravillosas qne las primeras. A nadie seguiré en esto. Habia yo dedicado á la historia natural unes estudios que jamas hubiera suspendido, si la Providencia no me hubiese llamado á desempeñar otras tareas; mi ànimo era oponer, si hubiese podido, una *Historia Natural, Relijiosa*, á esos libros científicos modernos, en que no se ve otra cosa que materia; y á fin de que no se me hubiese podido echar en cara desdeñosamente mi ignorancia, me propuse viajar, y verlo todo con mis propios ojos. Expondré, pues, algunas de mis observaciones acerca de los instintos de los animales y las plantas, sus costumbres, sus emigraciones y sus

amores, etc. El campo de la naturaleza es inagotable, y siempre se hallan en el nuevas cosechas. No es ninguna casa de fieras donde se hallan encerrados los secretos de Dios, ni donde se aprende á conocer la sabiduría divina ; es preciso haberla descubierto en los desiertos para no dudar de su existencia. Nadie vuelve impío de los reinos de la *soledad. Regna soletudinis.* ¡ Infeliz del viajero que habiendo dado vuelta al globo, regresare ateo al hogar paterno !

En el silencio de la noche he visitado el valle solitario habitado por los castores, cubierto de la sombra de los abetos, y en donde reina el mas profundo silencio á presencia de un astro tan apacible como el injenioso pueblo, cuyos trabajos iluminaba. ¡ Y será posible que no hayamos visto en este valle mil señales de la sabiduría divina! ¿Quien es el que puso la escuadra y el nivel en el ojo de este animal, que sabe construir un dique en declive del lado de las aguas, y perpendicular sobre el lado opuesto? ¿Sabeis por ventura el nombre del físico que enseñó á este singular injeniero las leyes de la hidráulica, y le hizo tan hábil sin otros instrumentos que sus dos dientes incisivos y su cola aplastada?

Jamas pronosticó Reaumur las mudanzas de las estaciones con tanta exactitud como el castor, cuyos almacenes mas ó menos abundantes, manifiestan en el mes de junio la mayor ó menor duracion de las nieves del invierno. A fuerza de disputar á Dios sus milagros se ha llegado á graduar de estéril la obra entera de Todopoderoso. Los ateos han pretendido encender el fuego de la naturaleza con su elado aliento ; pero no han hecho mas que apagarle ; y soplando sobre él la

antorcha de la creacion, han esparcido sobre ella las tinieblas de su creacion funesta.

No menos maravillosos, aunque si mas comunes, son otros instintos que podemos observar cada dia. La gallina tan tímida por ejemplo, llega á ser tan valerosa como un águila, cuando es preciso que defienda sus polluelos; nada hay tan interesante como su desasosiego, cuando engañada con el de otra nidada, huye de ella la cria estraña y corre á chaputear en un charco contiguo. La madre asustada dá continuas vueltas al rededor del agua, sacude sus alas, llama á la imprudente pollada, anda con precipitacion, se para, vuelve la cabeza con inquietud, corre hácia aquella parte, y no cesa su ajitacion hasta que ha recogido bajo su manto la familia, mojada y cojeando, que no tarda en volverse á desconsolarla.

Entre los diversos instintos que el Señor del mundo ha repartido en la naturaleza, sin duda es uno de los mas sorprendentes el que conduce cada año los peces del polo á las templadas latitodes de nuestros climas. Ellos vienen atravesando la inmensa soledad del Océano, sin extraviarse y casi en dia fijo, hasta hallar el rio donde ha de celebrarse su himeneo. La primavera prepara en nuestras costas la pompa nupcial; corona los sauces de verdura, estiende las camas de musgo hasta las grutas, y despliega sobre las ondas las hojas del nemifar, para que sirvan de cortinas á estos lechos cristalinos. Apenas se acaban estos preparativos, cuando se ven llegar las lejiones esmaltadas. Estos navegantes estrangeros animan todas nuestras riberas: los unos como ligeras pompi t las de aire suben perpendicularmente desde el fondo

de las aguas; los otros se mecen suavemente en las ondas, ó se apartan como de un centro comun á la manera de inumerables flechas de oro; estos presentan oblicuamente sus formas cambiantes transparentándose en el fluido azul; y aquellos duermen al rayo del sol que penetra la gasa plateada de las ondas. Todos se extravian, vuelven á juntarse, nadan, se zambullen, circulan, se forman en escuadron, se separan y se reunen de nuevo; y el habitante de los mares, inspirado de aquel soplo de vida; dando saltos sigue el rastro de fuego que su compañero dejó para él en las ondas.

CAPÍTULO V.

Canto de las aves: se hizo para recreo del hombre. Ley relativa á los gritos de los animales.

Tiene la naturaleza sus épocas de solemnidad, para las cuales convoca músicos de las diferentes rejiones del globo. Se ven acudir sabios artistas con sonatas maravillosas, errantes trobadores que no saben entonar sino cantatas con estrivillo, y peregrinos que repiten mil veces las coplillas de sus largos cánticos. La óropéndola silva, la paloma torcaz arrulla, la golondrina gorgea. La primera encaramada en la mas alta rama de un álamo desafia á nuestro mirlo, que en nada cede á este estranjero: la segunda escondida entre las hojas de una encina, prolonga sus arrullos, semejantes al retumbante son de la bocina en el bosque; y la tercera al abrigo del hogar hospitalario hace oir su gorgeo confuso como en los tiempos de Evandro. Al mismo tiempo el pitirrojo

repite su cancioncilla sobre la puerta de una granja, donde ha hecho su grande nido de musgo; pero el ruiseñor se desdeña de confundir su voz en medio de esta sinfonia; espera la hora de recojimiento y del reposo de la noche. y se encarga de aquella parte de la fiesta que debe celebrarse en las sombras.

Cuando los primeros silencios de la noche y los últimos murmullos del dia luchan en las colinas, á orillas de los rios, en los bosques y en los valles; cuando en los bosques va cesando insensiblemente el susurro hasta no sentirse el menor suspiro de las yerbecillas; que la luna resplandece en el cielo, y el oido del hombre está atento, entonces el primer cantor de la creacion entona sus himnos al eterno. Primeramente hiere el eco con trinos melodiosos que deleitan; no guardan órden sus cantos; salta del grave al agudo, del piano al fuerte; hace pausas; tan pronto es lento, como vivo; es un corazon embriagado de gozo, y que palpita bajo el peso del amor. Pero repentinamente decae su voz y el ave calla. Vuelve a empezar. ¡Oh que acentos tan mudados! ¡que tierna melodia! Ya son modulaciones lánguidas aunque variadas; es un canto algo monotono, parecido al de los antigüos romances franceses, obras clásicas de sencillez y melancolia. El canto es la señal tanto de la tristeza como de la alegría: el ave que ha perdido sus hijuelos aun canta, y repite el mismo himno que entonaba cuando era felíz, porque no sabe mas que uno; mas por un secreto de su arte este músico no hace mas que mudar de clave, y el càntico de placer se convierte ya en sollozos.

Los que intentan desheredar al hombre, y arran-

carle el imperio de la naturaleza, quisieran probar que nada se hizo para él; pero esto es imposible. El canto de las aves, por ejemplo, está ordenado de tal modo para nuestro oido, que por mas que se persiga á los huéspedes de los bosques, por mas que se arrebate sus nidos, por mas que se les moleste con armas y redes solo se logrará llenarles de dolor, mas no forzarles al silencio. A despecho nuestro es preciso que nos embelecen, preciso es que cumplan la órden de la providencia. Esclavos en nuestras casas multiplican sus cánticos. Sin duda hay alguna armonia oculta en la desgracia, porque todos los infelices son inclinados al canto. Finalmente, aunque un pajarero por un exceso de barbarie sacara los ojos á un ruiseñor, este conservaria su voz con mas melodia: este Homero de las aves gana su vida cantando, y compone sus mas agradables tonadas cuando ha perdido la vista. // Demódoco, dice el poeta de Chio, retratándose á si propio bajo la figura de cantor de los Feacios, era el favorito de la Músa; pero esta habia mezclado para él el bien y el mal, y le habia vuelto ciego, dándole en recompensa la melodia del canto.'

El ave parece en la tierra el verdadero emblema del cristiano: prefiere, como el fiel, la soledad al mundo el cielo á la tierra, su voz bendice sin cesar las maravillas del Criador. Hay algunas leyes relativas á los gritos de los animales, que á mi parecer no han sido observadas hasta ahora, y que merecen serlo. Los diversos lenguajes de los habitantes del desierto me parecen calculados segun la grandeza ò embeleso de los sitios donde viven, ó por las horas del dia en que se dejan ver. El rujido del leon, fuer-

te, seco y áspero, está acorde con los desiertos abrasados donde se le oye rujir, al paso que el bramido de nuestros bueyes encanta los ecos campestres de nuestros valles. La cabra tiene en su balido algo de trémulo y de salvaje, como los peñascos y ruinas á que tiene aficion de empinarse y subirse; el caballo belicoso imita el sonido agudo del clarin; y como si conociese que no ha sido criado para los afanes rústicos, calla bajo la ahijada del labrador, y relincha tascando el freno del guerrero. La noche alternativamente deliciosa ó funesta tiene lo mismo al ruïseñor que al buho; el uno canta para el zéfiro, las arboledas, la luna y los amantes; el otro para los vientos, las viejas encinas, las tinieblas y los muertos. En fin, casi todos los animales carnívoros tienen un grito particular, que se parece al de sus víctimas: el gavilan chilla como el conejo, y maulla como el gatillo; el mismo gato forma una especie de murmullo parecido al de los pajarillos de nuestros jardines: el lobo bala, brama ó aulla; la zorra cloquea ó grita: el tigre remeda el brámido del toro; y el oso marino forma una especie de resuello espantoso, semejante al ruïdo que hacen los arrécifes batidos de las olas, donde buscan su presa. Es muy asombrosa esta ley, y oculta quizás un secreto terrible Observemos que los monstruos en la humanidad, siguen la ley de las bestias carnívoras. Muchos son los tiranos que han tenido en la cara ó en la voz alguna cosa de sensible y agradable, aparentando en lo exterior el lenguaje de aquellos desgraciados, á quienes interiormente meditaban despedazar. Sin embargo como la providencia no ha querido que nos engaña-

sen del todo, á poco que uno los examine de cerca, bajo su finjida mansedumbre y bondad descubre un carácter falso y devorador, mil veces mas horroroso que su furia carnicera.

CAPITULO VI.

Nidos de las aves.

Admirable providencia se advierte en los nidos de las aves! ¿Quién será capaz de contemplar sin enternecerse aquella divina bondad, que dá la industria al débil y la prevision al descuidado?

Al punto que los árboles ostentan las primeras flores, por todas partes comienza sus tareas una infinidad de pequeños operarios. Unos llevan pajas largas al hueco de una pared vieja; otros construyen casillas en las ventanas de una iglesia; otros cojen la cerda de una yegua, ó la bedija de lana que la oveja dejó prendida de una zarza. Hay leñadores que cruzan unas ramillas en la elevada copa de un árbol, y tambien hilanderas que recojen la seda de un cardo. Levántanse mil palacios, y cada palacio es un nido; en cada nido se ven trasformaciones que embelesan: un huevo brillante, y despues un pollito cubierto de vello; pollito que se va cubriendo de pluma, y que su madre le enseña á empinarse en el nido. Á poco tiempo se pone en el borde de su cuna y desde allí echa su primera ojeada sobre la naturaleza. Asustado y absorto de lo que ve se arroja entre sus hermanos que no han visto aun aquel maravilloso espectáculo; pero llamado otra vez por la voz de sus padres, sale segunda vez de su cuna, y este jó-

ven rey de los aires que aun lleva ceñida en su cabeza la corona de la infancia, se atreve ya á contemplar el vasto cielo, la orgullosa copa de los pinos, y los abismos de verdor que hay debajo de la encina paternal. Y no obstante mientras los bosques se regocijan recibiendo su nuevo huésped, una ave vieja sintiéndose abandonada de sus alas, se deja caer cerca de un arroyo, y allí resignada y solitaria aguarda tranquilamente la muerte á la orilla del mismo rio, donde cantaba sus amores, y cuyos árboles sostienen aun su nido y su armoniosa posteridad.

Esto da campo para reflecsionar oportunamente sobre otra ley de la naturaleza. En la clase de las aves pequeñas, los huevos están comunmente matizados de uno de los colores dominantes del macho. El malvis anida en los espinos, groselleros y zarzas de nuestros jardines; sus huevos son de color de pizarra como su lomo. Me acuerdo de haber hallado en cierta mañana uno de sus nidos en un rosal; parecia una concha de nacar que contenia cuatro perlas azules, y sobre él se mecia una rosa salpicada del rocio; el malvis macho estaba inmóvil en un arbusto contigüo como una flor de púrpura y azul. Estos objetos se trasparentaban en el agua de un estanque junto á la sombra de un nogal, que servia de fondo á la escena, y detras de esta se veia salir la aurora. Diome Dios en este cuadro una idea de las gracias con que adornó la naturaleza.

Entre los volátiles grandes varia la ley del color de los huevos. Presumo que comunmente es blanco el huevo de las aves cuyo macho tiene muchas embras, ó de aquellas cuya especie no tiene color fijo en sus

plumas. En las clases acuáticas y las de las selvas, de las cuales unas hacen sus nidos en los mares, y las otras en las copas de los árboles, el huevo es comunmente de un verde azulado, ò por mejor decir, teñido de los elementos de que se halla rodeado. Ciertas aves que se fijan en lo alto de las antigüas torres y en los campanarios abandonados, tienen los huevos verdes como la yedra (1), ó rojos como las paredes viejas en que habitan (2). Puede considerarse pues como una ley constante, que el ave manifiesta en su huevo la librea de sus amores, y el símbolo de sus costumbres y su destino. Con solo el aspecto de este frájil monumento se puede decir á que pueblo ha pertenecido, cuales eran sus usos, sus costumbres y sus gustos; si pasaba los dias peligrosos sobre los mares, ó si, mas dichoso, disfrutaba una vida pastoril; si era doméstica ó salvaje, habitante en los montes ó en los valles. El anticuario de los bosques sigue una ciencia menos equivoca que la del anticuario de las ciudades. Una encina deshojada, y con todos sus musgos manifiesta mejor quien la hizo creer, que una columna arruinada el arquitecto que la construyó. Los sepulcros entre los hombres son las pájinas de la historia; la naturaleza por el contrario, no grava sino sobre la vida sola; no necesita de granito ni de mármol para eternizar lo que escribe. El tiempo ha consumido los fastos de los reyes de Menfis sobre sus pirámides fúnebres; ¿ pero ha podido borrar jamas una sola letra de la historia que el ibis ejipcio trae gravada en el corazon de su huevo?

(1) *Asi sucede con la corneja mansa*, etc.
(2) *Segun se observa en la lechuza grande*, etc.

CAPITULO VII.

Emigraciones y viajes de las aves.

AVES ACUÁTICAS. — SUS COSTUMBRES. — BONDAD DE LA PROVIDENCIA.

Harto sabidos son aquellos versos de Racine, el hijo, acerca de las emigraciones de las aves:

Las que temiendo el rigor
del invierno su enemigo,
van á buscar dulce abrigo
bajo otro clima mejor,
Merced á su dilijencia,
nunca cierzos destructores
el fruto de sus amores
robaron por indolencia.
Por sus jefes congregada
la vandada, el patrio suelo
dejar quiere, y alza el vuelo,
veloz parte, y apenada,
La mas jóven á otras dice,
viendo acaso el caro nido
que su blanda cuna ha sido,
«¿Cuando la Estacion felice
Tornarà en que convocados
los paternos campos vean
y otra vez dichosos sean
tantos tristes desterrados?»

Yo he visto algunos desgraciados, que al leer los últimos versos no podian contener las lágrimas. Ninguna semejanza tiene los destierros prescritos por la naturaleza con los impuestos por los hombres. Buscando el ave su mayor comodidad se ausenta únicamente por tiempo determinado: se ausenta con sus vecinos, con sus padres y hermanos; nada se deja atras: lleva consigo todo su corazon. La soledad le ha preparado el alimento y el techado; los bosques no se

conjuran contra ella; en fin, vuelve á morir en las orillas en que nació, en ellas encuentra el suelo el rio, el árbol, el nido y el sol paternal. Pero el mortal arrojado de su hogar ¿vuelve á entrar jamas en él? ¡Ah! el hombre cuando nace, no puede decir que rincon del mundo guardará sus cenizas, ni á que parte las llevará el viento de la adversidad. Aun seria feliz si le dejasen morir tranquilo; pero desde el mismo instante en que empieza á ser desgraciado todo le persigue, y la injusticia particular de que es objeto se convierte en una injusticia general. No halla como el ave la hospitalidad en el camino; llama á una puerta y no la abren; para reclinar sus huesos fatigados solo encuentra el pilar del camino público, ó el solitario mojon de una heredad. Aun se le disputa á veces este lugar de descanso, que colocado entre dos campos parecia no pertenecer á nadie, y se le obliga á proseguir su camino hácia nuevos desiertos. La sentencia que le ha desterrado fuera de su pais, parece haberle desterrado del mundo. Muere y no halla quien le dé sepultura, su cuerpo yace abandonado en una pobre cama, de donde el juez se ve precisado á sacarle no como el cuerpo de un hombre, sino como una inmundicia dañosa á los vivos. Mas dichoso es cuando espira en algun foso al lado de un camino público, y cuando la caridad del Samaritano echa al pasar un poco de tierra estraña sobre su cadaver! No confiemos pues sino en el cielo, y de este modo no temeremos el destierro: en la relijion hallamos toda una patria.

Mientras que una parte de la creacion publica diariamente en los mismos lugares las alabanzas del

criador, otra parte viaja para contar sus maravillas. Unos cual si fuesen correos, atravlesan los aires; se deslizan en las aguas, salvan los montes y pasan los valles; estos llegan sobre alas de la primavera, y desapareciendo al punto con los céfiros, siguen de clima en clima su movil patria; aquellos se paran en la habitacion del hombre, y, como viajeros de lejanas tierras reclaman la antigua hospitalidad. Cada uno sigue su inclinacion en la eleccion de huesped: el pitorrojo se dirije á las cabañas; la golondrina acude á los palacios, y esta hija de reyes parece gustar de las grandezas, pero de grandezas tan tristes como su mismo destino; pasa el verano en las ruinas de Versalles, y el invierno en las de Tébas,

Apenas desaparece esta avecilla cuando se ve llegar con los vientos del norte una colonia que viene á reemplazar á los viajeros del medio dia, á fin de que no quede ningun vacio en nuestros campos. Por un tiempo pardusco del otoño, cuando el cierzo sopla en las campiñas, y los bosques pierden sus últimas hojas, una numerosa vandada de patos, ánades silvestres puestos todos en fila atraviesa silenciosamente un cielo melancólico. Si descubren desde lo alto de los aires ó columbran algun castillo gótico cercado de estanques y bosques, se preparan à bajar á él: aguardan que entre la noche, haciendo largas evoluciones encima de aquel sitio. Asi que el vapor de la noche entolda el valle con el cuello tendido y el ala silvando se dejan caer de repente sobre las aguas que resuenan con su caida y luego se levanta de los lagos un grito general seguido de un profundo silencio. Guiados de una luzecilla, que brilla quizás en la es-

trecha ventana de una torre, se acercan los viajeros á las paredes, escudados con las cañas y las sombras. Batiendo allí las alas y gritando por intervalos, saludan la habitacion del hombre, en medio del murmullo de los vientos y de las lluvias.

La polla acuática es uno de los mas hermosos habitantes de estos retiros, y está sujeta igualmente á mudar de patria, aunque son mas cortas sus peregrinaciones. Se deja ver junto á los juncares, se pierde en sus laberintos, vuelve á aparecer y desaparecer dando un leve grito salvaje; se pasea por los fosos del castillo, y gusta encaramarse á los escudos de armas esculpidos en las paredes. Cuando en ellos está inmóvil, en vista de su negro plumaje y del sello blanco de la cabeza, parece una ave de blason que ha caido del broquel de un antiguo caballero. Al acercarse la primavera. se retira á un manantial extraviado: una raiz de sauce que las aguas minaron y descubrieron, ofrece asilo á la viajera, y allí se oculta á la vista de todos. Los lirios silvestres, las ovas y los culantrillos de agua, cuelgan delante de su nido formando tapices de verdura; el berro y la lenteja la proveen de alimento delicado; en su oido murmura el agua suavemente; los bellos insectos acuáticos llaman su atencion, y las Náyades del arroyo, para ocultar mejor á esta jóven madre, plantan al rededor de ella sus roecas de caña cargadas de purpúrea lana.

Entre estos pasajeros del aquilon hay algunos de ellos que se habituan á nuestras costumbres, y piensan volver á su patria. Los unos, como los compañeros de Ulises, quedan cautivados de la dulzura de algunos

frutos: otros, á imitacion de los desertores del navio de Cook, quedan seducidos de las encantadoras que los detienen en sus islas; pero la mayor parte de ellos nos dejan despues de una mansion de pocos meses. Se unen á los vientos y á las tempestades que oscurecen el resplandor de las olas, y les presentan la presa que se les escapara en las aguas trasparentes: gustan de retiros ignorados, y dan vuelta á la tierra volando de soledad en soledad.

No siempre visitan tales aves en vandadas las habitaciones nuestras. Algunas veces dos hermosos extranjeros tan blancos como la nieve llegan con las escarchas; se bajan al medio de los matorrales, á un sitio descubierto á donde nadie puede acercarse sin ser visto y al cabo de algunas horas de reposo se remontan hasta las nubes. Acudid al sitio donde estuvieron y como única señal de su viaje, no hallareis mas que alguna que otra pluma dispersadas por el viento. Feliz el predilecto de las Musas, que como el cisne deja la tierra, sin dejar en ella otra reliquia ni memoria alguna pluma de sus alas!

Determinan las diferentes emigraciones de las aves cierta conformidad con las escenas da la naturaleza ó bien las relaciones de utilidad para el hombre. Las aves que se presentan en los meses tempestuosos, tienen usos tristes y costumbres salvajes, como la estacion que las trae; no vienen para dejarse oir, y si para escuchar: hay en el sordo bramido de los bosques alguna cosa que encanta los oidos. Los árboles que balancean tristemente sus despojadas ramas no sostienen sino lejiones negras que se juntan para pasar el invierco. Estas tienen sus centinelas y guar-

dias avanzadas; muchas veces se ve que una corneja centenaria, antigua sibila del desierto, y que vió ya pasar muchas jeneraciones, se mantiene sola posando sobre una encina, con la cual ha envejecido. En tal postura y mientras que sus hermanas guardan silencio, inmóvil y como pensativa, abandona á los vientos de cuando en cuando monosilabos proféticos.

Digno es de observar que las zarcetas, los patos, las ocas, bedadas, los chorlitos y el ave fria, que contribuyen á nuestro alimento, lleguen todos cuando la tierra está despojada, al paso que las aves extranjeras que nos vienen en la estacion de los frutos, no tienen con nosotros mas que relaciones de placer, puesto que son como unos músicos enviados, para embelesar nuestros banquetes. Preciso es exceptuar algunas, como la codorniz y la paloma zorita que se cazan despues de la cosecha, y se engordan en nuestros trigos para servir de regalado plato en la mesa.

Asi es que las aves del Nòrte son el maná de los aquilones, como los ruïseñores son los regalos de los cefiros; de cualquier parte del horizonte que sople el viento, nos trae siempre un presente de la Providencia.

CAPITUTO VIII.

Aves marítimas; como son útiles al hombre. Las emigraciones de las aves servian antiguamente de calendario á los labradores.

Los gansos, las zarcetas y las anades, como de raza doméstica, habitan todos los parajes donde puede haber hombres. Los navegantes han encontrado vandadas inumerables de estas aves hasta bajo el

polo antártico, y en las costas de la nueva Zelandia. Yo mismo he encontrado tambien millares de ellas desde el golfo de San Lorenzo, hasta la punta del itsmo de la Florida. Cierto dia vimos en las Azores una porcion de zarcetillas azules, qne rendidas del cansancio se abatieron sobre una higuera silvestre. Este árbol estaba desojado; pero tenia unos higos rojos unidos de dos en dos como cristales. Luego que se cubrió de esta nube de pájaros, que dejaban caer sus alas fatigadas, ofreció un espectáculo admirable: los higos parecian de color púrpura en los sombreados ramos, al paso que el árbol por una especie de prodijio parecia que habia brotado de repente un follaje azul.

Las aves marítimas tienen lugares propios en los cuales se juntan, y donde parece que mancomunadas tratan de los negocios de su república; comunmente es un escollo en medio de las ondas. Iba yo con frecuencia à sentarme á la isla de San Pedro (1), sobre la costa opuesta á una isla pequeña, llamada por los habitantes el *Palomar*, à causa de su figura, y de que van allí los marineros á buscar huevos en la primavera. En aquel sitio pasaba yo los dias y las noches en estudiar las costumbres de los habitantes de esta peña.

Era tan grande la multitud de las aves que se juntaban en aquel peñon que ordinariamente distinguiamos sus gritos en medio del bramido de las tempestades. Todas ellas tenian unas voces estraordinarias, como las que salen de los mares. Si el Océano tiene

(1) *Isla á la entrada del golfo de San Lázaro en la costa de Terra-Nova.*

se Flora, tambien tiene su Filomena; cuando al ponerse el sol silva el chorlito sobre un peacho, y le acompaña el ruido sordo de las ondas, forma una de las armonías mas melancólicas que se pueden oir. Jamás la esposa de Ceix hizo resonar endechas tan dolorosas en las riberas, testigos de sus infortunios.

Reinaba en la república de las aves del *Palomar* una perfecta inteligencia: al punto que nacia un ciudadano su madre le precipitaba en las ondas, como aquellos pueblos bárbaros que zambullian á sus hijos en los rios, para endurecerlos contra las fatigas de la vida. Continuamente salian de esta Firo correos con guardias numerosas, los cuales por órden de la providencia se esparcian por todos los mares, para prestar socorro á los navíos. Los unos se colocan á cuarenta ó cincuenta leguas de distancia de una tierra desconocida, y llegan á ser una señal cierta para el piloto que los descubre flotante sobre las olas, como las boyas de una áncora; otros se sientan en un arrecife, y á manera de centinelas vijilantes, dan por las noches una voz lúgubre, para apartar de allí á los navegantes; y otros en fin á causa de su blanco plumaje, son unos verdaderos faros sobre los negros riscos. Infiero que por esta misma razon la bondad divina hizo fosforica la espuma de las ondas, y siempre mas resplandeciente entre los bajios por razon de la violencia de la tempestad. ¡Oh! cuantas naves perecerecerian durante las tinieblas sin estos milagrosos fanales, encendidos por la providencia sobre los escollos.

Todos los accidentes de los mares, el flujo y reflujo, y las mutaciones de la calma y tempestad, las

predicen estas aves. La paviota baja á una playa desierta, encoje su cuello en la pluma, esconde una pata en la borra de su barriga y manteniéndose inmovil en la otra, advierte al pescador el instante en que las olas se levantan; la alondra marina que corre á lo largo de las olas, dando un grito suave y triste, le anuncia por el contrario el momento del reflujo; las procelarias, en fin, van á establecerse en medio del Océano, siendo fieles compañeras de los marineros, siguen el curso de las naves, y profetizan las tempestades. El marinero les atribuye un cierto caracter sagrado, y les dá relijiosamente la hospitalidad cuando el viento las echa á bordo. Así tambien respeta el labrador al pitorrojo, que predice los dias serenos; y por tanto le recibe en su casa de bálago y pasa durante los rigores del invierno. Ambas clases de hombres, infelices reducidos á los dos estados mas duros y afanosos de la vida, tienen amigos que la providencia les depara, y en un ente débil hallan el consejo ó la esperanza, que muchas veces buscarian en vano entre sus semejantes. Este trato de beneficios entre unas avecillas y unos hombres desgraciados, es uno de aquellos rasgos admirables de que abundan las obras de Dios. Entre el pitorrojo y el labrador y entre la procelaria y el marinero hay una tierna semejanza de costumbres y destinos. ¡Oh! cuan esteril se presenta la naturaleza esplicada por los sofistas! ¡Cuan fértil y colmada cuando la explica un corazon sencillo, el cual solamente investiga sus maravillas para glorificar al Criador!

Describiera yo otras muchas emigraciones, sin dejar de revelar otros muchos secretos de la Providen-

cia, si el tiempo y el lugar lo permitieran. Hablaria de las grullas de la Florida, cuyas alas hacen un sonido muy armonioso, y viajan por los lagos, las sabanas, las dehesas y los cipreses, las arboledas de naranjos y las palmeras; citaria al pelicano de los bosques, deteniendose únicamente en los cementerios de los indios, y en los montes de las sepulturas; expondria tambien las causas de las emigraciones siempre relativas al hombre; refeririamos los vientos y las estaciones que elijen lás aves para mudar de climas; las aventuras que los pasan, los obstâculos que tienen que vencer; los naufrajios que padecen; como llegan algunas veces á costas desconocidas distantes del pais que buscan; como perecen al pasar algunos bosques incendiados del rayo, ó en los llanos en que los salvajes han pegado fuego.

En las primeras edades del mundo, arreglaban los labradores sus trabajos y pastores por las flores de las plantas, la caida de las hojas, y por los viajes de emigracion y vuelta de las aves. De aqui trae su orijen el arte divinatorio entre algunos pueblos, suponiendo que los animales que pronosticaban las témporas y las tempestades, no podian dejar de ser los intérpretes de la Divinidad. Los antigüos naturalistas, y los poetas (á quienes somos deudores de la poca sencillez que aun nos queda), nos patentizan cuan maravilloso era este modo de contar por los fastos de la naturaleza, y cuanto embelesaba la vida. Dios es un secreto profundo, y el hombre criado á su imajen es igualmente incomprensible. Cuan inefable armonía era ver los periodos de los dias arreglados por relojes tan misteriosos como él mismo. La llegada de una

ave á las tiendas de Jacob ó de Booz. lo ponia en movimiento, y el patriarca daba vuelta á su campo al frente de sus criados armados de hoces. Si se esparcia el rumor de haberse visto reboletear hijuelos de la olondra, á esta gran novedad todo un pueblo empezaba la siega con alegria, fiado en la fé del Altísimo. Aquellos amables signos que dirijian los ciudadanos de la estacion presente, tenian tambien la ventaja de pronosticar las variaciones de la estacion inmediata; si los pastos y las zarcetas llegaban en gran número, sabido era que el invierno seria largo; si la corneja comenzaba ha hacer su nido por enero, los pastores esperaban en abril las flores de mayo. El matrimonio de una doncella celebrado junto á una fuente, tenia cierta relacion con el crecimiento de una planta y los viejos que comunmente mueren en otoño, caian cuando las bellotas sazonadas y los frutos maduros. Mientras aquel filósofo truncando ó alargando el año se paseaba en invierno sobre la alfombra de la primavera, el labrador no temia que le engañase el astrónomo que le venia del cielo; sabia que el ruiseñor no equivocaria el mes de las escarchas con el de las flores, ni entonaria en el solsticio del invierno las canciones del verano. Así es como estaban escritas todas las estaciones, los juegos y las diversiones del hombre rústico, no en el calendario falible de un sabio, sino en los infalibles càlculos del que trazó su carrera al sol. La voluntad de este supremo ordenador fué que las fiestas de su culto estuviesen sujetas á estas épocas sencillas copiadas de sus obras mismas; y en aquellos dias de inocencia, segun las estaciones, y las tareas, la voz del céfiro ó de la tem-

tempestad, la del águila ó de la paloma, era la que convocaba al hombre al templo del Dios de la naturaleza. Nuestros aldeanos suelen valerse de estas tablas encantadoras, en las cuales se hallan gravados los tiempos de los trabajos rústicos. Los pueblos de la India hacen igual uso de ellas, y los negros y salvajes americanos conservan este modo de contar: una seminola de la Florida os dice; « la moza se casó cuando vino el *colibri*; murió el niño cuando pelechó la *sin-par*. Esta madre tiene tantos hijos como huevos hay en el nido del *pelicano*. »

Los salvajes del Canadá señalan la sexta hora de la tarde por el momento en que las palomas zoritas beben en las fuentes, y los de la Luisiana por aquel en que sale la efímera de las aguas. El peso de varias aves arregla la estacion de las cazas; y ciertos animales que jamas dejan de acudir á la hora del banquete anúncian el tiempo de la cosecha del maiz del azucar de acebo y de la belluca.

CAPÍTULO IX.

Continuacion de las emigraciones.

CUADRÚPEDOS.

Aun son mas frecuentes las emigraciones en la clase de los peces y de las aves que en la de los cuadrúpedos en razon del mayor número de los primeros y de la felicidad de hacer sus viajes atravesando los dos elementos que circundan la tierra. Nada causa tanta admiracion, como el modo con que llegan á los para-

jes que buscan sin que nunca se estravien. Fácilmente se concibe que un animal acosado del hambre abandona su pais para ir á buscar en otro el alimento y abrigo : ¿mas se podrá comprender por ventura que sea la *materia* quien les hace ir *aqui* y no *alli*, y la que los guia precisamente con una exactitud milagrosa al sitio donde encuentran aquel alimento y abrigo? ¿Como es que conocen los vientos, las mareas, los equinocios y los solsticios? Bien persuadido estoy de que si las castas viajeras estuvieran por un solo momento abandonadas á su propio instinto, casi todas perecerian; unas, por pasar à latitudes frias, irian á parar bajo los trópicos, y creyendo ir á la China, se hallarian bajo el polo. Nuestro pitorrojo en vez de atravesar la Alsacia y la Germania en busca de insectillos, iria á ser en Africa la presa de algun escarabajo; y el Greolandes oyera salir de sus peñas un grito doloroso, y veria un pajarito pardusco cantar y morir á un mismo tiempo; la pobre Filomena.

Pero Dios no permite semejantes errores. Todo tiene sus concordancias y relaciones en la naturaleza; las flores con los céfiros, los inviernos con las tempestades, y el corazon del hombre con el dolor. Antes equivocará el mas hàbil piloto su deseado puerto, que se engañe el pez acerca de la lonjitud del menor escollo del abismo: la Providencia es su estrella polar, y á donde quiera que se dirija, siempre descubre aquel astro que para él no tiene jamas ocaso.

El universo es semejante á una gran posada donde todo está en continuo movimiento, viéndose entrar y salir en él una multitud de viajeros. Quizás no hay cosa mas admirable en las emigraciones de los cuadrú-

pedos, que los viajes de los bisontos atravesando las inmensas dehesas de la Luisiana y del Nuevo Méjico. Llegado el tiempo de mudar de clima, para llevar la abundancia á los pueblos salvajes, un viejo búfalo, guia de los rebaños del desierto, llama al rededor de sí á todos sus hijos. La orilla del Meschacebé es el punto de reunion, donde al anochecer se fija el instante de la marcha. Júntase la manada, llega el momento y sacudiendo el caudillo su larga crin, que de todos lados cuelga de sus cuernos retorcidos y sus ojos, saluda al sol cuando se pone, bajando la cabeza y levantando el lomo como un monte al mismo tiempo despide de su hondo pecho un ruido sordo, que es la señal de la marcha, y al instante se arroja à las espumosas aguas seguido de la multitud de becerras y toros que detras de él braman de un amor recíproco.

En tanto qu esta poderosa familia de cuadrúpedos atraviesa ruidosamente los rios y los bosques, una apacible escuadra boga en silencio en un lago solitario á favor de los céfiros y al resplandor de las estrellas, Unas ardillejas negras, despues de haber despojado los nogales inmediatos, se resuelven á buscar fortuna y embarcarse para otro bosque. Desplega al instante al vientosus velas de seda esta raza atrevida y arrostra animosamente á la inconstancia de las ondas. ¡O piratas imprudentes, á quienes arrebata la codicia del oro!

La tempestad se levanta, los mares braman, y la escuadra perece; procura arrivar al puerto próximo, mas al punto se opone á su desembarco un ejército de castores, recelosos de que estos estranjeros vengan á apoderarse de sus cosechas. En vano piensan salvarse

los lijeros escuadrones, desembarcados en la playa, subiéndose á los árboles, y tratando de insultar desde lo alto de aquellos murallones á la pesada marcha de sus enemigos. El injenio vence al ardid; los zapadores avanzan, minan la encina y la echan á tierra con todas sus ardillas á la manera de un castillo guarnecido de soldados, y derribado por el antiguo ariete.

Aun suceden á nuestros aventureros otras muchas desgracias, pero se consuelan facilmente, ya retozando, ya recojiendo algunos frutos. Tomada Atenas por los Lacedemonios, no por eso fué menos amable ni menos insustancial aquel pueblo. Subiendo por el rio del norte en el paquebot de Nueva York á Albany, vimos á uno de estos desgraciados que intentaba atravesar el rio. Jamas pudo llegar á la orilla, y le sacamos del agua medio ahogado; era hermoso, negro como el ébano, y su cola tres tantos mas larga que el cuerpo; recobró la vida, mas perdió la libertad haciéndole su esclavo una jóven pasajera.

Los rernos del norte de Europa, los cariboles y los alces de la América septentrional tienen igualmente sus tiempos de emigracion, siempre acordes con la mayor utilidad ó las necesidades del hombre. Hasta el oso blanco de Terranova, cuyas pieles son tan necesarias á los Esquimales, es para estos pobres salvajes el don precioso de una providencia del todo milagrosa; vense abordar á las costas del Labrador aquellos monstruos marinos sobre yelos flotantes, ó despojos de naves en que se sostienen como unos fuertes marineros salvadores del naufragio. Los elefantes viajan tambien en el Asia; por donde pasan tiembla la tierra, y sin embargo, no dan motivo alguno para

temerles ; casto , inteligente y sensible Behemot , es manso porque es fuerte , apacible porque es poderoso como primer servidor del hombre , y no su esclavo, ocupa el segundo lugar, en el órden de la creacion. Los animales despues de la culpa orijinal se alejaron de la habitacion del hombre ; pero el elefante naturalmente generoso parece que fue el que se retiró con mas sentimiento, porque siempre ha permanecido en las cercanias de la cuna del mundo. Sale de cuando en cuando de sus desiertos , y se avanza hácia el pais habitado , para reemplazar en el servicio de los hijos de Adan á sus compañeros muertos sin reproducirse. (1)

CAPÍTULO X.

Anfibios y reptiles.

En la falda de los montes Apalaches , en las Floridas, hay unas fuentes llamadas *Pozos naturales.* Cada

(1) *Las plumas elocuentes que han pintado las costumbres de estos animales , nos dispensan estendernos sobre este articulo. Tan solo añadiremos , que el elefante nos parece tan estraño en su estructura, porque le vemos aislado de los vejetales , sitios , aguas, montañas , colores , luz , sombras y cielos que les son propios. Las producciones de nuestras latitudes medidas sobre una escala pequeña : las formas de los objetos generalmente redondas , la finura de nuestras yerbas , el picado menudo de nuestras hojas , la elegancia del fruto de nuestros árboles , nuestros dias pálidos en estremo , nuestras noches escesivamente frescas, los tintes tan inconstantes de nuestras verdores, y finalmente , el color , vestido y arquitectura del Europeo ninguna analojia tienen con el elefante. Si el viajero hiciera sus observaciones con mas exactitud, sabriamos como se casa este cuadrúpedo con la naturaleza que le produce. La trompa del elefante , por ejemplo*

pozo está abierto en el centro de un montecillo plantado de naranjos, encinas verdes y catalpas, el cual se abre en figura de media luna por el lado de la dehesa, y viene á salir un canal desde el pozo á esta abertura. Los árboles inclinados sobre la fuente forman una bóveda, y la sombra de esta, hace que parezca el agua negra por abajo; mas en la parte en que el acueducto se une á la base del cono, un rayo de luz que penetra por la madre del canal cae sobre un solo punto del espejo del agua, que imita el reflejo del cristal en la *cámara oscura* del pintor. Habita comunmente en esta encantadora güarida algun enorme cocodrilo, que permanece inmovil en el centro de la charca (1): al ver su verdosa escama; al ver sus

tiene conocida semejanza con los cirios y aloes, las lianas y las cañas, y en el reino animal con los serpentones de las Indias; sus orejas tienen la figura de la hoja de la higuera oriental; su piel es escamosa, blanda y áspera no obstante como la borra que cubre una parte del tronco de la palmera, ó por mejor decir, como los filamentos leñosos del coco; muchas plantas gruesas de los trópicos se afirman en la tierra como sus piés, y tienen como ellos una figura pesada y cuadrada; su grito es á un mismo tiempo fuerte y prolongado como el del Cafre ó como el grito de guerra del Cipayo. Cuando cubierto de ricos tapices, y cargado de una torre semejante á una pagode, conduce algun piadoso monarca á los escombros de los templos que se hallan en la péninsula de las Indias, su mole, las columnas de sus piés, su figura irregular y su pompa bárbara concuerdan bien con aquella arquitectura colosal, formada de trozos de piedras amontonadas unas sobre otras: esta bestia y el monumento arruinado parecen dos restos del tiempo de los Gigantes.

(1) *Véase Bartram, viaje á las Carolinas, y á las Floridas.*

anchos narigales que arrojan el agua en dos elipses coloradas, creyerais que es un delfin de bronce en una gruta de los bosques de Versalles.

No siempre viven solitarios los cocodrilos ó caimanes de las Floridas: en cierto tiempo del año se juntan en cuadrillas, y se emboscan para acometer desorpresa á los viajeros que deben llegar del Océano. Cuando estos ya han subido por los rios, y faltando el agua para tanta multitud, mueren encallados en las orillas, amenazando infestar el aire, entonces la Providencia los entrega de repente á un ejercito de de cuatro ó cinco mil cocodrilos. Estos monstruos, dando un grito espantoso, y crujiendo, con ruido sus quijadas, se arrojan sobre los estranjeros espantados. Brincando por todas partes los caminantes, se apiñan se asen y entrelazen. Sumerjense hasta el fondo de los golfos, revuelcanse en el cieno, y vuelven á subir á la superficie de las ondas. Las aguas ensangrentadas se llenan de cuerpos mutilados y de entrañas palpitantes. Dificil fuera formarse una idea aprocsimada de estas escenas estraordinarias descritas por los viajeros, y que el lector se inclina á creer que son ponderaciones.

Rotas, dispersas y poseidas de espanto las lejiones extranjeras, perseguidas hasta el mar Atlantico se ven precisadas á encerrarse nuevamente en sus abismos, á fin de que siendo de alli adelante útiles á nuestras necesidades, nos puedan servir sin dañarnos.

Estas especies de monstruos han escandalizado alguna vez la sabiduria del ateo; no obstante son muy necesarias en el plan jeneral. Habitan únicamente

los desiertos, donde la ausencia del hombre reclama su presencia; allí estan destinados para destruir, hasta que llega el gran destructor. Asi que nos presentamos en la costa nos ceden el imperio, persuadidos de que uno solo de nosotros, hará mas destrozos que diez mil de ellos (1).

Y ¿para qué se dirá, para que cria Dios unos entes superfluos que obligan despues á destrucciones? Por la razon poderosa, de que Dios no obra de un modo limitado como nosotros; se contenta con decir, *Creced y multiplicaos*; y en estas dos palabras está lo infinito ¿Para que la Divinidad sea sabia necesitará ser limitada? La despojaremos del atributo de infinita, desecharémos todo lo que sea inmenso, y diremos: "Esto sobra en la naturaleza" porque nuestro entendimiento limitado no lo puede comprender? ¿Y si quisiese Dios colocar en la bóveda celeste mas de un número determinado de soles, tendremos el exceso como una cosa inoportuna, y en consecuencia de esta prodigalidad del universo, declararémos al Criador como convencido de locura é impotencia?

Sea cualquiera la deformidad de los mònstruos, pueden reconocerse señales de la gracia divina bajo sus horribles figuras. Acaso un cocodrilo y una serpiente son menos cariñosos para sus hijos que un ruiseñor y una paloma? ¿No es un contraste tan milagroso como tierno ver al cocodrilo construir un nido:

(1) *Hase observado que en la Carolina, donde los caimanes han sido destruidos, los rios han sido alguna vez apestados por la muchedumbre de peces que sube por ellos desde el Océano, y que la sequedad hace morir despues de la canicula.*

poner un huevo como una gallina, y de un cascaròn salir un mónstruo pequeño cual si fuese un pollito? ¡Cuan admirable es el cuidado que la hembra del cocodrilo, tiene de su familia! Se pasea recreándose entre los nidos de sus hermanas, que forman conos de huevos y arcillas, y están colocados como las tiendas de un campamento á la orilla de un rio. La Amazona hace una guardia vijilante, y deja obrar el calor del dia; porque si en el huevo del cocodrilo está como pintada la delicada ternura de la madre, la fuerza y las costumbres de este poderoso animal se descubren digámoslo así, en el sol que empolla este huevo, y en el lodo que le sirve de fermento. Desde el instante en que se aviva uno de aquellos embriones, le toma la hembra bajo su proteccion; la cria no es siempre suya, mas por este medio hace el aprendizaje de la maternidad y su habilidad iguala á lo que ha de ser un dia su ternura. Finalmente cuando salen sus hijuelos del cascaron los lleva al rio, los lava en agua limpia, los enseña á nadar al rededor de si; les pesca pececillos delicados, y los proteje contra los machos que quieren devorarlos.

Un español de las Floridas me contó, que habiendo arrebatado la nidada de un cocodrilo, y hecho que se la llevasen unos negros en un cesto, le siguió la hembra dando gritos compasivos. Dejaronla dos en el suelo, y al instante empezó la madre á estrecharlos con las manos y el hocico, ya poniéndose detrás de ellos para defenderlos, y ya marchando à su frente para enseñarles el camino. Los hijuelos iban arrastrando y jimiendo, siguiendo las huellas de su madre; y este enorme reptil que poco antes aterraba la

ribera con sus rujidos, daba entonces una especie de bálido tan suave, como el de una cabra cuando dá de mamar á sus cabritillos.

La culebra de cascabel compite con el cocodrillo en el cariño maternal; este soberbio réptil que dá á los hombres lecciones de jenerosidad (4) se las dá igualmente de ternura. Si ve perseguida su familia la coje en su boca (2), y poco satisfecha de los sitios en que pudiera esconderla, la hace que vuelva á entrar en su vientre, considerando que no hay asilo mas seguro para el hijo que el seno mismo de la madre. ¡Oh ejemplo de amor sublime! no sobrevive á la pérdida de sus hijos, porque para arrancárselos es preciso sacarle las entrañas.

Debemos hablar del veneno de esta serpiente que es siempre mas activo cuando cria? ¿Será oportuno referir la ternura de la osa, que semejante á la mujer salvaje, llega su amor maternal hasta el estremo de dar teta á sus hijos despues de muertos (3)? Obsérvense estos supuestos monstruos en todos sus instintos; reflexionese sobre sus formas y armaduras; mirese con atencion el anillo que forman en la cadena de la creacion; exámineseles en sus propias relaciones y en las que tienen con el hombre, y me atrevo á asegurar, que las causas finales son tal vez mas visibles en esta clase de séres, que en las mas favorecidas de la naturaleza, asi como en una obra bárbarà brillan mas los rasgos del injenio, en medio de las sombras que la ofuscan.

(1) *Nunca es el primero qne acomete.*
(2) *Véanse los viajes de Carver, en el Canadá.*
(3) *Véanse los viajes de Cook.*

No me parece tampoco mejor fundada la objecion que se hace contra los sitios que habitan tales monstruos. Por mas nocivas que nos parezcan las lagunas son no obstante de grande utilidad, consideradas como las urnas de los rios en los paises llanos, y los depósitos do las lluvias en los parajes distantes del mar. El cieno y la ceniza de sus yerbas proporcionan abonos á los labradores; sus cañas sirven de leña y para techar la morada de las pobres familias; débil abrigo en la armonia con la vida del hombre, y no mas duradera que sus cortos dias.

Estos sitios tienen ademas cierta hermosura, propia de ellos; como frontera de la tierra y del agua tienen vejetales, sitios y habitantes particulares; en ellos todo participa de la mezcla de los dos elementos; las espadañas son un término medio entre la yerba y el arbusto, entre el puerro marino y la planta terrestre; algunos insectos acuàticos parecen pajaritos; cuando el insecto llamado señorita anda vagando con su cuerpecillo azul, y sus alas trasparentes en torno del nenúfar, cualquiera creerá que ve al pàjaro mosca de las Floridas sobre una rosa de magnolia. Estas lagunas están cubiertas de juncos secos en otoño, y dan á la esterilidad misma una apariencia de las mas opulentas cosechas; en la primavera figuran bosques de verdeantes lanzas. Un àlamo blanco, un sauce aislado en que el suave ambiente ha colgado algun penachillo de plumas, domina á estas campiñas movibles; colando el viento por entre las cañas mece alternativamente sus copas, la una baja cuando la otra se levanta, y doblegándose luego de golpe todo este soto, se descubre el alcaravan dorado, ó alguna

blanca garza real, que se mantiene inmóvil en su larga pata, cual si fuera en un venablo.

CAPÍTULO XI.

DE LAS PLANTAS Y SUS EMIGRACIONES.

Ahora entramos en aquel reino encantador, donde las maravillas de la naturaleza adquieren un carácter mas suave. Al ver las plantas elevadas en el aire y en la cumbre de los montes, cualquiera diria que toman algo del cielo á que se aproximan. A veces cuando reina una profunda calma al salir la aurora todas las flores del valle están inmobles en sus tallos; se inclinan de mil modos diversos, y miran hácia todos los puntos del horizonte. En aquel mismo momento en que todo parece estar tranquilo, se consuma un grande misterio; la naturaleza concibe, y estas plantas jóvenes son otras tantas madres inclinadas hácia la rejion misteriosa, de donde debe venir la fecundidad. Los silfos tienen simpatias menos aéreas, y comunicaciones menos invisibles. El narciso deposita en los arroyos su raza virjinal; la violeta confia á los céfiros su posteridad modesta; la abeja recoje su miel vagando de flor en flor, y fecunda sin saberlo toda una pradera: una mariposa lleva un pueblo entero en sus alas. A pesar de esto, no todos los amores de las plantas, son igualmente tranquilos, pues las hay que los tienen borrascosos, como los de los hombres: se necesitan tempestades para unir en las alturas inacesibles el cedro del Libano con el del Sinaí, al paso que en la falda del monte basta un viento suave

para establecer entre las flores un trato de deleites. ¿No ajita de esta manera misma el viento de las pasiones á los reyes de la tierra sobre sus tronos, mientras que los pastores viven á sus pies tranquilos y felices?

La flor nos dá la miel, la flor hija de la mañana, embeleso de la primavera, manantial de los perfumes, gracia de las vírjenes y amor de los poétas; para brebe como el hombre, pero restituye dulcemente sus hojas á la tierra. Entre los antiguos, la flor coronaba la copa de los banquetes, y los blancos cabellos del sabio; los primeros cristianos cubrian con ellas a los mártires y el altar de las catacumbas; al presente, en memoria de aquellos antiguos dias, adornamos con ellas nuestros templos. En el mundo atribuimos á sus colores nuestros afectos é inclinaciones; la esperanza al verde, la inocencia al blanco, y el pudor al rosado; hay naciones enteras en que ella es el intérprete de los sentimientos. Libro admirable que no contiene ningun error funesto, y que solo conserva la historia, fujitiva de las revoluciones del corazon.

Colocando la providencia los sexos sobre individuos diferentes en muchas familias de las plantas, ha multiplicado los misterios y las bellezas de la naturaleza; asi se reproduce la ley de las emigraciones en un reino que parece exausto de toda facultad de moverse: tan pronto es el grano ó el fruto el que viaja como lo es una porciou de la planta, ó toda la planta entera Los cocoteros prevalecen por lo regular, sobre los peñascos en medio del mar: cuando sobreviene una tempestad, caen sus frutos y las ondás los llevan à las costas babitadas, donde se transforman en her-

mosos árboles, ¡oh símbolo de la virtud! crecen sobre los escollos expuestos á las tempestades y cuanto mas los combaten los vientos, mas tesoros prodigan à los hombres.

A la orilla del *Yar*, rio pequeño del condado de Suffolk en Inglaterra; me enseñaron una casta de berro muy curioso; muda de lugar y se adelenta como dando botes ó saltos. Tiene encima algunos largos filamentos, y cuando los que se hallan en una de las extremidades son tan largos que llegan al fondo del agua, alli araigan: tiradas por la accion de la planta, que se baja sobre un nuevo pié; se desprenden las raices del lado opuesto, y la berrera volviéndose entonces de arriba á bajo se trasplanta segun la distancia á que alcanza en su estension. En vano se busca al dia siguiente la mata en el sitio donde quedó la vispera, y se la ve mas arriba ó mas abajo segun la corriente de las aguas, formando con las demas familias fhiviales nuevos efectos y nuevas maravillas. No he visto la flor ni el fruto de este berro singular, á quien puse el nombre de MIGRATOR, *viajero* à causa de mi propio destino.

Las plantas marinas estan sujetas á mudar de clima, en tal manera que participan del espíritu aventurero de aquellos pueblos isleños cuya posicion jeográfica les hizo comerciantes. El *fucus jiganteus* sale de las cuevas del Norte con las tempestades, y abanzándose por los mares, ocupa con sus brazos espacios inmensos semejante á una red que tendida desde la una á la otra orilla del Océano, arrastra consigo las almejas, las focas, las rayas y las tortugas que encuentra al paso. A veces cansada de nadar sobre las

ondas, extiende un pie hasta el fondo del abismo, y se para poniéndose derecha, hasta que comenzando de nuevo su navegacion con viento favorable, despues de haber jirado bajo mil latitudes diversas, viene á tapizar las costas del Canadá con guirnaldas arrancadas de las rocas de la Noruega.

Aun que las emigraciones de las plantas marinas solo parecen á primera vista unossimplesjuguetes de la casualidad, tienen sin embargo relaciones interesantes con el hombre.

Una tarde que me paseaba en Brest à la orilla del mar, divisé una pobre mujer que andaba agachada entre las peñas; consideraba atentamente los despojos de un naufrajio, y examinaba con particular atencion las plantas pegadas á aquellos, como si por la mayor ó menor vejez de estas, quisiese adivinar la época cierta de su desgracia. Encontró debajo de unos guijarros una de aquellas cajas que sirven á los marineros para poner sus frascos. Acaso ella misma la habria llenado antes de cordiales, para su esposo, comprados con sus ahorros; á lo menos así lo juzgué, porque la ví enjugar sus lágrimas con la punta de su delantal. Ocupaban entónces unos hongos marinos el lugar de los amados presentes de su ternura. De este modo mientras el ruido del cañon demuestra á los poderosos el naufrajio de los grandes del mundo, la Providencia envia secretameute á los peqneños y débiles un tallo de yerva, ó un tablon destrozado para anunciarles en las mismas orillas algun duelo.

CAPÍTULO XII.

Dos perspectivas de la Naturaleza.

Lo que acabo de decir relativo à los animales y á las plantas, me conduce á considerar los cuadros de la naturaleza bajo una relacion mas jeneral. Tratemos de hacer hablar à un mismo tiempo á todas aquellas hermosuras, que ya nos han dicho separadamente tantas cosas de la Providencia.

Presentaré á los lectores dos perspectivas de la naturaleza, una marina y otra terrestre; la una en medio de los mares Atlánticos, la otra en los bosques del nuevo mundo para que no se pueda atribuir su majestad à los monumentos de los hombres.

Habiéndose elevado sobre el nivel de las costas el navio en que yo iba à la América, en breve vi tendido únicamente eu el espacio el doble azul del mar y del cielo, como un lienzo preparado para recibir las futuras creaciones de algun gran pintor. El color de las aguas se volvió semejante al del vidrio fundido. Venia del Occidente una gruesa marejada, aunque el viento soplaba del este y del norte al medio dia se estendian enormes ondulaciones, que formaban como otros tantos valles é inmensas lejanías á la vista en los desiertos del Océano. A cada minuto mudaban de aspecto los movibles paisajes; ya eran una multitud de verdosos montecillos que representaban los surcos de los sepulcros en un cementerio inmenso, ya encrespándose las olas en sus cimas, figuraban rebaños blancos esparcidos por los matorrales; muchas veces el espacio parecia limitado por falta de punto

de comparacion; pero si una ola llegaba á levantarse, y se encorvaba otra á manera de una costa distante, y pasaba á lo lejos un escuadron de perros marinos, de repente se habria el espacio delante de nosotros. Tenia sobre todo la idea de extension, cuando una lijera niebla arrastrando por la superficie del mar, parecia aumentar la inmensidad misma. ¡Oh! ¡cuan grandes y tristes son los aspectos del Océano! ¡En que meditaciones os absorven, ya se engolfe la fantasia en mares los del Norte, y en medio de las escarchas y de las tempestades, ó ya arribe en los del Mediodia á esas islas de felicidad y descanso!

Con frecuencia me ocurria levantarme á media noche, y me sentaba en el puente, sin hallar mas que al oficial de guardia y algunos marineros que fumaban en silencio con sus pipas. Oiaso únicamente el ruido que hacia el embate de la proa en las olas, al mismo tiempo que á lo largo de los costados del navio saltaban chispas de fuego con una blanca espuma. ¡Oh! ¡Dios de los cristianos! En las aguas de los abismos y en las profundidades de los cielos es donde has gravado de un modo indeleble y con particularidad los rayos de tu omnipotencia! ¡Millones de estrellas centelleando en el sombrio azul de la bóveda celeste! ¡La luna en medio del firmamento! ¡Un mar sin orillas! ¡Lo infinito en el cielo y en las olas!... ¡Jamas me ha conmovido tanto tu grandeza como en aquellas noches en que, suspenso entre los astros y el Océano, tenia la inmensidad sobre mi cabeza y la inmensidad bajo mis plés!

Nada soy; nada: tan solo un simple solitario: he oido disputar á los sabios acerca del Primer Ser, y no

los he entendido; pero siempre he observado que solo á la vista de la naturaleza, es donde este *Ser* desconocido se manifiesta al corazon del hombre. Una tarde en que reinaba una profunda calma, nos hallabamos en aquellos hermosos mares que que bañan las costas de la Virjinia, todas las velas estaban recojidas, y yo ocupado bajo cubierta, cuando oí que la campana daba el toque de oracion; me di prisa en ir á rezar con mis compañeros de viaje. Los oficiales estaban en el alcázar con los pasajeros, el copellan con un libro en la mano un poco mas adelante que ellos y los marineros confusamente esparcidos sobre cubierta: todos estabamos en pié con la cara vuelta hácia la proa de navio que miraba al Occidente.

El globo del sol á punto de sumergirse en las ondas se descubria por entre la jarcia del navio en medio de los inmensos espacios. Segun el balanceo de la popa pudiera decirse que el astro radiente mudaba de orizonte á cada momento. Vagaban sin orden algunas nubes en el oriente, por donde subia la luna con lentitud; lo demas del cielo estaba despojado, y formando hácia el Norte un glorioso triángulo con el astro del dia y el de la noche, levantábase de la mar una trompa ó manga con los matices del prisma, cual si fuese una pilastra de cristal sosteniendo la bobeda del cielo.

Seria muy digno de compasion el que en este espectáculo no hubiese reconocido la hermosura de Dios. Mis ojos se anegaron en lágrimas, cuando mis compañeros, quitándose el sombrero empezaron á entonar con voz ronca su sencillo cántico. *Nuestra Señora del Buen Socorro*, patrona de los marineros. ¡Oh

cuan tierna era la oracion de aquellos hombres que sobre una tabla frájil y en medio del Océano contemplaban un sol en su ocaso por las ondas! ¡Como llegaba al alma aquella invocacion del pobre marinero á la madre de Dios! El convencimiento de nuestra pequeñez á vista de lo infinito, nuestros cánticos que se oian á lo léjos sobre las mudas ondas, la noche que se acercaba con sus celadas, la maravilla de nuestro navio en medio de tantas maravillas, una tripulacion relijiosa llena de admiracion y de temor, un sacerdote augusto en oracion; un Dios inclinado hácia el abismo, deteniendo con una mano al sol á las puertas del Occidente, con la otra levantando la luna en el Oriente, y prestando atento oido en medio de su inmensidad á le débil voz de su criatura; he aquí lo que ni se puede pintar, ni basta apénas todo el corazon del hombre para sentir.

Pasemos á la escena terrestre.

Una tarde me extravié en un bosque á cierta distancia de la catarata de Niágara; á poco rato ví oscurecerse el dia al rededor de mi, y gocé en toda su soledad del hermoso espectáculo de una noche en los desiertos del Nuevo Mundo.

Haria una hora que se habia puesto el sol, cuando asomó la luna sobre los árboles en el horizonte opuesto. Un ambiente balsámico que traia consigo de Oriente esta reina de la noche, parecia precederle como su fresco aliento, en los bosques. El astro solitario subió poco á poco en el cielo; tan pronto seguia apaciblemente su azulada carrera, como descansaba sobre grupos de nubes parecidas á la cumbre de altos montes coronados de nieve; las nubes plegando y des-

plegando sus velas se estendian en zonas diáfanas de blanco raso, se dispersaban en lijeros copos de espumas, ó formaban en los cielos como unos bancos de borra de seda deslumbrante y tan grata á la vista, que parecia sentirse su blandura y su elasticidad.

No menos embelasadora era tambien la escena en la tierra; la luz azulada y matizada de la luna descendia por los claros de los árboles, y hasta en la espesura de las mas profundas tinieblas despedia multiplicados rayos y como unas largas mangas de luz. Perdiase á veces en el bosque el rio que pasaba á mis piés, y otras aparecia brillante con las constelaciones de la noche, retratadas en su seno. En una vasta praderia al otro lado de este rio, reposaba quieta la claridad de la luna sobre la menuda yerba. Unos álamos blancos ajitados por el ambiente, y colocados en varias partes de la pradera, formaban islas de flotantes sombras sobre un mar inmóvil de luz. Al rededor todo en silencio y reposo, escepto la caida de algunas hojas, del desapacible paso de un viento repentino, y de los jemidos raros é interrumpidos del vuho; mas oianse á lo lejos por intérvalos los sordos mujidos de la catarata de Niágara, que en la calma de la noche se dilataban de desierto en desierto, y espiraban en medio de bosques solitarios.

Imposible seria á la lengua del hombre el espresar la grandeza y asombrosa melancolía de esta pintura, ni á las mas hermosas noches en Europa el dar de ella una idea. En vano intenta estenderse la imajinadion en nuestros campos cultivados porque encuentra por todas partes habitaciones de hombres; pero en aquellas lejiones salvajes el alma se complace en su-

merjirse en un oceano de bosques, dejarse llevar sobre el abismo de las cataratas, meditar á la orilla de los lagos y los rios, y digamoslo así, en hallarse sola en presencia de Dios.

CAPITULO XIII.

El hombre fisico.

Para dar fin á estas reflexiones sobre las causas finales, ó las pruebas de la existencia de Dios, deducidas de las maravillas de la naturaleza, solo me resta considerar al hombre *fisico*. Dejaré hablar á los maestros que han profundizado esta materia.

Así describe Ciceron el cuerpo del hombre.

"En cuanto á los sentidos (1), por medio de los cuales llegan al conocimiento del alma los objetos exteriores, su estructura corresponde prodijiosamente á su destino, y residen en la cabeza como en un hogar fortificado. Los ojos como centinelas ocupan el lugar mas alto, desde donde pueden hacer su oficio cuando descubren los objetos. Convenia tambien á las orejas un lugar eminente, por estar destinadas á recivir el sonido que sube naturalmente. Igual situacion debian tener las narices, porque el olfato sube tambien arriba, y debian estar asimismo cerca de la boca, en razon de que nos ayudan á formar juicio de la comida y de la bebida. El gusto, que debe hacernos percivir la calidad de las cosas que tomamos, reside en aquella parte de la boca por donde la naturaleza introduce los sólidos y líquidos. Con respecto al

(1) *De Nat. Deor. II.* 56 57 *et* 58 *Frad. d' Oliv.*

tacto, está jeneralmente esparcido en todo el cuerpo, á fin de que no podamos recibir impresion alguna, ni ser acometidos del frio ó del calor sin sentirlo. Y semejante á nn arquitecto que no pone à la vista, ni baja la nariz del dueño á los albañales de una casa; de mismo modo la naturaleza alejó de nuestros sentidos lo que hay parecido á esto en el cuerpo humano.

// Pero ¿que otro operario sino la naturaleza, cuya habilidad es incomparable, pudiera haber formado con igual arte nuestros sentidos? Ella ha rodeado los ojos de túnicas muy delgadas y trasparentes por delante, para que se pueda ver al trasluz, y de un tejido bien firme, à fin de que los ojos estén siempre resguardádos, Los formó resvaladizos y movibles, evitando asi cuanto pueda ofenderlos, y á fin de que dirijan fácilmente sus miradas donde quieran. La pupila en que se reune todo cuanto contribuye á la vision, es tan pequeña, que se oculta sin dificultad á cuanto pueda dañarla. Los párpados que son la cubierta de los ojos, tienen una superficie suave y pulida para no heirlos. Ora el miedo de algun accidente obligue á cerrarlos, ora se quieran abrir, están prontos a ejecutarlo, sin necesitar mas que un instante para cualquiera de estos movimientos; están dígámoslo así fortificados con una empalizada de pelos, con la cual rechazan cuanto venga á invadir los ojos estando abiertos, y á cubrirlos para que descansen apaciblemente cuando los cierra el sueño y dejan de sernos útiles. Ademas de esto tienen nuestros ojos la ventaja de estar ocultos; y defendidos por unas eminencias, porque de un lado, para detener el sudor que cae de la cabeza y la frente, tienen el alto de las

cejas; y por el otro, para preservarse por la parte de abajo tienen las mejillas que sobresalen un poco. La nariz está colocada entre los dos como un muro de separacion.

"En cuanto al oido permanece siempre abierto, porque le necesitamos aun cuando dormimos. Si algun sonido le hiere nos despierta. Tiene conductos tortuosos á fin de que en ellos no se introduzca cosa alguna, lo que sucederia si fuesen rectos, y estuviesen unidos.

"Pero ¿de cuanta comodidad no son nuestras manos, y de cuanta utilidad para las artes? Los dedos se alargan y encojen sin ninguna dificultad, "en razon de la flexibilidad de sus junturas. Con su "auxilio manejan las manos el pincel y el escoplo; "tocan la lira y la flauta; esto es en cuanto á lo "agradable: acerca de lo necesario cultivan campos, "edifican casas, tejen telas, hacen vestidos, trabajan "el cobre y el hierro. El injenio inventa, los sentidos examinan y la mano ejecuta; de tal modo que "ó bien estamos alojados, vestidos y á cubierto, ó "tengamos ciudades, murallas, habitaciones y templos, todo lo debemos á las manos, etc.

Debemos convenir en que la materia sola no hizo el cuerpo del hombre para tantos fines admirables, asi como no ha sido compuesto aquel bello discurso del orador romano por un escritor sin elocuencia, y sin arte (1)

(1) *Ciceron aprendió de Aristóteles lo que dice del uso de la mano. El Estagirita impugnando la historia de Anaxágoras, renovada por Mr. Helvecio observa con su acostumbrada sagacidad; que el hombre no*

Ya han probado muchos autores, y en particular el médico Nieuwentyt (1), que los limites en que se hallan encerrados nuestros sentidos, son los verdaderos limites que les convienen, y que estarlamos expuestos á muchos inconvenientes y peligros si los sentidos tubiesen mas ó menos extension (2). Galeno lleno de admiracion en medio de una analisis anatómica del cuerpo humano, suelta de repente el escalpelo y dice:

«¡O tú que nos has criado! Componiendo yo un «discurso tan santo, pienso que canto un verdadero «himno á tu gloria. Te honro mas descubriendo la «hermosura de tus obras, que ofreciendote hecatom- «bas de centenares de toros, haciendo humear en tus «templos mas precioso incienso. La verdadera piedad «consiste en conocerme á mi mismo, y enseñar des- «pues á los otros cuan grande es tu bondad, tu po- «der y tu sabiduria. Tu bondad se manifiesta en la «igual distribucion de tus gracias, repartiendo á ca- «da hombre los órganos que tanto necesita; tu sabi- «duria se ve en la escelencia de tus dones, y tu po- «der en la ejecucion de tus designios (3).

es superior á los animales, porque tiene una mano, sino que tiene una mano porque es superior á los aniles (de Part. Amin. *lib.* III, c. 10) *Platon cita tambien la estructura del cuerpo humano, como una prueba de la intelijencia divina (in Fim). y Job tiene algunos versiculos sublimes sobre el mismo asunto.*

(1) Exist. de Dieu. *lib.* I. *chap.* 13. *p.* 131.

(2) *Vease la nota M. al fin del volumen.*

(3) *Gal. de Usu part. l.* III, *cap*, 10.

CAPÍTULO XIV.

Instinto de la patria.

Del mismo modo que he considerado los instintos de los animales, es preciso decir alguna cosa acerca de los del hombre *físico*; pero como reune en sí los sentimientos de diversas razas de la creacion, como la ternura paternal, ect, es preciso elejir uno que le sea particular.

Ora pues, este instinto afecto al hombre, el mas bello y mas moral de todos los instintos, es el *amor de la patria*. Si esta ley no estuviera sostenida por un milagro perenne y en el que, asi como en otros muchos, no paramos la atencion, los hombres acudirian con afan á las zonas templadas, dejando desierto lo restante del globo, Figuremonos cuantas calamidades resultarian de esta reunion del género humano en un solo punto de la tierra. A fin de evitar esta desgracia la Providencia ha fijado, digamoslo asi, los plés de cada hombre á su nativo suelo por un iman invencible. Ni los de la Islandia, ni las ardorosas arenas del Africa se hallan sin habitantes.

Digno de observar es tambien que cuanto mas ingrato es el suelo de un pais, tanto mas riguroso es su clima, ó, lo que es lo mismo, cuantas mas persecuciones se sufren en un pais, tanto mas atractivo tiene para nosotros. ¡Cosa estraña y súblime, en verdad, que se adhiera uno mas por la desgracia, y que el hombre que no ha perdido mas que una pobre cabaña, sea precisamente el que mas sienta la ausencia del hogar paterno! La razon de este fenómeno

es, que la prodigalidad de una tierra mas fertil destruye enriqueciendonos, la sencillez de los vinculos naturales que se forman de nuestras necesidades: cuando uno deja de amar á sus padres ó parientes, porque no le son ya necesarios, cesa tambien el amor á la patria.

Todo confirma la verdad de esta observacion. Un salvaje tiene mas apego á su choza que un príncipe á su palacio; y un montañés encuentra mas atractivos en su montaña, que el habitante de la llanura en sus surcos. Preguntad á un pastor escocés si querria trocar su suerte por la del primer potentado de la tierra. Distante de su querida tribu, lleva á todas partes el recuerdo de ella; en todas partes pregunta por sus rebaños, sus torrentes y sus nubes. Solo aspira á comer pan de cebada, á beber leche de cabra, y cantar en el valle las tonadas que cantaban sus abuelos. Desfallece de pesar sino vuelve á su lugar nativo. Es una planta de la montaña, cuya raiz es preciso que crezca en la peña, y no puede prosperar sino la combaten los vientos y las lluvias: la tierra, los abrigos, y el sol de la llanura la dan muerte.

¡Con que alegría volverá á ver su techo de ramas! ¡Oh como visitará todas las santas reliquias de su indijencia!

Amadas prendas, dice, dulces bienes,
Siempre de envidia y del engaño exentos!
Cual de un sueño ya vuelvo hácia vosotros;
Dejemos los palacios opulentos.

¿Hay acaso alguno mas feliz que el Esquimal en su espantosa patria? ¿Que son para él las flores de

nuestros climas comparadas con las nieves del pais del labrador, ni todos nuestros palacios al lado de su ahumada caverna? En la primavera se embarca con su esposa en un yelo flotante; arrastrado de las corrientes llega hasta el alta mar á aquel trono del Dios de las tempestades. La montaña se mueve sobre las ondas con sus cumbres luminosas y sus árboles de nieve; los lobos marinos se entregan al amor en sus valles, y las ballenas acompañan sus pasos sobre el Océano. El atrevido salvaje guarecido en su escollo movible, estrecha sobre su corazon á la muger que Dios le ha dado, y encuentra con ella goces desconocidos en esta mezcla de deleites y peligros.

Este mismo salvaje tiene, si bien se mira, poderosas razones para preferir su pais y su estado á los nuestros. Por degradada que os parezca su naturaleza, bien sea en él ó en las artes que practica, se conoce alguna cosa que descubre la dignidad del hombre. El europeo se pierde todos los dias en un navio. obra maestra de la industria humana, en la misma orilla en que el esquimal, flotando en una piel de becerro marino, se rie de todos los peligros. Unas veces oye bramar el Océano que cubre su cabeza á cien pies de altura; otras sube hasta los cielos encima de las olas; se divierte en ellas como un muchacho que se columpia sobre dos ramas unidas en las apacibles espesuras de un bosque. Colocando Dios aquel solitario en la relijion de las tempestades, le ha dado una señal de su dignidad real, »Anda, le dice en medio del torvellino, anda, yo te eché desnudo sobre la tierra; mas á fin de que por miserable

que seas no puedas desconocer tu destino, con una caña domarás los monstruos del mar, y pondrás bajo tus pies las tempestades."

Así es como la providencia haciéndonos adictos á la patria, justifica siempre sus miras, y nosotros tenemos mil razones para amar á nuestro país. Jamás olvida el árabe el pozo del camello, la gacela, y sobre todo su caballo, compañero de sus correrías. El Negro se acuerda siempre de su casa, su azagaya, su bananero, y el sendero de la zebra y del elefante.

Se cuenta que un grumete inglés habia tomado tanto afecto á un navío, á cuyo bordo habia nacido, que le era intolerable verse separado de él por un momento. Cuando le querian castigar, le amenazaban con echarle á tierra, entonces iba á esconderse al fondo de cala, dando gritos. ¿Quién habia dado á este marinerillo aquel cariño á una tabla combatida de los vientos? No eran ciertamente ningunas conveniencias puramente locales y físicas. ¿Eran pues algunas conformidades morales entre el destino del hombre y el del navío? ¿O hallaba él, digámoslo así, algun placer en concentrar sus penas y alegrías en su cuna? El corazon gusta naturalmente de recojerse dentro de sí mismo; cuanto menos se muestra por fuerza, menos superficie presenta á las heridas, de aquí es que los hombres muy sensibles, como lo son generalmente los desgraciados, apetecen el retiro. Lo que el sentimiento gana en fuerza, lo pierde en extension; cuando la república romana terminaba en el monte Aventino, sus hijos morian alegres por ella; mas cesaron de amarla cuando sus límites

llegaron hasta los Alpes y el Tauro. Alguna razon de esta naturaleza era sin duda la que fomentaba en el grumete inglés aquella predileccion que tenia á su navío paternal, como pasajero desconocido en el Océano de la vida, veia sublevarse todos los mares entre él y nuestros dolores: ¡cuan feliz era en no descubrir sino de lejos las tristes riberas del mundo.

Entre los pueblos civilizados ha hecho prodigios el amor á la patria. En los designios de Dios hay siempre una mira; fundó en la naturaleza el cariño al lugar nativo, y el animal participa en cierto grado de este instinto con el hombre; pero este le lleva hasta mas lejos, y trasforma en virtud lo que no era mas que un sentimiento de conveniencia universal. Asi las leyes físicas y morales del universo, se aseguran por un encadenamiento admirable. Dudo que pueda ser posible tener una sola virtud verdadera y un solo verdadero talento sin amor á la patria: en la guerra: esta patria hace prodijios, y en las letras formó á Homero y á Virjilio. El poeta ciego pinta con preferencia las costumbres de la Jonia donde nació, y el cisne de Mantua solo canta los recuerdos de su lugar nativo. Nacido en una cabaña, y arrojado de la herencia de sus abuelos, estas dos circunstancias parece que han influido singularmente en su injenio: ellas le dieron aquel cáracter melancolico que constituye una de sus principales gracias; recuerda continuamente sus acontecimientos, y vemos que *se acuerda siempre de aquel Argos* donde pasó su juventud.

Et dulces moriens reminiscitur Argos (1).

(1) *Æn. lib.* x v. 782.

Pero la relijion cristiana vino a dar al amor de la patria su verdadera medida. Este sentimiento ocasionó datos entre los antiguos, porque llegó hasta el esceso. El cristianismo hizo de lé un amor *principal*, y no un amor *esclusivo*: ante todas cosas nos manda que seamos justos; quiere que amemos á la familia de Adan, pues ella es la nuestra, aunque nuestros conciudadanos tengan èl primer derecho á nuestro afecto. Esta moral estaba desconocida antes de la mision del Lejislador de los cristianos, y es un error atreverse á decir que quiso aniquilar las pasiones, pues Dios no trató de destruir su obra. El Evanjelio no es la muerte del corazon, y si su regla; es para nuestros sentimientos lo que el gusto en las bellas artes; suprime de ellos lo que pueden tener de ecsajerado, de falso, de comun y de trivial, y les deja lo que tienen de hermoso, de verdadero y de sabio. La relijion cristiana, bien entendida, no es otra cosa que la naturaleza primitiva, lavada de la mancha orijinal.

Cuando nos vemos lejos de nuestro pais, entonces sentimos con especialidad el instinto que á el nos une. A falta de realidad procuramos lisonjearnos con sueños, á causa de que el corazon es muy práctico en engaños; y todo el que se haya alimentado en el seno de la mujer, ha bebido en la copa de las ilusiones. A veces es una cabaña la que se finje y dispone como el hogar paterno; otras un bosque, un valle, ó una colina á quienes se dan algunos de aquellos dulces nombres de la patria. Andrómaca da el nombre del *Simois* à un arroyo. ¡Oh que verdad tan tierna se encuentra en esto *arroyuelo*, que recuerda un *gran rio* de la tierra natal! Distantes de las orillas donde

nacimos parece que la naturaleza se disminuye, y solo es ya la sombra de la que hemos perdido.

Otro ardid del instinto de la patria, es el dar suma importancia á un objeto de poco valor en si mismo, aunque procede de ella misma y el cual llevamos con nosotros al destierro. Parece que el alma se derrama hasta en las cosas inanimadas, que han sido partícipes de nuestro destino. Una parte de la vida queda ligada al lecho donde reposó nuestra dicha, y particularmente á aquel en que pasamos las vijilias de nuestras desgracias. Para pintar el pueblo aquella languidez que el alma experimenta fuera de su patria, tiene cierta expresion enérjica que dice: *Este hombre tiene el mal del pais*; y es verdaderamente un mal que no tiene cura sino restituyendose á él. Pero por pocos años que dure la ausencia ¿que se encuentra en los lugares donde hemos nacido? ¿Cuantos hombres existen de los que dejamos vivos? Aqui vemos sepulcros donde antes habia palacios; alli palacios donde antes habia sepulcros. El campo paternal se encuentra lleno de maleza ó surcado por un arado extraño; y el árbol, à cuya sombra recivimos el primer alimento está por tierra.

Habia en la Luisiana una negra, y una salvaje, esclavas en las casas de dos colonos vecinos. Cada una de ellas tenia un hijo; la negra una niña de dos años, y la india un niño de la misma edad, el cual murió. Habiendose citado ambas desgraciadas para reunirse en un sitio desierto, concurrieron á el tres noches consecutivas; la una llevaba su hijó muerto y la otra su hija viva; la una su *Manitú*, y la otra su *Fetiche*. No estrañaron el verse profesando una

misma relijion, siendo ambas miserables. La indiana hacia los honores de la soledad: «Este es el árbol de mi pais, decia á su amiga; sientate para llorar» á continuacion, segun el uso de los salvajes en sus funerales, ponian sus hijos sobre una rama de catalpa, y los mecian juntos cantando las canciones de su pais. A ¡estos juegos maternales que tantas veces habian hecho dormir la inocencia, no podian despertar la muerte! Asi se consolaban aquellas dos mujeres, que habian perdido la una su hijo y su libertad, y la otra su libertad y su patria, las lágrimas sirven de consuelo. Se dice que un frances forzado á huir de su patria, durante la época del terror, con el poco dinero que le quedaba compró una barca en el Rin, y en ella se alojò con su mujer y sus dos hijos. Pero no teniendo ya mas caudal, no pudo ya contar con ninguna hospitalidad. Cuando le arrojaban de esta orilla pasaba á fijarse á la opuesta sin estrañarlo ni quejarse, y muchas veces que se veia perseguido en ambas, iba á anclar en medio del rio. Se dedicaba á la pesca para poder mantener su familia, pero los hombres le disputaron aun este ausilio de la Providencia. Salia de noche á recojer alguna yerba seca con que hacer fuego, mientras que su mujer y familia pasaban hasta su regreso las mas mortales angusgustias. Forzada esta interesante familia, á hacerse salvaje entre cuatro naciones civilizadas, no tenia en el globo un solo palmo de terreno en que apoyar sus piés. y todo su consuelo se reducia á vivir fujitiva y errante en las cercanias de la Francia, respirando alguna vez el aire que iba de su patria amada.

Si se nos preguntàra ¿qué lazos son esos tan fuer-

tes que nos ligan al pais natural? dificil nos seria dar una respuesta satisfactoria. Será acaso la sonrisa de una madre, de un padre ó de una hermana; quizás la memoria de un preceptor viejo que nos educó, ó de los jóvenes compañeros de nuestra infancia; tal vez el recuerdo de los cuidados que debemos á una buena nodriza, á un anciano *criado*, parte tan esencial de la casa (*domus*); ó en fin á otras circunstancias mas sencillas, y aun si se quiere las mas triviales, cual son un perro que ladraba de noche en el campo, un ruiseñor que volvia todos los años al huerto, el nido de una golondrina junto á una ventana, el campanario de la iglesia que sobresalia por encima de los árboles, el tejo del sementerio, y el sepulcro gótico; pero estos pequeños medios manifiestan mas y mas la realidad de una Providencia, cuanto no pudieran ser el oríjen del amor de la patria, y de las grandes virtudes que este amor enjendra, si un ser supremo no lo hubiera así ordenado.

LIBRO SEXTO.

INMORTALIDAD DEL ALMA, PROBADA POR LA MORAL Y EL SENTIMIENTO.

CAPÍTULO I.

Deseo de la felicidad en el hombre.

Aun cuando no hubiera otras pruebas de la existencia de Dios que las maravillas de la naturaleza, estas pruebas son tan fuertes que bastarian por si solas para convencer á cualquier hombre que solo busque la verdad. Pero si aquellos que niegan la Providencia no pueden explicar sin ella los milagros de la creacion, aun estarán mucho mas embarazados para responder á las objeciones de su propio corazon. Negando al Ser Supremo, se ven obligados á negar tambien otra vida, sin embargo, su alma los ajita; se presenta digamoslo asi delante de si mismos y á despecho de los sofistas les fuerza á confesar su existencia y su inmortalidad.

Que se nos diga que el alma muere en el sepulcro y

de donde les viene el deseo de la felicidad que les atormenta? Todas nuestras pasiones se pueden saciar facilmente en la tierra; el amor, la ambicion y la cólera tienen una plenitud de gozo seguro. La necesidad de la felicidad es la única que no tiene satisfaccion ni objeto: porque no se sabe que cosa es esa felicidad que se desea. Preciso es confesar que si todo es *materia*, incurrió aqui la *naturaleza* en un error estraño porque hizo un sentimiento sin objeto ni fin.

Es cierto que nuestra alma está pidiendo eternamente; apenas ha logrado el objeto de su deseo, cuando otra vez vuelve á pedir, y el mundo no basta para satisfacerla. Lo infinito es el único campo que le convenga; gusta de perderse en los números, y de concebir las mas grandes como las mas pequeñas dimensiones. En suma fastidiada y nunca satisfecha con cuanto ha devorado, se precipita en el seno de Dios, donde vienen à reunirse todas las ideas de lo infinito en perfeccion, en tiempo y en espacio; Mas no se sumerje en el seno de la Divinidad, sino porque esta Divininidad está llena de tinieblas, *Deus absconditus*. (1). Si el alma llegase á lograr una vista clara de ella, le desdeñaria igualmente que á todos los demas objetos á donde alcanza: aun pudiera decirse que para ello tendria razon en cierto modo, porque si el alma conociera bien el principio entero de las cosas, seria superior á este principio, ó á lo menos le igualaria. No sucede con los seres intelectuales lo que con los fisicos: un hombre puede comprender muy bien el poder de un rey sin serlo; pero seria otro Dios un hombre que à Dios comprendiese.

(1) *Is. XLV*, 15.

Los animales no experimentan inquietud con esta esperanza que manifiesta el corazon del hombre; llegan á conseguir al instante su felicidad suprema; un poco de yerba satisface al cordero, y un poco de sangre sacia al tigre. Si uno sostuviese como algunos filósofos, que la diversa conformidad de órganos ocasionaba toda la diferencia que hay entre nosotros y el bruto, se podria cuando mas admitir este razonamiento en los actos puramente materiales; pero ¿que conexion tiene mi mano con mi pensamiento, cuando en medio de la calma de la noche, me abalanzo á todos ésos espacios para encontrar en ellos al Ordenador de tantos mundos? Porque no hace el buey lo que yo? Bástanle sus ojos; pero aun cuando tuviera mis piés y mis brazos, de nada le servirian para ello. Puede echarse en la yerba, levantar la cabeza hasta los cielos, y llamar con sus bramidos al Ser desconocido que llena toda esta inmensidad. Pero no; prefiriendo el cesped que pisa, nada pregunta á esos millones de soles que son en lo mas alto del firmamento las grandes pruebas de la existencia de Dios. Es insensible á este espectáculo de la naturaleza, sin pensar que el mismo ha sido colocado bajo el árbol donde descansa como una leve prueba de la intelijencia divina.

El hombre es la única criatura, pues, que sale de su esfera, digámoslo asi, y que no es para si mismo su todo. Dícese que el pueblo está exento de este sobresalto misterioso; en cuyo caso es sin duda menos desgraciado que nosotros, pues un penoso trabajo le distrae de sus deseos, y apaga con el sudor su sed de felicidad. Mas al verle afanado en los seis dias de la semana para tener algun recreo en el séptimo; cuando

do aspirando siempre al descanso, y no encontrándote jamas llega á la muerte sin cesar de desear, ¿quien diria que no participa de aquella secreta aspiracion que tienen todos los hombres á un bienestar desconocido? Si se pretende decir que á lo menos este deseo está limitado para él á las cosas terrenas tampoco es cierto; y sino dad al hombre mas pobre todos los tesoros del mundo, suspended sus trabajos y satisfaced sus necesidades, y vereis que dentro de pocos meses se encuentra devorado de tedio y esperando de nuevo.

Ademas, quien duda que aun el pueblo, aunque miserable, conoce este deseo de felicidad, que se extiende hasta mas allá de la vida? ¿De donde nace ese instinto melancólico que se advierte en el hombre rústico? En alguna ocasion le hemos visto solo á la puerta de su cabaña, en tanto que su familia ha ido á implorar à aquel gran segador que separa el *buen grano de la cizaña*; estaba atento al sonido de la campana en actitud pensativa, y que no se distraia con los pajaritos de la era vecina, ni menos con los insectos que susurraban á su alrededor. Aquella noble imájen del hombre, plantada como la estátua de un Dios en el umbral de una cabaña; aquella frente sublime, á pesar de estar poseida de cuidados; sus hombros cubiertos de una negra cabellera, é indicando que se elevaba todavia como para sostener la bóbeda del cielo, aunque agravados con el peso de la vida; todo aquel ser digo, tan majestuoso aunque miserable ¿no piensa nada, ó piensa solo en las cosas mundanas? ¡Ah! No es esta á la verdad la expresion de aquellos labios entreabiertos, de aquel cuerpo inmó-

vil, y de aquella vista fija en la tierra: seguramente está allí unida la memoria de Dios con el sonido de la campana relijiosa.

Si es imposible negar que el hombre espera hasta el sepulcro; si es cierto que todos los bienes de la tierra en vez de satisfacer nuestros deseos, no hacen mas que ahuecar el alma y aumentar el vacio, preciso es convenir en que hay alguna cosa mas allá del tiempo. *Vincula hujus mundi,* dice San Agustin, *asperitatem habent veram, jucunditatem falsam; certum dolorem, incertam voluptatem; durum laborem. timidam quietem: plenam misteriœ, spem beatitudinis inanem.* «El mundo tiene lazos llenos de una verdadera esperanza y de una falsa dulzura; dolores ciertos y placeres inciertos; un trabajo duro y un reposo inquieto; cosas llenas de miseria y una esperanza vacia de felicidad (1).» Lejos de quejarnos de que se haya colocado en este mundo el deseo de felicidad y su término en el otro, admiremos en esto la bondad de Dios. Ya que es necesario salir de esta vida tarde ó temprano, la Providencia puso mas allá del término un embeleso que nos atrae, á fin de disminuirnos el terror del sepulcro; cuando una madre quiere hacer saltar á su hijo una barrera, le enseña del otro lado una cosa que le gusta para obligarle á pasar.

CAPITULO II.

Del remordimiento y de la conciencia.

La conciencia suministra otra prueba de la inmor-

(1) *Epist.* 30.

talidad de nuestra alma. Cada hombre tiene en lo interior de su corazon un tribunal donde empieza á juzgarse á sí mismo, aguardando que el árbitro soberano confirme la sentencia. Si el vicio no es mas que una consecuencia física de nuestra organizacion ¿de donde nace ese desosiego que turba los dias de una prosperidad culpable? ¿Porqué el remordimiento es tan terrible, pues se prefiere á sujetarse á la pobreza y á todo el rigor de la virtud, mas bien que adquirir bienes ilejitimos? ¿Porqué hay una voz en la sangre, y una palabra en la piedra? El tigre despedaza su presa y duerme; el hombre se hace homicida, y vela. Busca los lugares solitarios, y sin embargo la soledad le espanta; anda al rededor de los sepulcros, y no obstante le dan miedo. Su mirada es inquieta; no se atreve á fijar la vista en la pared de la sala del banquete temiendo leer en ella caracteres funestos. Parece que sus sentidos se hacen mas sutiles para atormentarle; en medio de la noche ve luces que le amenazan; el fétido olor de la matanza y de la sangre le sigue á todas partes; percibe el gusto del veneno hasta en los manjares que el mismo se ha preparado; su oido sumamente sútil siente ruidos donde todo el mundo solo advierte silencio, y abrazando á su amigo le parece que tiene debajo de sus vestidos un puñal oculto.

¡O conciencia! ¿seria posible que solo fueses una fantasma de la imajinacion ó el miedo do los castigos de los hombres? A mí mismo me pregunto. // Si con solo el deseo pudieras matar un hombre en la China, y heredar sus bienes en Europa, con certeza sobrenatural de que no se sabria jamas ¿consenti-

rias en realizar este deseo ?» Por mas que yo exajere mi indijencia; por mas que quiera disminuir este homicidio, suponiendo que en virtud de mi deseo muere el chino de repente sin dolor; que no tenia heredero, y que aun á su muerte el estado perderia sus bienes; por mas que me figure á este estranjero acosado de dolencias y pesares, y por mas que me persuada de que la muerte es un beneficio para él; que el mismo la llama, y que ya no le queda mas que un instante de vida; á pesar de todos mis vanos subterfujios, oigo en el interno de mi corazon una voz que grita tan fuertemente contra el solo pensamiento de semejante suposicion, que no puedo dudar un instante de la realidad de la conciencia.

Una triste necesidad es pues verse obligado á negar los remordimientos, para negar la inmortalidad del alma y la existencia de un Dios vengador. Esto no obstante no ignoramos, que el ateismo llevado hasta el estremo recurre á esta negacion vergonzosa. En el parasismo de la gota esclama el sofista: ¡«Oh dolor ¡jamás confesaré que eres un mal!» Y aun cuando fuese cierto que hubiese hombres tan desgraciados que ahogasen el grito de la conciencia ¿qué se probaría con esto? No juzguemos el que tiene el uso de todos sus miembros por el paralítico que no puede hacer uso de todos los suyos: el delito cuando llega á su último grado, es un veneno que cauteriza la conciencia: trastornando la relijion, se destruye el único medio que podia resucitar la sensibilidad en las partes muertas del corazon. Esta admirable relijion de Jesucristo, era una especie de suplemento á lo que faltaba á los hombres. Si uno se hacia culpable

por esceso, por demasiada prosperidad, ó por impetuosidad de genio, alli estaba ella para advertirnos la inconstancia de la fortuna, y el peligro de la cólera. Si era al contrario *por defecto*, hallándose espuestos por falta de bienes, ó por tibieza de alma, entonces ella misma nos enseñaba á despreciar las riquezas, al mismo tiempo que *daba fervor* á nuestra frialdad, y nos daba, digamoslo asi, pasiones. Sobre todo, con el delincuente su caridad era inagotable: no habia hombre tan pecador que no le admitiese al arrepentimiento, ni leproso tan asqueroso á quien no tocase con sus manos puras. Para lo pasado no pedia mas que el remordimiento, y para lo futuro solo exijia una virtud: *Ubi autem abundavit delictum* decia, *superabundavit gratia.* La gracia ha superabundado donde abundó el delito (1). Jesucristo siempre pronto para avisar al pecador, estableció su relijion como una segunda conciencia para el culpado endurecido, que hubiese tenido la desgracia de perder la conciencia natural; conciencia evanjélica llena de compasion y de dulzura, y á la cual concedió Jesucristo el derecho de hacer gracia, que no tiene la primera.

Habiendo ya hablado del remordimento que sigue al crimen, inútil seria hablar de la satisfaccion que acompaña á la virtud. El contento interior que el hombre esperimenta cuando se hace una obra buena, no es una combinacion de la materia, asi como el remordimiento de la conciencia cuando se comete una mala accion no es efecto del miedo á las leyes. Si los sofistas sostienen que la virtud no es mas que un amor propio disfrazado, y la piedad, unicamente el amor

(1) *Rom.* x 20.

de sí mismo, les podemos preguntar, si no han sentido nada en sus entrañas despues de haber aliviado á un desgraciado, ó si es el miedo de caer de nuevo en la infancia lo que les enternece al ver la inocencia de un recien nacido. La virtud y las lágrimas son para los hombres el orijen de la esperanza y el fundamento y base de la fé· ¿como pues, creerá en un Dios el que no cree en la realidad de la virtud, ni á la verdad de las lágrimas?

Creeria yo hacer un agravio á los lectores, si me detuviera á demostrar, como se prueba la inmortalidad del alma y la existencia de Dios por esta voz interior llamada conciencia. // Hay en el hombre dice Ciceron (1) un poder que lleva al bien y le aparta del mal, que no solo es anterior al nacimiento de los pueblos y de las ciudades, sino tan antiguo, como el mismo Dios, por quien subsisten y y son gobernados el cielo y la tierra; porque la razon es un atributo esencial de la intelijencia divina; y esta razon que hay en Dios, determina necesariamente lo que es vicio y lo que es virtud //.

CAPITULO III

No hay Moral, sino hay otra vida. Presuncion en favor del alma, sacada del respeto del hombre á los sepulcros.

La moral es la base de la sociedad; pero si todo es materia en nosotros, no hay realmente vicio ni virtud, y por consecuencia tampoco hay moral. Nuestras leyes, siempre *relativas y mudables*, no pueden

(1) *Ad Adttic. XII*, 26 *Frad. de d'Oliv.*

servir de punto de apoyo á la moral, siempre *absoluta é inalterable*: es preciso pues que tenga su orijen en un mundo mas estable que este, y grantias mas seguras que unas recompensas precarias, ó unos castigos pasajeros. Algunos filósofos han creido que la relijion ha sido *inventada* para sostenerla; pero no han advertido que tomaban el efecto por la causa. No es la relijion la que se deriva de la moral y si la moral la que nace de la relijion, por que es cierto, como acabo de decir que la moral no puede tener su principio en el hombre *fisico* ó en la simple *materia*, porque es indudable que cuando los hombres llegan á perder la idea de Dios, se precipitan à todos los delitos á pesar de las leyes y de los verdugos.

Una relijion que ha querido elevarse sobre las ruinas del cristianismo, y que ha creido obrar mejor que el Evanjelio, ha intentado dar á nuestras iglesias este precepto del Decalogo: *Hijos honrad á vuéstros padres.* Y *¿porqué los teofilántropos* han suprimido la última parte del precepto, *paraque vivais largo tiempo*? Porque una miseria secreta les ha enseñado, que el hombre que nada tiene, nada puede dar. ¿Còmo podia prometer años quien no tiene seguros dos momentos de vida? ¡Tú me haces un presente de la vida, se le podria decir, y no ves que te conviertes en polvo! Me aseguras como Jehovah una larga existencia; y ¿tienes tú como él la eternidad para sacar dias de ella? ¡Imprudente! Ni la hora en que vives está en tu mano, ni posees como propio mas que la muerte. ¿Que sacarás pues de lo hondo de tu sepultura, á no ser la nada, para recompensar mi virtud?

En fin hay otra prueba moral de la inmortalidad del alma, sobre la cual es preciso aun insistir, y es la veneracion que tienen los hombres á los sepulcros. Allí por un encanto invencible la vida es inseparable de la muerte; allí la naturaleza humana, se muestra superior al resto de la creacion, y ostenta sus altos destinos. ¿Conoce acaso el feretro, la bestia ó pierde el sosiego por sus cenizas? ¿Que impresion le hacen los huesos de su padre? O, por mejor decir, ¿sabe quién es su padre cuando han pasado las necesidades de su infancia? ¿De dónde pues, nos viene la poderosa idea que tenemos de la muerte? ¿Merecerán nuestros homenajes algunos átomos de polvo? No, seguramente: respetamos las cenizas de nuestros antepasados, porque una voz secreta nos dice que no está muerto todo en ellos, y esta voz es la que consagra el culto fúnebre entre todos los pueblos de la tierra; todos están igualmente persuadidos de que no es duradero el sueño aun en el sepulcro, y que la muerte es ùnicamente una trasformacion gloriosa.

CAPITULO IV.

De algunas objeciones.

Sin que me interne ya mas en las pruebas metafísicas, que omito de intento, trataré de responder únicamente á algunas objeciones que á cada instante se reproducen.

Aunque Ciceron despues de Platon ha asegurado que no hay pueblos entre los cuales no se halle alguna nocion de la Divinidad, los incrédulos modernos

niegan este sentimiento universal de las naciones, que los filósofos antigüos miraban como una ley de la naturaleza, y sostienen que ciertos salvajes no tienen conocimiento alguno de Dios.

Inutilmente se atormentan los ateos por ocultar la debilidad de su causa. Lo único que resulta de todos sus argumentos es que su sistema no se funda sino sobre *excepciones*, al paso que el deismo sigue la *regla jeneral*. Si se dice que el jénero humano cree en Dios, el incrédulo os opone al instante tales salvajes tal persona, ó bien á si mismo. Si se sostiene que el acaso no ha podido formar el mundo, porque en él solo hubiera habido una suerte favorable, entre tantas imposibilidades incalculables, el incrédulo conviene en esto; pero responde que *esta continjencia posible y esta suerte existian*: y de este modo raciocinan en todo lo demas. De modo que para el ateo la naturaleza es un libro en que la verdad se halla siempre en la nota y jamas en el texto; una lengua cuyos barbarismos forman por si solos la esencia y el jenio.

Cuando por otra parte se llega á examinar estas pretendidas excepciones, se descubre que dependen de causas locales. ò que estan comprendidas tambien en la ley establecida. Aqui, por ejemplo, es falso que haya salvajes que no tengan nocion alguna de la divinidad. Los viajeros que aseguraron este echo han sido desmentidos por otros viajeros mejor instruidos. Entre los incrédulos *de los bosques* se habian citado las hordas del Canadá, y hemos visto á estos sofistas de *choza*, que debian haber aprendido en el libro de la naturaleza, como nuestros sofistas en los suyos,

que no hay Dios ni otra vida para el hombre. Aquellos indios son unos absurdos bàrbaros que ven el alma de un niño en una paloma, ó en un ramillete de sensitivas. Entre ellos son las madres tan insensatas, que derraman su leche en la sepultura de sus hijos, y ponen al hombre en el sepulcro en la misma postura que tenia en el seno materno. ¿Lo haràn acaso para enseñar que la muerte es tan solo una segunda madre que nos pare para otra vida? Jamás hará el ateismo gran cosa de estos pueblos qne deben á la providencia su morada su vestido y alimento, y aconsejo á los incrédulos que no se fien de estos aliados corrompidos, que reciben secretamente ofrendas del enemigo.

Otra objecion.

» Respecto á que el espiritu crece y mengua con la
» edad, puesto que sigue todas las alteraciones de la
» materia, será de una naturaleza material, y de
» consiguiente *divisible* y sujeto á perecer"

O el espiritu y el cuerpo son dos entes diferentes, ó uno solo: si *dos*, preciso es confesar que el espíritu está encerrado en el cuerpo, resultando de esto que en el largo tiempo que dura esta union, el espíritu estará sujeto hasta cierto punto á los lazos que le unen. Parecerà que se eleva ó abate en proporcion del cuerpo que le contiene.

Esta objecion, pues, no subsiste en la hipotesis de que el espiritu y el cuerpo se consideren como *dos sustancias distintas.*

En la suposicion de que el alma y cuerpo no son

mas que *uno y todo*, participando de la misma vida y muerte, *estais obligados á probar la asercion.* Pero ya está desmostrado hace algun tiempo, que el espíritu se diferencia esencialmente del *movimiento* y de las otras propiedades de la materia, porque no es *extenso ni divisible.*

Asi queda destruido el fundamento de la objecion, reduciéndose á saber si la materia y el pensamiento son una misma cosa, lo que no se puede sostener sin caer en el absurdo.

No se crea ademas de esto, que haciendo uso de la prescripcion para evadirse de esta dificultad sea imposible combatirla en el fondo. Es probable que al mismo tiempo que el espíritu parece que sigue los accidentes del cuerpo, conserva los caracteres distintivos de su esencia. Los ateos, por ejemplo, presentan como un triunfo la locura, las heridas del celebro, y las fiebres delirantes, y queriendo apoyar asi su sistema, estos hombres se ven precisados á tomar como ausiliares de su causa todas las desgracias de la humanidad. Y bien, ¿que demuestran en sustancia esas fiebres y esa locura que el ateismo, es decir, el genio del mal llama con razon en prueba de su realidad? Yo veo una *imajinacion* desarreglada, pero un entendimiento *arreglado.* El loco y el enfermo distinguen objetos que *no existen*, pero? acaso es falso su raciocinio sobre estos objetos? No por cierto antes bien deducen de una causa enferma, consecuencias sanas.

Tal es lo que sucede á un hombre calenturiento; su alma se encuentra ofuscada en la parte, que se presentan las imájenes, porque la imbecilidad de los sen-

tidos le transmite unicamente nociones engañosas: mas no obstante la rejion de las ideas queda entera ó inalterable. Y asi como un fuego que dá pábulo à una materia vil no por eso deja de ser fuego puro, aunque sustentado de alimentos impuros : del mismo modo el pensamiento que es una llama inmortal , sale incorruptible del medio de la corrupcion y de la muerte.

Acerca de la influencia de los climas sobre el espiritu , cosa que tambien se ha alegado como una prueba de la materialidad del pensamiento, ruego á los lectores que presten atencion á nuestra respuesta, atendiendo á que en lugar de resolver una simple objecion voy á deducir de ella misma otra prueba de la inmortalidad del alma.

Se ha observado que en el septentrion y el medio dia se muestra mas fuerte la naturaleza : entre los trópicos es donde se hallan los mas corpulentos cuadrúpedos , los mas poderosos reptiles , las aves mas grandes , los rios mas caudalosos , y las mas altas montañas. En las rejiones del Norte es donde viven los mas enormes cetáceos , donde se hallan las desmesuradas ovas , y *el agigantado pino*. Si todo esto es efecto de la materia , de la combinacion de los elementos , de la fuerza del sol , del resultado del frio y del calor , de la sequedad y humedad , ¿ como es que el hombre es el único esceptuado de la ley general ? ¿ Porque su capacidad fisica y moral no se dilata como la del elefante bajo la linea, y de la ballena bajo el polo ? ¿ Se dirá que es un animal de todos los paises como el buey ? Pero este conserva su instinto en todos los climas , y con respecto al hombre vemos una cosa muy diferente.

Muy lejos de seguir la ley general de los seres, muy lejos de fortificarse donde la materia se supone mas activa, el hombre se debilita en razon del mayor poder de la creacion animal á su alrededor. El Indio, el Peruviano y el Negro en el mediodia; el Esquimal y el Lapon en el norte, son una prueba de ello. Aun hay mas; la America donde con la mezcla de tierras y aguas adquiere la vejetacion todo el vigor de una tierra virjen, es no obstante perjudicial á las castas de hombres, aunque lo vaya siendo cada dia menos, á causa de la debilidad del principio material. El hombre solo tiene toda su enerjia en las rejiones donde los elementos menos activos dejan el curso mas libre al pensamiento, y donde este pensamiento, digamoslo asi, despojado de su vestido terreno, no es embarazado en ninguno de sus movimientos, ni en ninguna de sus facultades.

Preciso es que reconozcamos aqui alguna cosa en oposicion directa con la naturaleza pasiva, y esta cosa es nuestra alma inmortal. Ella repugna á las operaciones de la materia; es enferma, y queda débil cuando está como avasallada por ella. Tal estado de languidez del alma, ocasiona por su parte la debilidad del cuerpo, y este que si estuviera solo hubiera prosperado con el calor del sol, se ve contrariado por el abatimiento del ánimo. Si se dijese por el contrario, que no pudiendo sufrir el cuerpo los estremos del frio y del calor hacia degenerar el alma, dejenerando el mismo tambien, seria tomar otra vez el efecto por la causa. No es el vaso el que obra sobre el liquido, y si el liquido sobre el vaso; de manera que esos pretendidos efectos del cuerpo sobre el alma, son los efectos del alma sobre el cuerpo.

La doble debilidad mental y física de los pueblos del norte y del mediodia, y la melancolia de que parece que están poseidos, á mi ver no pueden atribuirse á unas fibras ó muy laxas ó muy tirantes, puesto que los mismos accidentes no producen el mismo efecto en las zonas templadas; esta afeccion lamentable de los habitantes del polo, y de los trópicos es una verdadera tristeza intelectual, producida de la posicion del alma, y sus combates contra las fuerzas de la materia. Asi pues, no solamente manifestó Dios su sabiduria por las ventajas que resultan al globo de la diversidad de latitudes, sino que colocando tambien al hombre en esta escala, nos demostró casi matematicamente la inmortalidad de nuestra esencia, en razon de que el alma se deja sentir mas, alli donde menos obra la materia, y el hombre disminuye donde el bruto aumenta.

Toquemos la última objecion.

„ Si la idea de Dios está naturalmente impresa en „ nuestras almas, debe preceder á la educacion, pre- „ venir el raciocinio y manifestarse desde la infancia: „ los niños no tienen idea de Dios: luego, etc."

Siendo Dios *espiritu*, y no pudiendo ser entendido sino del *espiritu*, un niño en quien aun no está desarrollado el pensamiento, no podrá concebir el ser soberano. ¿No pidamos pues al corazon su funcion mas noble cuando no está acabado, cuando está todavía en manos del operario la obra maravillosa.

Ademas, puede uno defender ó sostener que el niño no tiene á lo menos el *instinto* de su criador. Pudiéramos alegar en testimonio sus pequeños desvarios

sus inquietudes sus miedos de noche . y su inclinacion á levantar los ojos hácia el cielo. Ved como este niño juntando sus inocentes manecitas , repite con su madre una oracion á su *Dios*. Porqué razon este anjelito de la tierra, tartamudea con tanto amor y pureza el nombre de aquel ser supremo á quien no conoce ?

Ved á este recien nacido que trae la nodriza en sus brazos. ¿ Que es lo que ha dicho para causar tanta alegria á aquel venerable viejo, á ese hombre hecho, y á esa muger ? Únicamente dos ó tres sílabas medio formadas que nadie entendió , y ve aquí enajenados de gozo unos seres racionales , desde el abuelo que sabe todas las cosas de la vida hasta su jóven madre que aun las ignora. ¿ Quien , pues , ha puesto este poder en la palabra del hombre ? ¿ Porque os conmueve, pues , tan imperiosamente el sonido de una voz humana ? Lo que os subyuga aquí es un misterio que pertenece à causas mas sublimes que el interés que se puede tener en la edad de este niño ; alguna cosa os está diciendo que esas palabras mal articuladas son los primeros destellos y ensayos de una idea inmortal.

CAPÍTULO V.

Peligros é inutilidad del Ateismo.

Hay dos clases de ateos muy distintos : los primeros consiguientes en sus principios, declaran sin titubear que no hay Dios , ni alma , ni por consecuencia diferencia esencial entre el bien y el mal , que el mundo pertenece à los mas fuertes , y á los mas dies-

tros, *etc.* Los segundos, que son los hombres de bien del ateismo, son los hipócritas de la incredulidad; absurdos personajes, que con una finjida dulzura cometieran todos los excesos para sostener su sistema: clavandoos el puñal, os dirian, *hermano mio*; á cada instante repiten las palabras sagradas de moral, y de humanidad, y son tres veces mas perversos, porque á los vicios del ateismo agregan la intolerancia del sectario y el amor propio de un autor.

Suponen estos hombres, que el ateismo no destruye la felicidad, la virtud, ni las justas autoridades de la vida, y que no hay condicion alguna donde no sea tan provechoso ser incrédulo como ser relijioso: esto es lo que conviene examinar.

Si se ha de estimar una cosa segun su mayor ó menor utilidad, es muy despreciable el ateismo, por que no es bueno para nadie.

Recorramos la vida humana: comencemos por los pobres y los desgraciados que componen la mayoria en la tierra. Ahora bien, inumerable familia de los miserables, ¿es por ventura útil para vosotros el ateismo? Responded. ¡Qué! ¡nadie responde! ¡ni uno si quiera! ¡Solo advierto un cántico de esperanza y de suspiros que se dirijen hácia el Señor! Estos creen: pasemos á los dichosos.

Me parece que el hombre feliz no tiene interés alguno en ser ateo. ¡O cuan dulce le es pensar que sus dias se prolongarán mas allá de la vida! ¡Con que desesperacion no dejaria este mundo, si creyera verse separado para siempre de la felicidad! En vano se acumularian sobre su cabeza todos los bienes del siglo, pues solo servirian para hacerle mas horrible

su nada. El rico puede tambien estar seguro de que la relijion aumentará sus placeres, mezclando en ellos una terneza inefable: no se endurecerá su corazon, ni le saciará su goze, que es el escollo inevitable de las largas prosperidades. La relijion evita la ceguedad del alma, y esto es lo que significaba aquel óleo santo con que el cristianismo consagraba á los reyes, la juventud y la muerte, para impedir que fuesen estériles.

El guerrero se arroja al combate ¿Si será atéo ese hijo de la gloria? El que busca una vida sin fin, ¿temerá la muerte? ¡Apareced sobre vuestras nubes tronadoras inumerables soldados, antiguas lejiones de la patria! ¡O vosotras famosas milicias de la Francia, y al presente milicias del cielo presentaos! Decid á los héroes de nuestra edad desde lo alto de la ciudad santa, que el valiente no está todo entero en el sepulcro, y que despues de él queda alguna cosa mas que una vana fama.

Los grandes capitanes de la antigüedad son memorables por su relijion: Epaminondas, libertador de su patria, era tenido por el hombre mas relijioso: Jenofonte, aquel guerrero filósofo, era el modelo de la piedad: Alejandro, eterno ejemplo de los conquistadores, se llamaba hijo de Júpiter. Entre los romanos, los antigüos cónsules de la república, Cincinato, Fabio, Papirio, Cursor, Paulo, Emilio y Scipion, solo fundaban su esperanza en la divinidad del Capitolio; Pompeyo iba á los combates invocando la asistencia divina: César pretendia descender de una dinastia celestial; Caton su rival, estaba convencido de la inmortalidad del alma; Bruto, su asesino, creia en las

potencias sobrenaturales, y Augusto su succesor, no reinó sino en nombre de los Dioses.

¿Era acaso incredulo entre las naciones modernas aquel fiero Sicambro, vencedor de Roma y de las Gaulas, aquel que postrándose á los piés de un sacerdote, echaba los cimientos del imperio frances? ¿Era acaso incredulo San Luis, árbitro de los reyes, y reverenciado de los mismos infieles? Duguesclin, cuyo atahud conquistaba las ciudades; Bayardo, caballero sin miedo y sin nota, el viejo condestable de Montmorency, que rezaba su rosario en medio de los campos, eran acaso hombres sin fe? O tiempos mas maravillosos aun, en que un Bossuet restituia al gran Turena al seno de la iglesia!

No hay carácter mas admirable que el del héroe cristiano; el pueblo á quien defiende le mira como su padre; proteje al labrador y sus cosechas; aleja las injurias y es como un ánjel de la guerra que Dios envia para mitigar su azote. Las ciudades abren sus puertas con sola la fama de su justicia, y las altas murallas caen adelante de sus virtudes; es el amor del soldado y el idolo de las naciones; une al valor guerrero la caridad evanjélica; su conversacion conmueve é instruye, y sus palabras tienen una gracia de perfecta sencillez: causa admiracion hallar tanta dulzura en un hombre acostumbrado á vivir en medio de los peligros; de este modo se oculta la miel bajo la corteza de una encina que ha desafiado las tempestades.

Convengamos en que el ateismo bajo ningun aspecto es bueno para el guerrero.

Tampoco vemos que cosa sea mas útil en los di-

versos estados de la naturaleza, que en las condiciones de la sociedad. Si la moral se funda toda en el dogma de la existencia de Dios y en la inmortalidad del alma, un padre, un hijo, un esposo, y una esposa no tienen interés alguno en ser incrédulos. ¡Ah! ¿como se concebirá, por ejemplo, que una mujer pueda ser atea? ¿Quién apoyará esta caña, si la relijion no sostiene su frajilidad? Es un ser el mas débil de la naturaleza en vispera siempre de morir, ó de perder sus encantos, ¿y quién sostendrá á este frájil ser que se sonrie, y muere si su esperanza no se extiende mas allá de una existencia efímera? Aunque no fuera mas que por el interés de su hermosura, debia ser la mujer piadosa. La dulzura, la sumision, la amenidad y la terneza, son una parte de los embelesos que el Criador prodigó á nuestra primera madre, y la filosofia es mortífera á esta especie de atractivos.

La mujer que tiene naturalmente el instinto del misterio, que gusta de cubrirse, que nunca muestra sino la mitad de sus gracias y pensamientos, que se la puede adivinar, mas no conocer, que como madre y como virjen está llena de secretos, que seduce sobre todo con su ignorancia, y que el cielo formó para la virtud y el sentimiento mas misteriosos, el pudor y el amor, esta mujer renunciando al dulce instinto de su sexo irá con una mano débil y temeraria á levanlar el espeso velo que cubre la Divinidad! ¿A quién pensaria agradar ella con este esfuerzo sacrilego? Creeria darnos acaso una grande idea de su injenio, uniendo sus ridiculas blasfemias y su vana metafisica á las imprecaciones de Espinosa, y á

los sofismas de Bayle? sin duda no tendrá el designio de elejir un esposo; porque, ¿que hombre de juicio querria casarse con una impia?

La esposa incrédula rara vez tiene idea de sus deberes; pasa sus dias raciocinando sobre la virtud sin practicarla, ó siguiendo sus placeres en el torbellino del mundo. Su cabeza está vacia; su alma hueca; el tedio la devora, y no tiene Dios ni cuidados domésticos para llenar el abismo de sus momentos.

Acércase el dia de la venganza; llega el tiempo trayendo de la mano á la vejez; el espectro con canas, espaldas encorvadas y manos yertas, se sienta en el umbral de la casa de la mujer incrédula: esta le ve y da un grito. Pero ¿quién puede oir su voz? ¿Será su esposo? ¡Pero ya no lo tiene! Mucho tiempo hace ya que se alejó este del teatro de su deshonra. ¿Son acaso sus hijos? Mas perdidos por una educacion impia y por el ejemplo maternal, se cuidan poco ó nada de su madre. Si mira á lo pasado, no ve mas que un desierto, donde sus virtudes no han dejado huella alguna. Por la vez primera su triste pensamiento se dirije al cielo, y comienza á creer que le hubiera sido mas dulce tener una relijion. ¡Sentimiento inútil! El último castigo del ateismo en este mundo, es desear la fé sin poderla conseguir. Cuando al fin de su carrera reconoce las mentiras de una falsa filosofía; cuando la nada, como un astro funesto, empieza á descubrirse sobre el orizonte de la muerte, entonces querria volverse á Dios, pero ya no es tiempo. El espíritu embrutecido por la incredulidad desecha toda conviccion. ¡O! ¡qué profunda es la soledad cuando la Divinidad y los hombres se retiran á un

mismo tiempo! Muere por último esta mujer; aspira entre los brazos de una criada mercenaria, ó de un hombre arto de sufrirla que cree haber resistido á la enfermedad demasiado tiempo: un mal ataud encierra dentro de sí á la desdichada. No se ve en sus funerales ni una hija desmelanada, ni yernos, ni nietos llorando, digna pompa que con la bendicion del pueblo, y el canto de los sacerdotes, acompaña hasta el sepulcro á la madre de familias. Unicamente puede suceder que algun hijo desconocido, que ignore el verdadero secreto de su triste nacimiento, encuentre por casualidad el acompañamiento, y estrañando el abandono de su féretro pregunte el nombre del difunto á aquellos que le conducen, quienes van á arrojar á los gusanos el cadáver que les fué prometido por la mujer Atéa.

¡Qué diversa es la suerte de la mujer relijiosa! Sus ideas están rodeadas de alegría, y su vida llena de amor; su esposo, sus hijos y sus criados la respetan y estiman; todos depositan en ella una ciega confianza, porque creen firmemente en la fidelidad de aquella que es fiel á su Dios. La fé de esta cristiana se fortifica por su felicidad, y su felicidad por su fé; cree en Dios porque es dichosa. y es dichosa porque cre en Dios. ¡Ah! Basta que una madre vea sonreirse su hijo para convencerse de que existe en alguna parte una felicidad suprema. La bondad de la Providencia se muestra entera en la cuna del hombre. ¡Qué consonancias tan tiernas! Y ¿no serán ellas mas que el efecto de una materia insensible? Nace el niño, y el pecho de su madre se llena al punto; la boca del tierno convidado no está armada, á fin de que no

pueda herir la copa del banquete maternal ; crece y la leche se hace mas nutritiva ; se le desteta y se agota la maravillosa fuente. Esta mujer tan débil adquiere de repente unas fuerzas , que la hacen sobrellevar las fatigas que no podria aguantar el hombre mas robusto. ¿ Quién la despierta à media noche , al mismo tiempo que su hijuelo va á pedirle su acostumbrado alimento ? ¿ De donde le viene aquella destreza que nunca tuvo ? ¿ Cómo toca á esta tierna flor sin ajarla ? Sus cuidados parece que son el fruto de la esperiencia de toda su vida , y sin embargo este es su primojénito. El menor ruido espantaba á la doncella; pero ¿ donde están los ejércitos , los rayos y los peligros que harán poner pálida á la madre ? En otro tiempo necesitaba esta mujer un alimento delicado, una ropa delicada y una blanda cama; el mas leve movimiento le incomodaba; pero ahora un pan moreno, una cama de paja , la lluvia y los vientos , nada la incomodan con tal que tenga en su pecho una gota de leche para alimentar á su hijo , y entre sus harapos un mal pañal para cubrirle.

Siendo esto así , seria preciso estar muy obstinado para no abrazar el partido , donde no solamente la razon halla las mayores pruebas , sino donde la moral , la felicidad , la esperanza , el mismo instinto y todos los deseos del alma nos conducen naturalmente; porque si fuese cierto como es falso, que el espíritu tiene la balanza, igual entre Dios y el ateismo, tambien lo seria que se inclinaria mucho mas hácia el primero ; porque ademas de la mitad de su razon, pone el hombre en la parte de Dios todo el peso de su corazon.

Quedaremos del todo convencidos de esta verdad, si examinamos el modo con que el ateismo y la relijion proceden en sus demostraciones.

La relijion solo se vale de las pruebas generales, solo juzga sobre la ordenanza de los cielos, y las leyes inmutables del universo; únicamente ve las gracias de la naturaleza, los instintos encantadores de los animales, y sus bellas relaciones con el hombre.

El ateismo solo trae vergonzosas escepciones; solo advierte desórdenes, lagunas impuras, volcanes y bestias dañinas, y como si intentara esconderse en el cieno, pregunta á los reptiles é insectos á fin de que le suministren pruebas contra Dios.

La relijion habla únicamente de la grandeza y hermosura del hombre.

El ateismo solo os ofrece lepra y peste.

La relijion deduce sus razones de la sensibilidad del alma, de los vinculos mas dulces de la vida, de la piedad, del amor conyugal, y de la ternura materna.

El ateismo todo lo reduce al instinto del bruto, y, por primer argumento de su sistema, presenta un corazon que nada puede conmover.

Por último en el culto cristano se nos asegura, que tendrán fin nuestros males; se nos consuela, se enjugan nuestras lágrimas y se nos promete una vida futura.

El ateismo, muy distante de hablar de este modo, en su abominable culto los dolores humanos hacen humear el incienso, la Muerte es el sacrificador, el altar un féretro, y la Nada la divinidad.

CAPÍTULO VI.

Fin de los dogmas del cristianismo.—Estado de las penas y recompensas en la otra vida.—Eliseo antiguo, etc.

Reconocida la existencia de un ser supremo, y determinada la inmortalidad del alma, no hay dificultad con respecto al fondo, en admitir un estado de recompensas y castigos despues de esta vida; los dos primeros dogmas traen consigo el tercero por una consecuencia forzosa. No se trata pues sino de hacer ver cuan moral y poético es esto en las opiniones cristianas, y cuan superior se muestra aqui la relijion evanjélica á todos los cultos de la tierra.

En el Eliseo de los antiguos, únicamente sa hallan heroes y hombres que fueron dichosos o brillaron en el mundo; mas los niños, los esclavos y los hombres oscuros (es decir la desgracia y la inocencia) estaban desterrados á los infiernos. ¡Y qué recompensa serian para la virtud aquellos banquetes y bailes, cuya eterna duracion bastaria para hacer de ellos uno de los tormentos del Tártaro.?

Otros son los placeres que promete Mahoma: su paraiso es una tierra de almizcle y de la harina mas pura de trigo, regada por el rio de la vida y el Acawtar, rio que nace bajo las raices del *Tuba*, ò el àrbol de la felicidad. Bajo palmas de oro murmullan unas fuentes, cuyas grutas son de ámbar gris, y sus márjenes de aloes. En las orillas de un lago cuadrangular reposan mil copas hechas de estrellas, de las cuales hacen uso las almas predestinadas para sacar el agua. Los elejidos sentados sobre un tapiz de seda

á la entrada de las tiendas, comen el globo terrestre convertido por Allah en una delicadisima tortada. Unos eunucos y setenta y dos doncellas de negros ojos, les sirven en trescientos platos de oro el pez Nun, y las costillas del búfalo Balan. El ánjel Israfil entona melodiosos cánticos; los jóvenes inmortales unen sus voces á estos conciertos, y las almas de los poetas virtuosos, retiradas en la *glotis* de ciertas aves que revolotean por *el árbol de la felicidad,* acompañan el coro celeste, mientras que á impulso de un viento qne sale del trono de Dios, se mueven con mucha melodia unas campanas de cristal colgadas de palmeras de oro (1).

Los placeres del cielo de los escandinavos eran sangrientos, pero se advertia cierta grandeza en las delicias atribuidas á las sombras guerreras, que convocaban las tempestades y dirijian los torbellinos. Este paraiso era el resultado del género de vida que tenia el bárbaro del Norte. Errante sobre aquellas playas salvajes, y prestando su oido á esta voz que sale del Océano, caia insensiblemeute en el delirio; extraviado de pensamiento en pensamiento en las olas de sus deseos, como las del mar de murmullo en murmullo, se mezclaba con los elementos, subia sobre las nubes errantes, se mecia sobre los deshojados bosques, y volaba sobre los mares como las tempestades.

Los infiernos de las naciones infieles son tan caprichosos como su cielo; me reservo hablar del Tártaro en la parte literaria de esta obra, en que entraré al instante. Sea como se quiera las recompensas que promete el cristianismo á la virtud y los castigos que

(1) *El Coran, y los poetas árabes.*

anuncia al delito, se presentan verdaderos á primera vista. El cielo y el infierno de los cristianos no son imajinados segun las costumbres de un pueblo, y si fundados en ideas jenerales que convienen á todas las naciones y á todas las clases de la sociedad. Oid sucintamente lo mas sencillo y sublime que hay en ellas: La felicidad del justo consistirá en poseer á Dios plenamente en la otra vida. La desgracia del impio será conocer las perfecciones de Dios, y verse privado de ellas para siempre.

Pero quizas se dirá, que el cristianismo no hace mas que repetir sobre este asunto las lecciones de Platon y Pitágoras. Conviénese á lo menos, que la relijion cristiana no es la de los *pequeños espiritus* pues se confiesa que estos dogmas son los de los sabios.

Efectivamente los Gentiles vituperan en los primeros fieles que no eran sino una secta de filosofos; pero aun cuando fuese cierto (cosa que aun no está probada) que la docta antigüedad tuviese las mismas nociones que el cristianismo, en lo respectivo al estado futuro, una cosa es la verdad encerrada en un pequeño circulo de discipulos escojidos, y otra una verdad que viene à ser el maná comun del pueblo. Lo que tuvieron por último esfuerzo de la razon los mas grandes talentos de lá Grecia se enseña publicamente en los callejones de nuestras ciudades, y el menestral puede comprar por poco dinero en el catecismo de sus hijos, los mas sublimes secretos de las antiguas sectas.

Nada diremos por ahora del purgatorio, porque en otra parte le considero bajo las relaciones morales y poéticas. En cuanto al principio que establece este

lugar de expiacion, está fundado sobre la razon misma, pues hay un estado de tibieza entre el vicio y la virtud, que ni merece las penas del infierno ni las recompensas del cielo.

CAPÍTULO VII.

Juicio final.

Discordes han estado los padres de la iglesia acerca del estado inmediato del alma del justo, desde su separacion del cuerpo. San Agustin opina que va á una morada de paz, donde aguarda que se reuna con su carne incorruptible. (1) San Bernardo piensa que sube al cielo, donde contempla la humanidad de Jesucristo, mas no su divinidad, de que no gozará hasta despues de la resurreccion (2); pero en otros lugares de sus sermones asegura, que entra inmediatamente en la plenitud de la felicidad celestial (3); y esta es la opinion que parece haber adoptado la iglesia católica.

Pero siendo justo que sufran ó sean recompensados el cuerpo y el alma que han cometido ó practicado juntos la culpa ó la virtud, la relijion nos enseña, que el mismo que nos ha sacado del polvo, nos despertará de él segunda vez para comparecer en su tribunal. La escuela estoica creia tambien como los cristianos, en el infierno, en el paraiso, en el purgatorio,

(1) *De Trinit.* lib. XV cap. 25.
(2) *Serm. in Sanct. omn.* 1, 2, 3. *De considerat* lib. V; cap. 4.
(3) *Serm. II de S. Malac. n.* 5. *Serm. de* S. *Vict num.* 4.

y en la resurreccion de los cuerpos (1); esparcida esta así mismo entre los magos la idea confusa de este dogma (2). Los ejipcios esperaban resucitar, al cabo de estar mil años en el sepulcro (3); y los versos sibilinos hacen mencion de la resurreccion, del juicio final (4), etc.

Plinio haciendo burla de Demócrito, nos revela cual era la opinion de este filósofo en cuanto á la resurreccion. *Similis et de asservandis corporibus hominum, ac reviviscendi promissa à democrito vanitas, qui non vixit ipse* (5).

En los versos de Focilides, sobre las cenizas de los muertos, se expresa de la manera mas clara el dogma de la resurrecoion. "Es cosa impia, dice el dispersar los restos de los hombres, porque la ceniza y los huesos de los muertos volverán un dia á la luz, y serán semejantes á los dioses."

Virjilio habla aunque muy oscuramente del dogma de la resurreccion, en el libro sexto de la eneida.

Pero, ¿como unos átomos dispersos en los elementos, pueden reunirse para formar los mismos cuerpos? Mucho tiempo ha que se hizo esta objecion, á que respondieron la mayor parte de los santos padres (6). "Ex-

(1) *Senec. ep.* 90 id. *ad Marc. Laert. lib. VII, Plut. in* Resic. Stoig. et in fac. lun.

(2) *Hide, Rel. pers. Plut. de Is et osir.*

(3) *Diod. et Herod.*

(4) *Bocchus, in solin. cap.* 8 *Lact. lib.* 7, *cap.* 29; *lib.* 4. *cap.* 15, 18 *y* 191.

(5) *Lib. VII. cap.* 55.

(6) *S. Cirilo obisp. de Jerus Catech. XVIII. S. Greg.* orat. pro-Res. carn. *S. August. de* civit. Dei. *lib. XX. S. Chris.* Homel. in Resur. can *S. Greg. Pap. Dial IV. S. Amb. Serm. in Fid. rrs. S. Epiph. Ancirot. p.* 38.

" plícame como eres, dice Fertuliano, y yo te diré como serás " (2).

No hay cosa mas asombrosa ni mas formidable que el momento del fin de los siglos, anunciado por el cristianismo.

En aquel tiempo se manifestarán señales en los cielos; se abrirá el pozo del abismo; los siete ánjeles verterán las siete copas llenas de cólera; los pueblos se matarán unos á otros; las madres oirán á sus hijos quejarse en su seno, y la muerte recorrerá todos los reinos montada en su pálido caballo (3).

Entre tanto la tierra se estremece en sus bases, la luna se cubre de un velo sangriento, los astros están pendientes medio desprendidos de su bóbeda y el mundo se halla en agonía. Llega de repente la hora fatal: suspende Dios los movimientos de la creacion, y el mundo habrá pasado como un rio agotado.

Entonces el anjel del juicio hará resonar su trompeta y dirá: *¡muertos levantaos!*: SURJITE, MORTUI! abriranse con estrépito los sepulcros, saldrá el jénero humano á un mismo tiempo de la tumba, y las razas se reunirán en Josafat.

El hijo del hombre se aparece sobre las nubes. Las potencias infernales suben desde lo profundo del abismo para asistir á la última sentencia pronunciada sobre los siglos; los machos cabrios y las ovejas son separadas; los malos se sumerjen en el abismo, y los justos suben triunfantes á los cielos. Vuelve Dios á entrar en su reposo, y reina en todas partes la eternidad.

(1) *In Apotojet.*
(2) *Apoc. cap VI. T.* 8.

CAPÍTULO VIII.

Felicidad de los justos.

Préguntase : ¿ cual es esta plenitud de felicidad celestial, prometida por el cristianismo à la virtud ? Quejándose de la escesiva misticidad, « á lo menos en el sistema mitológico, se dice, podia uno formarse una imájen de las delicias de las sombras felices; pero ¿como se podrá comprender la felicidad de los escogidos ?

Fenelon adivinó no obstante esta felicidad, cuando hizo bajar á Telémaco á la morada de los Manes ; su eliséo es verdaderamente un paraiso cristiano. Comparad su descripcion con el Eliséo de la Eneida, y vereis cuantos progresos hizo hacer el cristianismo á la razon y al corazon del hombre.

« Una luz pura y dulce se esparce al rededor de los cuerpos de los hombres justos, y los cerca con sus rayos cual si fuesen un vestido, esta luz no es parecida á la luz meláncolica que alumbra los ojos de los miseros mortales, y que no es mas que tinieblas ; mas bien es una gloria celestial que una luz ; penetra los cuerpos mas opacos con mas sutileza que los rayos del sol un cristal puro ; jamas deslumbra sino que antes bien fortifica los ojos, y lleva hasta el fondo del alma una serenidad inesplicable. De ella sola se alimentan los hombres felices, sale de ellos y en ellos vuelve à entrar ; los penetra y se incorpora à ellos del mismo modo que los alimentos se incorporan á nosotros. Ellos la ven, la sienten y la respiran ; hace nacer en ellos un manantial inagotable de paz y de gozo ; se ven sumerjidos en este abismo de delicias

como los peces en el mar ; nada mas quieren ; todo lo tienen sin tener nada , porque este gusto de la luz pura mitiga el hambre del corazon. . . . . .

. . . . . .

« En su rostro se hallan pintadas una eterna juventud , una felicidad sin fin y una gloria del todo divina ; pero su alegria nada tiene de loca ni de indecente ; es una alegria dulce , noble y llena de majestad. Es el gusto sublime de la verdad y de la virtud lo que los enajena : están sin interrupcion y á cada momento en el mismo arrebato de corazon en que está una madre que vuelve á ver á su querido hijo , que habia tenido por muerto ; pero esta alegria que huye pronto de la madre , nunca se aparta del corazon de estos hombres (1).

Ni las mas bellas pájinas del Fenelon son tan divinas como esta pintura ; sin embargo , Fenelon contenido en los límites de su ficcion , no ha podido atribuir á las sombras toda la felicidad que el hubiera delineado en los verdaderos escojidos (2)

Nuestro sentimiento mas puro en este mundo es la admiracion ; pero esta admiracion terrestre está siempre mezclada con alguna debilidad , sea en el objeto que admira , ó sea en el admirado. Que se imajine, pues , un ser perfecto , principio de todos los seres, en quien se vea clara y santamente y todo lo que fué , es y será ; supongase al mismo tiempo una alma exenta de envidia y de necesidad , incorruptible, inalterable , infatigable y capaz de una atencion sin

(1) *Lib.* 15.
(2) *Véase tambien el sermon del cielo , del abate Poulle.*

fin ; figuresela contemplando al todopoderoso , descubriendo en el continuamente nuevos conocimientos y nuevas perfecciones , pasando de admiracion en admiracion , y no advirtiendo su existencia sino por el prolongado sentimiento de esta misma admiracion; concebid ademas á Dios , como soberana hermosura y como principio universal de amor ; representaos todas las amistades de la tierra , que vienen á perderse ó reunirse en este abismo de sentimientos , como gotas de agua en el mar , de modo que el alma afortunada ame á Dios únicamente , sin dejar por eso de amar á los amigos que tiene acá bajo ; persuadios por último de que el predestinado tiene la conviccion intima de que su felicidad no tendrá fin (1); entonces tendreis una idea ; aunque muy imperfecta , de la felicidad de los justos; entonces comprendereis , que todo lo que el corazon de los bienaventurados puede hacer oir , es aquel grito de *Santo! santo! santo!* que muere y renace eternamente en el extasis eterno de los cielos.

(1) *San Agustin.*

NOTAS É INSTRUCCIONES.

NOTA A.

La Enciclopedia es una obra pésima. Tal es la calificacion del mismo Voltaire.

«He visto casualmente algunos artículos de sujetos que cual yo se hacen mancebos de esta gran tienda, en la mayor parte son unas disertaciones sin método. Se acaba de imprimir en un diario el artículo *Mujer* y se le ridiculiza en estremo. No puedo creer que hayais tolerado semejante artículo en una obra tan seria. *Cloe coje de la rodilla á una señorita, y aja los encajes de otro;* parece que este artículo se haya escrito por el lacayo de Gil Blas.

«He visto *Entusiasmo*, que es mejor no se necesita un discurso tan largo para saber que el entusiasmo se debe observar por la razon. El lector quiere saber el orijen de esta palabra; el porque la consagraron los antiguos, á la divinacion, á la poésia, á la elocuencia y al celo de la supersticion; y en seguida di-

gase enhorabuena, que la razon que preside á todo debe tambien dirijir este arrebato. Por último, solo quisiera en vuestro *diccionario* verdad y método. Nada me importa que este ó aquel me diga su dictamen particular sobre la *comedia*; quiero que se me diga el orijen y progresos de cada nacion en ella. Esto es lo que agrada y lo que instruye; no se leen las pequeñas declamaciones, en que un autor ofrece solo sus propias ideas, que no son sino materia de disputa.»

Correspondance de Voltaire et d' Alembert vol. I. pag. 19 ed in 8º de Beaumarchais. (Del 13 Nov. de 1756).

Paj. 25. «Me animais á esponeros que generalmente se quejan de lo largo de las disertaciones vagas y sin método que os suministran varias personas para hacerse lugar: preciso es pensar en la obra y no en sí mismo. ¿Porque no habeis encargado una especie de protoloco á los que os sirven, etimolojias, definiciones, ejemplos, razones, claridad y brevedad? He visto únicamente una docena de artículos, pero nada de esto encontré en ellos. (22 Dic. de 1756. . . .

. . . . . .

Paj. 82. Procuro decir tan solo lo mas preciso en los artículos que me encargais, y temo no decir en ellos bastante; por otra parte temo caer en la declamacion.

Me parece que os han dado muchos artículos llenos de este defecto, advierto siempre que se declama demasiado: el lector solo quiere ser instruido, y no lo es ciertamente del todo con disertaciones vagas y pu-

eriles, cuya mayor parte contienen paradojas, ideas aventuradas, cuya contraria es cierta por lo comun, frases pomposas y exclamaciones, que se silvarian hasta en una academia de provincia." (29 dic. de 1757).

D. Alembert, en su discurso al frente del tercer volumen de la *Enciclopedia* y Diderot, en el quinto tomo en el articulo *Enciclopedia*, hicieron las mas sangrienta critica de la obra.

NOTA B. PÁJ. 78.

Cosa bien curiosa es en verdad el comparar este trozo de la *Apolojia* de San Justino con la pintura de las costumbres de los cristianos, que se encuentra en la famosa carta de Plinio el jóven al emperador Trajano; carta, en que, así como en la respuesta del emperador, se prueba que nadie dudaba de la inocencia de aquellos, y que su único crímen era la fé que profesaban. Allí se ve tambien la prodijiosa rapidéz con que el evanjelio se propagó, pues desde entónces, *los templos de los dioses habian quedado casi desiertos* en una gran parte del imperio; Plinio escribió dicha carta uno ó dos años despues de la muerte de San Juan Evanjelista, y cerca de cuarenta antes que San Justino publicase su Apolojia, y aunque dicha carta sea sobradamente conocida, no hemos creido importuno insertarla aqui.

PLINIO, *Proconsul en la Bitinia y en el Ponto, al Emperador* TRAJANO.

« Considero Señor un deber mio el exponeros todos mis escrúpulos y mis dudas; ¿porque qnien mejor pudiera instruirme y vencer mi indispocision? Jamas

he asistido á la instruccion ni al juicio del proceso de ningun cristiano; así es que ignoro en que se fundan las acusaciones contra ellos, ó hasta donde deba extenderse su castigo. No menos perplejo estoy á causa de la diferencia en la edad : ¿se debe castigar á todos sin discernir entre los mas jóvenes ò mas ancianos? ¿se ha de perdonar el que se arrepiente, ó es inútil renunciar esta relijion cuando se ha llegado á profesarla ? ¿se castiga en ellos el solo nombre de cristiano, ú otros crímenes afectos á dicho nombre? Entre tanto he aqui la regla que yo he seguido en las acusaciones que se han hecho contra los cristianos. Les he preguntado si lo eran ; á los que han confesado de llano, les he vuelto á preguntar segunda y tercera vez, amenazándoles con el último suplicio , y he condenado á él á los que han sido contumaces en su confesion, porque he creido deber castigar su inobediencia y terquedad. He visto otros pertinaces en la misma locura pero que siendo ciudadanos romanos, he reservado para enviarlos á la Capital. Despues de esto extendiéndose mas y mas este delito, cómo sucede de ordinario , se me han presentado casos de muy diversas especies. Se me ha presentado una lista anónima , en que se acusa como á cristianos á muchos sujetos que protestan no haberlo sido jamas. Les he citado á mi presencia y mandado que ofreciesen Incienso y vino á los dioses, y á vuestra imàjen que de propósito habia mandado traer con las estátuas de aquellos, y lo han hecho así, prorrumpiendo aun en maldiciones contra Jesucristo, cosas dicen á que jamas se ha podido obligar á los que son verdaderamente cristianos ; y he creido en consecuencia deber absolverlos. Otros acu-

sados por algun delator, han confesado, por el pronto que eran cristianos; mas al cabo de un momento han dicho que no, añadiendo haberlo sido realmente y haber en seguida abjurado, unos al cabo de tres y mas años, y otros despues de veinte. Todos estos han adorado vuestra imájen, y la de los dioses; todos han blasfemado del Cristo. Han asegurado que todo su error y su culpa se reducian á estos puntos; que se reunian en un dia señalado antes de salir el sol, y allí cantaban á coro ciertos himnos en alabanza de Jesucristo, como si fuera un Dios; que se obligaban con juramento, no para cometer un delito y si muy al contrario para no cometer ni robos ni adulterios, á no faltar jamas á sus promesas ni negar un depósito; que despues de esto se separaban ordinariamente, y volvian á reunirse para comer juntos manjares inocentes; pero que se habian abstenido de hacerlo despues de mi edicto, por el cual, con arreglo de vuestras órdenes, habia yo prohibido toda clase de reuniones y asambleas. Todo esto me ha hecho juzgar preciso arrancar la verdad por medio del tormento á algunos esclavos, que se me habian supuesto empleados en el ministerio de este culto; pero solo he podido descubrir una mala supersticion llevada al estremo y por esta rozon he mandado suspenderlo todo, esperando vuestras órdenes. Este negocio me ha parecido digno de toda la atencion vuestra, por la multitud de personas que hay comprometidas en este mismo peligro, y aun personas de todas edades, de ambos sexos y de toda categoria que han sido y serán todos los dias acusadas de lo mismo. Este contajio no solo ha inficionado las grandes ciudades.

sino que tambien se ha estendido hasta las aldeas y los campos. Creo sin embargo que el mal no es incurable y que se pudiera atajar. Lo cierto es, que los templos que se veian casi desiertos, estan concurridos, que han principiado los sacrificios abandonados mucho tiempo hacia, y que se vende ya por todas partes la carne de las víctimas, de la cual no se encontraban antes compradores. De aqui se puede inferir y juzgar que número de jentes pudiera aun correjirse de sus estravios, concediendo indulto al que se arrepienta.//

El emperador le respondió lo siguiente: *Trajano á Plinio.*

// En la instruccion que os han presentado de los procesos de los cristianos habeis seguido, mi querido Plinio, el camino que debiais, porque en este negocio no pudiera darse una formula cierta y jeneral. Cesen ya las investigaciones; pero si se les acusa, y convence, sean castigados. Mas si el acusado niega ser cristiano, y da pruebas de ello, invocando y sacrificando á los dioses, perdonesele en razon de su arrepentimiento, cualesquiera que fuesen los indicios anteriores contra él. En cuanto á lo demas en ningun jénero de delitos se debe proceder por acusaciones anónimas, porque esto es un ejemplo muy pernicioso y contrario á nuestras máximas. // (Nota del editor).

NOTA C.

Obsérvase un resultado aun mucho mas horroroso en el esceso de poblacion de la China, donde se ven precisados á arrojar por decirlo asi, los niños recien nacidos á los cerdos. Cuanto mas se profundiza esta cuestion, se conoce mejor que Jesucristo hizo un acto

digno de un lejislador universal, invitando, á ejemplo suyo, á ciertos hombres á hacer profesion de castidad. Sin duda el libertinaje ha podido abusar del consejo de S. Pablo, para encubrir los atentados que ultrajan á la sociedad; no faltaràn tampoco talentos superficiales que se prevalgan de este abuso para declamar contra el consejo mismo. Pero ¿de qué no ha abusado la corrupcion? Que institucion por sábia que sea, estará á salvo de la maledicencia de un entendimiento inferior, que no alcanza á ver bien claro todas sus partes y relaciones? En cuanto á lo demas á no ser por los solitarios que se dejaron ver en el mundo como unos trescientos años despues del Mesias, quien nos hubiera conservado las letras, las ciencias, y las artes? En fin, los economistas modernos, y entre otros Artun-Ioung, confirman la opinion que yo he aventurado, á saber, que las grandes propiedades son mas favorables á la cultura que las pequeñas, si se esceptua tal vez la de la viña. Por consiguiente, en todo pais poco dado al comercio y esencialmente agricultor, si la poblacion llega á ser escesiva, ó las propiedades se dividirán al infinito, ó se verá espuesto á perpetuas revoluciones, á menos que el campesino sea esclavo como entre los antiguos, ó siervo como en Rusia, y en una parte de Alemania.

NOTA D.

El señor de Ramsay, Escocés, pasó de la iglesia Anglicana al Socimianismo, de allí al Deismo puro, y al fin cayò en un ironismo universal. Con el objeto de conocer la verdad, vino á consultar al señor Fenelon, quién lo convirtió al cristianismo, y á la Re-

lijion católica. El mismo M. de Ramsay nos ha conservado las piadosas conferencias que tuvo y cuyo resultado fué su conversion; citaremos el pasaje en que Fenelon fijó los limites de la *razon* y de la *fé* Habiale ya demostrado á M. de Ramsay la autenticidad de los libros santos, y le hizo ver la belleza de la moral que en ellos se enseña; *pero Monseñor*, replicò aquel, y es el mismo quien habla, ¿porque se encuentran en la Biblia, al paso que verdades tan luminosas, dogmas tan oscuros, formando entre sí el mas extraño contraste? Yo quisiera separar las verdades sublimes, de que acabais de hablarme, de lo que los clérigos llaman misterios. ¿Y porque *me contestó el obispo*, han de rechazarse tantas luces que consuelan el corazon, solo porque están mezcladas con algunas tinieblas que humillan el entendimiento? La verdadera relijion no debe elevar y abatir al hombre para hacerle conocer mejor su grandeza y su debilidad? Aun no teneis una idea bastante exacta del Cristianismo; no es solamente una ley santa que purifica el corazon, es tambien una sabiduría misteriosa que sojuzga el entendimiento; es un sacrificio continuo de todo el hombre, y como un homenaje á la razon soberana; porque practicando su moral, se renuncia á los placeres por amor á la suprema beldad; y creyendo sus misterios; se inmolan las ideas por respeto á la verdad eterna: sin este doble sacrificio de nuestros pensamientos y pasiones, el holocausto es imperfecto y viciosa nuestra víctima en vez de que por él desaparece y se anonada enteramente el hombre ante el ser de los seres. «No se trata aqui de examinar, si es necesario que Dios nos revele los

misterios para humillar nuestro espíritu; solo se trata de saber si existe ó no esta revelacion; porque si Dios ha hablado à su criatura, el amor y la obediencia son ya inseparables: el Cristianismo es un hecho: y pues no dudais ya de las pruebas de este hecho, ya no os toca discernir lo que se ha de creer ó se ha de rechazar.» *Todas las objeciones que habeis acumulado desaparecen en el momento mismo en que el espíritu está libre de la presuncion. en este caso ya no es nada penoso de creer, que hay en la naturaleza divina, como en las miras de su providencia, una profundidad impenetrable á nuestra débil razon, por que una simple criatura no pudiera comprender un ser infinito.*

NOTA E.

La poliglota de Antonio Vitre,
Vulgata.

Ego suw Dominus Deus tuus.

El latin del texto caldeo:

Ego Dominus tuus.

La Poliglota de Waltonda:
La Vulgata como arriba.
Latin de la version Siriaca:

Ego sum Dominus Deus tuus.

Version latina interlineada sobre el hebreo: *et è terra Egipti eduxi te, qui tuus Dominus Deus ego.*

Latin del hebreo samaritano:

Ego sum Dominus Deus tuus.

Latin de la version árabe:

Ego sum Deus Dominus tuus.

NOTA F.

Hasta entre los salvajes del Nuevo Mundo, se encuentran las verdades de le Escritura.

En la fábula de Ataentsioa arrojada del cielo dice el P. Charlevoix, haber podido ver algunos indicios de la historia de la primera mujer, desterrada del paraiso terrenal, en castigo de su desobediencia, y la tradicion del diluvio, y el arca en que se salvó Noe con su familia. Esta circunstancia me impide adherir al parecer del P. Acosta, que pretende que esta tradiccion no es alusiva al diluvio universal, sino á un diluvio particular de la América. En efecto, los Algonquines y casi todos los pueblos que hablan su idioma suponiendo la creacion del primer hombre, dicen, que habiendo perecido casi toda su posteridad por una inundacion general, un hombre llamado *Messon*, y por otros dicho Saketchak, al ver toda la tierra abismada bajo las aguas por la inundacion de un lago. envió un cuervo al fondo de este abismo para que le trajese tierra de él; que no habiendo desempeñado su comision el cuervo envió á un raton de almizde que tuvo mejor acierto; que con aquel poco de tierra que le habia traido este animal, restituyó el mundo à su primer estado; que disparó flechas contra los troncos de los árboles, que aun se dejaban ver, y que aquellas flechas se convirtieron en ramas; que hizo otras muchas maravillas, y que en reconocimiento del servicio que le habia hecho el raton almizeleño le casò con una hembra de su especie, de la cual tuvo hijos que volvieron á poblar el mundo que habia comunicado su inmortalidad á cierto salvajo por medio de un pliego,

prohibiéndole abrirle bajo la pena de perder un don tan precioso.

El P. Bouchet, en su carta al obispo de Abranches, entra en mil curiosos pormenores sobre la relacion de las fabulas Indianas con las principales verdades de nuestra relijion y tradiciones de la escritura. Las memorias de la Sociedad inglesa de Calcuta, que se están imprimiendo, confirman todo lo que dice aqui el sabio misionero francés.

La mayor parte de los Indios aseguran, que el gran número de divinidades que adoran en el dia, no son mas que unos dioses subalternos y sujetos al Ser soberano, que es igualmeute el Señor de los dioses y de los hombres. Este gran Dios, dicen, es infinitamente superior á todos los seres, y esta distancia infinita le impide tener comercio alguno con las débiles criaturas. En efecto, continuan, ¿que proporcion hay entre un ser infinitamente perfecto, y unos entes criados y llenos como nosotros de imperfecciones y flaquezas? por esta misma razon, segun ellos, *Parabaravastou,* es decir el *Dios supremo*, crió tres dioses inferiores, á saber: *Bruma*, Vishnou, y Routren. Al primero dió poder de criar; al segundo, el de conservar; y al tercero el derecho de destruir.

La idea que tienen los Indios de un Ser infinitamente superior à las otras divinidades, manifiesta á lo menos que sus antiguos no adoraban sino á un Dios y que el *politeismo* no se introdujo entre ellos sino del mismo modo que en los demas paises idolatras.

Los Indios, como dejo dicho, creen que *Bruma* es entre los dioses subalternos el que recibió del Dios supremo el poder de criar. Fué pues, *Bruma* el que crio a

primer hombre; pero lo que importa á mi asunto es, que *Bruma* formó al hombre del barro de la tierra que aun estaba toda reciente; le costó á la verdad algun trabajo cumplir, su obra la rehizo varias veces, y á la tercera tentativa se hallaron justas sus medidas. La fábula añadió á la verdad esta última circunstancia, y no es extraño que un Dios de segundo órden necesitase aprendizaje para crlar al hombre en la perfecta proporcion en que le vemos. Pero si los Indios se hubieran atenido á lo que la naturaleza, y probablemente el comercio con los Judíos, les habian enseñado acerca de la unidad de Dios, se hubieran contentado con lo que habian aprendido por la misma via de la creacion del hombre; y se hubieran limitado á decir, como lo hacen siguiendo la Santa Escritura, que el hombre fué formado del lodo de la tierra que acababa de salir de las manos del Criador.

Aun hay mas, Monseñor; criado el hombre por *Bruma* con el trabajo que dejo indicado, el nuevo criador quedó tanto mas encantado de su echura cuanto mas trabajo le habia costado perfeccionarla. Ahora se trata de colocarla en una habitacion digna de ella.

Es magnífica la Escritura en la descripcion que nos hace del paraiso terrenal. Los Indios no lo son menos en las pinturas que nos trazan de su *Chorcam*; este, segun ellos, es un jardin de delicias donde se halla con abundancia toda especie de frutas; hay tambien en el un árbol, cuyo fruto comunicaria la inmortalidad, si fuera permitido comerle. Seria bien extraño que unas jentes qne jamás hubieran oido hablar de paraiso terrenal, hubiesen hecho de él, sin saberlo una pintura tan semejante.

Los dioses, dicen nuertros indios, convinieron toda especie de medios para llegar á la inmortalidad. A fuerza de buscar, se les ocurrió recurrir al árbol de la vida que estaba en el *Chorcam*, Acertaron en esto porque comiendo de cuando en cuando el fruto de este árbol, conservaron el precioso tesoro que tanto les interesaba no perder. Una famosa serpiente llamada *Cheien*, conoció que los dioses de segundo órden habian descubierto el árbol de la vida, y como segun apariencia, se habia fiado á su cuidado la custodia de aquel árbol, se enfureció tanto con esta burla, que esparció al instante una gran cantidad de veneno: á toda la tierra fué trascendental, ningun hombre hubiera podido evitar los efectos de su mortal ponzoña; pero el Dios *Chivon* tuvo compasion de la naturaleza humana; apareció bajo la forma de un hombre, y tragó sin dificultad todo el veneno con que habia inficionado al universo la maliciosa serpiente.

Bien veis, Monseñor, que cuanto mas avanzamos, mas claras se presentan siempre las cosas. Tened la paciencia de escuchar una nueva fábula que voy á contaros; porque seguramente me engañaria si me empeñara en deciros una cosa mas seria; sin dificultad distinguireis en ella la historia del diluvio, y las principales circunstancias que de él nos refiere la Escritura.

El dios *Routren* (este es el gran destructor de los seres criados) tomó un día la resolucion de ahogar á todos los hombres, de quienes suponia no estar contento. Su designio no pudo ser tan secreto, que no lo trasluciese el dios *Visknon* conservador de las criaturas. Vereis, Monseñor, que ellas le quedaron muy

obligadas en tal ocasion. Descubrió, pues, el dia precisamente en que habia de suceder el diluvio. Su poder no se extendia á suspender la execucion de los proyectos del dios *Routren*; pero tambien su calidad de Dios conservador de las cosas criadas, le daba derecho de impedir, si hallaba modo, el efecto mas pernicioso; y he aquí el medio de que se valió.

Apareciose un dia á su gran confidente *Sattiavarti*, y le dijo en secreto que sucederia muy pronto un diluvio universal, que inundaria toda la tierra. y que *Routren* nada menos intentaba que acabar con todos los hombres y animales; sin embargo le aseguró que el no tenia que temer nada y que á despecho de *Routren*, hallaria medio de conservarle, y de proporcionarse del mismo, todo lo demás que fuese necesario para volver á poblar el mundo. Era su intento dejar ver un barco maravilloso cuando menos lo pensase *Routren*, y encerrarse en él una buena provision, á lo menos de 840 millones de almas, y semillas de los seres. Era tambien preciso que *Sattiavarti* se hallase al tiempo del diluvio encima de una montaña muy alta, que tuvo cuidado de hacerle ver. A poco tiempo notó *Sattiavarti*, segun le estaba pronosticado, una multitud infinita de nubes que se juntaban; vió con tranquilidad formarse la tempestad sobre la cabeza de los hombres culpados, y cayó del cielo la mas horrible lluvia que jamás se vió. Se hincharon los rios, y se extendieron con rapidéz por toda la superficie de la tierra; salió el mar de sus límites, y mezclándose con los rios que habian salido de madre, cubrió en poco tiempo las montañas mas elevadas; árboles, animales, hombres, ciudades y reinos todo

fué sumerjido: todos los seres animados perecieron y fuerron destruidos.

Entretanto *Sattiavarti*, con algunos penitentes se habia retirado á la montaña donde esperaba el socorro que le habia ofrecido el Dios, y no dejo de esperimentar algun miedo. El agua que cada vez tomaba mayor incremento y se acercaba insensiblemente á su retiro, le causaba de cuando en cuando terribles espantos; pero cuando se creia perdido, vió aparecerse la barca que debia salvarle; entró en ella al instante con los devotos de su comitiva, y los ochocientos cuarenta millones de almas y las semillas de los seres quedaron encerrados en ella.

La dificultad estaba en concluir la barca y sostenerla contra el impetu de las ondas, que estaban en una furiosa ajitacion. El dios *Vishnou* proveyó de remedio á ello, porque volviéndose de repente pez, hizo uso de su cola como de un timon para dirijir el navio. El dios pez y piloto, maniobró con tanta destreza, que *Sattiavarti* esperó con mucha tranquilidad en su asilo que las aguas dejasen descubierta la superficie de la tierra.

La cosa como veis, Monseñor, es que no se necesita mucha penetracion para conocer en su narracion mezclada de fábulas y de las mas fantásticas imajinaciones, lo que nos enseñan los sagrados libros acerca del diluvio, del arca. y de la conservacion de Noé y su familia.

Prosigo, Monseñor, lo que han sacado los indios de la historia de Abrahan, sea que lo atribuyan á *Bruma*, ó quieran honrar con ello á algun otro de sus dioses, ó de sus héroes.

Los indios honran la memoria de uno de sus penitentes, quien, como el patriarca Abrahan, consideró como un deber sacrificar su hijo á uno de los dioses del pais. Este dios le habia pedido esta víctima; pero se contentó con la buena voluntad del padre, sin permitir llegase á la ejecucion. No falta quien diga que mató al hijo, pero que aquel dios le resucitó.

En una de las castas que hay en las Indias, llamada de *ladrones*, hallé una costumbre que me sorprendió. No creais, Monseñor, que porque haya entre estos pueblos una tribu entera de ladrones, todos los que ejercen este honorífico oficio estén reunidos en un cuerpo particular, y tengan para robar un privilejio exclusivo; esto quiere decir solamente, que todos los indios de esta casta roban efectivamente con una extremada licencia; pero por desgracia no son ellos solo de quienes se debe desconfiar.

Despues de esta aclaracion que me ha parecido necesaria, vuelvo á mi historia. Hallé, pues, que en aquella casta se observa la ceremonia de la circuncision; pero no se ejecuta en la infancia, sino á la edad de veinte años; ni aun todos están sujetos á ella, y solo se someten los principales de la casta. Es muy antiguo este uso, y sería dificil descubrir de donde les ha venido esta costumbre en medio de un pueblo enteramente idólatra.

Ya habeis visto, Monseñor, la historia del diluvio y la de Noé en *Vishnou*; y en *Sattiavarti*; la de Abrahan en *Bruma* y en Vishnou; ahora vereis con gusto la de Moisés en los mismos dioses, y me persuado que la hallareis aun menos alterada que las precedentes.

Nada me parece mas semejante á Moisés que el *Vishnou* de los indios trasformado *Crichnen*, pues por decontado *Crichnen* en lengua india significa Negro; esto es para hacer entender que *Crichnen* vino de un pais, cuyos habitantes son de este color. Añaden los indios que uno de los parientes mas cercanos de *Crichnen*, fue expuesto en su infancia en una cunita, en un gran rio donde estuvo á pique de morir; le sacaron de él y como era un niño hermoso, le llevaron á una grande princesa que le hizo criar con cuidado, y se encargó despues de su educacion.

No sé porque los indios aplicaron este suceso á uno de los parientes de *Crichnen*, mas bien que á *Crichnen* mismo. ¿Que hay que hacer en esto, Monseñor? Es preciso deciros las cosas tales como son: y por hacer mas semejantes las aventuras, no os disfrazaré la verdad. No fué pues, *Crichnen* sino uno de sus parientes el que fué educado en el palacio de una grande princesa; en esto está algo defectuosa la comparacion con Moisés; pero ved aquí como se repara algo este defecto.

Asi que nació *Crichnen*, se le puso tambien en un gran rio, á fin de sustraerle de la cólera del rey que esperaba el instante de su nacimiento para hacerle morir; el rio se dividió por respeto, y no quiso incomodar con sus aguas un depósito tan precioso. Sacaron al niño de este peligroso sitio, y se crió entre pastores; casóse despues con las hijas de estos, y guardó por mucho tiempo los rebaños de sus suegros. Bien pronto se distinguió entre todos sus compañeros quienes le elijieron por su jefe. Hizo entonces maravillas en favor de los rebaños y de los pastores, é

hizo dar muerte al rey que le habia declarado una guerra cruel. Fué perseguido de sus enemigos, y como no se hallaba en disposicion de resistirles, se retiró hacia el mar que le abrió camino por medio de su seno, donde quedaron anegados los que le perseguian, y por este medio se salvó de los tormentos que le preparaban.

¿Quién podrá dudar despues de esto, Monseñor, que conocieron los indios á Moisés, bajo el nombre de *Vishnon* trasformado en *Crihnen*? Pero al conocimiento de este famoso conductor del pueblo de Dios han añadido el de muchas costumbres que describió en sus libros, y muchas leyes que publicó, y cuya observancia se ha conservado despues de él.

Entre las costumbres que los indios no pueden haber tomado sino de los judios, y que aun hoy perseveran en el pais, cuento los baños frecuentes, las purificaciones, el extremo horror á los cadáveres con cuyo contacto se creen manchados; el órden diferente y la distincion de castas, y la ley inviolable que prohibe los matrimonios, fuera de su tribu, ó de su casta particular. No acabaria si apurase los pormenores; me limito únicamente à algunas observaciones que no son tan comunes en los libros de los sabios.

Conocí un *Brama* muy hábil entre los indios, que me contó la historia siguiente, cuyo sentido no comprendia él, mientras permaneció en las tinieblas de la idolatría. Hacen los indios un sacrificio llamado Ekiam (es el mas célebre de todos los de los indios en él se sacrifica un carnero, y se reza una especie de oracion, en que se dicen en alta voz estas palabras: *¿cuando nacerá el Salvador? Cuando aparecerá el Redentor?*

Este sacrificio de un carnero me perece que tiene mucha relacion con el cordero Pascual; porque es preciso advertir sobre esto, Monseñor, que asi como los judios estaban obligados á comer su parte de la victima, tambien los bramas, aun que no pueden comer carne, estàn dispensados de su abstinencia en el dia del sacrificio del Ekiam, y obligados por la léy á comer del carnero que se inmola, y que reparten los bramas entre si.

Muchos indios adoran el fuego; sus mismos dioses han sacrificado víctimas á este elemento; hay entre ellos un precepto particular para el sacrificio de *Oman* por el cual se manda conservar siempre el fuego sin dejarle apagar; el que asiste al *Ekiam* debe por mañana y tarde echar leña al fuego para mantenerle. Este escrupuloso cuidado corresponde exactamente al precepto señalado en el Levitico, cap. 6, ver. 12 y 13; *ignis in altare semper ardebit, quem nutriet sacerdos subjiciens ligna mane per singulos dies.* Los indios hacen aun mas en consideracion al fuego; ellos mismos se precipitan al medio de las llamas. Convendreis conmigo, Monseñor, que hubieran hecho mejor en no añadir tan cruel ceremonia á lo que sobre esta materia les habian enseñado los judios.

Aun censervan los indios una muy grande idea de las serpientes; pues creen que estos reptiles tienen algo de divino, y que su vista acarrea la felicidad; de aqui es que algunos de ellos adoran á las serpientes y las tributan sumo respeto; pero estos animales tan poco reconocidos, no dejan por eso de morder cruelmente á sus adoradores. Si la serpiente de metal que mostró Moisés al pueblo de Dios, y que curaba con

solo mirarla, hubiera sido tan cruel como las animadas serpientes de los Indios, dudo mucho que los judios hubieran tenido jamas la tentacion de adorarla.

Añadamos finalmente, Monseñor, la caridad que practican los Indios con sus esclavos, pues los tratan como á sus propios hijos; tienen gran cuidado de educarlos bien, y los proveen de todo con liberalidad; nada les falta, sea para vestir ó para alimentarse; los casan, y casi siempre les dan la libertad. ¿No parece que Moisés dirijió sobre este articulo tanto á los israelitas como á los indios los preceptos que leemos en el Levitico?

¿Qué apariencia hay pues, Monseñor, de que los indios no hayan tenido en otro tiempo algun conocimiento de la ley de Moisés? Lo que dicen aun de su ley y de *Bruma* su lejislador, destruye á mi modo de ver de una manera evidente cualquiera duda que pudiera aun ofrecerse sobre esta materia.

He sabido tambien de muchos Bramas, que el tercer libro, que ellos llaman *Samavedam*, hay muchos preceptos morales. Esta doctrina, me parece, tiene mucha relacion con los preceptos morales esparcidos en el Éxodo.

El cuarto libro que llaman *Adaranavedam*, contiene los diferentes sacrificios que se deben ofrecer, las calidades que se requieren en las víctimas, el modo de edificar los templos, y las diversas fiestas que se deben celebrar. Esto puede ser, sin adivinar mucho, una idea tomada de los libros del Levitico y del Deuteronomio.

Finalmente, Monseñor, paraque no falte cosa alguna al paralelo, asi como recibió Moisés la ley en

el famoso monte Sinai del mismo modo se halló *Bruma* con el *Vedan* de los indios sobre el célebre monte de *Mahameron*. Esta montaña de las indias es la que los griegos llaman *Meros*. donde dicen que nació Baco, y fué la morada de los dioses. Aun en el dia de hoy dicen los indios que esta montaña es el sitio donde están colocados sus *Ckorchams*, ó los diferentes paraisos que reconocen.

¿No es muy justo, Monseñor, que despues de haber hablado largo tiempo de Moisés y de la ley, digámos tambien algo de María, hermana de este gran profeta? O yo me engaño mucho, ó su historia no ha sido del todo desconocida de nuestros indios.

La escritura nos dice de María, que despues del milagroso paso del mar Rojo, juntó las mujeres israelitas, tomó instrumentos músicos, y se puso á bailar con sus compañeras cantando las alabanzas del Todo-poderoso. Ved aquí un pasaje bastante parecido, que cuentan los indios de su famosa *Lakcoumi*. Esta mojer asi como María, hermana de Moisés salió del mar por una especie de milagro. Apenas se vió libre del peligro de morir, cuando dispuso un magnífico baile, en el que al son de instrumentos danzaron todos los dioses y diosas.

Me seria muy fácil, Monseñor, dejando los libros de Moisés, valerme de los demas libros históricos de la Escritura, y hallar en la tradicion de nuestros indios con que continuar mi comparacion; pero temo molestaros con una exactitud difusa.

Tal vez, Monseñor, me habré detenido demasiado en esponer la conformidad que tiene la doctrina de los indios con la del pueblo de Dios; pero me des-

quitaré abreviando un poco lo que me resta deciros sobre otro punto, que sujeto como el primero á vuestras luces y penetracion; me ceñiré á algunas reflexiones bastante sucintas, que me persuaden que los indios que mas se han internado han tenido, desde los primeros tiempos de la iglesia, conocimiento de la relijion cristiana, y que tanto ellos como los habitantes de la costa, recivieron las instruciones de santo Tomás, y de los primeros discípulos de los apóstoles.

Doy principio por la idea infusa que aun conservan los indios de la adorable Trinidad, que les fué predicada en otro tiempo. Ya os hablé, monseñor, de los tres dioses principales de los indios, *Bruma, Vishnou*, y *Routren*. La mayor parte de los gentiles dicen á la verdad que son tres divinidades diferentes y efectivamente separadas. Pero *Nianigneuls*, ó hombres espirituales, aseguran que aquellos tres dioses separados en apariencia, no son realmente sino un solo Dios. Que este Dios se llama *Bruma*, cuando cria y ejérce su omnipotencia; que se llama *Vishnou*, cuando conserva los séres criados y dá muestras de su bondad; y que finalmente toma el nombre de *Routren*, cuando destruye las ciudades, castiga los culpados, y hace sentir los efectos de su justa cólera.

No ha muchos años que un brama esplicaba así lo que concebia de la fabulosa trinidad de los paganos. Es preciso, decia, representarse á Dios y sus tres nombres diferentes que corresponden á sus tres principales atributos; bajo la idea poco mas ó menos de las piramides triangulares que se ven levantadas á la puerta de algunos templos.

Pensais bien Monseñor, que yo pretendo deciros que esta imajinacion de los Judios corresponda exactamente con lo verdad que reconocen los cristianos; pero á lo menos ella hace comprender que han tenido otro tiempo luces mas puras, y que se han oscurecido por la dificultad que encierra un misterio tan superior á la débil razon de los hombres.

Aun tienen mas parte las fábulas, en lo que mira al misterio de la Encarnacion; pero por lo demas todos los Indios convienen en que Dios se ha encarnado muchas veces. Casi todos concuerdan en atribuir estas encarnaciones á Vishnou, segundo Dios de su Trinidad, y jamas se encarnó este Dios, segun ellos, sino en calidad de salvador y libertador de los hombres.

A brevio como veis, Monseñor, cuanto me es posible, y paso á lo que mira á nuestros sacramentos. Dicen los Indios, que el baño tomado en ciertos rios borra enteramente los pecados, y que esta agua misteriosa no solo lava los cuerpos, sino que purifica tambien las almas de un modo admirable. ¿No será esto un residuo de la idea que se les habia dado del santo bautismo?

Nada habia observado yo acerca de la divina Eucaristia; pero un Brama convertido me hizo parar la atencion pocos años hace en una circunstancia bastante considerable para dejar de citarse aquí. Los restos de los sacrificios y el arroz que se distribuye en los templos para comer, conservan entre los Indios el nombre de *Prajadan*; nombre indio que significa en nuestra lengua *divina gracia*, que es lo que nosotros expresamos con el término griego *Eucaristia*.

Aun hay algo mas que considerar sobre la confe-

sion, y creo Monseñor, debo dilatarme un poco mas sobre esto.

Es una especie de maxima entre los Indios, que el que confiesa sus pecados recivirá el perdon. *Cheira param chounal Tiroum.* Celebran una fiesta todos los años, durante la cual van á confesarse á la orilla de un rio, á fin de que sus pecados sean enteramente borrados. En el famoso sacrificio *Ekiam*, la mujer del que preside está obligada á confesarse, descendiendo á la narracion de las faltas que mas humillan, y á declarar hasta el número de sus pecados

NOTA G.

La cronolojía no es otra cosa que un monton de vejigas llenas de aire; cuantos han creido que caminaban por ellas sobre un terreno sólido han venido á caer. En el dia tenemos ochenta sistemas, de los animales ninguno es verdadero.

Decian los Babilonios; contamos 473000 años de observaciones celestes. Viene un Parisiense y les dice vuestro cálculo es exacto; vuestros años eran de un dia solar, que corresponden á 1297 de los nuestros; desde Atlas rey de Africa grande Astrónomo hasta la llegada de Alejandro á Babilonia. . . . . .

. . . . . .

Unicamente se necesitaba que aquel recien venido de Paris dijese á los Caldeos; sois unos exajeradores, y nuestros antepasados unos ignorantes. Están las naciones tan sujetas á revoluciones, que no pueden conservar 4736 siglos de cálculos astronómicos y en cuanto al rey de los Moros, Atlas, nadie sabe en que tiempo vivió. Tanta razon tenia Pitágoras para supo-

ner que habia sido gallo, como vosotros para lisonjearos del arte de la observacion. (*Voltaire, Questiones Encyclóp. t. 3 p. 59. art.* Cronoloj.)

NOTA H.

Es indudable por muchas razones, que no se pueden atribuir á los actuales Salvajes de la América las obras de las orillas del Scioto. Ademas, todas las tribns y ordas cuentan uniformemente, que cuando sus abuelos llegaron al Oeste para establecerse en la soledad, hallaron alli las ruinas tales como hoy las veinos.

¿Serian por ventura monomentos mejicanos? Pero no se ha encontrado en Méjico cosa semejante, ni tampoco en el Perú; aquellos monumentos parece que exijieron para el uso del hierro y de las artes mas adelantadas de lo que estaban en los dos imperios del Nuevo Mundo: y el imperio de Montezuma no se extendia tan lejos al Oriente, pues, cuando los Natches y los Chicasas dejaron el Nuevo Méjico, hácia el principio del siglo diez y seis, no encontraron á las orillas de *Meschacebé* (1) sino tribus vagabundas y libres.

Aunque estas especies de fortificaciones se han querido atribuir á Fernando de Soto, no hay apariencias de que este español seguido de un corto número de aventureros, y que no estuvo sino tres años en las Floridas, hubiese tenido jamas tiempo ni brazos para

(1) *Pere Barba des Fleuves, verdadero nombre del Misisipi ó Mechasipi. Se puede ver sobre esto á Deprat, Charlevoix, etc, y á los últimos viageros de la América como Bertran, Imley, etc. Hablo tambien con respecto á lo que yo mismo supe en aquellos sitios.*

construir aquellas obras tan enormes. Por otra parte la figura de los sepulcros que aun de muchas partes de las ruinas contradicen á las costumbres y artes europeas; es ademas un hecho constante que el conquistador de la Florida no penetró mas que hasta Chatafallas, poblacion de los Chicasas sobre uno de los brazos de la Mobila. En fin, estos monumentos traen su orijen de unos tiempos mas remotos de aquellos en que se descubrio la América. Sobre aquellas ruinas hemos visto una encina decrépita, que habia brotado entre los restos de otra encina que estaba caida á su pié, y solo tenia la corteza; esta por su parte se habia criado sobre otra, y esta sobre una cuarta. El sitio de estas dos últimas se manifestaba aun por la interseccion de dos circulos de una corteza roja y petrificada, que se descubria en la superficie de la tierra apartando una espesa capa compuesta de ojas y de musgos. Concedase solamente tres siglos de vida á aquellas cuatro encinas sucesivas, y se verá una época de 1200 años, que grabó la naturaleza sobre sus ruinas.

Si continuamos esta disertacion histórica (sin embargo de que nada prueba en favor de la antigüedad de los hombres) hallaremos que no se puede formar uingun sistema razonable sobre el pueblo que erigió aquellos antiguos monumentos. Las crónicas de los Welches hablan de un cierto Madoc, hijo de un principe de Gales que no estando contento en su pais se embarcó el año de 1470, se hizo á la vela hácia el Oeste dejando la Irlanda al Norte, descubrió un paraje fértil y regresó á Inglaterra, de donde volvió á salir con doce navios para la tierra que habia encon-

trado. Se supone que aun existen hácia el orijen del rio Misouri unos salvajes blancos que hablan el idioma celtico, y son cristianos. Que Madoc y su colonia suponiendo que hayan llegado al Nuevo Mundo no pudieron construir las inmensas obras del Ohio, es, en mi concepto. un asunto que no necesita discusion.

A mediados del siglo nono los dinamarqueses oran entonces grandes navegantes; descubrieron la Islandia de donde pasaron á una tierra que está al Oeste, y la llamaron Vinland (1), á causa de las muchas vides de que estaban llenos los bosques. Casi no se puede dudar que esto era el continente de América, y que los esquimales del labrador eran los descendientes de los aventureros dinamarqueses. Tambien se supone que los galos arribaron al nuevo mundo, pero ni los seandinavos, ni los celtas de la Armórica ó de la Neustria han dejado monumentos parecidos á aquellos, cuyos fundadores investigamos ahora.

Si se pasa de los pueblos modernos á los antiguos, se dirá quizás que los fenicios ó los cartajineses, en su comercio con la Betica, islas Britanicas ó Casitérides, ó á lo largo de la costa oriental del África (2), fueron arrojados por los vientos al nuevo mundo. No faltan autores que dicen que los cartajineses tenian alli colonias regulares, y las abandonaron despues por un efecto de la politica del senado.

Si han pasado asi las cosas ¿cómo es que no se ha encontrado rastro alguno de las costumbres fenicias

(1) Mall. *Intr. á la Hist. du Dan.*
(2) *Vid.* Plol. Hann. Perip. d' Auvill *etc. etc.*

entre los caribes ó los salvajes de la Guayana, del Paraguay ó de las Floridas. ¿Porqué se hallan en lo interior de la América septentrional las ruinas de que así se trata, y no en la meridional, en la costa opuesta al África?

Otros autores reclaman la preferencia por los judios, diciendo que el Orfir de las escrituras estaba en las Indias orientales. Colon decia ann haber visto las ruinas de los hornillos de Salomon en las minas de Cibao. A esto se podria añadir, que muchas costumbres de los salvajes parecen tener un orijen judáico, como por ejémplo, el no romper los huesos de la víctima en las comidas sagradas, comer toda la hostia, tener retiros ó *barracas de purificaciones* para las mujeres. Por desgracia estas inducciones importan muy poco, porque se podria preguntar entónces; como es que la lengua y las divinidades huronas parecen mas bien griegas que judias? ¿No es cosa rara quo Ares-Konti haya sido el dios de la guerra en la ciudadela de Aténas, y en el fuerte de Iroques? En fin, los cristianos mas juiciosos no dan luz alguna para hacer pasar los israelitas á la Luisiana, porque demuestran con harta claridad que Orfir estaba sobre la costa de África (1).

Los ejipcios componen pues el último pueblo, cuyos derechos resta examinar (2). Ellos abrieron, cerraron y volvieron á tomar sucesivamente el comercio

(1) *Vid Saur. d' Anvill.*

(2) *Si no hablamos de los griegos, y en particular de los habitantes de la isla de Rodas, àunque llegaron á ser navegantes muy hábiles, es porque rara vez salieron del Mediterráneo.*

de la Trapobana por el golfo Pérsico. ¿Conocieron acaso el cuarto continente, y se les podrán atribuir los monumentos del nuevo mundo?

A esto respondemos que las ruinas de Ohio no son de arquitectura ejipcia; que los huesos que se hallan en las ruinas no se hallan embalsamados; que los esqueletos están echados y no derechos ni sentados. Ademas ¿porqué incomprensible casualidad no se encuentra ninguna de sus antiguas obras desde la orilla del mar hasta los Alleganys? Y ¿porqué todas ellas están escondidas detras de esta cordillera de montañas? Sea cualquiera el pueblo de que se suponga la colonia establecida en América, antes de haber penetrado en un espacio de mas de 400 leguas, hasta los rios en que se ven aquellos monumentos, es preciso convenir en que esta colonia habitó la llanura, que se estiende desde el pié de los montes hasta las playas del Atlantico. Sin embargo, pudiera decirse con alguna verosimilitud, que la antigua orilla del Océano estaba al mismo pié de los Apalaches y de los Aleganys; y que la Pensilvania, el Mariland, la Virjinia, la Carolina, la Georgia y las Floridas son playas recientemente abandonadas por las aguas.

NOTA Y.

Creret hizo otro tanto con respecto de los Chinos, y M. Bailly dibujó igualmente la cronolojia de estos últimos, así como la de los ejipcios y caldeos, al cálculo de los Sesenta. Estos autores no pueden ser sospechosos de parcialidad en favor de nuetra opinion. (Vid. Baily, tom.)

NOTA K. PAJ.

Bufon, queriendo conciliar su sistema con el Génesis, atrasa el orijen del mundo, considerando cada uno de los seis dias de Moisés como un largo trascurso de siglos; pero se debe convenir en que sus razonamientos justifican poco sus conjeturas. Es inútil volver á este sistema, que destruyen enteramente las primeras nociones de la física y de la química; y sobre la formacion de la tierra desprendida de la masa del sol por el choque oblicuo de un cometa, y sujeta de repente á las leyes de la gravitacion de los cuerpos celestes; la frialdad gradual de la tierra, que supone en el globo la misma homojenidad que en la bala de cañon que sirvió para la esperiencia: la formacion de las montañas de primer órden, que supone la trasmutacion de la tierra arcillosa en la tierra silicea, etc.

Bien pudiera aumentarse esta lista de sistemas, pero al fin nunca son mas que sistemas. Ellos se han destruido reciprocamente, y para un espíritu justo, jamas probaron nada contra la escritura. (Véase el admirable comentario del Génesis por M. de Luc, y las cartas del sabio Eulero.

NOTA L.

Daré aqui las pruebas metafísicas de la existencia de Dios, y de la inmortalidad del alma, á fin de completar cuanto dejo dicho acerca de este grande asunto. Todas las pruebas abstractas de la existencia de Dios, se deducen de estos tres principios, la *materia, el movimiento y el pensamiento.*

LA MATERIA.

PRIMERA PROPOSICION.

Alguna cosa ha existido desde toda la eternidad.

Pruebas, Por la razon de que alguna cosa existe; que esta sea Dios ó materia poco importa al presente.

SEGUNDA PROPOSICION.

1, *Alguna cosa ha existido desde toda la eternidad.*
2. *Y este ser existente es independiente é inmutable.*

Pruebas. En otro caso seria preciso que hubiese una sucesion infinita de causas y efectos sin causa primera, lo que es contradictorio. Se prueba; por que si la serie de seres independientes es UNA y TODA, fuera de si no puede tener una causa de su existencia sucesiva, pues lo comprende todo. Pero es evidente que cada ser en la cadena progresiva, no tiene dentro de si la causa eficiente de su existencia, pues la ha producido un ser *procedente.* Contradiccion manifiesta.

Objecion. Dicese que la necesidad es la que hace que exista esta cadena de los seres.

Respuesta. Seres *independientes* unos de otros pueden *existir ó no.* No hay en ello *necesidad*; luego la causa de esta existencia, está determinada por *nada.* (Esto es un absurdo). Luego debe haber alli desde toda la eternidad un ser inmutable: causa primera de la jeneracion de los seres.

TERCERA PTOPOSICION.

1. *Alguna cosa ha existido desde toda la eternidad.*

2. *Este ser existente es independiente é inmutable.* 3. Y NO PUEDE SÉR LA MATERIA.

Primera prueba. Si esto sucediere, la materia existiria *necesariamente* y por si misma; la sola suposicion de que ella no existe; seria una contradiccion en los terminos. Mas está probado,

Que el modo de su existencia no es de esta naturaleza, pues se puede concebir sin contradiccion que podria no existir la materia, ó ser otra cosa muy diferente de lo que es en efecto,

Ese quijarro que moveis con el pié no existe *necesariamente,* pues le concebis muy bien ó aniquilado ó de otra especie, sin que por eso suceda mudanza alguna en el universo. Así de objeto en objeto, vereis tan claro como el dia, que la existencia de la materia no es de *necesidad.*

Segunda prueba. Ademas, no es posible figurar la duracion eterna de la materia del mismo módo que se entiende la de Dios: este por la simplicidad ó inextension de su sustancia, se deja concebir al pensamiento como existente á un mismo tiempo en lo pasado, presente y futuro. Pero la duracion de la materia solo puede ser progresiva, pues tiene la extension y las dimensiones de los cuerpos, y se perpetua por destrucciones y jeneraciones; no existe con respecto al minuto que pasó, y del mismo modo que el hombre adelanta, ella en lo futuro, perdiendo lo pasado.

Siendo sucesiva la eternidad, como le es demostrativamente, en el caso de la materia, ella encierra *siglos infinitos.*

Asi es que *siglos infinitos* no pueden *acabarse*, ó no serian *infinitos* :

Luego siendo sucesiva la eternidad de la materia, esta no podria haber llegado hasta nuestros dias, por que seria preciso suponer que habria pasado por siglos *infinitos*, y que si los infinitos que pudieran pasarse, no serian *infinitos* (1).

Tercera prueba. Si no hay en la naturaleza mas que materia, y esta no existe de *necesidad* (lo que arguye contradiccion) ¿quién es el que hace durar los seres?

Si no hay potencia *necesaria* que todo lo conserve por sola su virtud ó sola su voluntad, es imposible la cohesion de las partes de los cuerpos. Mi brazo debe reducirse á polvo, si los átomos de que esté formado no están continuamente forzados á mantenerse juntos, ó sino se crean incesantemente (2). Asi es que esta potencia *necesaria* no puede ser la materia por que la materia no existe por *necesidad*, ni tiene por si misma la cohesion de partes. Finalmente, esta voluntad conservadora no puede emanar de la materia, porque la materia es un ser puramente pasivo y sin voluntad.

Concluyamos con decir, que el ser primitivo, independiente é inmutable no puede ser la materia.

CUARTA PREPOSICION.

1. *Alguna cosa ha existido desde toda la eternidad.* 2. *Este ser existente es independiente e inmutable.* 3 *No puede ser la materia.* 4. Es necesariamente único.

Primera prueba. Si existen juntos dos principios *independientes*, se concebirá que el uno puede igual-

(1) *Abadia.*
(2) *Descartes.*

mente existir solo, porque no es de la *misma naturaleza* que el otro; de aqui resulta que ni uno ni otro de estos principios existen *necesariamente* ¿A que se reduce pues la materia y el ser, cualquiera que fuere, que se ha demostrado existente desde toda la eternidad, por sola la razon de que alguna cosa existe al presente?

Segunda prueba. ¿Si existen juntos dos principios quien ordenó la materia?

Este no puede ser Dios, porque no conoce el otro *principio*, ni tiene sobre el derecho alguno. (1)

Si la materia es increada, Dios no puede moverla ni formar de ella cosa alguna, porque Dios no puede arreglarla sabiamente sin conocerla; no la puede conocer sino la ha criado, porque siendo un principio *independiente* por si mismo, solo puede sacar sus conocimientos de si proplo; nada puede obrar en él ni ilustrarlo. (2)

Asi se desvanece el espantajo de la escuela de los ateos · *ex nihilo, nihil fit.* Si Dios *existe*, la materia no es *eterna*, y la creacion es *obligada*. Si se supone qué Dios no *existe*, se vuelve á entrar en el circulo de nuestras proposiciones.

El ser existente desde toda la eternidad, es pues necesariamente único. (3)

(1) *Bail. art.* Anaxim.
(2) *Malebr.*
(3) *La única objecion que se me podria hacer aqui se sacaria del espinosismo, que admite la unidad de Dios y de la materia; pero es bien sabido cuan absurda es esta opinion. Se puede ver á Baile, art.* Spinosa.

QUINTA PROPOSICION.

1. *Alguna cosa ha existido desde toda la eternidad.* 2. *Este ser existente es independiente é inmutable.* 3. *No puede ser la materia.* 4. *Es necesariamente único.* 5. NO ES UN AJENTE CIEGO, SIN ELECCION Y SIN VOLUNTAD.

Pruebas. Si está sin libertad la causa suprema una cosa que no existe en el momento actual, no ha podido jamas existir, porque,

Si la potencia de la causa suprema viene del encadenamiento necesario de los seres, todo cuando existe, existe por una necesidad rigurosa; entonces si esta necesidad es de *rigor* ¿como se halla un tiempo en que no existia esta cosa?

Si se refiere esta necesidad de existencia á cierta época de la sucesion de los tiempos, será desatinar enteramente. En el caso de una existencia de *absoluta* necesidad, no hay sucesion de tiempos. Los tiempos son uno y todo.

Ademas en el mundo no hay apariencia alguna de una necesidad *absoluta.* Cada uno puede concebir las cosas de otro modo, y en un òrden muy diferente de lo que ellas son; pero se nota una necesidad de *conveniencias* relativas á las leyes de la harmonia y de la belleza. Esta necesidad de lo *mejor posible* en los seres, es muy digna de una causa inteligente, y muy compatible con su libertad.

Sobre todo, el ser inteligente prueba aun su libertad por las causas finales. No hay ateo que pretenda sostener al presente, como lo hizo antes Epicurio, que el ojo no fue formado para ver, y la oreja para oir. Bastaria enviar este incrédulo á los anatómicos.

Por último si la causa primera obra por necesidad, ningun *efecto* de esta causa será *finitivo*. Una naturaleza que obra *necesariamente* obra con *todo su poder*. Asi es que una naturaleza *infinita*, obrando á un mismo tiempo con todas las partes de todo su poder, jamás puede *completar* un ser, porque iria añadiendo *sin fin* en razon de su Infinidad. En el universo no habria objeto finito, lo que es visiblemente un absurdo.

Luego la causa primera no es un ajente ciego sin eleccion y sin voluntad.

SEXTA PROPOSICION.

1. *Alguna cosa ha existido desde toda la eternidad*, 2. *Este ser existente es independiente é inmutable*. 3. *No puede ser la materia*. 4. *Es necesariamente único*. 5. *No es un ajente ciego, sin eleccion y sin voluntad*. 6. POSEE UN PODER INFINITO.

Pruebas. Este poder únicamente puede extenderse á dos especies de seres que constituyen todas las cosas; á saber, los seres materiales, y los inmateriales.

En cuanto á los primeros, hemos visto que la *causa necesariamente única* debe haber criado la materia, y por consiguiente ser la señora absoluta de ella.

Acerca de los segundos, cuando examinemos la naturaleza del pensamiento del hombre, probaremos en otra parte, que solo Dios pudo criarlos.

SÉPTIMA Y ÚLTIMA PROPOSICION.

1. *Alguna cosa ha existido desde toda la eternidad*. 2. *Este ser existente es independiente é inmutable*. 3.

No puede ser la materia. 4 Es necesariamente único. 5 No es un ajente ciego, sin eleccion y sin voluntad. 6 Posee un poder infinito. 7 Y ES INFINITAMENTE SABIO, BUENO, JUSTO, etc.

Pruebas. Esto se demuestra

A priori. 1. Porque un ser perfectamente inteligente debe conocer sus propias facultades, y siendo infinito en poder, nada puede impedirle que haga lo que es mejor y mas sabio.

Porque el ser infinito, conociendo todas las conveniencias y relaciones de las cosas, y no pudiendo apartarse nunca de la verdad por las pasiones, la fuerza y la ignorancia, siempre debe obrar conforme á las propiedades de las cosas.

A posteriori. Las pruebas de la bondad de la sabiduría y la justicia de Dios se deducen de la belleza del universo.

Resumamos. 1. Desde toda la eternidad ha existido alguna cosa. 2. Esta cosa existente es inmutable é independiente. 3. No es la materia. 4. Es única. 5. No es un ajente ciego. 6. Es omnipotente. 7. Es soberanamente sabia, buena y justa. Este es Dios.

Del Movimiento.

¿De que proviene el MOVIMIENTO DE LA MATERIA *Primer silojismo.* (jénero positivo).

O este movimiento le es esencial, ó le es comunicado.

Si es *esencial* á la materia, es una necesidad para ella, que sus partes estén siempre en movimiento; es asi que la experiencia mas comun nos demuestra que hay cuerpos en quietud; luego le es comunicado.

Segundo silojismo. (Jénero destructivo).

Si el movimiento es *esencial* á la materia, todas sus partes so deben extender sin cesar, é igualmente por todos lados; es asi que del eterno movimiento resulta el eterno reposo; luego todo está en reposo en el universo. (Absurdo).

Tercer silojismo. (Jénero demostrativo)

El movimieuto por su naturaleza conocida no tiene regularidad alguna. Se ejercita en todas las dimensiones y en todas las lijerezas. Se escapa por la tanjente, se corta por la secante, se sumerje por la perpendicular, se envuelve por el circulo, se desliza por la ellpse, y la parábola, se comunica por el choque, y toma nuevas direcciones segun la oposicion ó reflexion de los cuerpos; es asi que las leyes motrices de los astros, del sol y de los planetas se terminan en una inalterable regularidad jeométrica; luego estas leyes de un movimiento permanente y regular no pueden ser enjendradas por el movimiento confuso y desordenado de la materia.

De estos tres silojismos se sigue, que el movimiento no es esencial á la materia: 1 por que hay cuerpos en quietud; 2 porque el movimiento universal, seria el reposo universal, cosa que se opone á la experiencia; 3 porque el movimiento irregular de la materia, nunca puede ser admitido como criador del órden del universo. Una causa no puede producir un efecto, cuyo principio no tiene ella en si misma, porque entonces habria un efecto sin causa; un compuesto no puede tener virtudes que no hay en los elementos simples. Por último si el movimiento fuera una calidad residente en la materia ó en la colocacion de sus

partes, al cabo de tanto tiempo que los mas injeniosos maquinistas buscan el movimiento continuo, ¿no es mas que probable que hubieran encontrado ya la máquina capaz de ponerle en evidencia? Pero la experiencia ha mostrado hasta ahora que era necesario un motor extraño.

De estos argumentos debe deducirse, que existe en alguna parte *fuera* de la materia, un móvil universal primer ajente del movimiento inmutable y á un mismo tiempo en un movimiento eterno. Este es Dios.

Explicacion de las últimas pruebas acerca del movimiento.

Prestàndonos el movimiento de la materia una prueba sin réplica en favor de la existencia de Dios, será conveniente aclararla algo mas.

Para demostrar Ciceron la imposibilidad de la formacion de los mundos por el movimiento y la casualidad, saca de las letras del alfabeto esta objecion tan conocida.

¿No debo admirarme, dice, (1) de que haya un hombre que llegue á persuadirse de que ciertos cuerpos solidos é indivisibles se mueven por si mismos en fuerza de un peso natural, y que de su concurso fortuito se hizo un mundo de tan grande hermosura? Cualquiera que creyese ser esto posible; porque no habia de creer que echándose en el suelo una cantidad de caràcteres de oro ú otra cualquier materia, que representasen las veinte y una letras, pudiesen caer arregladas en tal órden que formasen de un modo lejible los Anales de Ennio? Dudo que la casua-

De natur. Deor, II, 27. Traduct. de d'Olivet.

lidad formase siquiera un solo verso. Y ¿como aseguran semejantes lentes que unos corpúsculos sin color, sin calidad, sin sentimiento, y que no hacen mas que dar vueltas casuales, han hecho este mundo, ó por mejor decir, hacen á cada momento inumerables mundos, que se reemplazan con otros? ¡Pues que! si el concurso de átomos puede hacer un mundo ¿no pudiera hacer cosas mucho mas fáciles, como un pórtico, un templo, una casa, una ciudad?»

Este absurdo que con justo motivo disonaba al orador romano, ha sido tambien tomado en consideracion por Bayle. Gustamos de citar á Bayle á los ateos: este dialéctico, (habla Leibnitz) pasa con facilidad del blanco á lo negro; se acomoda á cuanto conviene para combatir al adversario que tiene en su mente sin mas objeto que el de embarazar á los filósofos, y hacer ver la debilidad de nuestra razon. Jamas sostuvieron Arcesilao y Carneades las razones en pro y en contra con mas espíritu y *elocuencia.* »

Oigase lo que, dice Bayle sobre la necesidad de una causa intelijente (1).

Pues que, segun la confesion de todas las seclas, las leyes del movimiento no son capaces de producir, no digo un molino ó un relox, sino el mas tosco instrumento que se ve en el obrador de un cerrajero, ¿cómo serán capaces de producir el cuerpo de un perro, una rosa ó una granada! Miserable asilo es recurrir á los astros, ó á las formas sustanciales. Aqui es necesaria una causa que tenga idea de su obra y conozca los medios para construirla, todo esto necesitan los que hacen un reloj ó un navio;

(1) *Art. Sennert. n.c.*

con mucha mas razon debe hallarse en el que hace la organizacion de los seres vivientes.

A la nota R, del artículo Democrito se explica así:

«Apartándose del camino recto que es el sistema de un Dios criador libre del mundo, es preciso caer en la multiplicidad de principios: es necesario reconocer en ellos antipatías y simpatías, suponerlos independientes unos de otros en cuando á la existencia y virtud de obrar, pero capaces no obstante de ofenderse recíprocamente por la accion y reaccion. No preguntéis porque, en ciertos reencuentros el efecto de la reaccion es este y no lo otro, pues no es posible dar razon de las propiedades de una cosa, sino cuando ha sido hecha libremente por una causa que ha tenido sus razones y motivos al producirla.

Crouzas que cita este pasaje en la seccion octava de su exámen del pirronismo, añade (1):

Aun cuando los átomos se supusieran eternos y en movimiento desde toda la eternidad, se podria deducir muy bien de esto, que en acercándose formarian ciertas moles, y si se quiere serian estas moles capaces de producir ciertos efectos. Pero de ninguna manera puede inferirse de aquí que estas moles formadas por el concurso fortuito de los átomos, hubiesen tomado una disposicion ú órden regular, y que las propiedades de unos fuesen precisamente tales como se necesitaban para el uso de los otros.

Hagase un rollo de diez papeles númerados, uno con el guarismo 1. y otro con el 2. Cuantas vueltas y repeticiones serian necesarias para sacarlos sin eleccion, en tal órden que el número 1. viniese precisa-

(1) *Páj.* 426.

mente el primero, el número 2. el segundo, y asi de los demas hasta el 10?

Si hubiese veinte, no solamente seria doble dificil el caso, sino mucho mas sin comparacion, como lo demuestran los que han estudiado la doctrina abstracta de las combinaciones. Cinco cosas mezcladas 2 á 2 dan 15 combinacienes; á 3, 35; á 4, 70; á 5, 126; á 6, 210; á 7, 330.

Lo dificil que es arreglar muchas cosas, sin el auxilio del dicernimiento, en un órden dado y que crece con el número de ellos, se aumenta siempre á proporcion de como van aumentándose. Para arreglar una infinidad de disparates sin el socorro de la intelijencia y de la eleccion, seria preciso vencer dificultades infinitamente infinitas. ¿Qué estension de intelijencia no seria necesaria para poner en un gran órden, en un órden esquisito, y en un órden que se sostuviese, una infinidad de cosas, cada una de las cuales fuera de su lugar seria una causa de desórden? Tomense tantas letras como hay en una linea; coloquese una sola letra, sin verla, en cada uno de los papeles en que están escritas, y apenas se conseguirá arreglarlas una sóla vez de modo que se pueda leer aquel renglon, aunque para ello se gaste toda la vida en tentativas. La dificultad aun será mas que dupla, si de este modo se necesita llegar á conseguir el ordenar las espresiones de dos renglones. Pues, ¿hasta donde no llegaria la dificultad de arreglarlas sin el socorro del discernimimiento en el mismo órden que tienen en toda la pájina? ¿Sus coordinaciones fortuitas llegarian á componer un libro? Solo una causa infinita en perfeccion es la que puede quitar los obs-

tàculos que nacen de una confusion infinita.

Añadiremos aqui un ejemplo fácil acerca de la variedad y multiplicidad de las combinaciones. A y b se combinan de dos maneras ab, ba; abc de seis, ab, ac, ba, be, ca, be, y esto sin estar repetidas; abed de veinteicuatro, y he aqui seis de ellas; abed, abdc, acbá, acdb, adbc, adcb. Otras tantas habrá si se comienza por b, otras tantas por c, y otras tantas por d.

Una infinidad combinada 2 á 2 llegaria á lo infinito; combinada 3 à 3 llegaria á un infinito y aun á un infinito mayor; y combinadas todas juntas llegarian á una infiinidad de infinitas maneras. ¡Oh cuantos manantiales de confusion! Que infinidad de desarreglos, y á cuantas maneras infinitas no suben los caos y las confusiones posibles! Si esta confusion no se muda de repento en regularidad, subsistirá; porque cualquier lijero principio de regularidad seria destruido bien pronto por los choques de la infinita confusion restante.

Decir que la combinacion regular tuvo al fin su turno en la serie infinita de los tiempos, seria suponer una infinita regularidad en la confusion, porque seria suponer que todas las combinaciones diferentes hasta lo infinito se habrian sucedido por órden, y que por esto la combinacion regular habria aparecido en su lugar, y que le habria tenido señalado en esta sucesion en que se presentaban por órden, como si una intelijencia hubiese hecho en ellas las coordinaciones, los ensayos y revistas.

Tales razonamientos son de una fuerza poderosa y precisamente segun lo exijen los espíritus positivos, es decir, razonamientos matemáticos. Hay atéos que

tienen la sandez de creer, que solo en su secta se demuestra por A B, y que los pobres cristianos están reducidos á la *imajinacion* sin otro recurso alguno. No obstante alguna cosa es esta imajinacion, y no falta profano cuya temeridad llega hasta el estremo de creer, que es mas dificil escribir una sola pájina buena de pensamientos morales ó de sentimientos, que compilar volúmenes enteros de abstracciones. Mas sea como quiera ¿ cómo ignoran esos incrédulos que Leibnitz ha probado á Dios geometricamente en su Teodicéa? ¿ Ignoran acaso que se han tomado de Huygens, de Keil, de Marcalle y de otros muchos, teoremas rigurosos para establecer la existencia de un sér supremo? Platon llamaba á Dios el *eterno geómetra*, y el arte de Arquimedes es el que ha presentado la mas bella y mas poderosa imájen de Dios; esto es, el *triángulo inscrito en el circulo*.

Así sentó Newton el axioma fundamental de la mecánica.

Cuando está un cuerpo en quietud ó en movimiento, nunca cesa de estar en quietud, ó de moverse en linea recta con la misma fuerza, sin que reciba ningun aumento ó diminucion, á no ser que viniendo á obrar sobre él alguna otra fuerza, le cause alguna mudanza.

El médico Nicuventyt, raciocinando sobre este axioma en su libro de la *Existencia de Dios demostrada por las maravillas de la naturaleza*, hace esta curiosa observacion (1).

Cuando un cuerpo pequeño, que no sea por ejemplo tan grande como una bolita del grueso de un gra-

(1) *Liv.* 3, *cap.* 3, *p.* 541

nito de arena, despues de haber recibido un capirotazo va á dar contra otro cuerpo, que supondremos tan grueso como todo el globo de la tierra, ó si se quiere mil veces mayor, con tal que ni uno ni otro tenga resorte, se sigue, digo, que este grande cuerpo será arrastrado con el grano de arena en linea recta; y á no ser que alguna fuerza ú obstáculo intervenga ó detenga este movimiento, la fuerza de un capirotazo bastará para hacer que se mueba continuamente en linea recta aquel gran cuerpo y el granito de arena juntamente; y si encuentra en el camino otros cien mil cuerpos, aunque cada uno de ellos sea un millon de veces mayor que la tierra, los arrastrarán á todos con esta pequeña fuerza, sin que pueda ninguno de ellos tomar otra direccion.

Por mas maravilloso que esto parezca, es una cosa que los matemáticos no podrán negar ser verdadera. ¡ Miserables pirrónicos, que esperais eludir las pruebas de la divina Providencia, deduciendo necesariamente una de otra las leyes de la naturaleza! ¡ Miserables pirrónicos! repito, mostradnos por vuestros principios, si podeis comprenderlo de algun modo, no que suceda una cosa igual continuamente (porque los matemáticos lo demostrarán, sino, ¿ como y de que manera obrá la fuerza de este granito de arena, que por poco que empuje á aquellos cuerpos prodijiosos los pone no solamente en movimiento, sino que los conserva en él sin cesar jamas ? "

Tal es la observacion de aquel excelente hombre, que en la maravillosa máquina de nuestro cuerpo, habia reconocido con Hipócrates y Galeno la mano de una intelijencia divina.

Por último, el doctor Hancock se vale de una admirable comparacion, para hacer conocer la necedad de aquellos que atribuyen el órden del universo á un concurso fortuito de àtomos.

Supongamos, dice (1), que todos los hombres que hay en el mundo fuesen ciegos, y que en tal estado se les mandase ir á las llanuras de la *Mesopotamia*: ¿cuantos siglos necesitarian para hallar este sitio y reunirse en el lugar de la cita? ¿Lo conseguirian jamas por inmensa que fuese su duracion? Pues no obstante les seria esto mas fácil que á los átomos de Demócrito ejecutar la obra que se les atribuye. Conviniendo no obstante que este concurso tan dichoso no les haya sido imposible, ¿como ha sucedido que no se haya producido nada de nuevo, ó que la misma casualidad que los juntó para formar el universo, no los haya disipado para destruirle? ¿Se dirá que es un principio de *atraccion* y de *gravitacion* el que así los retiene en su situacion primitiva? Pero este principio de *atraccion y gravitaci n* es *anterior* ó *posterior* á la formacion del universo. Siendo anterior, ¿cómo estaba suspendida la actividad? Si posterior, ¿cual es su orijen, y como es que solo proviene de la materia que por su naturaleza es susceptible de moverse en todos sentidos? Dicese tambien que la *naturaleza* es la que se mantiene por si misma en este estado permanente; mas únicamente se puede entender por este término en el sistema de *Demócrito* el *concurso fortuito*, y por tanto se conoce que esto tampoco basta para dar razon de la conservacion del

(1) *Hancock, outhe Oxist, of God, sect.* 5. *Trad. franc.*

mundo, como tampoco para la de su formacion.

A fin de vencer las insuperables dificultades que resultan de la formacion del mundo por el movimiento de la materia, ha sostenido Espinosa, despues de Estraton, que solo hay en el universo una sola sustancia; que esta es Dios, espíritu y materia á un mismo tiempo, que posee el atributo del pensamiento y de la extension. De este modo mi pié, mi mano, una piedra, todos los accidentes físicos y morales, y todas las suciedades de la naturaleza son partes de Dios, ¡estraña y admirable divinidad sacada toda formada y sin dolor del célebro de un incrédulo! Los paganos unian bastantes dioses á los mas víles objetos de la tierra; pero únicamente estaba reservado à un ateo el deificar en una sola y eterna sustancia, todos los delitos y todas las inmundicias del universo. ¡Cosas muy extrañas pasan en lo interior de aquellos hombres á quienes Dios alejó de sí! Aun las personas mas hábiles hallarán mucha dificultad en explicar los movimientos del corazon de un ateo. Véase pues como Baile, Clakr, Leibnitz, Cromaz etc. han echado por tierra el Espinosismo, que á un mismo tiempo es el sistema mas impío y el mas absurdo.

Dominado Anajimandro de otra especie de locura, queria que las *formas* y las *calidades* dimanadas de la materia, hubiesen ordenado el universo.

Por otra parte los estoicos suponian *formas plásticas*, destituidas de intelijencia, y sin embargo distintas de la materia. Algunos á la verdad las derivaban de Dios, y solo las habian imajinado para explicar la accion de un ser inmortal sobre los seres materiales.

¿Pero que necesidad hay de excitar el desprecio del lector contra estos delirios filosoficos, cuando ya han sido combatidos por los mismos incrédulos?

Resta únicamente hacer que prevalezca la ley comun de la *necesidad*. Se valen de ella con tanto mas gusto, cuanto no saben lo que es, y que en soltando esta palabra, se creen dispensados de explicarla. Pero esta terrible necesidad ¿es alguna cosa creada ó increada? Si creada ¿quien es su criador? Si increada, esta necesidad que lo ordena todo, que todo lo produce en un órden tan bello, que es una, indivisible y sin extension ¿es otra cosa que Dios?

El pensamiento.

¿De donde dimana el pensamiento del hombre, y cual es la naturaleza de este pensamiento?

El pensamiento solo puede ser *materia, movimiento ó quietud*; la *cosa* misma, ó los dos *accidentes* de esta *cosa*, pues no hay en el universo sino *materia*, *movimiento y quietud*.

El pensamiento mismo está diciendo que no es material.

Que no es el *pensamiento* la *quietud* de la materia está bien probado, porque el *pensamiento* es un *movimiento*.

El pensamiento es, pues, un *movimiento*. Y este pensamiento ¿es un *movimiento material*, ó efecto del *movimiento material*? examinémoslo.

Si el pensamiento es *efecto* del movimiento; ó el *movimiento* mismo, debe parecerse á este *efecto* del movimiento, ó á este movimiento: Luego,

El *movimiento* rompe, desune y desordena; el pen-

samiento no hace nada de todo esto : toca á los cuerpos sin separarlos y sin moverlos.

El movimiento mismo es tambien un desórden. Un cuerpo que se mueve, muda de posicion, ocupa otro lugar y adquiere otras proporciones. El *pensamiento* no hace nada de todo esto : se mueve sin dejar de estar en reposo y sin abandonar su sitio; no tiene dimension, localidad, ni forma.

El *movimiento* tiene su medida y su grados; el *pensamiento* por el contrario, es *indivisible*. No hay mitad, cuarto ni fraccion de pensamiento; un pensamiento es uno.

El *movimiento* de la materia está limitado, y sus límites le impiden extenderse mas allá de ciertos espacios.

El *pensamiento* solo tiene por campo lo infinito. ¿Como puede concebirse; pues, que un átomo sacado de mi celebro con la rapidez del pensamiento llegue en un mismo instante al cielo, sin dejar con todo eso mi celebro? Porque si así fuera, mi *pensamiento* subsistiria *fuera de mi*, y no seria yo. ¿Quien habria dado á aquel átomo esta inmensa fuerza de un movimiento mucho mas grande sin comparacion que la que arrastra todos los cuerpos celestes? ¿Como un insecto tan mezquino como el hombre podria tener un poder *fisico* semejante?

El *movimiento* no puede obrar sino al presente.

Lo pasado y lo futuro son igualmente del resorte del *pensamiento*. La esperanza por ejemplo, no puede ser sino un movimiento *futuro*; y ¿como un movimiento *futuro* material existe al presente?

El *pensamiento*, pues, no puede ser el movimiento material. ¿Es acaso su efecto?

El pensamiento no puede ser *efecto* del movimiento, porque en efecto no puede ser mas noble que su causa ni una consecuencia puede ser mas poderosa que un principio. Luego ¿quien no ve á la primera ojeada que el *pensamiento* sea mas noble y mas fuerte que este *movimiento*. pues que el *pensamiento* conoce al *movimiento*, y este movimiento no conoce al pensamiento; porque este en la mas pequeña fraccion de tiempo, recorre espacios que este *movimiento* solo pudiera correr en millares de siglos?

Si ahora se dijese que no es el *pensamiento* un *efecto* de movimiento *interior* en nuestro celebro, y si una conmocion producida por un movimiento *esterior*, no se haria mas que volver á los términos de la proposicion, porque es quizás mas absurdo imajinar que tal átomo, emanado de la luz de una estrella, baja con la celeridad del *pensamiento* para herir tal parte de mi celebro, en tanto que otros millones de *movimientos* vienen al mismo tiempo á acometerle por todas partes. Por sola la ley de gravedad, un átomo que cayera del sol sobre mi cabeza me reduciria á polvo. Si dijesemos que la gravedad no existe para las partes estremadamente tenues de la materia, seria burlarse de las gentes, queriendo aplicar este principio físico á la teoria del pensamiento. Examinad pues un poco lo que sucederia en vuestro entendimiento siempre que pensais, si vuestro *pensamiento* fuera el *movimiento* material ó un efecto de este movimiento. Una porcion de vuestro celebro se desprende y va rodando á tal lado, lo cual os da tal idea. Este átomo es largo ó redondo, ancho, ò estrecho, delgado ó grueso; y véos aqui, en consecuencia de esta figura

de la casualidad, precisado á estar triste ó alegre, ó ser loco ó cuerdo. Pero como piensa el hombre en mil cosas á un mismo tiempo ¡que confusion y que desarreglo habria en su cabeza! Un *pensamiento sublime* bajo la forma de un embrion blanco ó azul, atravesando vuestro entendimiento, encuentra otro pensamiento rojo que le detiene. Otras *ideas* sobrevienen, se tropiezan, etc.

No estriba únicamente en esto toda la dificultad, porque si el *movimiento* es el *pensamiento*, el *movimiento* es un *principio*, que *piensa*, y en este caso el agua que corre, el pié que anda, y la piedra que cae piensan. Decis que pienso en razon de una conmocion causada en cierta parte de mi celebro; convengo en ello; pero esta parte de mi celebro que se conmueve, no es de un natural poco diferente de los elementos del universo. Es de agua, de tierra, de aire ó de fuego, ó, si quereis hablar segun la física del dia, es de oxijeno, de hidrójeno, etc. Combinad como querais estos principios, y siempre quedarán cuales son en su esencia. Mas de su mezcla, sea la que fuere ¿cómo hareis nacer el *pensamiento*, si el principio de este no se contiene en los elementos que le componen? ¿Acaso no es disparatar cuando se dice que un *compuesto* tiene efectos que no están en los *simples*, y que un accidente puede haber provenido sin causa? Os vereis reducido á creer en otra necedad, diciendo que los elementos de la materia *piensan* en *ciertos casos*. Pues ¿cómo sucede entónces que estos elementos que se hallan conbinados de tantas maneras, no repiten alguna vez *fuera del hombre* el efecto del pensamiento?

Digase, pues, (bajo el concepto de que no puede negarse sin locura), que el *pensamiento* ni es la *materia*, ni el *movimiento*. Si se quiere absolutamente que el movimiento haga una de las condiciones del *pensamiento*, tambien es cierto à lo menos que este pensamiento no es el movimiento mismo, y si alguna cosa que se *junta* ó *aplica* al movimiento, porque es indudable que hay *movimientos que no piensan*.

Vamos à la grande conclusion. Si el *pensamiento* es diferente (como lo es en realidad) de la *materia*, y del movimiento material ¿ qué cosa es y de donde viene ? ¿ cómo ha sido producido no existiendo en mi antes que yo fuese criado ?

Si ha sido producido necesariamente, lo ha sido por alguna cosa *fuera de la materia*, porque dejamos demostrado que la *materia* no tiene el principio que piensa.

Esta cosa puesta fuera de la materia que mi *pensamiento* produjo, solo puede ser una cosa *mas escelente* que mi pensamiento, aunque el pensamiento del hombre sea lo mas hermoso que hay en el universo : un principio es mas poderoso que su efecto.

Siendo mi pensamiento indivisible, es inmortal por el axioma reducido de todos los filósofos, que una cosa no se disuelve sino por la divisivilidad de sus partes.

Pero la causa que ha producido mi pensamiento es indivisible como ella, luego es tambien inmortal como ella.

Pero como esta *causa* existia antes de mi *pensamiento*, *ella* ha sido *producida*, ó *existia desde toda la eternidad*.

Si ha sido producida ¿ donde està su principio ? Y si

me mostrais este principio; cual es el principio de este principio?

Subiendo sin fin de este modo, llegais al primer anillo; manifiesta Dios su faz en el fondo de las sombras de la eternidad, y nuestra alma es la cadena inmortal que el nos alargó para subir hasta él.

Asi es como el pensamiento del hombre prueba irrevocablemente la existencia de la divinidad, y la inmortalidad del alma: porque Dios no puede existir si es injusto, y el hombre arrojado á la tierra para pasar en ella dias miserables y morir, no podria anunciar sino el capricho de un horrible tirano. Esto debe darnos de la mas alta idea de nuestra naturaleza; porque ¿que cosa es un ser de quien Dios es la prueba, y que por su parte es la prueba de Dios? ¿Acaso habló la Escritura con demasiada magnificencia de este ser? *Cuando el universo destruye al hombre* dice Pascal *aun seria mas grande que el universo; porque sentiria que el universo le destruye, y el universo no lo sentiria.*

Es preciso, pues, convenir en que si hay un Dios, sus perfecciones prueban que el hombre tiene una alma inmortal, y *vice versa.* de la excelencia del alma humana y de las miserias de este mundo, deducir que Dios existe necesariamente.

Algunas otras pruebas de la inmortalidad del Alma.

La ciencia es eterna; luego el asiento donde reside la ciencia que es el alma, debe ser inmortal.

La razon y el alma son una sola cosa; luego la razon es inmutable y eterna.

La materia no puede dejar de ser, sin un acto inmediato de la voluntad de Dios; permanece siempre, nada se crea ni nada se aniquila, luego siendo la vida la esencia del alma, no puede el alma estar privada de ella.

El alma no es la coordinacion de las partes del cuerpo, porque cuanto mas se la desprende de los sentidos: tanto mas facilidad tiene para comprender las cosas (1).

El que comprende se presenta siempre antes de lo comprensible.

Experimentamos desde luego que existen ideas; comprendemos un objeto sin verle, y de ello nos aseguran nuestros sentidos. Las ideas abstractas hacen las abstracciones de las cosas. El movimiento, por ejemplo, no seria para la comparacion que hace el espíritu de lo presente con lo pasado. El alma y sus operaciones se muestran siempre las primeras, y los cuerpos no vienen sino despues. Este hecho de una verdad rigurosa, opuesto á las relaciones de los sentidos, que solo ven la materia, ó pasan de esta al espíritu en lugar de bajar desde el espíritu hasta los cuerpos. Pero si el alma se encuentra por todas partes separada de la materia, tiene una existencia real (2); luego, etc., etc.

De esta prueba de la existencia del alma, y consiguientemente de su inmortalidad, vamos à deducir otra prueba.

El mundo metafísico no existe en la natura-materia.

(1) *San Agustin. De Inmort. Anim.*
(2) *Phed. de Mos.*

Los números, segun los considera el pensamiento. están fuera de la naturaleza, donde solo puede haber unidades. Este incomprensible misterio de las posiciones de cifras que producen cantidades abstractas, crecen ó se disminuyen en las razones dadas; este misterio, digo, no existe en el órden físico.

Pero estando colocado el mundo metafísico fuera de la materia, debe ser ó un mundo intelectual que existe á parte, ó únicamente una modificacion del alma. En ambos casos está probada la inmortalidad de esta: porque el hombre puramente material no podria concebir fuera de la materia un mundo metafísico y eterno, y mucho menos tener dentro de sí alguna cosa que contuviese un mundo de pensamientos abstractos y verdades eternas.

Por el espiritu humano, dice Ciceron, tal cual es, debemos juzgar que hay alguna otra intelijencia superior y divina (1). *¿ Porque de donde le vendria al hombre*, dice Sócrates en Xenofonte, *el entendimiento de que está dotado ?* Bien se ve que las partes sólidas de nuestro cuerpo, el calor y la humedad que están esparcidos en él, y el mismo aliento que nos anima, todo lo debemos á un poco de tierra, de agua, de fuego y de aire; pero ¿de dónde hemos adquirido lo que es muy superior à todo esto, quiero decir, la razon, y, por expresarlo con mas términos, el espíritu, el juicio, el pensamiento y la prudencia?

Es imposible hallar sobre la tierra (2) el orijen de nuestras almas; porque no hay en las almas cosa alguna que sea mixta y compuesta; nada que parezca

(1) *De Natur: Deor II*, 6, 7, *Trad. de d' Oliv.*
(2) *Frag.* de Conval,

venir de la tierra, del agua, del aire ó del fuego. Todos estos elementos nada tienen que haga la memoria, la intelijencia y la reflexion; que pueda recordar lo pasado, preveer lo futuro y abrazar lo presente. Jamás se averiguará de donde recibe el hombre estas divinas calidades, á no ser que se suba á un Dios. Por consiguiente, el alma es de una naturaleza singular, que nada tiene de comun con los elementos que conocemos. Cualquiera que sea, pues, la naturaleza de un ser que tiene sentimiento, intelijencia, voluntad y principio de vida, este ser es celestial, es divino, y por consiguiente inmortal.

Bien comprendo yo, me parece (1) de que y como han sido producidas la sangre, la bilis, la pituita, los huesos, los nervios, las venas, y jeneralmente todo nuestro cuerpo segun es. El alma misma, sino fuese en nosotros otra cosa que el principio de la vida, me pareceria un efecto puramente natural, como lo que hace vivir á su modo á la vid y al árbol. Y si el alma humana tuviera únicamente el instinto de dirijirse á lo que la conviene, en nada se distinguiria de las bestias.

Pero sus propiedades son: primeramente una memoria capaz de contener en si misma una infinidad de cosas.

Veamos lo que hace la memoria (2), y de donde procede. No es ciertamente del corazon ni del celebro de la sangre ni de los átomos. No sé si nuestra alma es de fuego ó de aire, ni me avergüenzo como otros de confesar que ignoro lo que ignoro efectivamente.

(1) Tuscul. *I*, 24, *y* 25.
(2) Tuscul. I, 24, *y* 25.

Pero yo juraria que es divina, si en una materia oscura pudiera hablar afirmativamente. ¡Porque en fin ¿os parece que la memoria es tan solo un cúmulo de partes terrestres, y un monton de aire grosero y nebuloso? Si ignorais lo que ella es, à lo menos veis de lo que es capaz. Y bien ¿diremos que hay en nuestra alma una especie de receptáculo donde se vierten como en un vaso las cosas que la confiamos? Proposicion absurda: porque ¿se puede acaso figurar que sea el alma de una forma capaz de contener un receptáculo tan profundo? ¿Diremos por ventura que las cosas se graban en el alma como sobre la cera, y que la memoria es de este modo la impresion ó hueco de lo que se ha grabado en el alma? Pero ¿pueden dejar señal las palabras y las ideas? ¿Que espacio no seria necesario por otra parte para tantas señales diferentes?

Y ¿que cosa es esa otra facultad que se dedica á descubrir lo que hay oculto, y se llama intelijencia ó injenio? ¿Juzgais que en la composicion de aquel hombre, que impuso el primero su nombre á cada cosa, no entró cosa alguna sino terrestre y corruptible? Pitágoras hallaba en esto una sabiduria infinita. ¿Mirais como amasado de barro al que reunió los hombres y les inspiró la vida social? ¿O á aquel que en un corto número de caracteres encerró todos los sonidos que forma la voz, y cuya diversidad parece inagotable? ¿O á aquel que observó el movimiento de los planetas, que á veces son retrógrados, y otras estacionarios? Los que nos amasaron y civilizaron fueron todos aquellos hombres grandes, asi como otros mucho mas antiguos, que enseñaron á alimen-

tarse de trigo, vestirse, hacer habitaciones, ocurrir á las necesidades de la vida, y precaverse de las bestias feroces. De las artes necesarias se pasó en seguida á las bellas artes. Se encontró el modo de encantar el oido por las reglas de la armonia. Se observaron las estrellas, tanto las fijas como las que se llaman errantes, aun que no lo sean. El que descubriò las diversas revoluciones de los astros, nos demostró con esto que su espiritu participaba de aquel que los formó en el cielo.

NOTA M.

Pero si no basta para convencer á un incrédulo todo lo que dejamos dicho relativo á los sentidos, adelantaremos algo mas, y haremos patente que los mismos límites á que se halla reducida la extensión del poder de nuestros sentidos exteriores, contribuyen tambien á hacernos mas felices, que si su poder se extendiera mucho mas lejos, como se ha descubierto en estos últimos siglos con el auxilio de ciertos instrumentos.

Supongamos que tienen nuestros ojos el poder de distinguir los objetos que no pudieran verse sin microscopio; ciertamente que nos harian ver un mundo de nuevas criaturas; una gota de agua en la cual se echase pimienta, ó una gota de vinagre ó de materia seminal, nos pareceria como un lago, ó un rio lleno de peces; la espuma de los licores olorosos y corrompidos nos pareceria un campo cubierto de flores y plantas; el queso se nos figuraria un conjunto de arañas grandes y peludas, y lo mismo á proporcion sucede-

ria con otras muchas cosas; pero es tambien fácil descubrir el disgusto que ocasionaria la vista de aquellos insectos hacia muchas cosas, que por otra parte son muy buenas y útiles en sí mismas. He visto á muchas personas reir á carcajadas al ver unos animalillos que se presentan en un pedazo de queso por medio de un microscopio, y retirar con lijereza sus manos cuando alguno de aquellos insectos se desprendia, temiendo que cayese sobre ellas; pero antes hacian reflexiones mas serias acerca de la sabiduria de Dios que quiso ocultar estas cosas á los ojos de los ignorantes, y las personas timidas, y manifestarlas á otros por medio de microscopios, con el fin de que no faltasen los medios necesarios á los que procuran penetrar estas maravillas.

Jamas se atreverian los filósofos incrédulos á desear que tuviesen sus ojos las propiedades de los mejores microscopios, suponiendo que conociesen su naturaleza y fundamentos; ni tampoco se creerian mas felices viendo objetos tan pequeños que se aumentasen hasta aquel punto, mientras que al mismo tiempo todo lo que cayera bajo sus ojos, no ocupase mas espacio que un grano de arena. No sabrian ver distintamente ningun objeto, á no ser que estuviesen á muy corta distancia de la vista; es decir, á una ó dos pulgadas por ejemplo. En cuanto á los otros objetos mas distantes, como los hombres, las bestias, los árboles y las plantas, por no hablar del sol, de la luna de las estrellas, cuerpos donde brilla la majestad del Ser Supremo, les serian enteramente invisibles, ó no los verian sino en una grande confusion, si todo esto se hallara así, y si nuestros ojos penetraran, y discer-

nieran del mismo modo que con un buen microscopio. Todos cuantos han hecho la experiencia, convienen en que por su medio se pueden ver cuerpos compuestos de un millar de partes pequeñas; de lo cual se deduce que para ver bien cada cosa, y hasta sus particulas primitivas, debe aun extenderse la vista infinitamente mas lejos de lo que se extiende con el auxilio de los mejores microscopios.

Supongamos por otra parte que sean nuestros ojos unos grandes telescopios, semejantes á los que usamos para observar tantas estrellas nuevas en los cielos, y para hacer tantos nuevos descubrimientos en el sol, la luna y las estrellas; aun estarian sujetos al inconveniente de que casi nada nos servirian para ver los objetos que nos rodean, y nos privarian tambien de ver otros objetos que estan sobre la tierra; porque veriamos los vapores y las exalaciones que se levantan continuamente, y, como espesas nuves, nos ocultarian todos los demas objetos visibles. Todo esto lo conocen muy bien los que usan semejantes instrumentos.

Por esta razon misma si fuese el olfato tan fino y delicado en los hombres, como parece que le tienen ciertos perros de caza, no habria persona ni criatura alguna que pudiese acercarse á nosotros, y nos fuera imposible pasar por los parajes en que ellos hubieran estado sin sentir fuertes impresiones de los corpusculos que de allí salen: mil distracciones dividirian á pesar nuestro la atencion; y cuando nos viésemos en la precision de aplicarnos á objetos mas elevados, nos veriamos tambien obligados á fijarnos en cosas despreciables.

Si fuese nuestra lengua de un tejido tan delicado que nos hiciese percivir tanto gusto en las cosas, que casi no le tienen, como en las que le tienen tan activo como los guisados y las especias, todos confesarian que solo esto bastaria para hacernos desagradables los alimentos, despues que los hubiésemos comido dos ó tres veces.

Ni el oido podria tampoco distinguir todos los sonidos con la misma exactitud que los distingue ahora, cuando por medio de una cervatana habla alguno quedito en su parte mas ancha; ó se daria mas atencion a un gran número de cosas; sucederia lo mismo que cuando nos hallamos en medio de un ruido confuso y de un gran número de voces, entre el estruendo de los tambores y del cañon. Los que han sido testigos de las incomodidades que sufren los enfermos que tienen el oido muy delicado, sin dificultad quedarán convencidos de esta verdad.

Si el tacto fuera tan delicado en todas las partes de nuestro cuerpo, como en los lugares extremadamente sensibles y en las membranas de los ojos, preciso seria confesar que seriamos desgraciados, y sufririamos grandes dolores, aunque no nos tocase sino una lijera pluma.

Por último ¿se puede reflecionar sobre todo esto, sin reconocer la bondad de aquel que es su autor; quien no solamente nos ha dado órganos tan nobles como nuestros sentidos exteriores (sin lo cual no seríamospreferibles á un pedazo de palo), sino que tambien por un efecto de su adorable sabiduria, redujo nuestros sentidos á ciertos limites, que sin ellos no nos podrian servir sino de embarazo, y nos seria impo-

sible examinar muchos objetos de la mayor impor-saucia? (Niewentyt, Exist. de Dios, lib. I. cap. 3 paj. 131).

FIN DEL TOMO PRIMERO.

TABLA

DE LOS CAPÍTULOS CONTENIDOS EN ESTE TOMO.

PRIMERA PARTE.

DOGMAS Y DOCTRINA.

LIBRO PRIMERO.

MISTERIOS Y SACRAMENTOS.

Cap. I. *Introduccion.* . . . . . *Páj.* 1.
Cap. II. *Misterios. De la naturaleza del Misterio.* . . . . . 12.
Cap. III. *De los misterios cristianos. De la Trinidad.* . . . . . 14.
Cap. IV. *De la Redencion.* . . . . . 22.
Cap. V. *De la Encarnacion.* . . . . . 31.
Cap. VI. *De los sacramentos; el Bautismo y la Confesion.* . . . . . , ... 34.
Cap. VII. *De la comunion.* . . . . . , . . 39.
Cap. VIII. *La confesion, el órden y el matrimonio. Exámen del voto de castidad, bajo sus relaciones morales.* . . . . . 44.
Cap. IX. *Continuacion del precedente, acerca del sacramento del órden. Exámen de la virjinidad, bajo sus relaciones poéticas.* . . . 54.

PAG.

Cap. X. *Continuacion de los precedentes, acerca del órden y del matrimonio. El matrimonio.* . . . . . 59.
Cap. XI. *La extrema-Unciou.* . . . . . 68.

LIBRO II.

Virtudes y leyes morales.

Cap. I. *Vicios y virtudes segun la relijion.* . 71.
Cap. II. *De la fe.* . , , ... 74.
Cap. III. *De la esperanza y de la caridad.* . 77.
Cap. IV. *Leyes morales, ó del decalogo.* . . 80.

LIBRO III.

Verdades de las escrituras y caida del hombre.

Cap. I. *Superioridad de la tradicion de Moisés sobre todas las demas cosmojonias.* . . . . . 91.
Cap. II. *Caida del hombre; la serpiente, y una palabra hebrea.* . . . - . . . . . 96.
Cap. III. *Constitucion primitiva del hombre, y nueba prueba del pecado orijinal.* . . . 102.

LIBRO IV.

Continuacion de las verdades de la escritura. Objeciones contra el sistema de Moisés.

Cap. I. *Cronolojia.* . . . . . 109.
Cap. II. *Logografia y hechos históricos.* . . 113.
Cap. III. *Astronomia.* . . . . . , . . 123.
Cap. IV. *Continuacion del precedente. Historia natural. Diluvio.* . . . . . 131.

PÁG.

Cap. V. *Juventud y vejez de la tierra.* . . 134

LBRO V.

Existencia de Dios probada por las maravillas de la naturaleza.

Cap. I. *Asunto de este libro.* . . . . . 137.
Cap. II. *Espectáculo jeneral del universo.* . . 139.
Cap. III. *Organizaciou de los animales y de las plantas.* . . . . . 112.
Cap. IV. *Instinto de los animales.* . . . . 147.
Cap. V. *Del canto de las aves; dióseles en beneficio del hombre. Ley relativa á los gritos de los animales* . . . . . 150.
Cap. VI. *Nidos de las aves.* . . . . . 154.
Cap. VII. *Emigraciones de las aves. Aves acuaticas; sus costumbres. Bondad de la providencia.* . . . . . 157.
Cap. VIII. *Aves maritimas; de que modo son útiles al hombre. Las emigraciones de las aves servian antiguamente de calendario á los labradores.* . . . . . 162.
Cap. IX. *Continuacion de las emigraciones. Cuadrúpedos.* . . . . . 168.
Cap. X. *Anfibios y reptiles.* . . . . . 172.
Cap XI. *De las plantas y sus emigraciones.* . 179.
Cap. XII. *Dos perspectivas de la naturaleza.* 183.
Cap. XIII. *El homhre fisico.* . . . . . 188.
Cap. XIV. *Instinto de la patria.* . . . . . 192.

LIBRO VI.

Inmortalidad del alma, probada por la moral y el sentimiento.

PÁG.

Cap. I. *Deseo de la felicidad en el hombre.* . 201.
Cap. II. *Del remordimiento y de la conciencia.* 305.
Cap. III. *No hay moral, sino hay otra vida. Presuncion en favor del alma, sacada del respeto que tiene el hombre á los sepulcros.* . . 209.
Cap. IV. *De algunas objeciones.* . . . . . 211.
Cap. V. *Peligro é inutilidad del Ateismo.* . 218.
Cap. VI. *Fin de los dogmas del Cristianismo. Estado de las penas y recompensas en la otra vida. Eliseo antiguo, etc.* . . . . . 227.
Cap. VII. *Juicio final.* . . . . . 250.
Cap. VIII. *Felicidad de los justos..* . . . . . 255.
Notas, é ilustraciones. . . . . . 237.

6000
2